Enrique Andrés Ruiz

MISTER ÁNGEL DEL RÍO

Novela de los nombres

PERIFÉRICA



LARGO RECORRIDO, 222

Enrique Andrés Ruiz

MISTER ÁNGEL DEL RÍO

Novela de los nombres

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2026
MAQUETACIÓN: Grafime

© Enrique Andrés Ruiz, 2026
© de esta edición, Editorial Periférica, 2026. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-86-2

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

«ALGO QUE DEBERÁ BUSCAR USTED MISMO»

«Bueno –me decía Gabriel en su carta–, creo que hemos conversado bastante sobre lo que le interesaba tanto a usted, aunque, no sé, quizá no lo hayamos hecho acerca de lo que más le importa verdaderamente. Quizá vaya usted en pos de otra cosa; me ha quedado esa sensación.»

Gabriel había enfermado, y, como yo no quería interrumpir su convalecencia, hacía algún tiempo que no nos veíamos. Pero, todavía de pie, con aquella carta en la mano y la mirada perdida al otro lado del ventanal, me quedé intrigado. En qué podía estar pensando Gabriel, qué podía ser esa «otra cosa» que a mí me debía de importar –«verdaderamente», según él– mucho más que sus lejanos, si bien siempre nítidos, recuerdos de don Ángel, como él lo llamaba, o mister Ángel, como lo llamó más de una vez.

–Así se refería a él un jardinero del campus –me dijo un día–, mexicano como yo, aunque de Puebla. Bromeaban, se reían juntos; nadie lo hubiese creído, ¿verdad? Siempre tan serio, tan tieso… Eso es lo que se decía del profesor Del Río. Pero sólo era una apariencia.

Gabriel me había dado a conocer muchos episodios, había recreado para mí, con una gran plasticidad, el mundo aquel de la Universidad de Columbia en los años cincuenta o sesenta, el río, el invierno, las ventanas de Nueva York con sus luces encendidas en la noche, la pequeña colonia de profesores españoles y sus familias que él conoció en su juventud… A través de él había sabido de cosas que no están en los libros, muchas que pertenecían a la juventud de su profesor, el único entre ellos de quien no se podía decir que fuera un exiliado.

En la confianza que compartieron a pesar de su muy distinta condición (o quién sabe si justamente favorecida por ella), el eminente profesor Ángel del

Río había hablado mucho con su joven alumno, le había contado historias que quizá nadie más conocía en detalle. Ahora, con el que acabaría siendo su mensaje último –extenuado, murió poco después–, Gabriel me lanzaba un interrogante intempestivo. «Pero de eso otro –decía en su carta–, ya nada puedo decirle yo. Es algo que deberá buscar usted mismo.»

Gabriel era misterioso, confiado y cauto a la vez, un hombre al final del camino a quien nada puede dañar. Parecía acumular muchas experiencias, pero también haber preferido una vida oscura, y tal vez pensara que todos la tenían. Después he llegado a creer que, tanto de lo postrero como de lo intempestivo de su mensaje, él mismo había tenido perfecta conciencia.

Así pues, decidí embarcarme en la inquisición de un signo vacío. No tenía ni idea –aunque quizá sí el vislumbre, tenue y lejano, de una claridad de fondo que en nada se parecía a una idea– acerca de aquel supuesto interés mío al que parecía haberse referido Gabriel. Por otra parte, ¿qué podía interesarme aún más que todo aquello por lo que yo le había estado preguntando explícitamente durante más de un año? Las conversaciones, las guerras, las travesías oceánicas, el sol y la nieve de los días, el dolor y las risas, las melancolías y las banalidades de un puñado de gente que él había llegado a conocer bien…, todo eso me lo había servido Gabriel con una limpia exactitud, difuminada por una discreción que parecía de otro tiempo. Lo había recreado para mí con las imágenes que había heredado de su protagonista, el protagonista de esta historia. Pero ¿qué otra cosa podía estar yo persiguiendo –claro que sin saberlo– desde mucho antes de conocerlo, cuando comencé a hacer averiguaciones sobre la vida de aquel célebre profesor español arraigado en los Estados Unidos, cuya existencia individual se había cruzado en numerosas ocasiones con la de personajes históricos, celebridades en las que habían acabado personificados los mitos de todo un siglo, y entre vicisitudes de significado colectivo?

A medida que lo pensaba, la cuestión iba desbordando de aquellos límites personales marcados por Gabriel –«Quizá vaya usted en pos de otra cosa»– para derivar en una pregunta abstracta: ¿cómo podemos saber, sin ni siquiera un atisbo anticipado, que *eso* era lo que íbamos buscando? («Nadie puede amar lo que ignora por completo», escribió san Agustín). Sin embargo, me equivocaba: la dimensión personal del asunto era esencial, sustantiva. De eso me di cuenta pronto.

Cuando conocí a Gabriel, mister Ángel ya no era para mí ningún desconocido. Sabía muchas cosas. Había escarbado en infinidad de archivos digitales, libros, cartas, papeles. Había acumulado recuerdos y confidencias de quienes lo conocieron. Había recibido informaciones y documentos. Tenía ya esbozados largos pasajes en desarrollo de aquella masa de datos. Abonado con todo eso, contemplaba el libro futuro a la manera de un campo provechosamente labrado del que se podía recoger finalmente una buena cosecha. Aun así, yo no era un biógrafo ni un historiador. Esto lo había tenido muy presente desde el comienzo de mi trabajo, pero con la suavidad que lo caracterizaba Gabriel me había hecho pensar en la razón por la que, a pesar de aquella reserva mía, yo me había sentido intensamente empujado a escribir sobre aquel hombre y sus peripecias.

En todo caso, el cráter provocado por la misteriosa observación de su carta parecía muy profundo y por lo visto había permanecido hasta ahora cubierto por una espesa costra de tierra, ramas y maleza. Debía ponerme a desbrozar: de allí podía aflorar a la superficie no ya la cosecha prevista, sino alguna otra que desconocía haber sembrado siquiera. Pero eso me exigía rehacer quizá todo lo que había escrito hasta entonces, volver al punto cero, remontar aguas arriba, convivir con la extrañeza de un texto que de pronto se había vuelto ajeno, caracterizarme, en fin, como un lector.

La carta de Gabriel terminaba con una especie de desahogo lírico, algo hermético, todo hay que decirlo. En su juventud había escrito poesía y parece que lo había seguido haciendo, siempre en secreto, según comentó de pasada alguna vez. Nunca leí un poema suyo. Años atrás y desde Madrid, había seguido enviando sus versos a otro viejo profesor, Eugenio Florit, también poeta, primero a Nueva York y luego a Florida. En Florit suponía una benevolencia a la que su venerado mister Ángel (a quien nunca se atrevió a enseñar sus poemas) no estaba obligado.

«El tiempo –concluía la carta, en el tono de la revelación de una clave cifrada–, igual que el pensamiento y el mar, forma remolinos, tornados. Los nombres y las fechas giran y giran violentamente atraídos hacia el vórtice. En esa locura todo se convierte en desechos, las vidas, las ciudades, los acontecimientos. Lanzados por el movimiento hacia lo alto, algunas de esas partículas centellean en el resplandor de la luz; mientras dure su fulgor parecerán eternas. Otras, la mayoría inmensa, son engullidas y luego forzadas a descender, a descender, a descender…, cada vez más despacio, en el silencio, hasta posarse en la profundidad, invisible, del olvido.»

Un día Gabriel me tenía preparada una pequeña hoja arrancada de una agenda de anillas en la que había apuntado una frase que ahora me parece oportuna. Él mismo la había traducido del prefacio que Hemingway dejó escrito en 1960, en Cuba, para *A Moveable Feast*, que en España se tituló *París era una fiesta*. «El lector –dice la frase–, si así lo prefiere, puede considerar ficción este libro. Pero siempre existe la posibilidad de que un libro de ficción pueda arrojar alguna luz sobre lo que ya ha quedado escrito como hechos.»

Pero tampoco era a esto a lo que se refería Gabriel en su misteriosa carta, así que debía volver al principio y comenzar de nuevo.

CUERPO SIN NOMBRE. ANTONIO, GERARDO, BERNABÉ

1

La cuesta de la calle Caballeros hace una curva que se remansa al final, como en una meseta. Aquí arriba el espacio es diáfano, el amplio vacío del cielo. A la izquierda, la iglesia, la sombra de su compacta torre cuadrada. Un muro bajo, de piedra, circunda el pequeño recinto que da entrada al atrio, bajo los árboles. Y, a la derecha, el arranque de las tapias, de las que sobresalen las lanzas de los cipreses y los pináculos de algunos panteones. Más allá de la verja de entrada, la pendiente se precipita bruscamente y, distantes hacia el sur, se despliegan unos cerros chatos salpicados de encinas, los desmontes, algunas quebradas de color de tormenta o de humo.

El otoño está cerca. Hay casas bajas, no más de dos pisos, muy viejas, que resisten entre las nuevas construcciones. Puertas grises, estrechas maderas que sobreviven. Un balcón abierto deja salir las voces del mediodía, el olor de las cocinas. Los barrios tienen un carácter propio, cada cual el suyo, la privacidad de un alfabeto.

Hace muchos años, cuando era adolescente, me gustaba subir al cementerio del Espino por las fechas previas al día de Todos los Santos. Paseaba entre las tumbas, deambulaba por las calles del patio antiguo, construido en la primera mitad del siglo XIX, entre gruesos cipreses, el cielo, generalmente muy azul; el aire, fresco y puro. Las había, en su mayoría, de piedra gris o blanca, salpicadas

de rosas de musgo, antes de que los mármoles, o los falsos mármoles, se hicieran dominantes. Rejerías oxidadas. Ángeles señalando a lo alto. El río, al otro lado de la colina, era una sugestión, su rumor invisible.

Sabía que allí descansaban los míos, pero no había conocido a ninguno de los enterrados. La muerte, en plena juventud, de muchos de ellos había contribuido a darles, en mi encantada imaginación, un aire legendario. Era feliz. Fantaseaba. Su ausencia llegaba a tener una densidad que los hacía presentes con la misma veracidad de las películas o los sueños. Eran nombres, no tenían cuerpo. No estaban muertos, eran figuras al otro lado de una pared de cristal: hablaban, reían, vestían elegantemente, se movían con gestos gallardos. Toreros, soldados caídos en combate, activistas encarcelados… Yo era el último eslabón de una estirpe egregia, o algo así. Un inconsciente artificio melancólico hacía posible, igual que en un teatro, la presentación de lo imaginado bajo la máscara gloriosa de lo perdido. El sueño y el suelo se comunicaban de algún modo parecido a la magia. Por contraste, a la inmediata experiencia de vivir, a su silencio, le faltaba algo parecido a una banda sonora. Sólo en una armonía inventada podían encontrar sitio y sentido los timbres y los tonos de lo a medias oído, lo soñado, lo que ignoraba por completo.

Entonces yo no sabía nada.

No había visto nada.

No había asistido a ninguno de los hechos con los que se mezclaron las vidas que habían terminado allí.

Mi reino era un campo ancho y azul.

Ninguna de aquellas losas se había abierto ante mí todavía.

No tenía recuerdos. Ningún dolor, todavía.

La brisa traía voces asordinadas de mujeres que fregaban las sepulturas, el choque de los cubos. Al pasar junto a ellas, callaban. El sol, sobre la frente, les

había hecho sudar. Por encima, nubes delgadas que parecían sábanas extendidas o grandes pañuelos.

La pinocha y las pegajosas agallas del gran ciprés, al borde de las calles de cemento, cubren las lápidas, dejan sobre ellas manchas como tumores, con un relieve adherente. Junto a las nuestras, por decirlo así, hay otras, igual de viejas, algunas, de comunidades religiosas –los carmelitas, las siervas de Jesús– o de familias que ya atravesaron enteras el reino del tiempo, las fiestas y los duelos, y cuyos nombres fueron alguna vez tan cercanos a los nuestros como en estas losas dicen serlo ahora a perpetuidad.

Es raro decir *nosotros*, decir *nuestros*: me doy cuenta enseguida. Presiento que este luminoso presente viene a ser apenas el ápice de un continente; el resto del tiempo, enorme y oscuro, se encuentra sumergido a una incalculable profundidad.

La «Familia Del Río Cabrera» –así dicen las letras labradas– está casi al lado, un alto túmulo del que se levantan tres lápidas de gruesa piedra del país, las superficies ásperas, moteadas de líquenes como cabellos de Medusa, de color verde pálido. Estábamos emparentados; yo no los conocí: la tía Valeria, Ángel, Miguel, Josefina… Ángel no descansa aquí. Marchó a América de muy joven, aunque regresaba cada pocos años. Murió allí, y allí está enterrado. Fue un profesor notable, decían. Un sabio. Su nombre se pronunciaba de vez en cuando, aparecía y desaparecía en el aire con la entonación que correspondía a su alto prestigio.

En realidad, todos los habitantes de este hondo y a la vez transparente universo parecían haber sido importantes, igual que capitanes o antiguos héroes, cada uno en su epopeya o en su historia sagrada. Irradiaban un resplandor que perfilaba mi propia figura al contraluz, la creaba, la hacía existir por vez primera sacándola de la confusión de lo informe como un artista da forma a lo que no la tiene.

Había recosido para mi uso relatos entrecortados. La vida se condensaba en el fogonazo de aquellos brillos dispersos, lo mismo que un país entero bajo la fugacidad de los relámpagos. Entre los resplandores había un insondable vacío silencioso. Pero con el resplandor súbito de aquellas antorchas era suficiente para andar el camino; no hacía falta que las historias tuvieran trabazón argumental, ni final, ni principio, ni que las guiara ninguna fuerza del sentido. Tampoco hacía falta que fueran verdad, la representación fidedigna e inerte de lo real a la que llamamos *verdad*. Ahora creo que estaba escribiendo sin saberlo, escribiendo algo por primera vez, sin mesa, sin papel, en el aire. Escribir «como traducir» –mi amigo Santi me recordó que eso es lo que se dice en el *Quijote*–, como si dijera con palabras lo que entonces simplemente me mostraba un dedo que señala, en un gesto deíctico, sin lenguaje.

Pero a los nombres y a las palabras escritas les falta algo también: la sustancia material que sin embargo tiene aquella realidad tácita y muda de la vida, la carne que sólo tienen los cuerpos. Ángel del Río fue muy conocido, y lo fue, sobre todo, entre gente también muy conocida: los profesores ilustres, los escritores, los artistas, los poetas famosos, aquellos linajes descollantes que durante el siglo XX parecieron compartir la gloria con los dioses. Hay muchos libros, los suyos en primer lugar (que fueron muchos): su conocidísima *Historia de la literatura española*, sus estudios sobre el *Quijote*, sobre Jovellanos, sobre su amigo Federico García Lorca. Los testimonios ajenos de su trabajo en Nueva York, en la Universidad de Columbia. Pero hay algo más que no ha podido ser dicho ni escrito, algo que no obstante se cuela por entre las rendijas que dejan las palabras ya escritas, a la manera de los rayos del sol entre las persianas cerradas de un balcón en una mañana de primavera.

Y así comenzó todo, quiero decir, este libro. Escribir, por tanto, para dar voz y cuerpo a las palabras, para que los nombres recobren la carne perdida. Escribir como si transcribiera, pero ahora para rescatar lo que, a pesar de todas

las palabras ya escritas por quienes *saben*, ha quedado en el silencio: el cariz de un semblante; el olor del mar, de los puertos; la euforia y el fiasco de la revolución; el calor de una piel, su perfume; la nieve en la ciudad, la penumbra en las habitaciones tropicales, el fragor de calles polvorientas y lejanas.

2

–Eso es lo fácil –me soltó Santi de pronto, echando por tierra de un soplido lo que yo le estaba diciendo, lo mismo que en el cuento de *Los tres cerditos*. De hecho, se puede decir que yo estaba orgulloso de haber llegado a aquella conclusión y aún más de haberla encapsulado en una frase más o menos pegadiza, así que volví a la carga:

–Lo que quiero es conferir realidad a lo que parece inerte, las informaciones, las fechas, las palabras –dije–. Igual que si el roce de una voz, con el tacto de un ala misteriosa, fuera capaz de hacerlas regresar a la vida y al tiempo. Darles un cuerpo que late.

Me parecía una idea irrenunciable, parecida a un lema, una divisa de lo que me proponía hacer. Lo escrito yace en su necrópolis, como en una partitura. Sólo cuando el intérprete ejecuta lo escrito –me decía a mí mismo– la vida es rescatada. El mundo real, con sus nombres reales y sus hechos, vivía sin música, sin una forma que pudiera salvarlo, una mano redentora. Ésa era la idea de la que me sentía tan ufano.

–Es lo fácil –repitió Santi sin alterarse.

–¿Cómo que es lo fácil? Ése es mi propósito.

–¿Estás seguro? Nuestro deseo más profundo es lo contrario –dijo–: vivir en la gloria, en la plenitud de la leyenda, fuera del tiempo que pasa. Ése es el

fulgor que desprendieron en una época todos aquellos nombres con los que me dijiste que estabas trabajando. ¿Cómo lo llevas? Hace tiempo que no me mandas cosas.

–Bueno, te mandé lo de Puerto Rico. La profesora ha sido tan am…

–Sí, sí, sí… Es verdad. Perdona, perdona, no he podido leerlo, con todos estos líos. –Era la primera vez que a Santi se le olvidaba algo así.

Le había mandado las respuestas de la profesora Pujals, de la Universidad de Puerto Rico, a un cuestionario que le envié tras haber leído un libro suyo –*Un Caribe soviético*– y en concreto el ensayo titulado «El popuchik español: un episodio secreto en la vida de Ángel del Río, célebre catedrático cervantista, 1926-1927». «Me pareció tan novelesco», le había dicho a Santi.

–Pero, si no lo has leído, nada –le dije–. No te preocupes, ya hablaremos cuando lo leas. La profesora va a venir a España y haré lo posible por verla. Viene a recoger un premio o un sello que ha otorgado a su libro una agencia de esas de calidad académica.

–Lo leeré y te digo.

Están los mortales y están los inmortales. Están los cuerpos y están los nombres. Un río de cristal transparente los separa. A esta orilla están las enfermedades, el dolor, todo lo que pudo haber sido y terminó frustrado. Están las tardes de domingo, la luz trasera de los taxis en las noches de lluvia, el alba de los descampados, la soledad, las luces de Navidad en calles desiertas, el recuerdo entrevisto lastimosamente en un sueño. Y, sin embargo, inalcanzable pero con un resplandor que todo lo ensombrece a su alrededor, hay un sol desconocido –otro sol– sobre las hojas que tiemblan, sobre el agua lisa que corre, sobre las promesas. El río es ancho, de roca, las márgenes casi invisibles, pero no exactamente infranqueable. A cambio de una transformación operada por las palabras, quizá ese caudal endurecido permita el paso.

Muchas veces he pensado decirle a Santi algo que luego se me olvida. Somos inconstantes, nuestra atención se desvanece, nos cansamos, necesitamos dormir, igual que los apóstoles en el Huerto de los Olivos. Ahora veo que se trata, en efecto, de dos tiempos, o de dos lugares que vienen a ser, en todo caso, dos tiempos. Más exactamente, dos modalidades de temporalidad. Aunque trabaje con datos reales –y lo anoto para que no se me olvide y pueda hablarlo con él la próxima vez–, las palabras sufren en la literatura (o sea, en la poesía) una mutación que quisiera transformarlo todo en verdadero, en igual a sí mismo, liberado para siempre de su condición de metáfora. La realidad literal de la historia y sus documentos es tan diferente del tiempo de mi novela como los lugares en los que perpetro mis robos (cualquier libro, cualquier papel, cualquier recuerdo ajeno) lo son de este lugar en el que los entrego ahora, aquí, en la otra orilla.

En los últimos mensajes de correo habíamos hablado de Sara Gallardo, escritora argentina, y su proyecto truncado de escribir una biografía sobre Edith Stein. ¿Qué pensaba escribir que no estuviera escrito? ¿Qué pensaba hacer una novelista con los datos que ya se conocen por las biografías? ¿Qué quería hacer con… la verdad? Santi me decía que lo único que podía hacer un novelista o un poeta con las informaciones reales era decirlas. «Sí, decirlas otra vez, repetirlas, aunque ahora –insistió– con la extrañeza de quien no sabe nada, de quien mira desde lejos, a otra distancia, de quien se asombra ante una aparición. Por el contrario, aparentar que sabe lo mismo que los historiadores –me decía Santi– lo convertirá en Bouvard o en Pécuchet, cualquiera de los dos, y ésa será toda su libertad de elección.»

Santiago Muñoz Vila, uno de mis amigos más antiguos, compañero desde el colegio, no era, ni es, que yo sepa, escritor; tiene, o tenía, varios restaurantes, aunque quizá llamarlos así sea demasiado pomposo; no sé si le va muy bien últimamente. Es ingeniero químico, si bien nunca ha ejercido. Pero lo que sí ha

sido siempre es un lector que cultiva ese oficio con el mimo y la atención de un escrupuloso jardinero. Su sueño es que los negocios funcionen solos –de ahí sus numerosos fracasos–, igual que un tren eléctrico una vez conectado a la corriente. Mientras tanto, él se ve a sí mismo leyendo con la tranquilidad que le proporciona el lejano sonido de la locomotora, seguro y constante. En materia literaria me he acostumbrado a escucharlo lo mismo que a otro yo, capaz de extraer de mí lo que pensaba antes sin saberlo. Ese otro yo que resulta necesario para abrir cierto espacio entre uno y uno mismo, que es el propio de los diálogos en su esquema ancestral. Los de Platón. Ante él me veo como un adolescente, flaco, con el pelo rapado, que se acerca a un maestro zen sentado en el suelo con las piernas cruzadas; las agujas de pinocha se clavan en las rodillas, bajo los altos abetos goteantes, en un claro de un bosque neblinoso salpicado de grandes rocas. La irresistible tendencia de nuestro pensamiento a las representaciones.

Me inspira una gran confianza, aunque en realidad nos veamos muy poco. Ha vivido en Alicante, en un pueblo cerca de Santander, en Málaga. Nos enviamos mensajes a menudo; yo le mando lo que estoy escribiendo; me cuenta su parecer, siempre en detalle, con observaciones puntillosas. Aquel último día lo recuerdo bien: estábamos en una pequeña terraza, tan pequeña que se ceñía, con una sola fila de mesas, al espacio entre la pared del bar y una estrecha acera por la que no cesaba de pasar gente. Estaba anocheciendo, los coches esparcían el olor y el humo del combustible, automovilistas cansados e impacientes que regresaban del trabajo. Había un ruido tremendo. Cerca de Atocha.

–Escribas lo que escribas, estarás escribiéndote a ti mismo.

–Santi, no digas vulgaridades. –Yo siempre esperaba de él comentarios iluminadores, cosas inesperadas, extravagantes incluso, que removían cualquier terreno en apariencia seguro.

–No me has entendido –dijo–. No digo que vayas a estar siempre escribiendo *de ti mismo*, sino que te escribirás *a ti mismo*, o sea, que estarás librándote de ti, del que eres en la realidad, para transformarte en otro. En alguien *escrito*. Es el sueño de no ser real, sino celeste, el sueño de convertirte en libro, en fábula. –Y, al leer, decía Santi, pasa lo mismo–:

–Si al lector, por alguna razón, le resulta importante lo que lee es que entonces igualmente se estará leyendo. Estará viéndose recreado, rehecho, en otro tiempo, otro lugar, quizá como siempre había deseado verse sin saberlo. Se habrá librado felizmente de su propia condición, habrá conseguido escapar, olvidarse. Luego –continuó Santi– está la historia de la literatura, o qué sé yo, de la filosofía, pero todo eso es otra cosa. También es otra narración, aunque hecha por obligación profesional y para ordenar el mundo: un fin práctico. Las obras importantes, los monumentos que descuellan sobre los demás, los autores, los héroes… En fin, una leyenda para profesores.

–Te entiendo.

–Mira, ahora mismo, tú y yo somos personajes en un libro que nos contiene, ¿no? Eso me has dicho de lo que estás escribiendo. En tu caso, yo creo que el narrador es uno más entre todos los nombres. Pero, además, eres *tú*. Tienes un cuerpo. Recuerda cómo Cervantes hace notar su primera persona en la primera línea del *Quijote*. Y, Flaubert, en la primera página. Por eso…

–Te entiendo, te entiendo, Santi. Sé lo que quieres decir…

–Al escribir, vas en tu busca, en busca de alguien a quien no conoces –dijo Santi

En mi huida, pensé.

3

Todo está más vacío ahora que ha pasado el mediodía. Al deletrear algunos nombres, se cruzan como ráfagas secuencias de muchas vidas, episodios de distintas leyendas. Cuando alguien parecía haber agotado en una de ellas su papel, saltaba de pronto a otra cualquiera. Pero todo es nebuloso, aparece y desaparece en la luz, velada por una especie de humo.

Al otro lado del patio, frente al muro de la iglesia y casi al pie de la torre maciza, está la tumba de Leonor Izquierdo, la frágil, pequeña, esposa de Antonio Machado, muerta de tuberculosis a los dieciocho años. Era una niña cuando la boda, en Santa María la Mayor, sólo tres años antes. «A Leonor / Antonio», dicen escuetamente las letras de latón sobre la lápida, cortada en un taller de mármoles de la corredera Baja de San Pablo, en Madrid. Flores de plástico, ofrendas de cerámica o de pasta de papel hechas por alumnos de los centros de enseñanza en las clases de trabajos manuales, mensajes de turistas.

Las palomas zurean. Pienso en la creación de sentido que lleva a cabo el deseo. «Todo amor es fantasía; | él inventa el año, el día, | la hora y su melodía; | inventa el amante y, más, la amada…» El corazón desborda los estrechos márgenes que le imponen las cosas como son, la realidad verificada. El amor no forma parte de ella. Si la intención es la de denigrar, a esta obra imaginaria se la suele llamar *idealización*, una actividad mal vista bajo la que se

presume el propósito de urdir una patraña. Pero su fuente es el deseo de más realidad, el de remediar una carencia, el de redimir, con un soplo vivificador, la verdad inerte del mundo. Sometido a la vigilancia de la verdad –la verdad comprobada de los hechos que se guarda en los archivos–, lo imposible se muere de frío. Dar sentido a los nombres con las risas, el rubor y la fiebre, el dolor y la alegría, la sombra bajo un sol implacable… A juicio de la realidad, todo eso es una locura.

Al salir del cementerio vuelvo a atravesar la plazoleta. En los locales comerciales, escaparates funerarios con innovadores diseños de sepulturas, abundancia de óvalos, elipses, surcos dorados sobre superficies negras y pulidas de piedra artificial. Junto a esos establecimientos hay un bar que ha sacado mesas y sillas a la calzada. Hay cocheras abiertas con bicicletas colgadas y pósteres en las paredes: Iron Maiden, Black Sabbath y así.

Por la misma calle de antes, bajo hacia el Collado. El ábside de San Juan de Rabanera, su preciosa orfebrería.

Por mi parte, confío en que todo llegue a ser real de nuevo, en que pueda verse, palparse. Una función sagrada.

Soy el novelista: invento por amor.

Mientras camino por el Collado voy pensando que la inmensa mayoría de esos nombres que he leído sobre las lápidas no significa nada para mí. Forman una multitud confusa, se funden en un magma anterior –o posterior– a la individuación de los seres. Pensarlo sobrecoge con la punzada de algo injusto e infinitamente triste. Están los dioses y los héroes, los grandes campeones, todos vestidos con atuendos esplendorosos. Sus historias no van a desaparecer nunca. Sus nombres sin cuerpo, sus figuras de mármol, de bronce, más tarde de celuloide, ahora de puntos de color, de píxeles de luz. Junto a esos seres descollantes bullen las criaturas de reparto; el tiempo las devora, sucumben a la

enfermedad y a la muerte. Su olvido se parece demasiado a no haber sido jamás. En un sentido cabal, somos todos nosotros.

Recuerdo perfectamente la primera vez que vi morir a alguien. Nunca supe su nombre, ni, por supuesto, de dónde había venido, ni dónde vivía. Por entonces las mañanas de agosto no tenían fin. Hacía calor, el ancho campo del cielo, el túnel verde que formaban bajo sus copas los castaños frondosos, los enormes olmos centenarios. La ladera, poblada de pinos, terminaba en lo alto en una gran pradera despejada coronada por uno de aquellos monumentos de la época, una gran cruz de homenaje a los Caídos circundada por una columnata en semicírculo. Al pie se abría un estanque vacío rematado en la cabecera por un altar de piedra blanca, la misma que la de la cruz.

Debía de estar haciéndose tarde, se acercaba la hora de ir a comer. Sin embargo, algo me llamó la atención. Al pie de la gran pradera, unos setos altos y oscuros rodeaban una pequeña rosaleda de trazado geométrico abrasada por el sol; adosados a los setos había algunos bancos de piedra sin respaldo, unos simples bloques tallados en la roca gris. Un grupo de dos o tres personas tendía sobre uno de ellos el cuerpo de un hombre. Le abrían la camisa, le hacían mover los brazos. Una de las personas que le socorrían se marchó corriendo; la gente se detenía al verla pasar, giraba la cabeza. Al acercarme, vi que el hombre acostado sobre la piedra era mayor. Parecía muy frágil, vestía de negro. Tenía los ojos cerrados, estaba completamente inmóvil.

Entre quienes asistían al anciano había otro hombre mayor de hombros muy anchos, cuadrados. Su estatura era muy corta, como si le hubieran cortado algún segmento del cuerpo y el resto hubiera acabado por formar una nueva figura. Con este hombre, siempre vestido con traje y corbata, me crucé luego por la calle muchas veces, durante años. Al verlo, recordaba de nuevo. Él se quedaba mirando, pero estoy seguro de que no sabía quién era yo ni la razón por la que parecía sonarle mi cara.

Pero es un recuerdo extraño. Cuando regresa, lo hace mezclado, por alguna razón que desconozco, con un cuento de Maupassant. Cuerpos sin nombre y palabras sin cuerpo. La vida silenciosa y las palabras escritas. Los estratos acumulados de los recuerdos no dejan de moverse nunca, imperceptiblemente. En aquel relato encantado, un personaje –que es un lector, además– tiene por costumbre acudir cada día, muy temprano, al Jardín de Luxemburgo. Entre los arriates y los setos y el zumbar de las abejas, una mañana lo sorprende la presencia de un extravagante anciano que parece salido del siglo XVIII: zapatos con hebilla de plata, levita, sombrero de ala ancha. Pasados unos días, el lector comprueba que junto a aquel personaje también ha aparecido una anciana y que ambos han formado pareja para bailar un ingrávido minué. *Minué* se titula el relato.

4

Tardes de finales de septiembre. Horas átonas. Después de un verano tumultuoso, los grupos familiares y las incesantes voces de los turistas han desaparecido de este centro urbano que se reduce a unos cuadros de manzanas a ambos flancos del Collado, la columna vertebral de la ciudad vieja. La población digamos que autóctona parece haber reaparecido más o menos cautelosamente. La ruta de los recados, el recorrido de las visitas. Todo se vuelve a oír con nitidez. Las palomas, sus buches inflados como globos, en lo alto de los aleros.

Durante los últimos veinte o treinta años la ciudad ha sido objeto de una renovación más profunda y rápida que la de ningún otro período histórico, seguramente. La sociología, en esto, importa. El campo de toda esta extensa provincia se ha despoblado en favor de la capital. La población de nuevo cuño, sin memoria, propiamente, de la ciudad que habita, encuentra su perfecto reflejo en el mobiliario urbano, la programación municipal del ocio y la desvitalización del casco histórico. Todo está entrelazado.

No me detengo en los monumentos venerables, sino en los lugares en los que, hasta hace relativamente poco, era posible reconocer los restos, familiares y precarios, de un siglo atrás. La poesía de los rótulos comerciales, los almacenes, los portales sin inquilinos, sus puertas, de madera del color de la

intemperie. En muchos de esos pisos pequeños y oscuros hubo alcobas sin ventanas, suelos embaldosados con losetas hidráulicas; las escaleras, gastadas y blanqueadas por la fricción constante de la arena y la lejía.

Era como estar ante testigos.

Ahora la ciudad tiene un estadio. A las afueras, un centro comercial, polígonos industriales, grandes superficies. Restaurantes de postín, con exclusiva clientela de viajeros gastrónomos. Pequeños hoteles. Los grandes cines ya desaparecieron. El centro es peatonal casi por completo. Hay una ciudad subterránea: un colosal aparcamiento oculto a la vista.

Sobre la muralla medieval se apoyaban en hilera, formando las calles, pequeñas casas de una planta, o de dos, también sobre los flancos de ciertas iglesias; en los muros, ahora despejados, han quedado las muescas excavadas sobre las que descansaron los machones de las techumbres.

Al atardecer corre un viento áspero. El sol se retira por encima de los tejados. ¿Qué pudo encontrar aquí, a su llegada, el viajero de hace un siglo?

Las calles Real y Zapatería vierten hacía el río entre orillas de casas minúsculas y portadas de palacios –caserones, más bien– irreconocibles aunque todavía habitados. Las tejas hundidas, sobre las que crecen los hierbajos, de casas en las que viven ancianas despeinadas que en invierno salen a la calle para encender los braseros de cisco; con un cartón avivan los rescoldos. Es una ciudad decrépita. Las ruinas dejan que el viento sople sin diques, proliferan por los cuatro costados. De las treinta y cinco viejas parroquias medievales, apenas quedan unas pocas iglesias; el resto las han derruido o se han derrumbado solas.

Puedo recordar vestigios de esa ciudad: su vejez duró mucho tiempo.

Un gobernador civil, León del Río –León del Río Fernández de Bobadilla– fundó y dirigió *El Conservador* (la ciudad tenía, eso sí, numerosos periódicos y revistas, muchas veces vistos y no vistos) y en 1906 se lamentaba en sus

páginas por la pérdida del viejo esplendor, a la manera en que suele hacerlo la extraordinaria imaginación de los conservadores: el glorioso pasado –su novela–. «De los palacios –decía el señor Del Río– y de las casas señoriales desaparecieron para no volver sus nobles poseedores, y unos están en ruinas y otros convertidos en oficinas públicas, posadas, carbonerías, casas de vecindad…»

La muela del castillo en lo alto, los postigos derribados, los conventos. La nobleza propietaria de la tierra había abandonado la ciudad. No muchos más de siete mil habitantes. Algunas fábricas de chocolates y de harinas que no daban para considerar la existencia medianamente relevante de una clase obrera. Aun así, desde que, al año siguiente del artículo del gobernador, el poeta Antonio Machado se hizo cargo de la cátedra de Francés del Instituto, llama la atención que no diese una conferencia en ninguna institución estamental, sino en la Sociedad de Obreros, pocos días antes, precisamente, de su boda con la niña Leonor, hija de su patrona. El Instituto General y Técnico ocupaba el edificio construido tiempo atrás por los jesuitas, con su característica intención escénica. En el mismo Collado, frente a la calle que sube al Instituto, estaba la casa de la familia Del Río. Ángel y Miguel, los hijos del gobernador, conocieron al poeta en el instituto; Miguel fue alumno suyo.

Antonio Machado llegó a Soria el 30 de abril de 1907, poco después de que amaneciera. El tren había tardado once horas desde Madrid; a mitad de camino hacía una parada inacabable en Torralba, un pequeño pueblo de Guadalajara, para un trasbordo. En otras latitudes se podía hablar ya de franca primavera. A los pocos días, tras arreglar los papeles de la toma de posesión, se marchó a Madrid y volvió definitivamente al comienzo del curso.

El ferrocarril era uno de los asuntos fijos en las conversaciones de las tertulias, también en las promesas de los representantes políticos. En realidad, ningún tren comunicaba la ciudad con otra capital directamente. La estación de

San Francisco, en las afueras, al hilo de la carretera de Madrid, fue la que encontró Machado al llegar. Desde allí debió de tomar algún coche que lo llevara al Collado. A la izquierda, los cercados de las huertas; al fin, la plaza del Campo –desde los años cincuenta, plaza de Mariano Granados–, el puro centro de la ciudad. Aquí tuvo que ver los restos vallados de uno de aquellos palacios arruinados, el de los marqueses de la Vilueña, devorado por un incendio diez años antes. El solar se encontraba aún sin edificar, en gran parte por las trabas de los dueños. El Ayuntamiento se proponía abordar el ensanche y con él la modernización de la ciudad desde aquel punto exacto.

Machado vio la puerta de piedra de la Dehesa, el amplio parque de recreo, todavía con zonas de pasto y eras de trilla, bautizado (en vano) dos años antes como alameda de Cervantes, cuando la conmemoración del centenario quijotesco. En lo alto de la Dehesa está la pradera en la que murió aquel hombre sin nombre y la rosaleda del minué de Maupassant. También aquel año de 1905 habían comenzado las excavaciones de la antigua –de la *heroica*, suele decirse todavía– ciudad de Numancia, dirigidas por un sabio alemán, Adolf Schulten, discípulo de Mommsen y de Wilamowitz-Moellendorff, con quien polemizó Nietzsche. El de Numancia era otro de los tres asuntos dominantes en los cafés y en las encendidas discusiones de las pequeñas élites. Un nombre mítico, al que se quiso hacer tomar tierra real. Algunos paisanos se sentían descendientes directos de los celtíberos que, según decía la narración legendaria, habían resistido a Roma sin rendirse hasta morir y propugnaban ahora el cambio de nombre de la provincia entera por el de la ciudad inmolada. El orgullo y la conmiseración, la altivez y el sentimiento de inferioridad mezclados en una extraña amalgama.

A finales de septiembre, el roquedo en torno a la ciudad había perdido ya los reverberos verdes que el poeta recordaba de su viaje anterior, en primavera. El curso comenzaba. Antonio Machado registraba en el sensor de su ánimo el

cambio de estación. En aquella sintonía, el alma canta casi en silencio, así lo atestiguaban los versos de su primer libro –*Soledades*– y los que estaban a punto de publicarse en el segundo, *Soledades. Galerías. Otros poemas*. Algunos eran trasunto de aquel primer contacto con Soria. Había conocido las riberas del Duero, los cerros plateados, las laderas en flor de mayo. Ahora escuchaba la crujiente canción de los álamos. La incesante desaparición de todo y su resurrección a cada primavera bailaban al compás de un balanceo inacabable, dominado hoy por la esperanza, mañana por la desesperación.

Muchas de sus opiniones causaron extrañeza; otras, repudio o burla. No suspendió a ninguno de sus alumnos: sus calificaciones eran arbitrarias. En realidad, no les enseñaba Lengua, sino Literatura Francesa. La carnavalada con la que algunos hijos de familia saludaron su boda a las puertas de Santa María Mayor le produjo un disgusto profundo. Es un viejo verde, dijeron, y ella una niña. Las afueras silvestres despertaban en él mucha más simpatía que las calles o los cafés concurridos. Cuando quiso encontrar una visión positiva de la ciudad, la vio iluminada por la luna, en las plazas desiertas.

No se relacionó con mucha gente. Tomó con distante ironía las disputas del claustro de profesores. Tuvo cuatro amigos, entre ellos un compañero de pensión, el cirujano Mariano Íñiguez, y otro profesor de Francés, Emilio Aranda. Pero por encima de todos estaba José María Palacio, el periodista a quien va dedicado el maravilloso poema que tituló con su nombre. Pasaba muchos ratos en la biblioteca del instituto ojeando libros antiguos; allí coincidía con un pordiosero que entraba a calentarse y a quien llamaban el Tufa. Cuando retrató con crudeza y realismo a los criminales y a los labradores que habían talado los bosques, el orgullo local se dio por aludido. Camino del instituto, en la pensión de la calle Estudios que regentaban Ceferino Izquierdo, un antiguo guardia civil, y su mujer, Isabel Cuevas, oía hablar de los crímenes, los espeluznantes crímenes cometidos, en su mayoría, en el campo. Durante

los pocos años transcurridos del nuevo siglo los asesinatos se acercaban a cien, parricidios escalofriantes, muchachas cosidas a puñaladas, la venganza sobre el alcalde de un pueblo. Él se cruzaba en la calle con caras pálidas, ojos encendidos. Las conversaciones en las cocinas se detenían en los detalles.

Es el nombre del primer numen inmortal con el que me encuentro, el primero grabado con letras de oro en el reino mitológico de los poetas. El cielo de la literatura, su Valhalla. Ángel del Río –el nombre del escriba y del cronista de aquella gloria ajena– los conoció a todos, los estudió, los clasificó, graduó su rango; lo vio todo desde la oscuridad, al modo del acomodador en el cine de las estrellas, el fotógrafo que revela en la roja noche del estudio las imágenes tomadas en el estadio olímpico.

La casa de la familia Del Río, en medio del Collado, fue derribada en los años setenta para levantar una nueva edificación a la que se agregó el espacio de la colindante. Era muy estrecha, se aprecia bien en su única fotografía, de sólo dos plantas o, mejor dicho, de tres, aunque el primer piso quedaba retranqueado en el interior del soportal. El de don León del Río sobresalía encabalgado a unos pilares más altos que los del resto de la calle. Un piso alargado, profundo, con muy poca luz, con ventana de fondo a un patio trasero y un solo balcón en la fachada: ése era el único hueco abierto al exterior. Arriba estaban las carboneras y los desvanes. En esta casa, que hacía el número 49 de la que se llamó por un tiempo calle de Canalejas, nacieron todos, primero Josefina, la hija mayor, a la que sucedieron Leoncio y Juan José, muertos en la infancia. Por eso entre Josefina y los dos muchachos que vinieron después, Miguel y, finalmente, Ángel, pasó bastante tiempo. De niña, Josefina sufrió una aparatosa caída por las escaleras y se rompió la cadera, algo que la marcaría para siempre.

Hubo épocas en las que allí vivía mucha gente, los hermanos de don León, Apolinar y Juana, y una hermana de su mujer, Andrea, por la que doña Valeria

Cabrera, la mujer del gobernador, pleiteó frente a un excuñado. También vivían allí las sirvientas Josefa Frías, una muchacha muy joven, y María Vallejo, que era viuda. Los chicos estudiaron también algunos años del bachillerato en Castellón y Cáceres, acarreados por los cargos políticos de su padre. Todo lo he leído en papeles que se deshacen.

5

La tía Herminia tenía noventa años cuando murió. Era la última persona que podía, con una voz presente, dar cuenta de los rostros, de las frases pronunciadas ante ella. Todo había desaparecido, pero existía aún ese hilván postrero, y recuerdo alguna de sus respuestas, siempre entonadas con la coquetería de quien simula estar haciendo una declaración a regañadientes.

–¡Uy, vete a saber! ¡Pues no hace años de eso!

–Bueno, sí, pero te acordarás de algo…

–De lo que me acuerdo es de que no vienes a verme nunca. Ni me llamas ni nada de nada. ¡Qué me voy a acordar yo!… Siempre fui el último mono.

Era verdad, aunque también supo aprovecharse de eso, por ejemplo, para escabullirse de todas las responsabilidades graves. Siempre fue un ser libre. Su real gana.

–Antonio Machado tocaba la guitarra –le dije una vez. No era una pregunta.

–¿La guitarra? ¿Machado? –Los ojos de la tía Herminia me escudriñaban. Tejía algo con unas agujas largas y un ovillo de lana verde que había echado a rodar por el suelo–. No tenía mucha pinta de guitarrero que digamos.

–Pero si tú no lo conociste…

–No, yo no lo conocí, pero nunca oí eso. Más bien todo lo contrario. Un hombretón así, con su corpachón grande, como de señora, cachazudo, callado.

Eso decían. Poco de alegrías, vamos. No me pega que tocase la guitarra.

El silencio de la noche en la calle Estudios, también de camino al instituto, el piso de recién casados. Al fondo de la calle, la débil luz de una taberna. El balcón está abierto. En el comedor hay gente sentada en redondo, sobre sillas torneadas de patas negras y respaldos de cuero troquelado. Las notas de una copla.

–Y, de ellos, ¿te acuerdas?

–¿De quiénes?

–Te lo estoy diciendo: de la tía Valeria.

–Era muy encopetada –dijo–. Íbamos a su casa el día de Reyes. Nos daba un duro a cada una. En invierno, salía al balcón y gritaba a los carboneros que atravesaban el Collado con sus mulas: «¡Buen hombre! ¡¿Podría usted portar sobre sus omóplatos veinte kilos del combustible vegetal para hacerlos llegar al último recinto de mi vivienda?!». No sé si será verdad, pero todos lo repetíamos.

El invierno y la nieve, gris, sucia, sobre los adoquines. El chapoteo de los hombres, cubiertos con capotes y zamarras, y las bestias, con los serones a cuestas cargados de carbón. Las voces, que detenían la reata.

Los chavales acuden corriendo a las clases. Se los ve desde el balcón: unos lanzan a otros las pesadas carteras de piel de cerdo.

–¿Y ellos?

–Eran sobrinos del padre, de tu abuelo. –Yo ya no esperaba más respuesta–. Ángel y Miguel. Y Josefina, la coja. Del primo Ángel no me acuerdo. Estaba en América, venía a veces, pero yo no me acuerdo. De Miguel, sí. Fue mi padrino de bautizo.

–O sea, que eso sería… ¿1927?

–¿Por qué lo sabes? –saltó dando un respingo.

Ya en aquella época la ciudad, miserable hasta entonces en sus casas y sus calles, había cambiado mucho: los pavimentos, el agua, la luz. Otro poeta, Gerardo Diego, había llegado en calidad de profesor al mismo instituto en abril de 1920 y ya se había marchado. En torno a él formaron peña un puñado de jóvenes modernos, poetas también casi todos, o intelectuales, o políticos, cultos y alegres. Todo era distinto. Tras el verano de aquel año, Diego regresó a la pensión de las Isidras, en el mismo Collado, con una maleta llena de proyectos que sus nuevos amigos ya esperaban con fervor. Algunos habían sido alumnos de don Antonio: Mariano Granados, José Tudela, Gervasio Manrique, los hermanos Del Río.

Bernabé Herrero, el más joven, fue uno de los más cercanos a Diego, no sólo durante los dos años en los que éste vivió en la ciudad, sino en los que siguieron después. Por ejemplo, se ocupó en Sigüenza, donde ejercía en Correos su puesto de oficial, de imprimir *Lola*, un suplemento satírico que acompañaba a la edición de la otra revista seria, *Carmen*, que el famoso poeta había fundado. El apocado y frágil Bernabé Herrero encontró en Gerardo Diego a quien necesitaba su íntima y retraída inocencia para eclosionar como poeta él mismo. Escribió versos musicales y precisos, de una gracia inocente, popular, y de una ingravidez matinal y sonora que recuerda la de los cristales. En 1996, el Instituto Valenciano de Arte Moderno dedicó al ultraísmo una gran exposición. En el catálogo encontré por primera vez la reproducción íntegra de una fotografía que se había difundido bastante hasta entonces en su versión mutilada. Supe al verla que, delante de la cámara, junto a las verjas del Jardín Botánico de Madrid, en un día de los años veinte, no sólo estuvieron juntos Juan Larrea y Gerardo Diego, viejos amigos desde los Luises de Bilbao, según hacía saber por lo común el pie de esa imagen, y habitantes ambos del nuevo olimpo literario, sino que con ellos había un tercer personaje: Bernabé.

Esa exclusión refleja bastante fielmente la historia de su vida: es una supresión que la simboliza.

Bernabé dedicó a Juan Larrea su libro *Tonadas del camino*, en 1926, y a Diego, *Emociones campesinas*, en el año anterior. No puedo saberlo, pero quizá los reunió a los tres una conferencia que la historiografía de las vanguardias ha hecho famosa, dictada en el Ateneo de Madrid por Vicente Huidobro –otro de los héroes de la nueva épica– en diciembre de 1921. Los automóviles en la puerta del hotel Palace, el terciopelo y el charol de Huidobro. De hecho, fue entonces cuando Larrea y Diego conocieron en persona al nuevo sol incandescente del firmamento de los poetas. Tal vez para Bernabé sea una fecha demasiado temprana –no puedo saberlo–. Los tres sonríen un poco, Bernabé está algo apartado, como solicitando tímidamente su admisión en el trío. El traje, de raya diplomática, resulta demasiado entallado; el cuello de la chaqueta se le levanta por detrás de la nuca; los pantalones, demasiado anchos.

Mientras los campeones de la epopeya literaria preparaban sus respectivas oposiciones, Diego se detuvo un día en Bilbao para dar a Larrea una noticia de suma importancia: había aparecido el ultraísmo. No podían perder ese tren en marcha. A Diego le preocupó siempre mucho (mucho más que a Larrea) este aspecto ferroviario de la carrera poética, las estaciones, el itinerario, la puntualidad, sobre todo. A pesar del cariño sincero que le profesó siempre, llama la atención que no contara con su íntimo amigo, el poeta provincial Bernabé Herrero, para ninguna de sus operaciones de armazón de la leyenda de la nueva literatura, sus antologías y sus revistas. Pero seguramente la razón estaba ahí, en la poca rentabilidad que ofrecía Bernabé para la escritura de la Historia, para la nueva mitología. El triángulo Diego-Huidobro-Larrea fue muy puntual en sus llegadas a las estaciones convenidas. Bernabé se limitó a hacer algún tramo de la ruta a bordo de un viejo vagón, hasta quedar varado en un apeadero.

El otro arte que Diego practicaba, aunque sin esa urgencia, era la música. Era habilidoso y delicado al piano. Su pequeña figura de joven árbol frutal, ligeramente vencida sobre el teclado, reflejada en los espejos. Conocía tan bien la historia de la música como la del teatro, así que durante aquellos dos años escolares promovió un curso de historia de la música de piano y otro de historia del teatro español, con charlas y representaciones. Veo las fotografías de un Diego en jubón y calzas de espadachín, y las de los otros poetas locales, Bernabé, Granados, con un vestuario llegado del Teatro Real. Las fotos de las alumnas, entre ellas Antoñita Izquierdo, la hermana de Leonor.

Otro de los amigos provinciales de Diego era un maestro nacional llamado Gervasio Manrique. Pero no se trataba de un simple maestro de pueblo, aunque también lo fue de varios y en todos dejó su huella. Manrique era un especialista que conocía de primera mano las pedagogías modernas. Había viajado por las universidades de Europa pensionado por la Junta para la Ampliación de Estudios. Cuando Diego comenzó a tejer otra de sus maquinaciones, la del tercer centenario de Góngora –sobre el que se proclamó la célebre Generación del 27–, Gervasio Manrique le ayudó mucho. Pero su nombre no lo conoce nadie y no aparece en ninguna de las cartas cruzadas entre las celebridades, entre los paladines. Tan sólo una mención de Diego lo consideró el *pregonero* en una de aquellas *performances*, entre pedantes y gamberras, previas a la reunión y la foto de Sevilla, bajo cuyo resplandor fueron finalmente coronados los héroes de la leyenda. Pero a Manrique no lo convocaron al festival de la fama.

En realidad, ninguno de los amigos de Gerardo Diego residía en Soria. Eran jóvenes, se abrían camino en sus profesiones respectivas. Cuando regresaban de vacaciones ponían manos a la obra que se le hubiera ocurrido a Diego o a Mariano Granados, otro poeta provincial que acabaría presidiendo una sala del

Tribunal Supremo y, luego, en México, el Tribunal de la República en el Exilio, que también existió.

A Granados se debió la fundación, en 1922, de *La Voz de Soria*, un periódico liberal en el que todos colaboraron. También fue cosa suya un semanario satírico, *La Cotorra* –subtitulado «Periódico de Altos Vuelos»–, que aparecía los domingos con escarnios disparados a lo más vetusto de la ciudad, por más que hoy resulten bastante ñoños. Poco después de la marcha de Machado, Granados ya había fundado, en 1913, otro periódico satírico, *El Ruiseñor*, al que alentó don Antonio y en el que colaboró un jovencísimo estudiante de bachillerato: Ángel del Río.

6

Las mañanas de julio son frescas a primera hora. Es muy temprano. El aire parece envuelto en una promesa. A pesar de su repetición, la irrupción del verano después de un invierno larguísimo resulta un acontecimiento que no deja de sorprender aquí. Mariano y Bernabé han sido los primeros en llegar y esperan a los otros. El viejo Ford T, bastante destartalado, había sido capaz dos años antes de llevar a los amigos en otra excursión parecida, y también lo sería ahora, según había dicho Granados, el conductor y dueño del coche. Ya era magistrado de lo Penal. Su primer libro de poemas acababa de aparecer; se titulaba *Las novias*. Versos viejos. Era flaco, moreno, nervudo, con una exagerada y fanfarrona manera de reír. Sentía tanta atracción por la poesía como por la política.

–Se me hace mentira –dice Bernabé–. Han pasado tantas cosas que no parecen caber en dos años.

–Todo va a escape… El tiempo se ha acelerado. ¡Hay que correr, Berna! –dice Granados echándole el brazo sobre los hombros. Bernabé queda medio oculto entre la efusiva humanidad de su amigo.

Luego, Mariano da vueltas alrededor del coche igual que si estuviera revisándolo. Es de color crema, grande, con dos filas de asientos interiores además del puesto del conductor, defendido del exterior por una pantalla de

cristal. Al rematar una vuelta completa, toca la bocina, de caucho, por ver si los demás la oyen y se apuran.

–A este paso, vamos a salir a las tantas.

La ciudad duerme todavía. Apenas han pasado por la plaza unos mozos de cuerda, los operarios de la estación, un carretero.

–¿No nos dejará en la cuneta? –pregunta, temeroso, el Berna.

–Hombre de poca fe…

–¿Has dicho de poca o de roca? –Bernabé hacía sus pinitos. Sus gracias eran de este tenor.

–¿Es que no te acuerdas del día de Silos, cómo se portó?

–¿Cómo no me voy a acordar? Fue memorable. Pero hoy somos muchos. Y eso que no está Ángel. Una pena. ¿Qué sabes de él?

–Nada –dice Mariano, amigo y vecino, además, de los hermanos Del Río–. Bueno, nada, no. Que no para de viajar. Me encontré con su hermano, Miguel, hace unos días. Me dijo que ahora se iba a Florida, a la universidad, casado y todo. Aunque… no sé.

–¿Qué es lo que no sabes? –Bernabé levanta la cabeza para mirar a los ojos a Mariano. Éste retira la mirada.

Como surgidos de la tierra, de pronto llegan los demás: Blas Taracena, Virgilio Soria, Pepe Tudela… Parecen disfrazados. Sombreros de lona, medias gruesas, botas con clavos. Han visto fotografías de exploradores. Las diferencias eran muy acusadas en la ciudad. Los pocos obreros organizados se reunían en el Café del Recreo y en la Sociedad de Auxilios Mutuos. Mariano y Bernabé se sentían cerca de ellos, aunque de manera muy distinta. Estamos en 1926.

Dos años antes y en una excursión parecida, los tripulantes del Ford sólo eran cuatro: Mariano Granados, Bernabé Herrero, Gerardo Diego y Ángel del Río, este último ya con su doctorado, concluido en Estrasburgo. El plan había sido

el mismo: alcanzar, lo mismo que Machado, las altas fuentes del Duero, las montañas de Urbión. Las lagunas heladas. Sin embargo, al llegar al límite de la provincia de Burgos, les pareció que el coche andaba con fuerza suficiente para acercarse a Salas de los Infantes, un punto legendario de la vieja Castilla. Llegaron allí sin incidentes. Las calles desiertas: la gente en el campo, con las faenas; el olor a humo y su impresión, incongruente y cordial, en la mañana de verano. La confianza los animó a más. Se acercarían al monasterio de Santo Domingo de Silos, para lo que debían dar un buen rodeo por Covarrubias. Las cosechas, ya crecidas, ondeando sobre las suaves lomas. Alcanzaron el monasterio al caer la tarde, visitaron el claustro, acordaron el alojamiento y lo volvieron a visitar de noche, con el permiso de los monjes. El frío de la piedra, los ojos sobresaltados en los capiteles, bajo la luz metálica de la luna. Ángel estaba emocionado, a pesar de su temple. «Eres frío, Angelito», le decían los amigos. Al regresar a la celda, Gerardo Diego escribió un poema al gran ciprés del claustro, objeto de su contemplación nocturna, y se lo dedicó. Es el poema más famoso de Diego. Las palabras más famosas del poeta famoso: «A Ángel del Río».

Ahora el aire entraba a raudales por las ventanas abiertas y ahogaba las voces que intentaban imponer sus frases, las de Granados, sobre todo, que gritaba y gesticulaba girando hacia atrás la cabeza.

–¡Tú, calla y atento a la carretera! –le decía Pepe Tudela a carcajadas. También Tudela había comenzado una carrera intelectual prometedora; sobre él y sus erudiciones había escrito un artículo Ortega y Gasset en su serie «El Espectador»: «Pepe Tudela vuelve a la Mesta». Su curiosidad abarcaba muchas cosas.

Esta vez iban apretujados, Bernabé casi comprimido, en silencio entre la algarabía, como si se hubiera alejado de allí. Por alguna razón creía que Mariano sabía algo más de la suerte de Ángel del Río en América que no le

había contado. Él estaba al tanto de las amistades de su amigo en Madrid, no sólo de los poetas de la Residencia, sino de Juan Andrade y del lío aquel de los terceristas y el nuevo partido y Rusia, y todo eso. A pesar de que todos eran republicanos, él asistía a los acontecimientos de actualidad con fervor y prevención simultáneos. Los aspavientos revolucionarios del mismo Granados los consideraba algo postizos, de joven elegante.

El Ford marchaba alegremente. Habían llenado con cestas de víveres y botellas de vino el espacio para bultos al que llamaban el *ahí-te-pudras*. También echaron una parrilla de alambre, para las chuletas. Al salir de los baches, las cabezas se golpeaban con el techo. Reían. La juventud, la ilusión; nada los incomodaba. Nada los separaba. Dejando los labrantíos y las cañadas a la espalda, el coche fue internándose por la carretera del valle del Duero, camino de Vinuesa. Espesos montes de rebollos y pinos parecían abrirse y cerrarse de nuevo tras su paso, parecido al avance de una tuneladora. Las ramas de los fresnos y los alisos se cernían sobre la plancha, negra y lisa, del río, rozando la piel del agua. Barrancos, cercas de piedra, altos claros con algunas majadas. El interior del coche se llenaba del frescor de las fuentes, ocultas en la umbría.

En parte por la duración del viaje y en parte por el encantamiento, se habían callado. Cada uno iba absorto en una imagen. Era fácil sospechar, laderas arriba, la carrera de las corzas con sus crías, las nutrias en la orilla, el mundo escondido.

Virgilio Soria, telegrafista y también poeta, sería el cocinero. Se apearon del coche haciendo crujir los huesos de las rodillas. Era un llano despejado, al salir de Vinuesa. Habían dejado atrás las antiguas casas, recorridas por balconadas de madera; los escudos, los artesonados de los aleros. Dinteles con fechas de mil setecientos, las chimeneas con remates de maderas talladas. De allí salieron muchos emigrantes hacia América. Tudela sabía bien la historia y la contaba con nombres propios y episodios exactos.

Las sierras tenían al frente un tono de acero azulado. Desde arriba se veían las carretas al pasar por el puente, cargadas de largos troncos rectos, albares.

Juntaron ramuchos de sabina, algunos muy retorcidos, para la fogata. Pronto comenzarían los pinares más densos, las profundas quebradas, los peñascales hacia las gélidas lagunas. Hacía calor, el calor de las montañas al mediodía.

Colocaron en círculo unas piedras grandes y redondas, en la forma de un llar, y Virgilio prendió unos papeles y unas astillas. Bernabé volvía del río, de lavar unos tomates. La carne soltaba gotas de grasa que chisporroteaban sobre las brasas. Comieron a la manera de los pastores, de pie, cada cual sosteniendo en la mano un palo afilado con la navaja. Mariano cortó de raíz algunas intentonas de sestear bajo las sombras. No había tiempo que perder. La subida al puerto de Santa Inés era ardua, y había que pensar en la vuelta antes de que la noche se echara encima.

En torno al puerto se agolpaba un pequeño caserío. Chimeneas con un humo delgado, un hilo de seda. Un zagal cuidaba de un hato de ovejas. El chaval se aturulla un poco cuando le preguntan, pero acaba ofreciéndose a acompañarlos hasta las fuentes de Urbión, un rato, por lo menos.

El atuendo de los intelectuales incluía para la excursión ropas de pana, pantalones bombachos, bastones con cantonadas de acero. El chico, resistente y flexible, su fibra elástica adaptándose al relieve, enseguida les toma la delantera. Caminan por senderos tortuosos, bordeados por precipicios o por profundos bosques de pinos con el piso cubierto por los helechales. Se ven las huellas de las tormentas. A veces asoman de la tierra raíces endurecidas y rozadas por otros pasos, los peldaños de una escalera natural. Al alcanzar el circo de rocas que la rodea como una muralla, recuerdan la subida de don Antonio a la Laguna Negra y su romance, patético y sombrío. En la cumbre, hay manchas de nieve. Los pinares son oscuros, dorados en lo más profundo.

En un calvero, el muchacho se detiene y les habla de la Laguna Verde. Gervasio Manrique, experto en folclore y en tradiciones antiguas, les había despertado a todos la ilusión de alcanzarla durante el viaje. Es más secreta, más misteriosa, dijo. Cuando el chico la ha mencionado sus ojos han brillado. El pequeño pastor dice que su abuelo contaba una historia. La orilla de la laguna está bordeada de árboles formando una corona. Tiene un aspecto calmado y no infunde la lúgubre inquietud de la otra, la Negra. Han hecho un corro alrededor del crío.

Hace siglos vivía por aquí una pastora muy hermosa. Era conocida por su alegría, siempre cantando. Tenía los ojos verdes. En una aldea cercana vivía otro pastor que también tenía la costumbre de cantar, aunque él con una voz más fuerte y amplia. Cuando se encontraban competían con sus canciones mientras cuidaban de sus rebaños. Un día, por la época en la que era preciso apartar de las ovejas a los corderos, decidieron dirimir su rivalidad. Los cantos del joven acallaron con su voz tonante los de la zagala, y todos los corderos, los de uno y los del otro, acabaron marchando con el pastor. La pastora abandonó los prados y se acercó a la orilla para suplicar al hada de las lagunas que la convirtiera en sirena. Se internó en el agua hasta que ésta tomó el color verde de sus ojos. Hay noches, noches con luna, en las que se la oye cantar, dice el chaval. Es triste. Un lamento.

Gervasio ha sacado del bolsillo de su chaqueta un lápiz y una libreta de hule verde.

–Espera, espera… –Una palabra del chico le ha parecido que destellaba de repente.

–¿Lo qué? –pregunta el muchacho.

–Sí, que ¿cómo has dicho…?

–No sé…

–Sí, hombre… Lo de antes.

–Que la helera les mancaba…

–¡Eso!

–Es una hierba –dice el chico–. Hay que tener cuidado con ella: los animales pueden enfermar. El abuelo decía que los corderos de la pastora la habían comido. Pero no era eso: se fueron con él por los cantos del pastor.

–*Helera*.

–Sí.

JUAN Y MARÍA TERESA, LEÓN, BERTRAM

7

Eran dos papeles idénticos: parecía un duplicado. El enunciado, el interesado, el firmante, todo se repetía, además del membrete de la institución, claro. Todo, salvo las fechas. Tomás Navarro Tomás, un eminente investigador de la fonética experimental y elemento clave en la sección filológica del Centro de Estudios Históricos que había fundado en Madrid don Ramón Menéndez Pidal, pone en conocimiento del secretario de la Junta para la Ampliación de Estudios, don José Castillejo, que se ha propuesto al señor don Ángel del Río «para desempeñar el cargo de lector de español en la Universidad de Estrasburgo durante el curso de 1921 a 1922». Y exactamente la misma fórmula en el otro oficio, aunque ahora referida al curso siguiente: «de 1922 a 1923».

La Junta había nacido en 1907, tres años antes que el Centro de Estudios, y era una de las instituciones mediante las que España se proponía levantar la cabeza, al menos en el terreno cultural, después del traumático resultado de la guerra con Estados Unidos. Se trataba sobre todo de hacerse presente en el mundo y de que lo estuvieran la lengua y la cultura españolas –su rango, su gloria, su tradición (que para Pidal eran lo mismo), su condición de horno mágico de la identidad nacional–, muy especialmente en Hispanoamérica.

En el archivo de la Junta, hay también una pequeña ficha de cartón rosa, el rosa característico de los talonarios, de las tejas abrasadas por el sol y de los pétalos desvaídos. Estuvo ensartada junto a otras en el vástago de un archivador y en algún momento alguien la arrancó: se nota el desgarro. Estas tarjetas remitían, con una información muy sumaria, a los expedientes administrativos. La caligrafía, minúscula pero finamente artística, del amanuense habla de un intercambio con la Universidad de Méjico (así se escribía entonces, así lo escribieron siempre Valle-Inclán y Unamuno). Pedro Henríquez Ureña se dirige en 1922, el día 14 de febrero, a Tomás Navarro Tomás para solicitar la presencia allí de profesores españoles.

El español podía sucumbir ante el empuje del nuevo imperio mundial y, arrastrando consigo hacia el fondo del océano lo más sagrado, su cultura literaria, convertirla en la de una pequeña provincia lejana. Federico de Onís era otro destacado elemento del Centro de Estudios; primero lo había invitado la Universidad de Columbia, en Nueva York, pero luego se había asentado allí definitivamente. No deja de ser curioso que la amenazada presencia española en Hispanoamérica se aupara sobre la de la prestigiosa universidad neoyorquina. Pero Onís era muy consciente de ello y pensaba sacar el mejor provecho. Seguía en estrecho contacto con las universidades españolas, la de Salamanca sobre todo, de la que procedía y en la que se lo consideraba el discípulo amado de Miguel de Unamuno. Desde Columbia, Onís hacía todo lo posible por fomentar los intercambios. Llegó a México aquel mismo año, en junio, para dirigir junto a Henríquez Ureña el curso de verano en la Escuela de Altos Estudios, del que hablaba la ficha rosa.

Son los documentos. Moldeo su materia, yerta, muda. Estoy aquí para aplicar a lo ya escrito el calor de las manos, la humedad, el movimiento y la temperatura de la vida, hasta que el tacto de los dedos la convierta, como al bloque de arcilla, en algo dúctil. Hago incisiones. Persigo la suavidad de ciertas

superficies, la delgadez de las paredes. Su resistencia. Algunas merecerían un vidriado. Soy el alfarero.

8

La apertura pública de los archivos de la Tercera Internacional era un anhelo de los investigadores desde la caída de la Unión Soviética. Muchas informaciones se desvelaron en 1991, al abrir las cámaras prohibidas. Aun así, el camino franco hacia los documentos siguió estando durante un tiempo cautelosamente combinado con retractaciones repentinas. Pero el agua escapa de las cestas de mimbre. Los trabajos de los historiadores acabaron unos años después cristalizando en índices de materias, siglas, listados de fuentes, tablas cronológicas, diccionarios onomásticos… Unos sobresalientes investigadores de la Universidad de San Petersburgo, Lazar y Victor Jeifets, determinaron que Leandro Cabrera, quizá bajo el pseudónimo de Ángel del Río, había sido miembro del Partido Comunista de México. Después, otros estudiosos arrastraron la información.

Tengo que hacer cálculos. En México, el Partido Comunista se fundó formalmente en noviembre de 1919, luego del baile de muchas otras denominaciones, escisiones infinitesimales, milimétricas diferencias entre siglas, que podían justificar la aniquilación del discrepante, hasta ayer un camarada.

Aunque la nueva Constitución, promovida por el presidente Venustiano Carranza –a quien, por si no fuera bastante con su nombre, llamaban Barbas

de Chivo–, había recogido parte de las demandas revolucionarias, indirectamente se había abierto otro proceso de profundidad mucho mayor. Caminos pedregosos, las emboscadas y las matanzas, el polvo sobre los zapatos de tafilete de los gobernadores, el reloj de leontina en el bolsillo del chaleco. Jefes guerrilleros de tez curtida, a la orilla de las lagunas.

Además, la triunfal Rusia bolchevique había proclamado su condición de modelo para las otras latitudes, México incluido, por supuesto. Carranza no cesaba de hacer elogios a la Rusia revolucionaria, a la que por lo demás no sobraban los apoyos internacionales, es más, Lenin no sabía por dónde buscarlos. Pero a la vista de la actitud antiyanqui de Carranza, le pareció que México y el Caribe podrían ser una zona propicia. Por eso había mandado allí a Mijaíl Gruzenberg, llamado Borodín, a pesar del talante socialdemócrata que siempre le achacaban, su cercanía a Kérenski. Se habían conocido en Zúrich y Lenin le tenía ley.

Cuando Estados Unidos decidió entrar en la Primera Guerra Mundial, numerosos desertores, sindicalistas y pacifistas norteamericanos –los *slackers* (maleantes, en definitiva)–, más o menos imbuidos del romanticismo propio de los privilegiados, pasaron a México y enseguida se implicaron en el activismo proletario que, sin pretenderlo en esos términos exactos, la Revolución había encendido. Acabaron siendo bastantes: llegaron a miles.

Carranza había acogido a aquellos aventureros con deferencia, todo por fastidiar a Wilson, el presidente estadounidense. Aquellos muchachos llegaban poseídos por el ensueño de un paraíso exótico y rousseauniano. En 1919, casi diez años después del levantamiento de Madero, que había prendido la yesca, México era para ellos una arcadia libre y sensual. Amor, violencia, jungla y desierto lo hacían inmune a los cálculos fabriles, a la peste de las máquinas y los relojes. La poesía y el socialismo estaban a punto de alumbrar allí, de consuno, un nuevo mundo anterior y posterior a la Historia.

Ni que decir tiene que todo era, en realidad, muy distinto. Los recién llegados, todavía con los disfraces que les habían servido para cruzar el río Bravo, subían las escaleras del hotel Génova, en el centro de la ciudad y, tras desembuchar las informaciones de Chicago o San Francisco, se ponían manos a la obra de falsificar nuevos pasaportes para otros compañeros. En la habitación había un nutrido número de personas fumando y bebiendo, casi todas en silencio; si acaso decían frases cortas como contraseñas sobrentendidas. El balcón estaba abierto. El estrépito de la calle, por la que se cruzaban a todas horas las mulas y los automóviles, solapaba el repiqueteo de la pequeña máquina con la que imprimían hojas y pasquines. Pero las esquinas, las pilastras de los soportales, las fachadas estaban empapeladas con los carteles comerciales de la ingente producción norteamericana, que, ya resecos y descuajados, arrastraban las tormentas de polvo. Había quien se preguntaba: ¿dónde están los indios, su felicidad? Pero por lo general el ensueño hacía invisible la realidad.

9

Los cafés regentados por chinos eran muy numerosos. Letreros llamativos en la fachada. El olor del estiércol y el de la gasolina, mezclados en la calle, todavía se dejaban sentir a ráfagas cuando la puerta estaba abierta. Largas barras de aluminio, el café y la leche servidos en grandes jarras por pequeñas camareras de ojos rasgados. Eran baratos. Despachaban pan al vapor, arroz, comida rápida. Alrededor del Zócalo había varios, en Revolución, en la colonia Roma.

Unos pocos miembros del Partido Socialista Mexicano, que acababa de celebrar su primer congreso nacional, se reunieron clandestinamente y decidieron cambiar el nombre por el de Partido Comunista. El local se llamaba así, El Chino. Los gestos de los congregados eran muy cautelosos, pero, aun así, resultaban elocuentes. Soy el que mira tras la cortina de franjas vistosas, de tejido indio, que separa el bar del almacén. No es difícil imaginar lo que dicen. El que mira por las rendijas entre las tablas, el que escucha las conversaciones desde la mesa de al lado. Luego, desaparezco, me evaporo. Las palabras se quedan solas, flotando en el aire, prendidas de una voz invisible, hasta que se posan suavemente aquí.

–Eso facilitará la incorporación de México a la Tercera Internacional –dijo Phillips, uno de aquellos desertores. Había llegado un año antes y hacía de

relator de la reunión, mandón y terminante, aunque todos estaban al tanto de la operación–. Además, no tengo que repetirlo: ya está decidido. Ahora se trata de dejarlo escrito en un documento y firmado por los que estamos. ¿Cuántos somos?

–Siete –contestó su mujer, Natasha.

Más que una decisión estratégica, aquélla era en realidad una condición impuesta por Borodín, enviado desde Rusia justamente con ese cometido. Había pasado años trabajando en Estados Unidos como profesor de idiomas y volvió a Rusia cuando tuvo noticia de la Revolución; en Moscú pensaron que su conocimiento del inglés podría suponer una ventaja. Además, así, lo alejarían. Tenía un pasaporte rumano, a nombre de Alexandrescu. También tenía otro apodo cómico, Brandywine. En su viaje oceánico, había llevado consigo una maleta con un alijo de joyas imperiales de un valor aproximado a quinientos mil dólares. Su encomienda incluía convertirlas en dinero al llegar a Estados Unidos, para financiar la internacionalización bolchevique. Es posible que el fervor con el que el Nuevo Mundo esperaba la llegada de los enviados de Moscú fuera mucho más discreto de lo que Lenin se había imaginado. A Borodín le robaron la maleta. Antes de llegar a Nueva York y ante el riesgo de que le fuera confiscada en la aduana, la puso en manos de alguien que se escapó con ella a Haití. Durante algún tiempo envió en su busca a emisarios, entre quienes estaba el propio Phillips, pero al final la encontraron vacía. En fin, agentes y dobles agentes, tinglados portuarios, carromatos entre las mulas, puestos de frutas, bullicio, el color y el sudor de los trópicos. De todas formas, lo habían detenido al pasar por el control de inmigración en Ellis Island, en Nueva York, y hubo quien dijo que, presa del pavor, había tirado entonces las joyas al agua. Luego, tras cruzar la frontera por Laredo, el tren en el que viajaba fue asaltado por Pancho Villa. «Soy bolchevique –dijo Borodín en el

inglés que el caudillo y los suyos podían comprender–. Soy el cónsul enviado a México por Lenin.» Y el tren reanudó su camino.

En México nadie había leído a Marx: la acción revolucionaria no exigía la lectura ni podía hacerlo. El país andaba envuelto en balaceras, sembrado de bosques de ahorcados, trenes dinamitados entre las sierras, que nada debían a la filosofía. Las elecciones y los Gobiernos se sucedían en un rosario vertiginoso. Los campesinos, las cabareteras, los conductores de carruajes, los obreros de las fábricas de harina, las peluqueras habían organizado grandes huelgas a las que siguieron durísimas represiones. Los disparos desde los caballos, los cuerpos ensangrentados. Las llamas en Coahuila, en Veracruz.

–No hay tiempo que perder. ¿Tomas tú el acta? –El americano se dirige a Allen, un electricista mexicano de abuelo yanqui llegado a México cuando la invasión, setenta años atrás. José Allen trabaja en los Establecimientos Fabriles Militares.

En el bar, la retumbante música ha cesado, los conspiradores han bajado la voz. Pero, no, en El Chino no hay música. El estrépito llega de la acera de enfrente, la gente ha salido en tromba del cabaret y los músicos de la charanga amenizan el jolgorio en la calle. Una boda.

–¿Yo? –pregunta Allen.

–Sí, tú. Ahora no te vas a echar atrás. A cada uno su cruz, ¿no has leído el Evangelio? –Cuando habla Phillips, los demás obedecen. Es el elegido por Borodín para acompañarlo en la operación encomendada. Han hablado entre ellos de viajar muy pronto a España, en cuanto el presidente Carranza reconozca al Gobierno soviético. Allí, igual que aquí, hay que conseguir como sea la separación entre comunistas y socialdemócratas; con estos últimos no hay nada que hacer. Y los problemas vienen a ser los mismos en ambos países.

–El Evangelio no dice eso. –Allen contesta sin mirarle a los ojos, con un murmullo, sin levantar la cabeza.

–¿Pues qué dice?

–Que cada día tiene su afán.

–Bueno, bien, pues eso: tu afán de hoy es hacer de secretario, ¿estamos?

Los nuevos grupos obreros y revolucionarios brotaban a cada momento en confrontación con los existentes, aunque los lemas que llegaban de Rusia quisieran inspirar una orientación mundial fraterna. Éste era, a grandes rasgos, el argumento de Phillips.

Charles Phillips (o Manuel, o Manny Gómez) firmaba como Frank Seaman sus columnas en inglés de *El Heraldo de México*. Cuando Borodín las leyó al llegar, hizo lo posible por conocerlo. También se llamaría luego Julio Gómez-Rosovsky, y José Rocha, y Camarada Tanner, y Manuel Díaz de la Peña. El mismo actor bajo una multitud de personajes, según los escenarios. Lo habían expulsado de México y deportado a Guatemala junto con otros, entre ellos un español, Sebastián San Segundo. Después regresó con su segunda mujer, Natasha, los dos envueltos en los atavíos de luto de dos comadres indias. Era poeta, tenía veinticinco o veintiséis años, y escribía versos contra el *Excélsior* y sus lectores burgueses. Igual que el resto de sus camaradas, consideraba México un lugar puro, inocente, sencillo, un anticipo del edén que habría que recuperar cuando la Historia completase su recorrido. El paraíso indígena, sin petróleo, sin velocidad, sin el furor del consumo, sin ansiedad, sin violencia de unos sobre otros.

Los periódicos conservadores veían bolcheviques por todas partes, en la selva, en las sierras, escondidos en cuevas junto a su material de propaganda. Hablaban de «Lenine». El *Excélsior* alertaba de una probable invasión de los sóviets, y la reticencia hacia los *slackers* iba creciendo. Borodín se reunió con Phillips en el hotel Ritz (se trataba de despistar: «Es más seguro que los miserables cuartuchos habituales de los revolucionarios», dijo).

En El Chino estaban ahora los pocos a quienes era preciso tener en cuenta, según había dicho Phillips. Una pequeña sociedad secreta. La música comenzó de nuevo. En mitad de la calle, bailaba una muchacha de tez muy blanca, con una pollera roja que hacía volar con fogosos golpes de rodilla que descubrían las enaguas. Después de su descanso, los guitarristas se habían sentado con la espalda apoyada sobre las rejas del local y tocaban así, con los enormes guitarrones encajados entre las piernas muy abiertas.

Otro de los reunidos era un aristócrata bengalí, Manabendra Nath Roy, que se había presentado en México, junto con su mujer, la californiana Evelyn Trent, como un antiimperialista radical –se refería al Imperio británico–. Manabendra era vegetariano. Había sobrevivido tras lanzarse al océano desde un barco que se dirigía a Shanghái, ante la persecución del ejército colonial. Entró en los Estados Unidos haciéndose pasar por el padre Martin, estudiante de Teología. Era alto, muy moreno, el pelo negro brillante y una perilla en punta, a lo Trotski. Vestía de una manera llamativamente distinguida. Entre su familia de Bengala y para sus criados era Battacharjee.

Pese a ser tan pocos, los resquemores mutuos son patentes. Todos se han acusado alguna vez de complicidad y se han echado en cara el chalaneo con los políticos. En comparación con Phillips, Roy es cerebral, distante; su representación de las cosas está o quiere estar sostenida por unos planteamientos racionales sólidos y meditados. El príncipe bengalí ha sido secretario general del desintegrado Partido Socialista que ahora pretenden eliminar del mapa. Tiene a Phillips por un pacifista sentimental. Recíprocamente, Phillips le reprocha a Manabendra su exclusivo objetivo anticolonial, que ignora los planteamientos acerca de la estructura económica, «lo más propio del marxismo», según él suele decir.

–Entonces, así queda todo. –Ahora Phillips planta la mano sobre el papel que servirá de borrador para que Allen redacte, con una máquina de escribir, el

acta definitiva. Les ha servido otra bandeja de cervezas un muchacho muy joven, casi un niño, aunque con la cara rudamente curtida, con el pelo largo, lacio. Mientras, ellos han permanecido en silencio.

Pero Allen parece amedrentado, su silueta encorvada, incluso más que cuando está de pie; se ha encogido sobre la mesa con la retracción de un caracol. Es pequeño, con ojos muy grandes, verdes. Habla muy despacio, siempre como si estuviera pensándoselo demasiado. Es todavía miembro del viejo partido, casi el único que queda, y se encuentra aquí maniobrando por la escisión definitiva. Se duele de otra escisión en sí mismo, en su propia persona. Se siente desposeído hace tiempo de su libertad de movimiento, en un viaje a bordo de un vehículo acelerado del que no tiene el control. Se lo nota inquieto. Se ha levantado dos veces a las letrinas. Phillips y Roy, y Natasha, intercambian miradas silenciosamente, amparados por el ruido. Siempre hubo rumores sobre Allen. En algunas ocasiones se hace llamar Alejo Lens.

–Veremos –dice Phillips escuetamente. Y se levanta–. No salgáis a la vez.

El 16 de septiembre de 1920, vieron a José Allen en un balcón mientras charlaba con un militar norteamericano que vestía de paisano. Lo había seguido un agente (que en realidad era otro insumiso, aunque jugaba a dos bandos): Robert Habermann. Fue detenido e interrogado. Tenía mucho miedo, temblaba. Confesó su condición de informante de la embajada estadounidense desde que lo reclutara el coronel Campbell, el agregado militar, y le ofreciera el empleo de los Establecimientos Fabriles. Tenía treinta y cinco años, pero había envejecido de pronto. Su objetivo inicial eran los movimientos del ejército mexicano; luego, el coronel desplazó su interés hacia los movimientos de los obreros, y ése fue el motivo de su implicación, primero en el comité socialista y luego en la constitución del nuevo partido.

La declaración de Allen se conserva en el Departamento de Justicia de los Archivos Nacionales, en Washington. Los investigadores Paco Ignacio Taibo II

y Rogelio Vizcaíno la encontraron. Allen recordó que había querido renunciar a su misión ante las autoridades estadounidenses; estaba muy asustado, no se creía capaz de llevar el trabajo adelante, le sobrepasaba. Pero no había sabido plantarse a tiempo. Eso dijo. Su desgarro era muy doloroso, atravesaba su mente, el cuerpo entero. Habermann lo denunció primero a sus camaradas comunistas, luego a sus empleadores yanquis. También denunció a Phillips y a otro de aquellos rebeldes, Lynn Gale, un tipo que se dedicaba a la teosofía. La escritora Katherine Anne Porter, quien anduvo varias veces por México entre aquellos románticos, había conocido a su amante, Felipe Carrillo Puerto (gobernador socialista de Yucatán), en casa de Habermann, pero tenía grandes sospechas sobre éste.

–Parece mentira que no os deis cuenta –dijo una tarde Katherine a su amiga Ella Wolfe, las dos sobre unas tumbonas en la azotea de la embajada soviética.

Los mexicanos entregaron a Allen en el puesto fronterizo de Laredo. Laredo y Nuevo Laredo están a ambas orillas del río Bravo. La avenida Guerrero, cruzando plaza Hidalgo, con sus manzanas de casas trazadas a cartabón, conducía al ancho puente con sus balaustres de cemento, imponente. Era nuevo: lo habían reconstruido tras el último incendio. A un lado, Texas; al otro, Tamaulipas. Hay un comercio que vive de la frontera, casas bajas, tiendas con carteles de madera y cartón, y letreros de colores. Casas de cambio, barberías, clubs de *dancing*. Por debajo del puente, en las márgenes del río, hundidos entre herbazales, hay todavía varios tranvías de los que antaño eran arrastrados por mulas. La circulación se ha cortado para hacer la entrega. Los automóviles, con sus ojos de batracio, se han orillado. Los transeúntes han formado corros de curiosos.

Los militares despacharon con lástima a Allen tras su declaración. Unos días después fue liberado y, aunque parezca mentira, regresó a México, donde quizá pensó que sería más sencillo hacerse perdonar una vez convertido en una

criatura vegetal o fantasmagórica. Lo habían deportado al mismo tiempo que a Phillips y a San Segundo, y ahora, otra vez de regreso, no se le ocurrió nada mejor que solicitar ayuda económica al presidente Obregón, a quien tuvieron que disuadir de deportarlo de nuevo.

10

Aquel mismo año de 1919, en España sucedieron muchas cosas, aunque parecían movidas en la misma longitud de onda. Días de ruido y fuego. Las bombas eran frecuentes. Ángel del Río era un estudiante de Letras. Las cargas por las calles, a caballo; las redadas en los barrios madrileños que vertían hacia el Portillo de Embajadores, a la caza de anarquistas. La CNT celebraba un congreso en el Teatro de la Comedia, con sesiones en las que se esperaba que interviniera Salvador Seguí, el *Noi del Sucre*. Los obreros estaban enfervorecidos tras el éxito que había tenido la huelga en una compañía eléctrica, La Canadiense, que había paralizado Barcelona durante mes y medio. Un día, un compañero de facultad, Pepe Mora, por los pasillos del Ateneo de Madrid, presentó a Ángel a un joven poeta de Granada, paisano suyo, que andaba algo confundido. Tenía una sonrisa ancha y ojos muy vivos.

Estuvieron charlando unos minutos. A Ángel le pareció que el poeta estaba muy nervioso, apenas dejaba hablar, aunque quizá fuera su manera de ser habitual, más bien efervescente. Parecía alguien que se hubiera equivocado de calle, o de piso, alguien que interpretaba una danza sobre el mismo patio en el que estaban situados los espectadores.

–¿Dónde vas a vivir? –le preguntó Ángel al despedirse–. Tenemos que vernos pronto.

–Va a venir a mi casa –contestó Mora antes de que el poeta pudiera hacerlo–, al menos de momento. Le he recomendado que se haga socio de aquí, ¿no te parece?

–Claro –contestó Ángel–. Aquí se cuecen las habas.

–Ya, ya –dijo el joven, eufórico, con la boca muy abierta. Se llamaba Federico–. He estado informándome y he rellenado una ficha. ¡Ya soy ateneísta, como quien dice!

Se despidieron con abrazos y promesas, ruidosas palmotadas en la espalda.

El Ateneo de Madrid estaba presidido por don Ramón Menéndez Pidal, profesor de Ángel en la universidad, y el secretario era Manuel Azaña. El viejo grabado que ilustraba un prospecto publicitario presentaba la escalinata de entrada –un marmóreo pórtico con aire funerario– como si fuese el acceso al magnífico *foyer* de un teatro italiano de los tiempos de Verdi: los miriñaques, las largas faldas crujientes, los sombreros de copa. La biblioteca era ahora la gran baza de la institución y había alcanzado la consideración más prestigiosa entre los intelectuales. Siempre estaba abierta hasta más allá de la medianoche. Cuando escribió a sus padres, el exaltado poeta de Granada les dijo que había allí los libros más raros que se podían encontrar.

La luz atraviesa un prisma de cristal, se descompone en colores. El tiempo traspasa la aparente solidez de los cuerpos, la continuidad aparente de las vidas. Me desvío al encontrar superficies imprevistas, inclinadas, que interrumpen el paso. Voy en busca del eje de un cuerpo, la línea imaginaria –la ficción, el sentido– que desde el interior de las estructuras cristalinas distribuye las múltiples caras, las facetas, los puntos de vista, esas celdas incomunicadas. Las despliego sobre un mismo plano, igual que si el tiempo alojara en su interior un poliedro desmontable, una novela pintada por Braque o por Picasso. Me propongo ser fiel a la naturaleza de mis encuentros.

Fue por entonces cuando Borodín, el enviado de Lenin a México, llegó a España acompañado de un tal Ramírez, a quien encargó que visitara el Ateneo y tomase allí la temperatura de la situación. Madrid era una ciudad caliente, pero el ruso desconfiaba. No quería entretenerse demasiado: la bravura española era en gran medida una filfa.

Ramírez entró en la fría penumbra de la biblioteca. Encontró allí a un joven norteamericano que leía algo pasando las páginas con urgencia, al estilo de quien reconoce las palabras por el simple tacto. Tenía la cabeza redonda y los ojos bastantes saltones. Se llamaba John Dos Passos. Dijo ser escritor. Tras levantarse de su puesto para saludar a Ramírez, comenzaron a hablar en inglés. Sabía mucho de México. De pronto, se quedaron callados y se miraron a los ojos. Se alojaba en la pensión Boston, según dijo en castellano.

–Aquí al lado, en la Puerta del Sol, de manera que me pilla todo a un paso.

En la pensión había conocido a José Castillejo, el secretario de la Junta para la Ampliación de Estudios. El escritor vivía con euforia su estancia española.

–Arrogancia y miseria –dijo cuando entraron en materia. Y frunció los párpados lo mismo que si estuviera ante la magia de una figura fascinante.

Aquellas dos condiciones le parecían las más altas virtudes de un país honroso, harto como estaba del camino emprendido por el suyo bajo la guía del cálculo, el rendimiento y el dinero. Había conocido a Valle-Inclán, a Juan Ramón Jiménez y a Machado, a quien pensaba traducir muy pronto. Pero se sentía inmerso en el Siglo de Oro, las caras chupadas y cetrinas, las calles con soportales, las lóbregas iglesias visitadas por las dueñas al amanecer, el olor a excrementos y a vinagre en las callejuelas. Y la fantástica muerte.

Nada de aquello, pensó Ramírez, iba a interesar a Borodín. Demasiado romanticismo. Literatura. Poesía. Lo que había que eliminar.

También encontró en el Ateneo al socialista Fernando de los Ríos. Era un profesor, un intelectual. La desconfianza de los pescadores bolcheviques en los

socialistas españoles no se dejaba disuadir fácilmente.

–Un puñado de burgueses –le había dicho Borodín poco antes de su visita–. Ya me dirás.

Al ruso ni siquiera los españoles que se declaraban ante él «terceristas» lo convencían. Tampoco los anarquistas: unos sujetos imposibles. A pesar de todo, Ramírez dio con un tal García Cortés y a través de él logró abrir las grietas necesarias en la izquierda para la constitución, igual que en México, de lo que un poco más tarde sería el Partido Comunista de España, plenamente leninista, aunque por el momento demasiado violento e ingobernable. En un café de la Puerta del Sol, García Cortés presentó a Ramírez a un camarero a quien consideraba, según dijo, una esperanza para el Partido, se llamaba Merino.

–Hay que educarlo.

11

Tras despedirse de Federico y Pepe, Ángel se dirigió al café Regina, en el arranque de la calle de Alcalá hacia Cibeles, cerca de la Puerta del Sol. Había quedado allí con su amigo Juan Andrade. El Regina, en el puro cogollo del Madrid literario y político, era frecuentado por escritores célebres –también por toreros– que se reunían en tertulias, la de Valle, por ejemplo. También tenía la suya Luis Araquistáin, el periodista socialista con el que Andrade había hecho muy buenas migas, en el Ateneo, precisamente. Entre el Ateneo y el Regina había una relación de vasos comunicantes. Allí podía Ángel encontrarse también con algunos escritores mexicanos, Alfonso Reyes, Carlos Pereyra o Francisco de Icaza, bastante mayores que él.

Juan le había dicho a Ángel que quería dar un aire nuevo a la biblioteca, de la que se iba a encargar, ahora que era socio gracias a su primer sueldo de funcionario. Hasta entonces había formado parte de grupos rebeldes, aunque muy primarios, y desde luego ajenos a los libros y el pensamiento. En el Ateneo y junto a Araquistáin, Andrade se dio cuenta de que la revolución, además de contar con el impulso de rebelión, debía hacerlo con la teoría y el pensamiento. Que era, sobre todo, una tarea cultural.

Había vivido una infancia miserable. Su madre –a su padre no lo conoció– embargó su pensión de viudez para obtener el préstamo de un usurero que

tenía un puesto de huesos en la plaza del Carmen. Ocupaban un cuarto en la calle del Barco. En los bajos de la casa había un cafetucho que servía de sede para reuniones anarquistas, presididas por un personaje cuyo nombre hace que la verosimilitud se tambalee: Mauro Bajatierra. Cuando Mateo Morral puso la bomba al paso de los reyes en la calle Mayor, la policía irrumpió con gran alboroto en aquel café. Algún tiempo después, Juan comenzó a trabajar en un puesto subalterno del Ministerio de Hacienda. La pereza, la corrupción de las oficinas gubernamentales. Todas sus energías estaban volcadas ahora en procurar la escisión del Partido Socialista (al que se había afiliado por sugerencia de Araquistáin) para fundar el Partido Comunista de España. Había conocido a Gerardus Johannes Geers, un hispanista holandés relacionado con el *bureau* comunista de Ámsterdam, uno de los principales polos del bolchevismo europeo. Geers hizo de intérprete en la entrevista que Andrade celebró con Borodín y Ramírez cuando viajaron a España en 1919 como emisarios de la Comintern para impulsar la unidad de acción bolchevique.

–Vaya tipo –dijo Juan a su amigo cuando comenzó a contarle su encuentro con los gerifaltes soviéticos–. Parecía un rajá. Qué tío más enorme. Hablaba muy poco.

–¿Y el otro? –preguntó Ángel.

–No tenía acento mexicano; parecía saber de antemano cada cosa que el jefazo pensaba y que él estuviera allí para traducirla en palabras.

–Y, a ti, ¿te han entendido?

–¡Hombre, Ángel…!

–No, no quería decir… Juan, no te enfades.

–Además, era yo quien debía entenderlos, ¿no?

–Vale.

–Les he dicho que sí a todo –dijo Andrade resumiendo–. ¿No te parece bien? ¿No era eso?

–Sí, sí, claro –contestó Del Río.

–Que estaba de acuerdo. Que estábamos, vamos.

Ángel también había charlado de ello, en el Ateneo, con el poeta Pedro Salinas, quien parecía estar por la labor tercerista. Por su parte, no sabía qué pensar.

Mientras Del Río estuvo en Estrasburgo, la fundación del Partido Comunista de España acarreó altercados, muertos en las calles. Un militante disparó contra un obrero socialista. Se persiguió a los comunistas y algunos, el propio Andrade, pasaron varias temporadas entre rejas. En el Ateneo, Juan había conocido a una chica, María Teresa, y la encontró de nuevo al salir de la cárcel. Encarnaba todo lo que él no tenía. Era culta, inteligente; había estudiado, hablaba idiomas. Era artista, aunque no se había dedicado a eso. Ahora intentaba hacerse hueco en la enseñanza.

–Podemos ir al Museo del Prado –dijo María Teresa.

–Cuando quieras –contestó Juan. Tenía veintitantos años; no había estado nunca allí. Nunca lo había pensado.

María Teresa no era muy alta. Estaba siempre sonriente y su rostro, de una tersura sedosa, daba impresión de salud. Había nacido en Valencia, en una familia liberal, cercana a la Institución Libre de Enseñanza.

Era un día de primavera.

María Teresa había pasado una temporada como *assistant professor* en Vassar College, en el valle del Hudson, al norte de Nueva York. Vassar era una institución prestigiosa, restringida al alumnado femenino. Estaba relacionada con la Universidad de Yale, en la que su hermano Mario también era profesor. Juan Andrade tenía los ojos muy azules. Cuando estaban juntos, procuraban alejarse de las zonas por las que proliferaban los conocidos y se encaminaban hacia el Retiro o Castellana arriba –era como salir de la realidad, demasiado urgente y opresiva–, en dirección a los descampados salpicados de hotelitos,

los desmontes. A lo lejos, Chamartín de la Rosa. Mientras paseaban, María Teresa le hablaba con gusto a Juan de la universidad norteamericana, el brillo del césped en el campus, las comidas y sus horarios, los imponentes pabellones de ladrillo, el observatorio astronómico. Todo estaba ordenado. El silencio de los corredores.

También a Juan le gustaba escucharla, por lo menos durante un rato, que era lo más que su atención era capaz de distraerse de su obediencia política, siempre férrea. Aunque la sensibilidad de María Teresa había estado inicialmente con los socialistas, enseguida comulgó con las ideas más extremosas de Juan, de quien le admiraban su verdad y su entusiasmo, que en él eran una sola cosa. Andrade comenzó a dirigir *La Antorcha*, el periódico del partido, y en su febril tarea María Teresa le ayudaba como podía, sobre todo con traducciones, cuando le dejaban las clases que daba a algunas amigas norteamericanas de paso por Madrid.

Al morir Lenin, las cosas se comenzaron a enturbiar y la cruel pelea por la sucesión moscovita se propagó en amplias ondas que llegaron a todo el mundo, como las que forma en el agua una piedra arrojada desde la orilla. Se empezó a poner en entredicho a Andrade y algunos otros camaradas lo empujaron a un lado para hacerse con el mando del partido.

12

A los europeos de 1909, 1918 o todavía de 1924 les pudo parecer que los intelectuales hispanoamericanos obedecían a un mismo tipo, tan homogéneo que sus encarnaciones individuales resultaban puramente ilusorias. Muchos rasgos de esa figura se remontaban al siglo XIX. La independencia y las altas estatuas patriarcales. Eran hijos o nietos de generales, biznietos quizá de caudillos libertadores y de elegantes damas criollas vestidas de blanco que esperaban en su alcoba a que todo el mundo estuviera congregado para descender lentamente por las anchas escaleras de las haciendas.

Sus apellidos resonaban en las Encartaciones o en algunas casonas extremeñas. Habían estudiado en Estados Unidos, el imperio invasor que en muchas ocasiones les cedió gentilmente sus aulas humanísticas. Pasaron años en París: los carruajes, los teatros iluminados y los sombreros de copa. Con ese aval eran presentados luego en Madrid en las tertulias literarias. Muchos, la mayoría, fueron diplomáticos. Las manos muy blancas, las venas azules, una sotabarba pulidamente afeitada. Las barrigas quedaban ceñidas por el traje de gala: el bicornio con sus penachos, los entorchados y el galón de seda que recorre el flanco de los pantalones. No sabemos la dedicación que en la práctica prestaban al servicio exterior; la literatura fue la pasión de sus horas vivas y muertas, en épocas y países en los que la literatura y la política se

comunicaban entre sí porque vivían una de la otra y ambas estaban reservadas a las élites. Escribieron miles y miles de páginas, luego reunidas en obras completas igual de fragosas que las laderas de los volcanes. Montañas de artículos sobre Grecia. Sabían de todo, hablaban de todo (en griego, a veces), pero sus piedras de toque eran las áreas culturales, con sus particulares patrimonios y sus jerarquías históricas, así como los rasgos del área considerada propia: Europa, España, la latinidad, América y el lejano pasado sin memoria. Se sentían en una continuidad ininterrumpida con algo que había sido decantado por ellos mismos a partir de las culturas, las latitudes y las lenguas. Como helenistas a la alemana, creían a pie juntillas en una diferencia genuina, un espíritu de pueblo o de raza al que no enturbiaba la amalgama de sus ingredientes.

No paraban de leer, de viajar, de hablar. Eran brillantes, raramente profundos. Cultivaron sobre todo el arte del ingenio; la agudeza les servía de contraseña. Su epítome pudo estar encarnado, mejor que en ningún otro, en el mexicano Alfonso Reyes, de quien Ramón Gómez de la Serna, mientras lo observaba en su tertulia de Pombo entre mechones de humo, pensó que se pasaba de sutil, que temía no ser el primero de la clase. Estando en Madrid, Reyes acudía al Regina con los demás mexicanos a los que conocía Ángel del Río. Los dos pisos, los cuarenta mil volúmenes de su biblioteca. «Vivía cerca de tu casa, en Pardiñas», me dijo un día Santi. De Rubén Darío a Pablo Neruda, casi todos fueron poetas. Su inteligencia era poesía, literatura, proyecto de la imaginación. Palabra. Fueron ministros, embajadores, rectores de universidad. Padecieron exilios. Los Gobiernos los adulaban mientras recelaban de ellos. Rufino Blanco Fombona, Pedro Henríquez Ureña, Daniel Cosío Villegas y, antes, Francisco de Icaza o Artemio Valle Arizpe pasaron más tiempo en los barcos que en los hoteles. Redactaron con urgencia miles de

cartas, muchas para el intercambio de favores, intercesiones mutuas por «un viajero, conocido mío, que hará por verte al llegar».

Para todos ellos, la cultura literaria era un campo mitológico y era la armadura con la que franquear victoriosos el puente sobre el río de los siglos, como en los torneos caballerescos. Por su parte, el mundo moderno –el ya viejo mundo moderno del siglo XIX– había hecho de ella el alambique del que se destilaba el prestigio y los modelos sociales y políticos que debían dar, por imitación, una forma digna a las vidas mortales, condenadas de lo contrario a sucumbir al olvido, sin dejar rastro, bajo las leyes de la naturaleza. El oscuro seno de los cuerpos sin nombre.

Sus frases seseadas, sus sonrisas silenciosas, su empalago no podían entonces concebir que los pilares de una jerarquía social y cultural que creían eterna –los libros clásicos, la cultura tradicional y la filosofía germánica– pudieran alguna vez resultar inocuos ante el empuje de un estilo de vida nuevo por completo.

Onís, instalado ya en Columbia, pasó un año sabático en España. Tiempo atrás había trabajado en la Residencia de Estudiantes y había conocido allí al joven Ángel del Río, visitante habitual de los nuevos poetas. Si se encontraron en Madrid, es seguro que hablaron de sus proyectos respectivos, aunque no sé si Ángel, en realidad, tenía algo que pudiera llamarse así.

El dominicano Pedro Henríquez Ureña era un sabio. Filósofo, periodista, poeta, antropólogo. Borges escribió de él lo siguiente: «Lo había leído todo, pero al mismo tiempo no usaba eso para abrumar en la conversación». Se había doctorado en Minnesota y en 1920 pasó por el Centro de Estudios Históricos, en Madrid. Cuando al año siguiente José Vasconcelos, el padre del sueño redentor de la cultura amerindia, fue nombrado, en México, Secretario de Educación Nacional por el presidente Obregón, llamó a Henríquez Ureña para poner en marcha unos cursos de verano, a imagen de los madrileños, en la

Escuela de Altos Estudios de la universidad mexicana. El propio Henríquez confeccionó el programa con ayuda de Onís, quien se ocuparía desde Columbia del intercambio universitario. También intervinieron otros, el librero español León Sánchez Cuesta, por ejemplo, cuyas operaciones comerciales entre los dos continentes desempeñaron un papel cultural de relieve.

Los poetas hicieron su presencia en los cursos, con frecuencia como profesores. Gorostiza, Pellicer, Villaurrutia, Salvador Novo. Muchos participaron en los congresos de escritores que también organizó Vasconcelos. Eran jóvenes. Querían ser cosmopolitas, dandis con bastón, sombrero, zapatos de charol con empeine de ante. Tiempo adelante, quedaron agrupados en torno al nombre de una revista: *Contemporáneos*. El español Felipe Teixidor, un auténtico hombre de letras que había vivido durante su juventud, como pintor, en París, en el Bateau Lavoir, fue su secretario. Ahora, Teixidor trabajaba para Porrúa, la editorial española, y tenía, en la plaza del Volador, un puesto de libros viejos llamado El Murciélago.

Beben al caer la tarde, cuando las clases terminan. El secretario, serio y bondadoso, los acompaña. Pero, aprovechando las risas y el ruido de los jóvenes en el momento en que la diversión llega a su apogeo, abandona sigilosamente la reunión para retirarse a su casa sin que nadie lo vea. Cuando se dan cuenta, los más alborotadores salen en tromba del café y lo alcanzan en mitad de la plaza. Él encoje la cabeza, como ante la descarga de una tormenta.

–¡Pero el secretario no se puede marchar! –grita uno de ellos, uno de los más jóvenes, Novo, un muchacho sin prejuicios y sin consideración alguna a las convenciones. Es el más bullanguero y le gusta hacer gestos desafiantes.

Resignado, Teixidor se quita el sombrero y se seca la frente con un pañuelo grande, blanco, bordado. Son sus amigos: lo aprecian, admiran su erudición bibliográfica. Son insoportables. Girando a su alrededor y tomados de las

manos comienzan en círculo a cantar entre carcajadas una copla que le dedicó una poeta, Clementina Díaz y Ovando:

> Vuela, vuela, palomita,
> ya se va tu valedor
> cantando alegre el corrido
> de Felipe Teixidor.

A veces, creo distinguirlo entre ellos. No estoy seguro. No alcanzo a ver nítidamente: están muy lejos, casi es de noche, ahora. En mitad del crepúsculo añil, las formas son menos nítidas que en la noche completa. La entrevisión de las figuras no me deja ninguna certeza. Podría ser uno más bien alto, bien vestido. Por lo demás, las fechas no coinciden.

13

Ángel del Río llegó a México en 1924, en agosto, con la intención de incorporarse al equipo docente de los cursos de Pedro Henríquez Ureña. Pero Henríquez Ureña ya no estaba allí, y el Gobierno recién salido de las elecciones había decidido el cierre de la Escuela de Altos Estudios. El nuevo presidente, Plutarco Elías Calles, también tenía sus motes –el Comecuras y el Turco– y se parecía, no tan vagamente, a Oliver Hardy, combinado quizá con la expresión de un jefe de la mafia.

Sin embargo, la cancelación de los cursos no hizo que Ángel regresara a España. A sus paisanos, a Tudela, por ejemplo (quien lo comentó con Granados), les habló en alguna carta de un empleo periodístico en el *Diario Español* –un periódico para mí inencontrable–. Existió un diario con ese nombre, pero mucho después, en los tiempos de la guerra en España, un diario conservador, para más señas. Y otro más de nombre parecido, *El Día Español*, dirigido a la colonia por Ricardo de Alcázar, quien firmaba con el sobrenombre caballeresco de Florisel, aunque en realidad se llamaba Wenceslao Rodríguez (otras veces firmaba como Ginesillo de Pasamonte). Nadie tenía un solo nombre, una sola máscara. Las representaciones se sucedían, cambiaba el escenario. En el México de entonces se bailaba una incesante danza de las metamorfosis.

Cuando Ángel llegó, la capital era un paisaje en el que todo parecía haber sucedido ayer: todavía humeaba. Muchos nombres aún resonaban en los cafés, en las azoteas de los hoteles. Se contaban extravagantes anécdotas de los insumisos norteamericanos, que, en su mayoría, ya se habían marchado. A veces daba la impresión de que una compañía de teatro de vanguardia o un circo estrafalario hubiera dejado a su paso un recuerdo imborrable, y muchas facturas sin pagar. Bastante desocupado durante los primeros días y mezclándose con periodistas y escritores en los lugares que éstos frecuentaban, Ángel se topaba con esas leyendas a cada paso. A muy primera hora de la mañana, antes de que el local estuviera concurrido, solía parar en un café de chinos que estaba en la calle Dolores, al borde de la Sierra de Guadalupe, al norte de la ciudad. Había allí un camarero mexicano –era la excepción en aquellos locales– que se llamaba Armando, aunque se hacía llamar Chizpe. Otros lo llamaban Chachuco, pero sólo para irritarlo. Era muy moreno, muy bajito; tenía los ojos de un negro muy brillante y andaba algo zambo, bastante zambo. Los dientes, muy pequeños, con huecos negros entre ellos. No era joven. Llevaba un par de años allí, pero había servido en otros locales del centro (en el Café de Nadie, por ejemplo, «el de los artistas modernos más locos», decía él, en el 100 de la avenida Jalisco) y le gustaba contar las cosas que había visto –que decía que había visto–, sobre todo si quien lo escuchaba venía de lejos y aquel mundo podía resultarle novelesco.

Lo novelesco. La expectativa que nos prende, la esperanza de una lógica por descubrir, de un argumento con causas y efectos que aboque al cumplimiento del deseo, del que mientras tanto no sabemos su objeto, sólo la superación de las peripecias que aparentan obstruir el paso, troncos cruzados en el camino. Lo novelesco, que parece redimirnos, justificarnos en un mundo que es el reino de lo fortuito, el reino de la realidad, coincidente sólo con ella misma y con la enumeración de sus hechos.

Ángel lo escuchaba. A su lado Chizpe, siempre de pie, con un trapo blanco en el hombro y una bandeja en la mano, bajaba a veces la voz y, antes de decir algo, miraba a un lado y a otro. Señal de que alguna revelación era inminente.

–Vivían de sus padres –dijo ensayando una sonrisa pícara–, gente de orden. Sí, todo el día como medio ocupados, como empotrados en algo, pero al fin ¿qué? No les conocí ningún changarro.

–No te entiendo.

–¿Qué no me entiende? Pues tampoco creo que esté entrambulicando –dijo el camarero–. ¿O qué me dice, pues, profesor?

–Bueno, supongo que se buscarían la vida. –Ángel pensaba que siempre había más que extraer de aquella veta.

–Eran todos muy fresas –decía de los muchachos rebeldes americanos el camarero–. Pero el dinero no llegaba. Muchos hacían su declaración de bolchevismo –esto lo decía en voz muy baja– y creían que así conseguirían el jale.

–¿Dónde? –preguntó Ángel.

–¡Dónde va a ser! ¡Pues en la empresa!

–¿Qué empresa?

–¡Dios santo! ¿No se ha desayunado todavía, don Ángel? ¡La revolución! ¡Qué otra empresa! –Se agachó–. Pero el dinero no llegaba, así que… nada. ¡Fus!

El dinero no acababa de llegar, y en parte ésa fue la razón de la desbandada de la mayoría de los *slackers*, además de las cárceles y las deportaciones. Chizpe los recordaba bien. Se emborrachaban sin parar, se abrazaban, se traicionaban continuamente. Se reunían en el café Flores, por la parte vieja; el Café de Nadie parecía reservado para ellos, a la manera de un consulado al que llegaban los ecos vanguardistas de Greenwich Village. Muchachos altos, rubios, que se presentaban sin afeitar y con largos cabellos. Los pómulos

bronceados, un aro blanquecino en torno a los ojos, los abuelos o bisabuelos de los modernos surfistas californianos. Los pantalones se habían descosido por abajo; la camisa, sucia y arrugada desde días atrás.

Los Roy vivían en la calle Córdoba, 33, a las afueras de la colonia Roma, en los límites de la ciudad. Cuando llegaron, todavía se veían desde allí algunos potreros y, a lo lejos, los valles, los arenales, una enorme planicie cubierta al fondo por la neblina, sobre la que aparecían suspendidos los volcanes.

–Tenían mucamas.

Manabendra estaba perseguido por los servicios británicos y norteamericanos. Cuando comenzó a propagarse el rumor de que su mujer, Evelyn, trabajaba para ellos, la abandonó. En su azotea se reunía un amplio grupo: Phillips, Lynn Gale, el matrimonio Wolfe, Robert Habermann y Thorberg, su mujer, una sueca a la que también abandonaría.

Chizpe sabía muchas cosas. O las inventaba como un auténtico novelista, sin contradecir la verdad. Ángel se divertía; aprendió a separar el grano de la paja. Fue el pequeño camarero quien le recomendó una pensión cerca de allí, limpia y –hasta cierto punto– cómoda, según dijo, en la que había residido alguno de aquellos. Pero estaba demasiado lejos del centro, y Ángel pensaba buscar por allí.

Tenía la sensación de haber llegado a un lugar abandonado de repente y todavía poblado de resonancias. Seaman y Phillips eran algunos de los nombres cuyos ecos todavía se dejaban oír con fuerza en según qué sitios, hasta que pudo descubrir bajo ellos a Jesús Ramírez, el acompañante de Borodín en España, con quien se había entrevistado su amigo Juan Andrade apenas cinco años atrás. Cinco años que parecían una vida entera.

–Y las mujeres –dijo Chizpe dando por suficiente la explicación–. ¡Dios, Madre santísima!

–¿Qué pasaba con las mujeres? –Era lo que el mesero quería que le preguntara.

–Eran muchas. Cambiaban mucho de pareja, le digo. Las veías con otro y decías: «Esta noche cena Pancho». –Era un dicho de allá. Cuando se reía, Chizpe dejaba ver las encías, rojas–. Los machotes las trataban como princesas. –Luego, agachó otra vez la cabeza bajando la voz–: Como criadas.

Entre las compañeras de los rebeldes estaban Anita Brenner, Tina Modotti (quien todavía no ejercía de fotógrafa) junto a Edward Weston, a quien servía de ayudante y modelo. Estaban Ella Wolfe, Frances Toor, la editora de *Mexican Folkways*, una excelente publicación dedicada a la utopía etnográfica. Los cuentos de Katherine Anne Porter, cuyo nombre de pila había sido Callie, leídos cronológicamente, dan idea de su creciente decepción ante la falsedad de aquel sueño. Quedó embarazada del poeta nicaragüense Salomón de la Selva y tuvo que afrontar el aborto. Luego vino Carrillo Puerto, quien moriría asesinado, lo mismo que Madero, que Carranza, que Calles, igual que todos. Katherine comenzó creyendo recobrar en México un pasado esplendoroso que en realidad no había conocido en su miserable infancia de Texas. El pasado imaginario, que se presenta como perdido. Lo no vivido, con sus invencibles imágenes.

«El jardín primigenio de la artesanía india, el mercado y el baile, la comunidad que se fundía en la fiesta… Todo es una farsa», concluyó Katherine. Había bailado febrilmente, de madrugada, con Lupe Marín y Diego Rivera, regresado a México tras la Revolución, frente a las fachadas de los viejos conventos. «Todo es un simulacro», le dijo a su amiga Ella. Todo el deseo ha quedado reducido a palabras.

14

En el México de la Revolución y en el inmediato de después –si es que existió una fecha concreta en la que darla por terminada– también hubo españoles, comenzando por Valle-Inclán. En el banquete del Congreso de Estudiantes, Valle escribió unos versos sobre una banderita de papel y se los ofreció a su compañero de mesa, Vicente Lombardo Toledano, quien se los guardó en el bolsillo. Lombardo era cuñado de Henríquez Ureña y director de la Escuela Nacional Preparatoria.

> Indio americano,
> mano sobre mano
> mi verdad te digo:
> lo primero colgar al encomendero,
> y después segar el trigo.

Luego hizo llegar sus lamentos económicos a Alfonso Reyes y consiguió que el presidente Obregón le asignase una ayuda.

El pintor Rafael Sala, un vanguardista que se había codeado con los futuristas de Florencia y con Marcel Duchamp en Nueva York, y Felipe Teixidor, ambos catalanes, fueron de los primeros. Sala, que murió muy pronto, era el marido de Monna Alfau, y ella, amiga de Federico de Onís, se

casó en segundas nupcias con Teixidor, el secretario de *Contemporáneos*. Las leyendas están hechas con nombres que sirven para identificar a las personas y las cosas, los lugares, pero que en un sentido más recóndito crean distancia con la vida real, la inmediata, que sólo se puede mostrar. La vida es un terreno innominado.

Sebastián San Segundo, un trotamundos de Guernica, se hizo notar en 1921 en el Congreso de los Sindicalistas Rojos, cuando se fundó la Confederación General de Trabajadores, de la que fue secretario general. Era anarquista, lo llamaban el Tampiqueño por el territorio al que representaba. También se decía que venía de una familia de dinero. Tenía una nariz grande, un rostro cerrado bajo la cornisa de unas cejas negras, muy pobladas. Hablaba idiomas, había navegado por los siete mares, había saboteado barcos con explosivos –barcos presidenciales–. Entre los compañeros se hacía llamar Pedro Sánchez. Nadie tenía un solo nombre. Quizá en la realidad paralela y poética del tiempo revolucionario los activistas ya hubieran olvidado el que traían de familia. La hermosa representación debía suplantar a la realidad, injusta y aleatoria. Siempre había sido así, quizá, aunque ahora el teatro era nuevo, y el guion. Había muchos hombres y mujeres dispuestos a socavar la historia heredada, escrita hasta entonces por héroes con nombres invariables, nombres escritos en piedra, en bronce, en papel.

Como muchos otros, San Segundo había entrado en México de polizón. Cuando lo detuvieron y deportaron, al igual que a Phillips, en Guatemala, allí también contribuyó con todas sus fuerzas a la organización y la instrucción de los obreros. Un día regresa cruzando la frontera por la selva. Alguien ha dado la voz. Lo buscan. Pero no lo conocen; sólo conocen un nombre: Pedro Sánchez. Alguien lo señala. Lo capturan. Pero se fuga trepando a la ventanuca de un retrete. Ahora sí le han visto. Fuera cual fuera su nombre, la imagen de su cara es irrepetible, única.

Era sólo un ejemplo.

Cuando Ángel del Río llegó a México, ya tampoco estaba allí León Felipe. En la biblioteca de Veracruz había conocido a una joven norteamericana, estudiante de idiomas, Berta Gamboa, y se habían casado en Nueva York, en Brooklyn, por lo que Ángel había oído. De joven, León Felipe había ejercido de farmacéutico en Valmaseda, un oscuro rincón de los valles vascos empapado por la lluvia y la bruma. Todo esto se sabe, está escrito. Me acojo a lo que falta por decir: cosas banales, insignificantes, que no contradicen los hechos, cosas como el revoloteo de Psique, la mariposa que danza sobre un cuerpo muerto.

Los prados mullidos, los chorreantes almiares en cuyo interior la hierba se mantiene seca. La noche llega antes de que el sol se retire de las cumbres. Las oscuras calles; los soportales, de piedra ennegrecida por el agua. Tras unos cristales turbios, la débil luz de la pequeña farmacia. Había vagado por los caminos enrolado en compañías de cómicos ambulantes. Había estado en la cárcel por algo de unas deudas con un usurero. Lo novelesco solidifica en piedras preciosas, se parece al ámbar, gotas de tiempo endurecidas por la acción de un potente catalizador. En realidad, las incontables vicisitudes aventureras de León Felipe son como si ya hubieran existido *in nuce* antes de su propia vida, sin necesidad de que se convirtieran luego en historia verificada. Había cambiado su nombre por el del santo del día, o lo añadió al propio, cuando publicó su primer libro. Se había ocupado de la administración de los hospitales en una isla africana que era un penal, Fernando Poo. Una vez salió en defensa de una mujer ofendida y mató a un hombre. Vivía en el país de las fábulas y los apólogos. Su voz, altisonante, tenía el timbre que resuena en los precipicios entre cordilleras, al borde de los acantilados cuando el viento del mar devuelve el sonido tierra adentro. En 1923, aquella vida parecía medianamente sosegada, pero fue entonces cuando resolvió marchar a México.

Lo hizo con poco más que una carta de Alfonso Reyes, a quien había conocido en los cafés madrileños de grandes espejos y bufandas emponzoñadas por el tabaco. Pero una carta de Alfonso Reyes tampoco era un viático cualquiera. La profecía y la historia se encontraron una vez más:

> He presenciado monstruosidades y milagros:
> aquí estaba cuando mataron a Trotski,
> cuando asesinaron a Villa,
> cuando fusilaron a cuarenta generales juntos…

Ahora estamos en el año –un mes o mes y medio después– de la excursión de Ángel a Silos con sus amigos de Soria, del poema del ciprés dedicado por Gerardo Diego. Pero en la capital mundial del romanticismo moderno, Del Río es para mí un desconocido. Para mí y para todos a quienes he preguntado (y Santi no sabe nada de esto). Tampoco la profesora Sandra Pujals –le he consultado–, que es quien más sabe de aquel Ángel del Río joven y mezclado con la historia del siglo, sus acontecimientos. No sé en qué trabaja, no sé dónde vive, dónde suele almorzar, con quién charla, con quién bebe a la caída de la tarde o fuma (eso sé que siempre lo hizo, constantemente). Qué es lo que escribe y a quién. No puedo saberlo. Los intersticios en blanco entre lo escrito, las rendijas de vida sin registros, mudas, lo que las palabras impresas no pueden retener, así escapa el agua entre los dedos.

Un día, Chizpe le dijo:

–Hace mucho que no viene por aquí, pero debería dar con Bernardo y que le platique. Creo que ése no se habrá ido. Pero tampoco sé… –Y salió corriendo después de que un chino, muy serio, lo llamase desde el otro lado de la barra, mientras decía–: Venía siempre con su amigo el oso.

El rastro condujo a Ángel hasta Bertram Wolfe.

15

El pintor Diego Rivera, llamado por Vasconcelos para decorar los muros y los techos de la Escuela Nacional Preparatoria, que dirigía Lombardo Toledano, había regresado a México. Se afilió al partido y tomó vara de mando. Acudía a su trabajo, sobre los andamios, con pistola al cinto, las cartucheras cruzadas sobre el pecho.

Bertram Wolfe era un judío culto procedente del sindicalismo norteamericano. Había llegado en 1922 y se había convertido en el ideólogo del partido. Wolfe y Rivera se hicieron muy amigos en la primavera del año siguiente. Con fondos recaudados por Rivera más los aportados por un coleccionista de sellos y algunos pocos más procedentes de Chicago, Wolfe viajó a Moscú, al congreso de la Comintern, y se alojó en el hotel Lux, eso era lo corriente. En Moscú se hizo conocer como Luis Vargas y Braun (el aspecto de mexicano –pequeño, ágil, el fino bigote negro– contribuía a su credibilidad). Le llevaban la comida a la habitación a horas prescritas en las que no debía salir a la calle. Al regresar de México, alguien habló de sus inclinaciones por Bujarin y comenzaron los problemas. También se llamó Lobo, Audifaz, Arthur y Albert Ward. Su mujer, Ella, la amiga de Katherine Anne Porter, trabajaba en la embajada soviética para la agencia TASS. En la azotea hay gente sentada

sobre tumbonas de lona rayada, trajes oscuros, corbatas delgadas. Hay árboles al fondo. Hay niños, también.

Asimismo había llegado a Ciudad de México Manuel Díaz Ramírez, un sindicalista de Veracruz, donde los anarquistas se habían hecho fuertes. Aunque hubieran sido los primeros en declararse a favor de la Revolución rusa, a los libertarios mexicanos, igual que a los españoles, se les hacía muy cuesta arriba cualquier trabajo organizativo y burocrático, que consideraban la tara de los comunistas. Díaz Ramírez también había asistido al congreso de Moscú y durante el resto de su vida exhibió con vanagloria la condición de haber sido el único mexicano en entrevistarse con Lenin.

La luz del cuarto procedía de un único globo amarillento que se descolgaba del techo desde muy arriba por un cordel entrelazado que había atraído a su negra cobertura una especie de pelaje. Era una sala cuadrada, casi sin muebles, apenas unas estanterías no muy altas, formando un zócalo, con libros y mazos de papeles apilados. Lenin recibió a Díaz Ramírez sobre las dos de madrugada, como era costumbre entre la aristocracia bolchevique. La noche, el secreto, el pequeño círculo de luz en el que brilla la verdad reservada.

Más que nada, a Díaz Ramírez le preocupaban los anarquistas.

–Hay que dar tiempo. –Esto fue lo único que dijo Lenin–. Es un país joven por lo que concierne a la lucha de clases.

Ahora, Díaz Ramírez parecía apoyar a De la Huerta y con él al sector más vetusto de los militares mexicanos, en cuya cercanía debía encontrar alguna rentabilidad paradójica. Wolfe apoyaba a Obregón. Hubo combates, muertos en las calles y en las sierras, cadáveres hallados días después en lo hondo de los establos, colgados de las vigas, cubiertos de moscas.

Ángel se encaminó hacia donde le dijeron que se ubicaba la redacción de *El Libertador*, un periódico de aparición inminente, y allí vio a Wolfe. En aquel

México póstumo, tuvo la impresión de encontrar a un superviviente. Era un local humoso. Las lámparas de latón sobre las cabezas de los linotipistas, las bandejas tipográficas, los grabadores de viñetas, sudorosos –uno era Xavier Guerrero, quien también trabajaba en *El Machete*, el periódico del partido, y en los murales de la Escuela Preparatoria, dirigidos por Rivera–. Las máquinas, incesantes, dedicadas a sacar pruebas de impresión, hacían un tremendo ruido ferroviario. A pesar de la gente que había allí, Wolfe daba la sensación de hacerlo todo y a Ángel le costó encontrar el momento para interrumpirlo.

Salieron charlando. El sindicalista debía pasar, dijo, por la sede de la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), a la que se proponía servir desde *El Libertador*. Estaba en la calle Bolívar, en el centro más venerable de la ciudad, y Ángel decidió acompañarlo. Era una zona muy concurrida, llena de taquerías y cantinas. A cada pocos minutos, se oían campanas. Les costó encontrar un café tranquilo, casi desierto (según Wolfe, tenía mala fama, pero merecía la pena). La situación en España, Vasconcelos, los cursos de Henríquez, el proyecto antiimperialista… Entraron al café después de haber pasado un buen rato quitándose la palabra mientras avanzaban a duras penas el uno tras el otro entre la gente y se abrían paso a codazos por las atestadas aceras. Wolfe acababa de regresar de Moscú con doscientos cincuenta dólares, donativo de la Comintern, enrollados en el cinturón. Había tenido un papel muy activo en las comisiones, un papel de crítico teórico, sobre todo. Pero los nuevos derroteros no acababan de convencerlo.

Los Wolfe habían compartido patio de vecindad con León Felipe.

–¡No! … –Cuando lo supo, Ángel abrió los ojos teatralmente.

–Sí, sí. Era un patio amplio; los corredores de alrededor, desvencijados. Tenía una sombra fresca. Los indios, vestidos de blanco –le contaba Wolfe–, con sus mantas teñidas de rojo, el color de la cochinilla del nopal, entraban y

salían de los bloques de viviendas y allí extendían sus tenderetes. Había contagios, claro.

–No puedo creérmelo. Yo lo conocí en Madrid: recitaba versos en los cafés; no le tenían demasiado en cuenta …

–Para mí es el mejor poeta del mundo –dijo Wolfe.

No les importaba el tiempo. Hablaban al modo de quien escribe cuando la pluma corre por su cuenta, sin tener que esforzarse antes por encontrar lo que decir.

–Espero sus artículos.

–Muchas gracias –dijo Ángel protocolariamente.

–No, se lo digo de verdad. Creo que nos vamos a entender y que tenemos muchas cosas que hacer juntos. –Hablaba bien castellano–. A mí también me interesa mucho la literatura, quizá más que ninguna otra cosa. Y la de lengua española, más.

Ángel se sorprendió. No esperaba eso, pero la mención –muy elogiosa– de León Felipe y la condición de Wolfe como alumno del curso de poesía épica, lírica y popular de Henríquez Ureña en el año anterior lo convencieron. Tenía la sensación de que se había encontrado con su nuevo amigo en una encrucijada común, aunque procedentes ambos de diferentes lugares de partida. Hacia dónde marcharía desde allí cada uno, eso no lo podía saber. Pero el interés literario de Wolfe parecía auténtico. «La poesía quizá fuera para él algo más que una herramienta», pensó Ángel.

–Éramos veinticuatro alumnos –dijo Wolfe–. León Felipe estaba entre los profesores. La Raza, la Tradición, la Lengua, el Pueblo eran para él los contrafuertes que sostendrían unas bóvedas, el palacio del Nuevo Hombre Hispanoamericano.

Con su matrícula en aquel curso, Wolfe había evitado su salida del país. Había llegado a México por una oferta de Robert Habermann (el denunciante de

Allen y de los otros), para un trabajo en la enseñanza –Wolfe era maestro–. No obstante, en realidad y a sabiendas de sus amplias lecturas y la destreza del sindicalista con las palabras, lo que deseaba Habermann era disponer de un redactor para sus artículos, dirigidos a los órganos proletarios neoyorkinos. Una vez en México, a Wolfe le pareció que aquella tarea de *negro* no era para él, y Habermann lo despidió. Pero Henríquez Ureña, quien había ingresado en el Grupo Solidario del Movimiento Obrero, promovido por Vasconcelos para atraer a intelectuales a la lucha, tenía por entonces casi intacta su relación con el gran promotor y, a despecho de Habermann, Vasconcelos forzó la readmisión de Wolfe.

Con el tiempo aparecieron las primeras diferencias entre Vasconcelos y Henríquez Ureña, quien, según el primero, sentía la celosa irritación que sienten los intelectuales eruditos por los éxitos de los políticos populares. Pero también Vasconcelos quería ser considerado un *homme de lettres*. Se llegaron a detestar.

Un periódico, *El Universal*, cuyo director aspiraba a una distinción académica *honoris causa*, atribuyó a los resabios burocráticos y a la corrupción universitaria de la que era responsable Henríquez el que se la negaran. Lo llamó «fracasado» y «negro haitiano», y metió en el saco a su cuñado Lombardo Toledano. Vasconcelos pidió a Lombardo la expulsión de los estudiantes que habían publicado burlas contra él en un periódico satírico, *Don Juan*, y las habían pintado en las paredes. El cuñado de Henríquez se resistió. En un viaje oficial a Brasil, las disputas se desbordaron.

Finalmente, Henríquez Ureña dimitió en 1924, poco antes de que Ángel del Río llegase a México. Henríquez se alistó entonces en el equipo formado por su cuñado para alzarse con el gobierno del estado de Puebla. En los apenas tres o cuatro meses que duró esa aventura, puso en marcha un número inaudito de medidas educativas reformadoras. Pero poco después, y una vez

que el gobernador fuera apartado de su trono, dejó México definitivamente: hizo las maletas y partió a Buenos Aires.

Además de asistir al curso, Wolfe había colaborado con Henríquez Ureña en algunas investigaciones. De ahí salió un libro (*Gramática castellana*, publicado por Sucesores de Hernando en 1924), pero sobre todo una preciosa recopilación, publicada al año siguiente dentro de *Homenaje ofrecido a Ramón Menéndez Pidal*, que se tituló «Romances tradicionales de México». Recorrió el país entero; se entrevistó con las ancianas, con los niños. De todos los romances, sólo «Doña Elena» parecía enteramente mexicano, según el maestro; los demás venían a ser variantes vernáculas de famosos romances españoles: «Mambrú», «Delgadina», «Gerineldo»…

> Vuela, vuela, palomita,
> vuela si sabes volar,
> y avísale a doña Elena
> que ya la van a matar.

Bertram Wolfe también recopiló muchas piezas del folclore autóctono que publicaba en *Mexican Folkways*, la revista de su amiga Frances Toor, una de las mujeres de las que hablaba Chizpe. Tomaba notas que luego transcribía en las posadas, con los postigos abiertos a la noche de los caballos, a la luz de faroles de petróleo. Ya expulsado del partido y del país, cuando las organizó en un estudio, lo presentó en la Universidad de Columbia para obtener el grado de maestría: *The Mexican Corrido*.

AMELIA, LEANDRO

16

Yauco, más exactamente las montañas de Yauco, un territorio al suroeste de Puerto Rico, entre Ponce y Mayagüez, fue en tiempos el emporio del cultivo del café en la isla. El café de Puerto Rico alcanzaba precios muy altos en Europa, adonde los españoles habían llevado las primeras semillas en unos pequeños saquitos bien custodiados, como una mercancía secreta. La noche del mar, el balanceo de los grandes fanales que guiaban a la flota en la oscuridad salina. Las bodegas, repletas de fardos y barriles, en un movimiento ensordecedor. Los galeones, cargados de telas holandesas y hierro de Vizcaya, de vino, de armas. Al amanecer, se hacía el recuento de los navíos, que podían llegar a veinte o treinta, según los viajes.

Pero luego fue sobre todo cosa de los corsos. La Corona española había dado facilidades para el asentamiento de extranjeros en ultramar, y un gran número de familias de aquella isla que luego sería francesa decidió emprender en Yauco su nueva vida de emigrantes. Allí, según decían, todo se parecía a su tierra. Había zonas áridas y perfumadas, con colinas chatas, en los cayos del litoral, pero, adentrándose hacia el interior, el terreno se plegaba con ángulos violentos formando sierras escarpadas que descendían luego hacía los valles por laderas húmedas, fértiles, veladas por la bruma en el crepúsculo.

Con el café se fueron amasando fortunas mayores que las del azúcar o el tabaco. Aquellas familias dominaron la isla al menos hasta las primeras décadas del siglo xx. Pero para entonces el declive ya había comenzado. Por las mismas fechas de la guerra hispano-norteamericana, varios huracanes de los que de vez en cuando, de Maracaibo a Florida, asuelan el Caribe, destruyeron los cultivos casi por completo. *Ciriaco* fue uno de los más devastadores. Por lo demás, los capitales norteamericanos que abordaron la isla tras la guerra no vieron en el café un negocio de mucho interés; la replantación resultaba cara y había que esperar años para que los frutos llegaran a ser rentables. Las tradicionales importaciones europeas decrecieron. La crisis en la que entraron las grandes propiedades produjo la fragmentación de las explotaciones en innumerables cultivadores campesinos de menor tamaño, cuyas tierras eran ahora más fáciles de sacar adelante que las mastodónticas terratenencias antiguas.

Aun así, en las montañas quedaban mansiones con blancas columnas erigidas por los grandes propietarios corsos de antaño y un sinfín de barracas, levantadas con tablas mal ensambladas y techumbres de chapa, diseminadas por los densos recovecos del bosque. Las hogueras de leña verde enturbiaban el cielo del atardecer con sus lentas fumarolas suspendidas en el aire. Antes de que llegasen los efectos de la gran crisis del 29, la pobreza –una pobreza esencial, atávica– era ya la tónica dominante en el campo y en los pueblos. Muy poca gente sabía leer.

Algunos de los cabecillas de la independencia llevaban apellidos italianos y procedían de Yauco y de las grandes familias cafeteras. Mattei, por ejemplo, había proclamado sus ideas libertarias al mismo tiempo que hacía crecer sus negocios. Fue alcalde de Yauco. Su mujer, Ana María Rita Emmanuelli Negroni, también había nacido en una de aquellas familias. Un grupo de terratenientes corsos acordó en Nueva York cuál había de ser el régimen de la isla tras la ocupación estadounidense después de la guerra.

En el Yauco histórico, rodeado ahora por los *shopping centers* y las autovías, sigue en pie un edificio neorrenacentista de una planta con muros largos, pintados de un confitero color entre gris y azul, con ribetes blancos, que durante mucho tiempo se llamó Casa Agostini. Una placa más reciente la denomina ahora Mansión Negroni. Fue construida por don Antonio Francisco Negroni Mattei (1794-1861), uno de aquellos grandes industriales.

Negroni Mattei había llegado de Córcega –dice la placa– en 1822 y fue el primer constructor de un canal de riego. La calle de San Rafael es silenciosa, el silencio de los antiguos grabados y las tardes vacías de primavera. El sol traza agudos ángulos de sombra bajo los aleros. Las estrechas aceras arden al mediodía. Cuando el café alcanzaba las cotas más altas de beneficio, una hija de don Antonio Negroni Mattei contrajo matrimonio con Ignacio Agostini, otro renuevo de aquellas familias. El techo de la antigua Casa Agostini es de chapa galvanizada; a pesar de eso, los marcos de las puertas y las ventanas que dan a la calle ostentan adornos recargados que evocan el plateresco español a base de escayola.

En 1925, Juan Marsini, Santiago Negroni y Andrés Mattei fueron los editores de la primera historia ilustrada de Yauco. Aquí está la fotografía de Amelia Agostini, profesora y escritora, joven por entonces. Es una mujer hermosa, según lo que el gusto de la época consideraba hermosura, algo que por lo visto resulta inaprensible para las fotografías. Una mujer de gran armazón, de belleza sólida, consistente.

17

El profesor era un hombre joven, Amelia le llevaba casi cinco años. Pero era *el Profesor*. Llegó en 1925, al comenzar el curso de verano, junto con Tomás Navarro Tomás, el reputado fonetista discípulo de Pidal en el Centro de Estudios Históricos.

Navarro había investigado sobre la pronunciación, sus diferencias zonales, sobre el folclore. Uno de sus mejores seguidores puertorriqueños era Antonio Salvador Pedreira, un muchacho escritor y poeta, especialmente vehemente y de juicios severos. Por entonces, el rector –o, más pomposamente, el *canciller*– de la Universidad de Puerto Rico era el doctor Thomas E. Benner. Acababa de llegar. Pero estaba empeñado en una reforma de los estudios que hiciera de Puerto Rico un enclave crucial del hispanismo. Tenía para eso a Navarro Tomás y a Federico de Onís, quien postulaba su teoría de las tres patas: España, Norteamérica y Puerto Rico como soportes del resurgir hispánico. Y, además, Benner contaba, o quería contar, con Pedreira, aunque antes de eso el joven puertorriqueño debía completar su formación en Estados Unidos. Así pues, el rector se entrevistó con él y le puso al tanto de sus planes. A su vuelta, le dijo Benner, cuando dispusiera ya de una mayor solidez curricular, se haría cargo de las clases de Lengua y Literatura Españolas. Navarro, por su parte, tuvo que ausentarse durante el curso de 1926 para viajar a Buenos Aires. El

rector Benner pidió a Pidal que buscaran un sustituto. Ángel del Río, aunque por poco tiempo, había trabajado en el Centro de Estudios y había comulgado plenamente con el espíritu, entre científico y caballeresco, entre moderno y venerable, de aquellos hombres y aquellos muros, y con la constelación que representaban la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes, el liberalismo español, la cultura moderna y la tradición nacional.

Había una clase de Literatura Española, la de romanticismo, a la que los horarios de Amelia, maestra de la Central High School, en el barrio de Santurce, le permitirían acudir. Santurce era una península populosa en el norte de San Juan, a orillas del Atlántico. Cerca estaban las ciénagas, las lagunas, los oscuros manglares. Los nuevos tranvías eléctricos chirriaban sobre los raíles que se extendían por la compactada tierra de la carretera central, luego transformada en avenida Ponce de León, entre las altas palmeras y las maderas de las residencias coloniales, con sus largas y blancas balconadas. Era un sector de la capital que se estaba desarrollando aceleradamente tras la puesta en marcha de un plan urbanístico parecido al del ensanche de Barcelona. Dentro de aquella retícula convivían varias instituciones sanitarias y educativas, entre ellas la Central High School, abierta no más de un par de años atrás. Amelia se había incorporado al profesorado, pero de ningún modo daba por terminada allí su formación.

La clase estaba llena. El grupo de amigas había conseguido asientos en la primera fila. Después, irían a merendar a La Mallorquina, un punto de reunión de gente joven, poetas y periodistas. Hablaban a la vez, se quitaban las palabras de la boca.

El profesor era alto, moreno, con grandes entradas, una barbilla afilada y una nariz aguileña que le conferían un aire severo. Andaba algo cargado de hombros, quizá fuese una coquetería académica. Pero la desenvoltura y la ironía de su presentación lo hicieron interesante a las chicas. Era lo contrario

que se esperaba de su aspecto. Amelia pensó vestirse toda de negro, con un traje ceremonioso, para la siguiente clase. Aun así, no consiguió que el profesor la mirara. En la tercera clase apareció de blanco. Nada. Con un estampado de flores rojas y ramos verdes. Tampoco.

–Don Ángel, ¿conoce usted a don Américo Castro? –Muy dispuesta, Amelia se había acercado a preguntar al término de la explicación, sin atreverse a subir a la tarima.

–Ya lo creo. Fue profesor mío, señorita. –El profesor no la miraba todavía; estaba recogiendo sus papeles. Tras cerrar la cartera, encendió un cigarrillo. Entonces, la vio.

–¡Y mío! –repuso Amelia, eufórica por haber encontrado siquiera un nombre con el que podría fabricar un vínculo–. ¡Estudié en el Centro de Estudios Históricos!

Salieron juntos charlando. El profesor acompañó a Amelia al autobús, en el que ya se encontraban sentadas sus dos amigas, Isabel Aguilar y Angelita Santini, a quienes veía tras los cristales de las ventanillas haciendo muecas y riendo a rabiar.

–¡Las hay frescas! –le dijeron cuando encontró su asiento.

El profesor Ángel del Río acudía a las clases vestido con un traje de lino blanco, pajarita, un sombrero flexible que dejaba sobre la mesa del aula al comenzar la clase. Su discurso estaba lleno de incisos anecdóticos, ingeniosos, y a pesar de eso sus líneas explicativas eran diáfanas.

El joven profesor ya había viajado por Europa y América, y había pasado en México el año anterior –según le contó a Amelia– trabajando como periodista.

–Un país terrible –dijo–, una parrilla sobre la que todo acaba chamuscado, aunque ahora parece que está algo más tranquilo.

–¿Ha tenido problemas allá? –le preguntó Amelia. Para ella, casi todo lo que no fuera el tiempo cristalizado en su imaginación romántica estaba más bien

lejos y se convertía en un relato de acción trepidante que la desasosegaba y la fascinaba a la vez.

–No, yo no. Bueno, salvo que llegué para una cosa y tuve que dedicarme a otra. –En aquel momento, el profesor Del Río comprendió que cualquier explicación en detalle resultaría demasiado prolija, tendría que dar demasiados pelos y señales. Y cambió de tema–: ¿Vive usted aquí, en San Juan? Tiene apellido italiano.

–Corso –dijo Amelia.

–Bueno, italiano…

A veces ella bajaba la cabeza. Se temía alguna exposición erudita. A sus ojos el profesor tenía un aspecto heráldico, una figura recortada contra la luz que se proyectaba desde el fondo de una escena llena de historia, su silueta sobre una rada, como en los cuadros de Claudio de Lorena. Su voz era grave, imperativa; su gesto, serio, puede que altivo. A veces sus ojos dejaban entrever una sonrisa dirigida a la inteligencia. Paseaban. Hablaban de libros, de poetas. Ella no paraba de contarle sus ideas acerca de tal o cual novela, sus preferencias. A veces, se detenían, mirándose. Con todo, Amelia era desbordante, en muchos aspectos excesiva. Su energía exigía ser liberada.

El castellano que era Del Río había considerado hasta entonces superfluo todo lo exuberante. Cuando Amelia intentaba la confección de una idea demasiado elaborada, él fruncía el ceño y sonreía, un poco condescendientemente. En tales ocasiones, ella hacía una mueca: no le gustaba que la tomaran por pretenciosa ni por inocente. Pero en general trataban de charlar en un tono distinto al del aprendizaje. Él sabía hacer eso.

Al terminar el curso, el día 7 de junio, se casaron. La boda fue en San Juan. Muchos invitados llegaron en coches de caballos. Las mujeres, vestidas con tules y largos trajes ceñidos de colores pálidos, bajo pequeñas sombrillas festoneadas que abrían los criados negros al salir de los carruajes. Había flores

en el aire, pétalos como alas, el sol abrasando la tierra, de la que subía un polvo fino como un celaje.

18

En Madrid hace calor: estamos a 28 de septiembre. El veranillo de San Miguel, más largo y agudo que de costumbre. Al otro lado de la calle de Alcalá, hacia el castizo y turístico Madrid de los Austrias, las calles están colapsadas. La gente parece instalada otra vez en la desnudez del verano, que ha retornado. Los cuerpos, los colores… En las callejuelas más estrechas, las motos por las aceras, el ruido irritante. En torno a la cima de la plaza de la Cebada hay otras placitas subalternas, casi secretas, que permanecen milagrosamente medio vacías, burbujas aisladas en el tiempo. La plaza de los Carros: los ancianos, sin afeitar, sentados en los bancos, revolviendo en bolsas de plástico. Chicos y chicas, negros, blancos y mulatos, alumnos de un colegio, remolonean resistiéndose a dar por acabada la media hora del recreo.

En un mensaje, Carmen de Piniés, nieta de Amelia Agostini y Ángel del Río, recién llegada de Nueva York, me dice que se ha perdido por estos vericuetos. Se hospeda en casa de una amiga, Elizabeth, en la plaza del Cordón, aquí al lado, otra de estas plazuelas isla en medio de un mar de tráfico, de gente y de ruido.

Enseguida aparece. Sólo habíamos hablado por teléfono, con el inmenso océano entre las voces, entre las horas. Una simpatía de acento acusadamente norteamericano, aunque de una franqueza y un humor muy particulares. Un

camarero acude a la mesa. Acaban de abrir: no hay nadie más en la terraza. Es mediodía. A Carmen le hace ilusión volver a tomar un café con leche en Madrid. Ha aterrizado hace apenas una hora. El camarero dice que sólo tienen leche de soja y también de…, no sé, de otra cosa. Nos vamos. Quizá en la terraza de enfrente. También está vacía.

–Bueno, este tema… vamos a dejarlo –dice al levantarnos–. No sabes cómo está todo esto allá. ¡No puedo más! –Está dolida y preocupada, lo del bar *healthy* le ha levantado recuerdos recientes que la exasperan. Trabaja en una galería de arte y subastas–. A un amigo mío, uno de los mejores *curators* de allá, le acaban de vetar por no haber atendido lo suficiente en una exposición, hace nada, a todas las identidades… ¡Yo estoy horrorizada! Pero, sí, mejor vamos a dejarlo… Hacía dos años que no venía a Madrid.

Abre el bolso. Me trae unos papeles con escritos mecanografiados de su abuela Amelia. El papel es muy fino, crujiente, traslúcido, el tacto cerúleo de las alas resecas de las mariposas muertas.

–No paraba de escribir. En cuanto le sobrevenía un recuerdo…, ¡zas! ¡Era blanca como la nieve! –Se ríe con una gran carcajada–. A veces, me llaman con mucho interés por ella y sus libros, convencidos de que era negra, o mulata; por la esclavitud española, la colonización, qué sé yo… ¡Blanca como la nieve! A su lado, mi abuelo, el profesor ilustre, el gran estudioso, ¡se ha convertido en nada! –Otra carcajada.

–Bueno, ella venía –le digo– de una de las familias de Yauco, de los cafeteros…

–Eran muy pobres.

–¡¿Qué me dices?! No puede ser –la interrumpo abriendo mucho los ojos.

–Pues sí…

–No puede ser. Será más bien que se arruinaron. –Le hablo de las exportaciones, las industrias americanas, la caída de los precios. De lo que me

he ido enterando.

–Bueno –piensa–, quizá fuera eso. Se arruinaron, sí. La abuela estudió todo con becas, en España, en Nueva York…, aunque, sí, eso es verdad –recapacita–, era una señorita de Yauco.

Ha traído fotografías. En una de ellas, aparece Ángel del Río con familia y amigos a bordo de un coche de caballos, puede que en alguna ciudad española. O quizá en Puerto Rico, no lo puedo saber y Carmen tampoco. En otra, también familiar, muy antigua, con niños y señoras mayores y dos mujeres jóvenes. En esta parece que están en un paseo; hay sombras de árboles, un pretil de piedra. Es el paseo de San Saturio, en Soria, a la orilla del río Duero, sobre el camino machadiano que lleva a la ermita, encajado entre el risco y el murete de piedra. La abuela Valeria Cabrera, Josefina, Ángel, Amelia, Herminia (la mujer de su hermano, Miguel), todos muy bien vestidos, con los niños, Miguel Ángel (Mike) y Carmen (Carmencita). Puede ser antes de la guerra, o por entonces mismo. Y en la tercera se ve a Ángel, muchos años después, junto a otros señores en torno a un velador, en verano. Es el parque de la Dehesa, también en Soria. Uno de esos caballeros es el poeta y teósofo Teodoro Rubio; otro es su hermano, Miguel del Río; también está José Tudela. Al dorso se puede leer: «Soria, 1954».

–Quédatelos. –Carmen me entrega la carpeta.

–Pero…

–Bueno, ya me lo devolverás otro día. No te preocupes –dice.

Estoy mirando las fotos. Gran parte de la plaza ha quedado en sombra. Los edificios, en su mayoría del siglo XIX, tienen más altura que la extensión ocupada por la superficie del suelo, un suelo en pendiente, de tierra amarilla atravesado por escorrentías, con algunas franjas divisorias de las que sobresalen unos adoquines descarnados.

–¿Y qué piensas de los estudios que presentan a tu abuelo, en los tiempos de Puerto Rico, como un *popuchik*?…

Carmen levanta los brazos, luego se tapa la boca y al final ríe. Una carcajada amplia, genuina.

–Cuando lo vimos, no lo podíamos creer. Y seguimos sin creerlo. Mi madre… Bueno, ¡mi madre! ¡Jamás de los jamases!

–Eso mismo me dijo Laura. –Sé que Laura García-Lorca, sobrina del poeta, y Carmen, son muy amigas.

–¡Claro! Ella lo sabe igual que yo. Lo conoció.

–Laura me dijo: «¡Pero si eran anticomunistas fervorosos!». –Recuerdo a Laura: fue la primera persona con quien hablé de Ángel del Río, en Granada. Los ojos se le humedecieron. Ángel y su padre fueron dos hermanos, según me dijo.

–Claro, claro… *¡¡¡Sure!!!!* ¡Fervorosos!

–Pero la investigación de la profesora Sandra Pujals –le digo– es muy seria; los datos son irrefutables, las cartas… Es una gran investigadora.

–Sí, sí, desde luego. Eso, sí. Es indiscutible. –Parece haber pensado, de pronto, en la compatibilidad de las dos cosas–. Pero, no sé, nadie había oído hablar de todo eso nunca… ¡Nunca!

–¿Y tu abuela? ¿Alguna vez…?

–¡¿Pero… qué dices?! –Sus brazos otra vez a lo alto–. ¡No! ¡Seguro que no! –Se detiene de nuevo, parece estar pensándolo–. Claro, yo nunca hablé con ella de todo eso. Pero… Ni mi madre. Nunca… –Y de pronto decide–: ¡Seguro que no sabía nada!

–No sabían nada –repito.

–Nada.

Los dos sonreímos.

–Vamos, digo yo.

19

La isla de Amelia Agostini era un país dulce y aromático. Por la noche, en la habitación a oscuras, el juego favorito antes de dormir consistía en abrir las ventanas para ver los cocuyos, igual de luminosos que estrellas viajeras. Horas del anochecer en las mecedoras de los barandales. Había niñas a las que peinaban con agua de azúcar para que el pelo se les rizara. Los nombres de las haciendas permanecían intactos, pero las fincas quedaban ya demasiado lejos, al pie de las montañas, comidas muchas por la selva. La pintura desconchada, los tejados hundidos de las mansiones, la distancia permitía ignorarlos. Los Agostini y los Bonelli habían sumado antaño muchas hectáreas de cafetal, numerosas cuadrillas de obreros. Un antepasado, Pablo María Fraticelli, de Ajaccio, era conocido en la familia como Cabeza de León y había escapado de una condena por asesinato.

En la casa de la ciudad no sobraba el dinero. Los padres y los tíos entraban por la puerta cabizbajos, con aire de resignación. Pero los dormitorios de las niñas conservaban una luz y un perfume retenidos desde tiempo atrás, aunque despertaban de nuevo a la vida ante ciertos gestos. En la calle, los ojos permanecían atentos al vislumbre de un pestañeo, las miradas cruzadas. Era a lo que por entonces ellas llamaban *el amor*.

Aunque Amelia ya era maestra y daba clases en la isla, se había graduado en Columbia. Había pasado por Vassar College –allí coincidió con María Teresa García Banús, quien luego sería la mujer de Juan Andrade, el gran amigo de Ángel del Río– y como becaria del Vassar viajó a España en el verano de 1922 para ampliar su formación en el Centro de Estudios Históricos. Se alojó en la célebre Residencia de Señoritas, fundada apenas unos años antes y regentada por María de Maeztu, a un paso de la Castellana, en Fortuny, 53. La había precedido la otra Residencia, la de los chicos, la de los poetas, en lo alto de las laderas que descendían hacia el hipódromo. Con María de Maeztu, una mujer pequeña –diminuta– y arisca, profesora de Filosofía, enseguida tuvo Amelia su tira y afloja. Tenía la costumbre de pedir cada día a las alumnas una síntesis de la lección anterior. Un día, en deferencia con su alumna puertorriqueña, la directora descendió de su áspero pedestal y le dijo:

–Cuando usted quiera que le pregunte, dígamelo antes de entrar en el aula.

–Señora De Maeztu –contestó Amelia, altiva–, pregúnteme cuando guste: yo vengo siempre preparada.

Era ocurrente y orgullosa. Estaba muy ufana de su vena poética. La literatura brotaba de su corazón, con delicadeza y arrogancia, como una excrecencia natural, o eso le parecía a ella. La escritora respondía a la llamada, a las incesantes intimaciones de la vida, con su efusión literaria. Había sido elegida por la poesía. Las calles y los bosques, las figuras humanas a punto de desaparecer del tablado isleño, sus leyendas locales encontraban una cálida acogida en su imaginación. Tenía acerca de la poesía una idea inevitablemente ahormada en el romanticismo y el modernismo hispanoamericanos. Una idea sentimental, bastante relamida. Los amores truncados, los columpios en los jardines, las insinuaciones entre los arriates… Escribía continuamente, frases del tipo: «Cada vez que levanto la tapa de mi cofrecillo de sándalo fluye un suave olor que aroma el ambiente de mi estancia».

Para la familia y los amigos era Melín. Recordaba por escrito lo que no había vivido, el encantado mundo de las sierras azules, las plazuelas en día de mercado, las celosías en los miradores de madera, un mundo animado por la música del piano y de la brisa.

Los corsos se sentían franceses, súbditos de Napoleón. Celebraban con grandes comilonas y bailes el 14 de Julio, la Toma de la Bastilla. Unas fiestas ruidosas y campestres que solían acabar en grandes borracheras y peleas a cuchillo en las que terminaban mezclados blancos, negros y mulatos. Mientras los hombres miraban caer sobre las brasas la grasa de los lechones, Amelia inventaba el recuerdo de las grandes sabanas que rodeaban el pueblo, antes de que, según decía ella misma, «gracias al sudor de los negros» se convirtieran en cañaverales susurrantes en los que medraba el café. Su juventud ya estaba más que resquebrajada, pero todavía se dejaba llevar por la sugestión de las promesas. El porvenir todavía era imaginable como un país en el que todo lo perdido y lo no vivido podrían rescatarse.

Sí, Amelia Agostini había conocido América y Europa gracias a las becas. Aun así, esa experiencia no cabía entonces en las posibilidades de quienes ni poseían ni habían poseído nunca la mera seguridad de alimentarse. La sonrisa, la cadencia de la voz, la mitología que ocupa el lugar del recuerdo, las enfermedades poéticas de la neurastenia y la angustia, la certeza sobre sí mismo son notas de carácter transmitidas al nacer a través de la sangre. *Colare*: de esa palabra latina, inseparable de la tierra y el cultivo, proviene *cultura*. Una manera de andar.

20

–¿Quién? –Alguien estaba en la puerta. Amelia preguntó a la pequeña Nilda, una sirvienta mulata cedida por los padres de Amelia, casi una niña. Era hija de Amandina, a quien, aun siendo ya mayor, en casa todavía llamaban la Reinita. La niña no sabía qué responder. Sólo mostró, aún más ostensiblemente, la bandeja que sostenía en las manos, en la que había un pequeño sobre, era de suponer que con una tarjeta.

Amelia lo abrió y leyó la tarjeta.

–¿González? ¿No ha dicho nada más?

–Nada más, señora.

–¿Todavía está ahí? –preguntó alzando los ojos por encima de la chica.

–No, señora, ya se ha marchado. Dijo que esto para el señor. Para el señor Cabrera. Dijo que era muy importante.

–¿Muy importante? Pero… aquí no vive ningún señor Cabrera. Bueno, Cabrera es el apellido de su madre. ¿A lo mejor era un español? –Nilda no podía contestar a eso–. ¿Alguien de su tierra, de Soria? –A pesar de todo, Amelia miraba a la chica. La niña bajó la mirada; la bandeja, vacía, todavía sobre sus manos. Amelia volvió a meter la tarjeta en el sobre.

–Bueno, pues se lo dejaremos aquí… al señor Cabrera.

Ángel llegó bastante tarde a casa. Eran los días de las calificaciones, de los certificados de asistencia, todo eso.

–Tienes un sobre en la bandeja de la cómoda. Lo ha traído alguien a mediodía.

–¿Un sobre?

Cuando hubo leído la tarjeta, la sostuvo unos instantes en la mano.

–No sé –dijo. La dejó otra vez sobre otra mesa. Pasados unos minutos, Amelia, de pie, la leyó de nuevo.

–Por lo visto te espera mañana, a primera hora, en ese sitio. –La tarjeta de González tenía anotada al dorso la dirección de un café. Amelia la miraba; esperaba algo más de su marido.

–¿Lo conoces? –le preguntó–. Nueve de la mañana.

–¿El café?

–No. El café, no. Que si conoces a ese hombre. He pensado que podría ser un paisano tuyo. ¿Seguro que no lo conoces?

–No sé… –Ángel se había sentado en un sillón. Pero se levantó y cogió la tarjeta de nuevo, abarquillándola entre el pulgar y el índice mientras ponía un gesto pensativo–. Puede ser alguien de México. –Se sentó–. Pero tampoco recuerdo…

–Misterio –dijo Amelia–. ¿Quieres cenar ya?

–Iré –Ángel parecía haberlo pensado de pronto–, aunque tendré que avisar antes a la universidad: no podré acudir a la primera clase. Y después hay que dejar cerrados los listados de libros; Cuesta ya los ha pedido.

–Mañana tenía pensado acercarme yo también –dijo Amelia–. Iré pronto. He de entregar un historial académico. Por lo del diploma. O el *certificado*, como lo llamáis vosotros. Si quieres, lo digo yo misma. Que has tenido un imprevisto.

–Pues, si me haces el favor, te lo agradeceré.

No había pasado tanto tiempo, no llegaba a dos años, pero aquel nombre parecía regresar desde otra vida.

Amelia salió del salón, que daba a la avenida. Ahora estaba en el piso de arriba dando instrucciones a Nilda a cuento de unos armarios, la manera de ordenarlos. Se oía su voz, imperiosa y dulce a la vez. Arrastrado por los recuerdos, Ángel no se daba cuenta de que la estaba oyendo. No tenía noticias frescas de México. Había comenzado por fin su trabajo sobre el *Quijote*, que llevaba demasiado tiempo posponiendo. Sentía, además, que algo se removía en su interior, algo que tenía que ver con aquello, con el *Quijote*, precisamente. El *Quijote* y el final de la juventud (ésta había sido una asociación de Santi, de hace ya tiempo). Con el *Quijote* y con el lastre que para la vida real pueden significar las ideas cuando se las confunde con los deseos.

Ángel estaba feliz con su matrimonio, pero su circunstancia intelectual se parecía más a la de quien atraviesa un proceso de duelo tras la caída de un mundo. A pesar de su juventud, parecía que gran parte de lo vivido quedase ahora a sus espaldas, en la oscuridad. Enfrente había una realidad distinta; él estaba en trance de convertirse en alguien distinto. Lo que llevaba escrito del estudio quijotesco tenía el aire de una confesión personal, una recapitulación. Muchos de quienes lo habían acompañado en el camino le parecían ahora tan románticos, aventureros y sentimentales como él.

Muchas veces, paseando, o a la hora de comer si era un día sin clases, o después de la cena, hablaba con Amelia de aquello. Y agradecía mucho su compañía en todo, pero especialmente en aquellas cuestiones que no sólo atañían a su profesión literaria, sino que tenían una auténtica dimensión existencial que le implicaba por entero.

–Ese libro no es una lectura –le había dicho a Amelia no hacía mucho, en el porche, los dos sobre las hamacas–, sino un libro acerca de la lectura, precisamente, algo mucho más determinante. El *Quijote* enseña a leer.

–No estoy segura de…

–Piensa en santa Teresa, sin ir más lejos: ella también había leído las aventuras de caballería y las había creído, y había creído que…

–Ángel, santa Teresa era una niña –dijo Amelia.

–… Sí, pero las había creído a pie juntillas hasta después de serlo y había creído que se podían poner en práctica para crear un mundo nuevo, mejor, con sólo imitarlas, con hacer lo mismo que…

–… Era una niña.

–Bueno, pues piensa en Cortés y en los conquistadores que sabían leer. Ellos no eran niños y también las habían leído. Su conquista fue una obra de imitación, en gran medida. Yo ahora me siento otro o, por lo menos, siento que algo está cambiando en mí.

A Ángel se le había pasado un buen rato en el sillón de la sala. Se había hecho de noche. Quizá entablar un nuevo contacto con alguien de México no estuviese de más, pensó. La incertidumbre laboral era algo que lo preocupaba, y a lo mejor de México llegaba alguna propuesta. Sentía que los lazos con sus últimos años estaban cortados, pero nunca se sabe cómo ni de dónde pueden llegar las oportunidades. El tal González era sin duda un enviado. Todo esto le producía un agudo conflicto íntimo.

Al pensarlo, le asaltaba al mismo tiempo una infinita pereza. Pensaba en su trabajo en marcha sobre el *Quijote* y en la distancia que ese libro establecía entre su protagonista y su lector. Entre la vida y las ideas. Pero tampoco quería dar portazos. Además, pasar a la condición de recalcitrante podía tomarse peor aún entre los camaradas: era mucho más peligroso. No tenía más remedio que acudir a la cita.

Aquello lo había dejado tenso. Los pómulos, muy marcados en su cara chupada; la nariz, afilada; la barbilla; los brazos, como lianas fibrosas. Tenía una mirada aguda. Llevaba fama de memorioso: lo recordaba todo. Quizá,

todo, no. Nadie ha visto el fondo de la memoria; no se conoce su profundidad. Recordaba especialmente las palabras escritas en los libros, un sueño del idioma igual que un castillo en el cielo, levantado con letras como sillares. Amelia entró de nuevo en la sala. Ángel seguía sentado, con la tarjeta en la mano. Se incorporó y se la metió en un bolsillo. Tenía una mujer cariñosa. A él le costaba mostrar sus afectos; ella lo achacaba a su origen castellano.

–Eso es un tópico –decía Ángel.

–No, no es un tópico –decía Amelia riendo–. ¡Menudo tópico! ¡Eres el Caballero de la Mano en el Pecho! ¿Quiere ponerse hoy el señor el jubón negro? Ja, ja, ja… ¿Con gola o sin gola? Señor, ya está bordada sobre la capa la cruz de Santiago. Ja, ja, ja…

–¡El famosísimo humor boricua!… –exclamaba Ángel, algo contrariado.

A veces, la tomaba de los hombros (era una mujer alta y fuerte), la giraba y la besaba, la mordía en el cuello.

–¡Qué derroche, por Dios! –decía entonces Amelia con otra carcajada. Conocía las ideas de su marido, pero poco de sus *ilusiones políticas*; así las llamaba ella. Cuando estaba su suegro presente, Ángel refrenaba su habitual impulso taxativo. Todo eso iba quedando atrás; él mismo lo notaba. Puerto Rico no terminaba de gustarle, aunque también el señor Agostini había naturalizado un rechazo general de lo que él llamaba *la ocupación americana*, origen de todas las calamidades. Y eso los había acercado.

–Tendré que ir. Ahora creo recordar mejor a ese Ramírez.

–No, no dijo Ramírez; dijo González, me parece.

Ángel volvió a leer la tarjeta.

–González: todos los mexicanos se llaman igual, o parecido –dijo levantando el brazo con un gesto displicente, con el papel en la mano.

–Y dice «Puerta Bandera». ¿Sabes dónde está? –preguntó Amelia.

–Sí, creo que sí. Es un callejón del Viejo San Juan, así, en pendiente, empedrado, con unas escaleritas. Conduce al puerto. Creo que hay un cafetucho allí.

–¡Jesús, cuánta intriga!

–Bueno, enseguida regresaré a contarte. No te preocupes, querrá verme y parlotear, es lo que más les gusta –dijo Ángel, con la mano en el bolsillo.

21

El centro de San Juan era muy bullicioso desde la primera hora de la mañana. La ciudad se había llenado de automóviles en muy poco tiempo, largos coches negros y de color bermellón con filetes de color crema, toldos embreados. Ford, muchos de ellos, además de Hartford, Daimler; también se veía algún Pontiac más moderno. Con frecuencia se formaban grandes atascos en las glorietas, con los automóviles atravesados sobre los raíles de los tranvías. La gente pasaba apresuradamente de acera a acera, en fila india, trazando sendas entre los vehículos. Ángel dejó atrás el tumulto y entró en el laberinto de las callejas más estrechas. Había largos paredones multicolores de antiguos conventos, de los que sobresalían a veces altas y fuertes ramas de ceiba, palmas, los largos tallos de los chaguares.

Había grupos de chiquillos descalzos que corrían doblando las esquinas. Tugurios. Casas abiertas de las que salían voces destempladas. Ruido de cacerolas. Se oían a lo lejos las sirenas de los buques. Hacía ya un calor pegajoso.

Es mucho lo que no sé, lo que no podré saber nunca. Sin embargo, las ganas de ver y de decir no se detienen ante ese obstáculo: lo apartan, lo rodean, saltan por encima del tronco descuajado que ha caído sobre la carretera, sus

ramas partidas. Y el deseo, como la luz, encuentra otra vez el paso franco. Nada lo frena. Al otro lado, todo es distinto. Una vez extendido sobre un único plano horizontal, como al desplegar sobre una mesa el desarrollo de un polígono cuyos lados aparecen unidos por sus aristas, todo lo que formaba antes un cuerpo completo se descompone en imágenes sueltas. Y, sin embargo, hay instantes en los que puedo entrever aquel volumen en la integridad de sus tres dimensiones. Escribir es más importante que lo escrito. Es el síntoma del deseo infinito del corazón, un deseo que ninguna palabra con pretensión definitiva, ninguna correlación de las palabras con los hechos, ningún significado podrán colmar jamás.

Tras una cortina sucia, tejida con fibras de palma, el interior del cafetín estaba completamente a oscuras. Cuando sus ojos se acomodaron a la tiniebla distinguió las figuras de dos hombres viejos que bebían, cada uno en una mesa, con la cabeza hundida entre los hombros, las manos rodeando los vasos, ya vacíos. Junto a una columna, en otra mesa, estaba González. Nadie atendía allí.

–¿Ahora eres González? –Recordaba vagamente a aquel individuo.

Ángel se sentó sin esperar respuesta frente al hombre; esbozó una media sonrisa con la que quería distender la situación. Creyó haberlo visto antes, pero –hacía memoria– quizá no en México, quizá fuese en el mismo San Juan, cuando la visita de Vasconcelos. El otro no se levantó.

–Estamos en otra fase –dijo el hombre sin inmutarse, como si se hubieran visto el día anterior–. No sé si te has dado cuenta… –Estaba muy serio.

–¿Por qué dices eso? ¿Nos conocemos?

–Sí, nos conocemos. Yo, al menos, te conozco. Un día, con Sager…

–¡Sí! No digas más. –Entonces, cayó–. Me acuerdo perfectamente, en la universidad, cuando la visita del secretario de México.

–Eso es. Y seguro que te acuerdas de más cosas.

–No te hacía por aquí. ¿Qué quieres decir? –dijo Ángel.

–Estoy aquí porque me ha dicho Sager que no le contestas, que lo rehúyes. Tenemos que saber si podemos contar contigo de verdad. Te has casado, creo, con una niña de los dueños de la tierra.

–*Eran* los dueños –dijo Ángel subrayando la palabra–. Además, no es una niña.

–Bueno, vamos a dejar eso. Tú sabrás lo que haces…

–Claro que lo sé. También sé que eso es cosa mía… –Ángel había interrumpido al hombre demasiado bruscamente. El otro levantó la mirada, hasta entonces baja.

–Tranquilo –dijo.

–Lo que no sé es para qué quieres verme. Ha pasado el tiempo. Parece poco, pero… las cosas cambian muy deprisa. Tengo que pensar, quiero que me dejéis pensar. Eso es lo que le dije a Sager. Nada más.

–Pero no tenemos tiempo para pensar. La vida de la acción es así, nunca se detiene.

–La acción –dijo Ángel recordando, como en un relámpago, su ensayo quijotesco. Él se sentía ahora más cerca del autor que del héroe–. Estoy estudiando eso para un trabajo.

–Necesitamos hacer algo más que estudiar. –El hombre lo sacó bruscamente de sus pensamientos–. Actuar: eso es lo único que importa. Y, para eso, hay que darlo todo por pensado. Además, no se llama Sager. ¿O es que no lo sabes?

–La última vez lo llamé así, y así lo llamaban todos –dijo Ángel. La *intriga*, así la había llamado Amelia, no lo amilanaba.

–Bueno, pues ya no es Sager. ¿Estamos? Quiero, queremos, que te veas con él. Le has defraudado…

–¿Que le he defraudado? –Ángel simuló su sorpresa–. ¡No sabía que fuera tan delicado!

–Por lo menos, que le aclares tu postura. Él me dice que no se puede contar contigo. Te llama el Profesor. Que no quieres mancharte de barro. Que eres un señor. O un caballero, no sé muy bien cómo dijo. Un centrista, vamos.

–¡Oye!

–Que te ha mandado notas desde Mayagüez y no le has contestado. Lo está pasando mal, ¿sabes?

Ángel había echado la mirada a lo lejos, hasta que topó con una mujer, más bien pequeña y redondeada, mal vestida, que salía de una especie de almacén, al otro lado de la barra.

–¿Sabes cómo ha estado viviendo? –preguntó el hombre.

–No.

–Ha vivido en un galpón azucarero. Bueno, pasaba por ser algo más rimbombante, una cosa de investigación de los cultivos o algo así, pero en el fondo… Salía de allí antes de que llegara nadie y regresaba de noche para dormir unas horas. Tú no te haces idea de lo que es eso, trabajar seis días a la semana por una limosna. A veces, los siete. Lo hacía para convertir el tiempo en un poco más de dinero. Lo echaron: discutió con el capataz. Ahora está aquí…

–¿Aquí? ¿En San Juan? –preguntó Ángel, sobresaltado.

–Sí, en San Juan. Él creía que, con tu apoyo, la Liga saldría adelante, que las cosas en esta isla perdida podían dar un vuelco para siempre: los niños no volverían a morir de hambre. Pero…

–Pero ¿qué?

–Te habías comprometido antes de viajar a España, eso me dijo. Has estado en España, ¿no?

Tras la boda, Ángel y Amelia habían pasado el verano en España. Madrid, los cafés, la Residencia. Se vieron con amigos; Ángel se los presentó a Amelia. Ahora Juan Andrade era miembro del Comité Central. Ángel le había hablado

mucho de él. Tan impetuoso y extremoso como siempre. Era un amigo muy querido, aunque no era un poeta ni un profesor. «La vida de Juan merece una novela», decía Ángel siempre. Amelia tenía muchas ganas de conocerlo. Así vería de nuevo a María Teresa, su novia. La recordaba en Vassar: una chica valenciana, guapa, más bien pequeña, muy alegre, llena de vida, con un peinado de volumen algo exagerado. Enseguida entraron en conversación y no había manera de detenerlas. En un aparte, Juan le dijo a Ángel que las cosas no estaban nada claras.

–No acabo de verme, Ángel. Además, no sé, demasiada suspicacia alrededor, demasiada vigilancia. O estás con Stalin o no estás en ningún lado. Desaparecer: eso es lo que veo que viene ahora. No sé… –dijo.

–Me he dado cuenta. Parece que se me estuviera cayendo el velo de los ojos a mí también.

–Oye, no, tampoco digas eso –dijo Andrade–. Hay que seguir en la brega. Como sea. Hay que esperar. Pero, sí, todo es… No sé, sólo veo desconfianza. La desconfianza del miedo. Además, a Trotski, es que… Mejor no mentarlo.

Amelia y Ángel viajaron a Segovia, a Toledo. Finalmente, llegaron a Soria. A Amelia la casa familiar de Ángel le pareció lóbrega. Doña Valeria Cabrera fue amable con ella, pero era una mujer tan ceremoniosa, tan ritual, casi litúrgica. Luego, estaba Josefina, la hermana de Ángel, con su amabilidad, también, y su amargura. Las dos vestían de negro. Miguel, el hermano, y Herminia, su mujer, eran otra cosa: llevaban algún tiempo casados, pero no tenían hijos. Pasearon con ellos por el parque de la Dehesa, saludaron a muchos conocidos y amigos, todos dicharacheros, simpáticos. Algunos eran periodistas; muchos de ellos, poetas.

–Bueno, en resumidas cuentas… –Ángel prefería que el hombre le dijera de una vez todo lo que había venido a decirle.

–Pues que es mejor que lo sepa por ti mismo, si sí o si no.

–He hecho lo que he podido –dijo Ángel. Ahora era él quien no iba al grano–. Además, las cosas cambian demasiado deprisa, ya te lo he dicho. Yo mismo…

–¿Qué pasa contigo mismo?

–Sabes que no me gusta la confusión. Aquí no hay manera de poner orden y concierto en nada, que sería la única manera de hacer algo sólido y duradero. Esta isla… ¿O no te acuerdas de lo que pasó en México y en España? Mucha rabia, mucho pundonor, mucha bravata, pero ningún método, nadie con alguna idea seria, nadie dispuesto a esperar un poco…

–No podemos esperar. Ya te lo he dicho –dijo el hombre–. La Liga tiene que avanzar, el Imperio se va a quedar con todo. ¿O no lo ves?

–Lo veo, claro que lo veo. Pero me doy cuenta de que mi tarea es de otro tipo. Por favor, no le digas esto a Sager. Es un buen chico. Está completamente equivocado. ¿Hasta cuándo va a estar esperando a que le manden de Chicago el dinero que llevan años prometiéndole? ¿No les puedes decir algo tú, por lo menos que no lo engañen más? Es un ingenuo.

–No lo engañan. En cuanto consiga el acuerdo con los nacionalistas de aquí, ellos cumplirán.

–¿Los nacionalistas? ¡No me hagas reír! –repuso Del Río. Entre Sager y los nacionalistas no se sabe quién está engañando a quién, pero todos sabemos que el pobre Jaimito lleva las de perder. ¿O no?

–Leandro –el hombre se dirigió así a su camarada–, si abandonamos, abandonamos todos. No puede ser que tú, por tu cuenta y riesgo, te des a la fuga sin más explicaciones. Ya lo sé: te has casado. El propio Sager… es posible que en Colombia pueda hacer mejor servicio. Pero ¡maldita sea! tiene que estar todo claro para todos. Por lo que hace a ti mismo, ¿te vas a quedar aquí?

La mujer mulata no era nada joven, de lejos lo había parecido, estaba flaca a pesar de sus curvas. Llevaba el vestido, muy sucio, pegado a las caderas, de un vago color rosa. Se acercó a la mesa. No la habían visto llegar.

–¿Qué les sirvo?

–Un whisky… –Ángel dudó y pareció necesitar una disculpa–, aunque sea tan pronto.

–Yo, otro, aunque sea tan pronto.

La mujer tardó en servirles. Cuando regresó con los vasos, González, ya de pie, cogió el suyo y le dio un buen trago, apurándolo hasta que tuvo que levantar la barbilla. Descolgó una gorra de visera de un perchero, se la calzó y dio unos pasos hacia la puerta. Antes de salir se detuvo y regresó a la mesa. Se inclinó para hablar:

–Cabrera, por lo menos deja tranquilo al Peregrino, no lo vuelvas loco. Lo está pasando muy mal. Dile de qué lado estás. Mejor que lo hagas. Había puesto en ti mucha ilusión. Adiós. –Se marchó de nuevo. Pero regresó–. Por cierto, también nos puedes decir si sigues siendo Leandro Cabrera.

Entonces Ángel lo tomó de la manga de la chaqueta, tiró de ella hasta ver su rostro junto al suyo:

–Por cierto, sabes perfectamente cómo me llamo en mi casa.

El otro se deshizo de él con un tirón y ya no volvió la vista atrás. Ángel se quedó pensando en muchas cosas. Para saber cómo había llegado a ellas intentó remontar de una a otra, pero nunca llegaba al origen de todas aquellas irrupciones, a la fuente inicial de la que hubieran surgido las demás, mezcladas ahora en un río caudaloso.

22

En realidad, no le había sido necesario ningún cambio de nombre, al contrario que a los otros activistas. Su nombre completo, con el que había salido de la pila bautismal, ya comprendía varios: Ángel Claudio Leandro del Río Cabrera, de manera que había donde elegir, y es lo que hizo. En el mundo de las máscaras y las sombras, y dejando aparte las razones de seguridad evidentes, la propia idea de la transformación radical de la realidad que postulaban los revolucionarios comportaba igualmente un vuelco drástico de la identidad personal. ¿Quién soy? ¿Quién debo ser, en tanto esperamos la llegada de ese futuro del mundo en el que todo, absolutamente todo, habrá cambiado, tras la revolución?

James Sager era desde hacía unos meses Jaime Nevares (en otros momentos había sido James Hartfield) y fue por primera vez nombrado de esta manera cuando se constituyó la Liga Comunista de Puerto Rico. Ahora seguía las instrucciones de Manuel Gómez, o sea, Charles Phillips, el famoso Phillips de México, el Ramírez de España, el compadre de Borodín. Sager reportaba a Gómez sus informes. También los enviaba al secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos, Charles E. Ruthenberg, una leyenda en todo el orbe revolucionario a raíz de una sonada manifestación, que resultó trágica, celebrada en Cleveland, la localidad de Ohio en la que había nacido.

Charles Emil Ruthenberg. En sus artículos del *Socialist News* denunciaba las campañas de la prensa capitalista en contra del sindicalismo y de la Revolución rusa. Pedía compromiso y ponía el ejemplo que en Europa habían dado Trotski y Liebknecht. La manifestación de Cleveland fue reventada por piquetes contrarrevolucionarios, algunos de ellos armados. La policía montada la disolvió violentamente. Hubo dos trabajadores muertos y cientos de arrestados, Ruthenberg entre ellos. En menos de un año ascendió a líder del partido, pero tuvo que hacer frente a continuas escisiones. Contaba con el apoyo de Cleveland, Detroit y Chicago, o eso creía él, porque en realidad representaba a una minoría. Siempre fue partidario de implantar la dictadura del proletariado mediante la lucha armada. Hizo lo que pudo, entre otras cosas convocar a una convención para alcanzar un acuerdo con quienes preferían asentar primero la doctrina entre los obreros. Fue juzgado en Nueva York por «anarquismo criminal» y liberado tras el pago de una fianza de cinco mil dólares. La convención acabó celebrándose cerca de un pueblo llamado Bridgman, en las orillas del lago Michigan. Desde los barracones se veían de noche, iluminadas por oscilantes lámparas de petróleo, las pálidas dunas batidas por el viento salobre, los ásperos y blancos penachos de los tamariscos como alumbrados por alguna luz interna.

Con el tiempo, Ruthenberg pasó a ser partidario de la política parlamentaria y de que el ahora llamado Workers Party of America librase su batalla en el Congreso. Pero todo entró en un período de desorden ingobernable. Cuando murió, en 1927, la sección puertorriqueña de la Liga Antiimperialista de las Américas envió un breve comunicado al *Daily Worker*, de Nueva York, lamentando la pérdida de un *great champion* de la causa de los oprimidos. Por entonces, en la isla, algunos aspiraban a que la causa de los oprimidos y la liberación nacional formaran un solo frente de lucha contra *the yoke of imperialism*, que nunca llegó a cristalizar. Los nacionalistas envidiaban la

propagación de las ideas entre las masas del partido leninista, y los comunistas veían en el nacionalismo una causa de resistencia que podría coadyuvar a la suya. Esa confluencia había persuadido a mucha gente, también –por un tiempo– a Ángel, caballeresco y vanguardista, utópico y tradicional.

El día 9 de mayo de 1926, tan sólo un mes antes de su boda con Amelia, se había celebrado en Bayamón, una ciudad del litoral cercana a San Juan, al norte de la isla, una reunión previa a la constitución formal de la Liga Antiimperialista, y esta vez, sí, esta vez Leandro Cabrera tomó y firmó el acta; sus otros tres compañeros, Colorado, Bernard y Sager, este último en calidad de secretario titular, lo designaron secretario auxiliar. El objetivo que se traían entre manos era la formación del Partido Comunista de Puerto Rico.

James Nevares Sager era todo un convencido y un sufridor que se pasaba la vida reclamando fondos de los comités del partido. A distancia, Gómez lo impelía a conciliar sus intereses con los de Acosta y Albizu, los líderes nacionalistas. Todo el mundo le daba largas. Tras ser despedido y abandonar Mayagüez, vivía a las afueras de San Juan en una barraca de tablas grises y chapa oxidada, camino de la selva de El Yunque. No tenía dinero para comer. Aquel sujeto, González o como se llamara, el enviado de Manuel Gómez, lo había comprobado personalmente. Ángel pensó en visitarlo para aclarar las cosas, aunque no sabía cómo hacerlo. Le escribiría. Mucho mejor. El individuo aquel le había dejado la dirección de un colmado en el que el Peregrino Rojo recogía mensajes y las cartas que Gómez mismo le había hecho llegar desde Chicago: «*Dear Saggi*…».

Ángel también recordaba muy bien el momento en que acordaron sus respectivos motes de combate. Días de camaradería. Los dos pensaban en la generosidad de la Comintern para con sus empleados, en la Comintern como empresa, según decía Chizpe, el mesero, y en la posibilidad de asegurarse un porvenir profesional vinculado a la causa. En aquellos días ya desvanecidos,

ambos camaradas habían entrelazado sus brazos por encima de los hombros, sudorosos, eufóricos. «Tú, Nevares; yo, Cabrera.» Rieron, bebieron. Nada los iba a detener.

Miguel Cabrera de Nevares fue un liberal del siglo XIX, de los de Cádiz. Tuvo fama de artero y de fatuo, un petimetre, se decía. Había nacido en Valladolid en 1786. En los tiempos de Fernando VII emigró a Inglaterra, a Italia y a Estados Unidos, donde dio clases de español. Escribió algunas cosas, entre ellas, *Memoria sobre el estado actual de las Américas y medio de pacificarlas*, en la que se declaraba partidario de otorgar la independencia a las repúblicas para luego constituir una confederación. Lo había hablado con diputados y caudillos insurgentes. Gracias a su publicación, en 1821, ganó prestigio. Fue nombrado por ello jefe político –el nuevo cargo liberal que antecedió al de gobernador– de Calatayud y, después, de Soria. No sé si tuvo hijos aquí, nietos. No sé si alguno se llamó Valeria. El padre de Valeria se llamaba Miguel. También uno de sus hijos, el hermano de Ángel. En otro de sus exilios, Cabrera de Nevares escribió *Observaciones acerca de los Estados Unidos de América del Norte*, publicadas en 1834. En 1838 le impusieron la gran cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica y lo designaron miembro de la Comisión Regia, encargada de visitar los establecimientos de la Administración de Cuba y Puerto Rico. Lo retrató Antonio María Esquivel, el pintor de los niños y los poetas románticos, en 1841. Y murió al año siguiente en Madrid.

El árbol genealógico que se conoce de los Del Río crece de un tronco que se remonta al menos al siglo XV, linajes de la vieja Castilla. Los nombres giran en el aire. A veces se consolidan junto a un cuerpo para toda la eternidad; otras entrechocan como bolas de acero de las que sólo queda el sonido, se dispersan y no se vuelven a encontrar nunca.

Finalmente, Ángel escribió desde Miami, con fecha de 13 de octubre de 1926, a su antiguo camarada. La Universidad de Florida le había hecho una

propuesta de trabajo que decidió aceptar. (También sabía que el rector Benner cumpliría su promesa y que Antonio Pedreira, el discípulo de Navarro Tomás, regresaría pronto de Columbia para incorporarse al departamento de Lengua y Literatura Españolas en Puerto Rico, ocupando el puesto que él había estado desempeñando.)

En Nueva York, Ángel trató de ver a Bertram Wolfe; así había quedado con Sager que haría. Pero, según le decía en una de las cartas, no lo encontró en el Workers Party, en la sede de la Calle Catorce. En España había estado con la gente del partido. «Allí está todo un poco muerto –le decía a su camarada–. Si quieres recibir *La Antorcha*, ésta es la dirección de Juan Andrade: corredera Alta, 17, Madrid.»

La respuesta de Sager estuvo llena de reproches: la displicencia, la altanería, el ingenio sobrante del profesor castellano, su mundo hecho de libros y hermosas palabras para los hombres cultos y poderosos. Sager todo lo hacía en solitario, con el pecho adelantado, y ahora se sentía abandonado por los de Chicago, por los de México, por los de Nueva York, por todo el mundo. Soñaba una justicia pura y reinante entre hombres íntegros y sacrificados, sin burocracia.

–Pero ¿cuándo crees que un mundo así va a ser posible, y cuántos han de ser eliminados para eso? –le había dicho Ángel en Bayamón, el mismo día de preparación de la Liga. Hacía calor. El local era angosto; el suelo, de maderas desgastadas, sin barniz. La humedad ablandaba las ropas hasta dejarlas caer como pellejos.

–Cuando lo merezcamos –contestó el Peregrino.

En las otras cartas, pocas, que siguieron cruzando, Sager continuó con sus reproches. El cinismo del intelectual, el caballero español, el profesor que no se mancha, todo eso. En alguna carta dirigida a Gómez se refiere a su camarada como Angelo del Rio. Parecía no darse cuenta de la distancia que los

separaba, o no querer hacerlo. En las suyas de respuesta, Ángel aparenta permanecer afín, o eso dice, al antiimperialismo por el que ambos combaten. Se disculpa, en todo caso, por algunas ligerezas. Y le propone un encuentro en Nueva York, en junio. Se despide «con saludos comunistas», sin necesidad de ningún pseudónimo.

Pero ahora Ángel se ve ya muy lejos de todo aquello en todos los sentidos, el geográfico, el psicológico y el intelectual. Las cosas que lo alejan de don Quijote son las mismas que lo acercan a Cervantes.

Es ya la primavera de 1927. Amelia está embarazada.

FEDERICO, BERNABÉ Y MARIE-LOUISE

23

Al principio estaban desconcertados. Habían pasado unos años (aunque no tantos, en realidad), pero a Amelia le pareció que todo había cambiado demasiado desde la última vez que estuvo allí siendo estudiante; sintió una especie de vértigo. «Sólo había conocido la ciudad de paso», pensó para tranquilizarse. Pero eran días espléndidos, verdes, azules, llenos de luz, los días de mayo en el Upper West Side. Nueva York se parecía al núcleo de un estallido que se propagaba en todas las direcciones, hasta que el mar terminaba por acallarlo. El Empire State estaba en construcción, sobre el solar del viejo Waldorf Astoria. El esquisto del subsuelo de Manhattan, oyeron decir, es capaz de soportar cualquier cosa.

Ángel no decía nada, caminaba con prisa por las calles, tampoco sabía por qué. La ciudad le contagiaba su velocidad lo mismo que un virus. Iba con los ojos muy abiertos, moviendo la cabeza a un lado y a otro; parecía querer que todo quedara registrado. Las multitudes se desplazaban ordenadas en carriles. Estaba excitado. Había que solucionar problemas, resolver algunas gestiones para dar por asentada su vida inmediata. De pronto se detenía en medio de la acera, entre los transeúntes apresurados, y miraba hacia atrás. Un enjambre de sombreros y altos peinados no dejaba distinguir a Amelia, hasta que al fin aparecía jadeando, balanceándose con las piernas separadas a los lados de la

gran barriga. Ángel miraba al cielo, intentaba recordar su imagen de la ciudad, Broadway, los alrededores de la universidad, Madison, allí había varios restaurantes españoles. Central Park centelleaba como un panal de destellos agitándose.

Onís lo había salvado de nuevo al encaminar sus pasos, parecía que ahora con una seguridad bastante mayor, hacia el mundo académico. La situación financiera de la Universidad de Miami había llegado a ser calamitosa: no se podía contar con que los profesores cobraran sus honorarios ni con que las matrículas pudieran ofertarse un curso más. Y ahora estaban Amelia y el niño, que nacería de un momento a otro.

Onís, el pequeño e irascible hombre asturiano, llevaba allí diez años; ya había obtenido la nacionalidad estadounidense. Era el alma de la cultura española en América. Una de sus ideas más pertinaces, la del triángulo, estaba adquiriendo una realidad concreta: la Columbia University, el Centro de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico y el Centro de Estudios Históricos español. Era impaciente. No era difícil que entrara en cólera. Ángel le debía gratitud. Unos años antes se había casado por segunda vez con Harriet, una joven norteamericana.

A Ángel y a Amelia les habían recomendado una pensión de españoles en la que estarían bien, en la Noventa y Dos, muy cerca de Amsterdam Avenue. La universidad quedaba a un paso. El primer embarazo había acabado mal. Estaba muy avanzado. Tenían pensado el nombre: Miguel Ángel. También era mayo entonces, un par de años atrás, en el hospital Coral Gables, de Florida. Aquella noche Amelia estaba sola y no dejaba de recordar lo sucedido con su hermana mayor, que tenía su mismo nombre –Amelia–, muerta también, de pulmonía, a los cuarenta días de nacer. Hay cosas que permanecen en el silencio: existe el temor de que las conversaciones las corrompan en la confusión de las palabras. Apenas habían vuelto a hablar de aquello. Ella y Ángel se preguntaban por el

destino de todo lo que pudo ser y no fue, y por la eficacia de la apelación a la magia. Llamar a alguien por un nombre es convocarlo, hacerlo presente con vocación de eternidad, atraerlo hacia una dimensión inconcebible. La palabra y el deseo están unidos por una relación antigua, invulnerable. Es la esencia de la poesía.

Tras su deportación de México y la expulsión del partido, Bertram Wolfe había regresado a Nueva York, y Ángel acudió a él enseguida.

–Todo fue cosa de Díaz Ramírez –le dijo Wolfe–. Ahora lo he sabido. Me denunció, dijo que yo era un traidor. ¿Sabe usted cómo me llamaron en las acusaciones?

Estaban en Union Square, en una cafetería bulliciosa. Cerca de allí, Wolfe enseñaba a los trabajadores marxismo-leninismo, en gran parte sirviéndose de los apuntes y notas de las lecciones ya impartidas en México y de sus muchos artículos sobre colonialismo y lucha proletaria publicados en *El Machete*. Se trataban de usted.

–No sé, cualquier cosa –dijo Ángel.

–«Extranjero pernicioso».

Ángel abrió los ojos, pero en realidad no se había sorprendido.

–¡Valiente elemento! ¿Qué creerá Díaz Ramírez que pensó Lenin de él? Diego no pudo hacer nada; tampoco él mismo se ve muy seguro que digamos. Yo quisiera que abandonara ese enjambre y haré lo posible por que así sea.

Diego Rivera se había apartado del partido incitado por Wolfe, pero había regresado al redil. Pronto lo expulsarían.

–¿Y Ella cómo está? –preguntó Ángel.

–Mi mujer aguantó un poco más. Tenía un contrato con la agencia. Pero también está aquí ya. Trabajaremos juntos.

–No hay mal que por bien no venga. Para nosotros, lo que son las cosas, es una alegría tenerles aquí. Debemos vernos los cuatro. Bueno, ¡ahora seremos

cinco!

En Nueva York, Wolfe se desempeñaba como secretario de la Liga Antiimperialista y como profesor en una escuela de obreros, la New Workers School, en la Calle Catorce, entre la Quinta Avenida y la Sexta. Clases nocturnas, las altas ventanas iluminadas en la noche, las escaleras exteriores, el cuarto piso de un edificio de almacenes. También tenía pensado presentarse a la elección para concejal del distrito, a la cabeza de una corriente opositora del Workers Party liderada por Jay Lovestone, el sucesor de Ruthenberg.

Ahora Bertram Wolfe tenía otro sobrenombre: Wallas. Había tenido una relación muy estrecha con León Felipe, por quien sentía devoción: «Su sencillez, su claridad», decía. León daba clase de Literatura Española en una escuela. Había que buscarle algo mejor, dijo Ángel, aunque para eso debería estudiar un poco.

Después del primer reencuentro junto con Wolfe, Ángel y León Felipe comenzaron a verse todos los días; recordaban Madrid, México, asuntos que ya estaban en la leyenda. Amelia no conocía a León Felipe personalmente, aunque había oído a Ángel hablar mucho de él. Era uno de los habitantes del plano mitológico, esa segunda realidad en la que tantas veces parecía instalado su marido. A partir de entonces, sus visitas se hicieron habituales mientras Ángel daba sus clases. León Felipe acompañaba a Amelia en su corto paseo diario por la Ciento Veintitrés. La mujer, con aspecto de globo aerostático, y el pequeño hombre, estrafalario, con la pinta de los mendigos que han conservado, con las arrugas y las manchas de aquel día, el traje de su boda. La gente se apartaba para cederles el paso, después se giraba y se detenía para observar a la extraña pareja.

Ángel estaba cenando con León Felipe cuando llegó el momento del parto. Lo avisaron, salió de estampida y León se quedó clavado ante el mantel blanco, atronando el restaurante con sus voces desatadas.

El fuerte sol entraba por las ranuras que dejaban los listones con las persianas bajadas. Ya hacía calor, el aire era turbio. El hospital estaba en silencio. El pequeño Miguel Ángel dormía en una cuna junto a la cama de Amelia. Ella se habían propuesto hablar bajo, pero alguien venía por el pasillo saludando con su gran vozarrón a los otros visitantes. El hombre entró en la habitación; alguna de las enfermeras entró poco después, alarmada por los truenos, para pedir silencio.

24

La estación del Norte, en Madrid, es un nudo de comunicaciones locales, el metro incluido; sus instalaciones, con muchas reformas que en parte aprovechan estructuras antiguas, cuentan con galerías comerciales. Pero la vieja estación hace tiempo que no existe. El norte al que se refería su nombre era literal, Castilla, Miranda de Ebro, Irún. También los trenes que partían hacia París salían de aquí, entre los desmontes y los terrosos y angostos desfiladeros solanescos al pie de la montaña de Príncipe Pío. Quedan unos edificios cuadrilongos, pintados de rojo, con arcos en la fachada, y el invernadero acristalado de las zonas en las que remataban las vías. Y un reloj.

Madrid se despeña abruptamente por el poniente hacia el paseo de la Florida y las laderas del Palacio de Oriente, que caen sobre la vaguada del Manzanares. Al otro lado de la ancha hondonada, se abre el amplio panorama que llega hasta el confín de las sierras, etéreas y azules, de las pinturas de Velázquez. De noche se ve una llanura de luces desparramadas que vibran y que también son Madrid.

En 1929, la estación estaba en pleno uso. A comienzos de junio los jardincillos delanteros habían tomado un aspecto frondoso. Entre la carbonilla, los gritos,

el humo y el tráfago de viajeros y maleteros, las ráfagas de perfumes campestres llegaban hasta la entrada de la estación.

El viaje a París era largo: un día entero. Philip Cummings era un muchacho norteamericano de veinticuatro o veinticinco años, alto, rubio, fuerte –un muchacho norteamericano–. Tenía una sonrisa entre ingenua y algo pícara (es posible que las dos cosas fueran completamente independientes de su consciencia y su voluntad), y una notable afición a hacer el tonto. Era de Vermont, cerca de Canadá, en la zona francesa de la Unión. «Bosques, lagos, montañas…» es lo que decía él mismo para pintar en castellano con tres pinceladas, cuando lo presentaban, el lugar del que procedía. «Leñadores y granjeros», añadía. Montreal está más cerca de allí que Nueva York. Nadie sabía en Madrid lo que era el jarabe de arce. Él intentaba explicarlo, pero se embarullaba.

A pesar de que sus palabras evocaran enseguida la nieve y la caza entre las sombras de los abetos, Philip llevaba mucho tiempo viajando por el mundo. De vez en cuando volvía a su casa para visitar a sus padres, en un rincón bastante apartado, entre las sierras donde pasaban temporadas de vacaciones en una cabaña. El resto del tiempo vivían en una pequeña ciudad, Hardwick (como el apellido de la escritora de *Noches insomnes*). Su padre había hecho dinero con los seguros. Philip había conocido ya el norte y el centro de África, Europa, Ceilán… Estaba muy acostumbrado a encontrarse con espías y delincuentes de los que pululaban por los barcos.

Tras llegar a España en 1927, había estudiado español y recaló en la Residencia de Estudiantes, donde se convirtió en un profesor competente. Allí conoció a Federico García Lorca. Una tarde, desde el jardín, oyó música de piano y la voz de alguien que cantaba en el salón canciones populares mientras un puñado de profesores y alumnos escuchaban.

Al año siguiente regresó a la Residencia, y fue entonces cuando los dos amigos tuvieron su auténtico primer encuentro. Philip invitó a Federico a su habitación para ver fotos de su país.

Visto desde el tren, el paisaje no parecía ahora el de España. El campo, muy verde, estaba salpicado de pequeñas flores blancas y amarillas que cubrían espesamente las navas entre los cerros, normalmente grises y resecos. Los encinares estaban en todo su esplendor. El cielo, muy azul, con algunas nubes muy blancas. Había mucha gente y animales trabajando y transportando cargas por las tierras. Por un momento, a Federico le pareció haber entrevisto a un conocido cruzar entre los compartimentos. Viajaba hacia Nueva York con Fernando de los Ríos, el profesor y político socialista –un gran amigo de la familia–, y con la sobrina de éste, Rita María, a la que Federico llamaba Ritama, quien se quedaría en la escala de Inglaterra, en Herefordshire, para continuar sus estudios.

Federico pasaba por un momento difícil, en el plano sentimental sobre todo. Estaba muy descentrado. Su padre había aceptado la propuesta de don Fernando para que lo acompañase a Estados Unidos; así podría despejarse un poco y de paso aprender inglés. Podría haber viajado a París, o a Londres, o a Berlín; era lo más habitual entre los jóvenes españoles con posibilidades. Pero don Fernando ya lo había preparado todo, conocía a Federico desde niño y tenía en América muchos amigos. También podría dar algunas conferencias: ya era un poeta conocido.

Y, sí, aquella especie de ectoplasma que había cruzado el vagón, era Philip. Federico tembló, como si desde las piernas hubiera sentido la sacudida de una corriente eléctrica que había acabado aferrada a su pecho. Al salir al pasillo lo vio perfectamente y cuando se encontraron la alegría se desbordó. Ritama y don Fernando se quedaron algo desconcertados –sólo algo, y sobre todo ella– cuando a toda prisa Federico les dijo que se había topado con su amigo y que

si veían que no regresaba sería porque estaba con él en su compartimento. Lentamente, don Fernando se quitó los anteojos para limpiarlos con un pañuelo y, tras comprobar su transparencia de cara a la luz, se los puso de nuevo.

Pasaron la noche juntos en el coche cama de Philip. Para evitar molestias Federico había dado una propina al interventor. Cuando el canadiense supo del viaje de su amigo, lo invitó a visitar Vermont en agosto; pasarían unos días de gloria y amistad, y libertad, en la cabaña, a orillas del lago Eden. Federico no supo situar el lugar, pero lo asoció con una imagen del paraíso.

Philip debía quedarse en Irún para trasbordar hacia París y seguir su deambular por Europa. Se despidieron en el compartimento y volvieron a hacerlo más convencionalmente cuando el tren se detuvo. «Hasta pronto», dijo Philip desde el andén, con una pronunciación de aristas cortadas, las de un tronco fresco partido por el hacha. Federico lo llamaba «mi queridísimo amiguito».

Todo se sabe. No se sabe nada, aunque todo está escrito. Las palabras escritas no tienen voz, los caracteres son mudos. Saber no salva de nada. La información satura el espacio, ocluye las capacidades de la atención y de la escucha. Cuando creíamos haber atrapado algunas pepitas de oro entre los signos, vemos únicamente un puñado de arena que escapa entre los dedos.

Nada, ni siquiera aquel encuentro, logró vencer poco más que por una noche la tristeza de Federico. Estaba desmoralizado, derrumbado como una techumbre sobre la que hubiera caído el alud de un corrimiento de tierras en un temporal. El *Romancero gitano* había llegado a ser tan popular que algunos amigos o supuestos amigos habían aprovechado esa popularidad para menoscabar su arte trazando su caricatura de poeta folclórico. Y luego estaba el amor roto, cuyas astillas se le habían clavado en el corazón al modo de una

señal de la irreversibilidad de la vida, su destino de muerte. Emilio: un escultor de tercera, un cuerpo perdido que se había convertido únicamente en la amargura de un nombre vacío. El viaje de Federico era una huida.

Los días lentos, monótonos, bañados en un resplandor constante, con el mar en la densa calma de una piedra pulida, se repetían uno tras otro. El sol destellaba sobre los metales y los cristales de las cubiertas. Cuando llegaron a Nueva York, Federico tenía el rostro y los brazos tostados, más que tras unas vacaciones en la playa. Los ojos se le habían vuelto verdes, de un tono claro. Antes de llegar y sobre un papel con el membrete de la compañía naviera –la White Star Lines– don Fernando envió un mensaje a Ángel del Río, el profesor que impartía clases en Columbia como *visiting* y que, junto con Federico de Onís, se haría cargo del joven García Lorca durante su estancia norteamericana; luego continuaría viaje hacia México. Don Fernando conocía bien a Lorca, le tenía un seguro cariño. En el mensaje hablaba de «colocarles a Federico».

Ángel y Federico eran ya muy buenos amigos. Aunque Del Río nada tenía que ver con aquella especie de sociedad secreta, era de los poquísimos con los que el poeta hacía bromas a cuento del *epente*, el nombre en clave para aludir a una hermandad de artistas y escritores con ciertas condiciones comunes y clandestinas. El profesor pensaba convertir pronto la admiración por su poesía en algún estudio; le parecía lo más genuino de la literatura española joven, algo orgánico, algo *nacido* de la vida –y de la muerte–, según había escrito en alguna ocasión.

–Federico es un instinto –dijo Ángel a Amelia cuando hablaron de su llegada–, un puro instinto que no ha roto su cordón umbilical con la tierra ni con la infancia, la suya y la de la especie, las dos inmemoriales. Pervive en él, parece un milagro, su sangre circula con la sangre universal que todos hemos olvidado. A su lado, los otros son poetas abstractos; piensan y luego escriben.

25

A pesar de que la travesía había sido cegadoramente luminosa, Nueva York apenas se distinguía al llegar. Fue antes el ruido, el confuso rumor del puerto, las sirenas en la lejanía envueltas y acalladas por una espesa niebla, sin que entre la confusión se destacara una forma visible. Hubo que esperar muchas horas, casi un día, para el desembarco. Era de noche.

El Hudson, a la entrada en la bahía. Un acantilado de edificaciones que normalmente resplandecen se cortaba a pico sobre las aguas. Cuando la cortina de bruma gris se fue despejando, aparecieron cientos de barcazas atravesando el turbio río. Buques como muros. Los *towboats* se arrastraban sobre el agua igual que hileras de vagones de ferrocarril. El ronco estruendo de las sirenas. Las torres, borrosas. Los remolcadores, los transatlánticos, guirnaldas flotantes en la oscuridad. Federico entró en un súbito estado de euforia ante la novedad, la cantidad y las dimensiones de todo.

Los grandes tinglados portuarios, negros, quedaban a la derecha. A la izquierda, Nueva Jersey. El barco dio la vuelta a Manhattan hasta enfilar la bocana. Coney Island, en la desembocadura: un perfil de luz que despertaba como el litoral de un continente en el cine. Luces Chrysler, luces de la estatua de la Libertad, la antorcha, la corona –lo que se sabe–. Los clichés de las imágenes son capaces de transmitirlo todo, todo menos la radiación.

En el muelle estaban Del Río y Onís, y con ellos Gabriel García Maroto, un pintor y escritor español que había trabajado en México para los proyectos educativos de Vasconcelos y que, además, había publicado *Libro de poemas*, primera obra poética de Federico. También estaba León Felipe, emocionado y grave al estilo de un patriarca tribal. Y otro pintor, el surrealista Eugenio Fernández-Granell. Y José Camprubí, el cuñado de Juan Ramón Jiménez, que había comprado *La Prensa*, el diario hispano más importante de Nueva York.

–¡Ya estoy aquí, Angelito! –gritó Federico al saltar sobre el cemento y abrazar a su amigo–. ¡¿Has visto cómo vengo?! ¡A tu lado parezco senegalés! – Estaba más que eufórico. Una risa desatada. Saltaba y abrazaba de nuevo a Del Río.

Onís, nervioso, había asumido su papel de aposentador y distribuía instrucciones y órdenes por todos lados:

–¡Allá, por allá! –exclamaba mientras tomaba a los demás de los codos. Gritaba, estaba enfurruñado–. El coche espera en el *parking*, detrás de aquel pabellón. ¡No, no, no…! ¡Por allá, por allá, Del Río! ¡¿Pero dónde creen que van!?

Después de los abrazos y los besos a todos, Federico volvió a tirar del brazo de su amigo. Sus grandes carcajadas.

Onís era quien debía responder por Federico ante el Immigration Service, del US Department of Labor. Así pues, se dirigirían primero a Ellis Island, la entrada de los inmigrantes a Estados Unidos, para los papeles. Las escaleras metálicas y los pasadizos como jaulas. Allí siempre había colas, gente gritando, policías severos henchidos de suspicacia. Había mucha picaresca, «mugre por todos lados», dijo Onís.

Las multitudes en el puerto. Los bultos, acarreados por vehículos de toda índole. Cuando el pasaje ya había descendido y la marea de la muchedumbre se retiraba, todavía se oían los gritos de hosteleros vascos en busca de clientela.

–Es Valentín Aguirre, el de La Casa Vizcaína –apuntó alguien a don Fernando, quizá Camprubí, quien conocía bien la colonia.

Algunos de los recién llegados habían formado un pequeño grupo guardado por uno de los mozos de pensión, como hace un perro pastor con las ovejas lachas. Mientras tanto, los hijos de Aguirre seguían gritando. Tenían varios establecimientos, el hotel Español, por ejemplo, y restaurantes, entre ellos, el Jai Alai. Benita Orbe, la mujer de Aguirre, había hecho famosa la merluza en salsa verde. Eran de Busturia y se habían establecido en el Lower East Side, bajo el puente de Brooklyn, al sur de Manhattan. Desde allí se expandieron, según contaba Camprubí a don Fernando. Su felicidad quedaba colmada cuando, entre los pasajeros, daban con algún vasco que aceptaba su recomendación.

Onís los reunió nuevamente y los hizo entrar en los coches. Federico gritaba y reía, daba palmas. Cuando Onís se dirigía a él, moderaba sus aspavientos. El profesor le reprendió advirtiéndolo del lugar al que se dirigían en primer lugar. Cuando Onís giró la cabeza, todos ya dentro del automóvil, Federico siguió haciendo muecas dirigidas a su amigo Ángel.

26

Una de las primeras noches, Federico salió a pasear con Maroto, León Felipe y el puertorriqueño Ángel Flores, un nuevo amigo. Flores era un políglota absoluto, el primer traductor de Eliot al español. Acababa de fundar la revista literaria *Alhambra*. La noche de Brooklyn. El río, invisible, un ancho foso entre altas paredes luminosas. La ciudad ultrahumana, ciega, la ciudad insomne.

De pronto, alguien que sale de las sombras a su espalda viene corriendo y grita su nombre, y, a la manera de una mala comedia de enredo, se abalanza sobre Federico. Alguien con un jersey rojo. Es Campbell Hackforth-Jones, un estudiante de Oxford a quien Federico llama Colin. Se habían conocido en Granada, en cuya universidad había recalado Colin años atrás. En realidad, Federico lo había estado buscando mientras el barco hizo escala en Londres, más o menos a escondidas de don Fernando, pero no lo encontró. Los saltos, las alharacas de siempre, las risotadas. Quedaron en verse en la Universidad de Columbia, y allí lo esperaba Colin:

–¡Pero no vengas a verme y marcharte, ¿eh?! Tienes que venir todos, toditos los días, ¿me oyes? Todavía no he llegado y todos estos –dijo Federico a su amigo, a la vez quemiraba a León Felipe– ya me tienen tan aburrido que no puedo más. ¡No puedo con los poetas! Ja, ja, ja…

Las carcajadas eran angustiosas.

–¡Eres un milagro, Colin! ¡Una resurrección! –exclamó mientras se abrazaba a su amigo de nuevo y los otros creían entender y no entender a la vez.

Broadway y los parpadeos de los letreros luminosos, de colores. La profusión y el vértigo le producen una alteración entusiasta y el desasosiego por la pérdida de la inocencia ante el espectáculo de la ciudad. Todo es emocionante, aterrador. Poco a poco se acostumbra a internarse a solas por aquellas calles desconocidas. Sus amigos no saben nada de él. Él es el poeta. Es el niño salvaje, Tarzán, Kaspar Hauser, Rómulo y Remo. Deambula por barrios enmarañados. Harlem le parece ancestral y religioso; su desnudez y sus casas, rojas, de las que sale el ruido de los transistores. Ha nacido de golpe al mundo aquel y le angustia que ese nuevo nacimiento –como todos los nacimientos– lleve aparejado el olvido. Todo le araña, le hinca las uñas. Los niños, con su dolor y su pobreza, esa raza cuya condición –escribió a sus padres– «es el recelo». Se pierde. No sabe cómo salir de aquel laberinto por el que circulan multitudes sin Dios o con un dios extraño, recién aparecido sobre la tierra. Hace calor, las calles laten frenéticamente.

En el alto piso de Furnald Hall, que daba al verde campus, Federico no paraba de escribir cartas infantiles y exageradas. Desde allí se veían las escalinatas de la gran biblioteca y la bola de pórfido pulido del Sundial, junto al que prometió hacerse «¡un millón de millones de fotografías!». Luego se trasladó a un cuarto en John Jay Hall, mucho más alto todavía, en el piso doce, desde el que la vista alcanzaba todo Manhattan hasta el río, el gran puente en construcción que comunicaría con Nueva Jersey. Miente en todo. A su familia le dice lo que come, la gente importante a la que ha conocido, las grandes perspectivas que se le abren. En realidad se encuentra abatido. «Nueva York es el sitio donde se bebe más de todo el mundo», escribe. La ley seca ha producido una inundación de alcohol. Alcohol de madera, de trapos, de coles, verdadero veneno.

No aprendió nada de inglés. Imitaba a los profesores cuando hablaban, sus gestos, su pronunciación, con palabras inventadas, eso era todo. No apareció por las clases de literatura que impartían Ángel del Río o Pedro Salinas, también en Columbia entonces. Sólo hablaba con españoles y con latinoamericanos. Se reunía a cenar con ellos en una taberna del barrio chino.

Nunca llevaba dinero. Debía esperar a que llegaran los cien dólares que su padre le enviaba para saldar las continuas deudas contraídas con Ángel. Un día tomó un ferrocarril elevado en dirección contraria y acabó extraviado en un laberinto de casas bajas habitadas por chinos. Salió de aquel remolino y fue a parar al Bronx. Dos mujeres le ayudaron a encontrar el camino, dos mujeres de La Coruña.

Del Río vivía entonces en Harlem. No estaba lejos de la universidad.

–Anda por ahí solo –le dijo Ángel a Amelia–, en realidad no sé por dónde. Me da un poco de miedo. Tiene una incapacidad absoluta para las cosas prácticas.

–¿Un poco? –contestó Amelia–. Cómo se ve que no eres madre. –El pequeño Miguel Ángel tenía quince días cuando el poeta llegó a Nueva York.

Federico pasa noches enteras en uno de los locales de jazz más conocidos y bizarros, el Small's Paradise. Le entusiasma: los cuerpos negros, brillantes por las lociones y el sudor, lo mismo que las maderas pulidas, sus movimientos de fuego. No aprendió a hablar inglés, pero sí a latir sincopadamente al ritmo de la música, profunda, trágica y dulce, de los otros cabarets que visita con Emilio Amero, un amigo mexicano, guionista y director, con el que piensa realizar una película. Se titulará *Viaje a la Luna*. Tiene que ser una película en un nuevo idioma, le dice a su amigo, «que deje ciegos los ojos».

–Pero ¡ha de quedar todo ahí metido, ¿eh, Emilio?! Todo, todo, todo, ¿eh? Buster Keaton, los cuerpos negros, los trenes, el río, el crimen, África, el alcohol, el sufrimiento… ¡Todo, todo!, ¡¿eh?!

No se podía oír nada. Las notas musicales se desplazaban suavemente; de pronto se erizaban hasta coagularse en un trombo inesperado y, cuando llegaban a su máxima tensión, quedaban de nuevo liberadas sobre la planicie de una playa ruidosa. Todo quedaba acallado por el fragor de la música, la danza, como en la profundidad del océano. Sobre la cargada atmósfera caía el peso de una húmeda colcha de sudor.

Visitó Wall Street con Onís y Del Río por los días del crac, a finales de octubre. Las mujeres llorando, los hombres a punto de pelearse por cualquier diferencia, la gente agolpada en la acera de enfrente de la Bolsa, el atasco de los automóviles estacionados de cualquier manera, cuyos conductores habían desaparecido. La multitud sorteando los obstáculos por la calzada. Nadie conocía aún las consecuencias.

«Es la crueldad del dinero», escribió a sus padres. Pero esa exaltación que lo paraliza también carga sus nervios con una energía que puede hacer explosión al contacto con cualquier cosa. Un día, al volver la esquina, ve un enorme Graf Zeppelin, verde y ciclópeo igual que los dragones, encajado entre los edificios y siente una aguda sensación de irrealidad y de ahogo. Cuando en la alta noche, todavía en la fiebre de algún derrotero nocturno, se sienta a escribir a su familia, piensa en las propias cartas como si tuvieran forma de pájaro. Cruzarán el mar, llegarán a un territorio que no sólo se encuentra lejos en el espacio, sino en el tiempo. Un reino abandonado en una era del mundo al que la fuerza y el resplandor de otra infinitamente más poderosa ha dejado para siempre en la sombra. Todo lo que ama ha quedado allí, allí lejos, enterrado. Todos a los que ama van adquiriendo la forma sin cuerpo de los recuerdos, se reducen a nombres, y sus voces, a ecos que se desvanecen agotados ante el estrépito de los megáfonos y las radios a este lado del mar. Sus voces, que cantaban la alegría y el luto con la memoria acumulada de los milenios y ahora llegan aquí como sones amortajados cuya ley ha sido derogada. «¿O soy yo –se

pregunta–, Federico García, el muerto?» Los crucifijos y las medallas, los escapularios de su casa y su huerta duermen bajo el océano, restos indescifrables de una civilización desaparecida. Se figura a los hortelanos, a los zapateros y a las planchadoras cantando con voces rajadas que no llegan a salir de sus bocas. La sangre está seca, seca, no circula por los filamentos de las lámparas candentes que parpadean en la noche de la nueva capital imperial. El amor es falso como los maniquíes. «Quiero morir, morir, y estar vivo para siempre.» Sentía haber descubierto que el cine era más real que los amaneceres repetidos, que África estaba más cerca de aquel nuevo mundo que todas las capillas sixtinas. Y sentía pavor y un sufrimiento hecho de exaltación y gozo al verse más cerca que nunca de la fuente de la vida. Vida sin alma; pero él no podía colgar la cítara de las ramas de los árboles, como los exiliados de Babilonia. No iba a callar: antes cantaría la pasión doliente con la amargura de todo lo perdido.

27

Comenzaba a hacer un calor sofocante. Los amigos de Ángel –León, Onís, Federico, Maroto y algún otro– lo visitaban muchos días. Por entonces, también estaba en Nueva York el periodista Julio Camba. Fumaban. Bebían coñac. La voz de León espoleaba a los otros y al final todos subían el volumen. Grandes carcajadas. Amelia se encerraba con Miguel Ángel en el baño. Como algunos restaurantes habían clausurado las tertulias en las que participaba León Felipe, se refugiaron en el café Royale, en la Segunda Avenida, donde las tormentas de voces eran habituales desde que se habían instalado allí otros intelectuales judíos.

Ángel había encontrado en las montañas una cabaña de granjeros –los Hogan– para pasar las vacaciones. Un sitio con grandes bosques, casi salvaje, según dijo. El lugar se llamaba Bushnellsville, y el pueblo más cercano, Shandaken. «Pero la cabaña –aseguró–, está bastante aislada.»

Federico decidió visitar a su amigo Philip en Vermont. Tenía ya la necesidad de alejarse: un mes había sido suficiente para sentir el empacho del resplandor eléctrico y la incesante música de las grabaciones a la puerta de los grandes comercios. Al otro extremo de las cosas verídicas, sólo estaba la universidad y su gélido aire. Quedaba únicamente el frenesí de las noches, negras,

resplandecientes, en los ardientes locales. Pero unos días en el campo y en el tierno amor le servirían de cura.

El tren partía de Grand Central Station. Le habían hablado mucho del nuevo templo y quería conocerlo. Con todo, la sensación que le produjo al llegar en taxi fue bastante discreta. No era para tanto. Pero la majestuosidad vaticana de aquella basílica era subterránea, y, sólo al transitar por sus dos apoteósicas alturas enterradas, la dimensión del espacio se desbordaba hasta convertir en insectos a los minúsculos seres de la pululante muchedumbre. Las bóvedas de Guastavino estaban coronadas por una neblina de condensación en lo alto de su firmamento aguamarina. Las constelaciones del cielo cabían allí todas juntas. En cualquier lugar de los muros había grabadas bellotas y hojas de roble, la heráldica de los Vanderbilt, los nuevos emperadores tras el derrocamiento de las viejas dinastías caballerescas de Europa. «No hay un lugar, no hay lugares –pensó Federico–. Esto no es un lugar, esto es una totalidad emergida súbitamente del océano.» Los enclaves que eran conocidos por su concreta ubicación en el espacio geográfico han desaparecido. No existen ni el Norte ni el Sur; la Rosa de los Vientos ha sido deshojada a manos de las matemáticas y el dinero, que lo han borrado todo.

Ya en el tren, Federico sufre uno de sus ataques de pánico; el último le había sobrevenido en el zoológico de Londres. Ahora se ha visto solo y cree que se perderá, que tomará una salida equivocada al llegar a Vermont. Grita, y acuden los interventores. Lo calman con ayuda de alguien que habla español. El rostro, aterrado en la ventanilla cuando el tren arranca. La infinita congoja del niño perdido.

En Eden Mills, escribe muchos versos. La madre de Philip es toda cordialidad. Hay mucha familia allí, tías, primas, así que improvisan para los dos un cuarto en el porche. Cuando salen de noche contemplan las estrellas. La región es pobre. Federico recuerda antes de dormir las caras de algunos

campesinos que ha visto durante el día, verdaderas tablas astilladas, maderas en las que han quedado los agujeros de clavos arrancados, con su borde quemado por el óxido. Los ojos, hundidos; las barbas, duras como bruzas de cepillar los caballos; los petos, mugrientos. La noche es compacta y dura. Por la ventana escucha al cárabo, sus advertencias, enervantes y monótonas.

De día, se interna por el bosque con Philip en busca de bayas, las frambuesas que le hacen regresar a Granada. Descubren claros silenciosos, se tumban al sol que quema, se hacen sombra con sus propios cuerpos. Unos pocos días después escribe a Ángel para decirle su soledad y su angustia, a pesar de la amabilidad de los Cummings; a pesar de los lagos, de las colegiatas formadas por contrafuertes de abetos; a pesar de toda esa vida fuerte y natural, tan natural y desamparada que le hace preferir la realidad sin tierra ni carne de las novelas y las películas. «Enseguida estaré con vosotros: no quiero estar aquí ni un minuto más», dice.

Un día, después de dar muchas vueltas por el bosque y de poner nervioso al conductor con sus alaridos de preocupación, Federico llegó en un taxi a la cabaña alquilada por Ángel y Amelia en las montañas Catskill. Al apearse, pidió dinero a su amigo para pagar y cuando entraban en la casa comenzó a contar con grandes aspavientos su odisea. Miguel Ángel estaba en brazos de Amelia. Las cucamonas que Federico le hacía al niño eran muy exageradas: metía la cabeza en el interior del jersey –un jersey que se había dado de sí, blanco, de tenista, con el cuello de pico remarcado por un ribete–, parecía que lo hubieran decapitado, y desde adentro sacaba una voz extraña, chirriante, haciendo gestos con los dedos:

–¡Mi pitiriti moniti…! –exclamaba.

Habían alquilado la cabaña por dos meses. Federico se hizo amigo de los hijos del granjero, un niño y una niña. Por la noche escribía poemas en su habitación y los críos Stanton ya aparecían en los versos. Le gustaba hacerlo

bajo un farol de petróleo. La ventana, iluminada con una llama temblorosa en la inmensidad de los bosques. Ángel decía que los versos de Federico emergían al mundo real, pero hasta encontrar su estado definitivo sufrían una especie de fermentación en la oscuridad imaginaria, una cura a veces larga en la que crecían lo mismo que las raíces invisibles y desde la que regresaban a la luz transfigurados por la memoria y los sueños.

Federico estaba serio, se lo veía reconcentrado. Sus explosiones y exclamaciones de afecto cesaban de repente, al igual que una puerta que se cierra de golpe.

–Hay mucha angustia en él. Yo lo veo exasperado –le dijo Ángel a Amelia–. Y, cuanto más eufórico parece, más aún. Cuando habla sin parar, por ejemplo.

El paisaje que rodeaba la cabaña parecía fragoso, pero, en realidad, tras franquear una primera muralla de helechales y grandes árboles, muy cerca había claros de pedregal con un aspecto bastante siniestro. Ruinas de construcciones, maderas podridas o quemadas, restos de hogueras con pequeños palos calcinados que parecían huesos. La cabaña se levantaba sobre unos pilotes que la aislaban del suelo; el interior de ese espacio, bastante amplio, era fresco y lúgubre. El cielo solía estar encapotado. El granjero tenía perros, una mula. Los versos de Federico, según apuntaba Ángel en sus notas, perseguían el encuentro con un símbolo; cuando ese encuentro se producía, lo vivido cristalizaba en una forma que era su propio significado, comenzaba a vivir por su cuenta, se hacía real.

Amelia se puso enferma, algo que comenzó por la garganta. Tenía fiebre y temió contagiar al pequeño. Como habían asignado a Federico el único cuarto independiente de la cabaña, hubo que proceder a su desalojo para que Amelia estuviera aislada. La ropa sucia se amontonó, los cacharros comenzaron a formar torres en la fregadera. Ángel y Federico vivían en la literatura. El niño

lloraba, y Federico, asustado, no podía dormir, se irritaba, sentía su propia incapacidad igual que una condena. Todo le hacía daño, todo lo real.

28

En Nueva York, y en Estados Unidos en general, se vivía por entonces una especie de entusiasmo hispánico. La apertura del canal de Panamá encendió, en gran parte, la ilusión panamericana que hacía soñar con un espacio continental común, aunque el papel que en aquel nuevo territorio habría de ejercer lo español estuviera por confirmar a la vista del empuje anglosajón, que no admitía réplica. Aun así, la cerámica de Talavera, las rejerías historiadas, los blancos muros enjalbegados pasaban por objetos de moda, sobre todo en California, según se podía comprobar por los decorados de las películas del Gordo y el Flaco –como se llamaron en español–, en las que se veían espacios muy similares a los de las afueras de Los Ángeles. Pero también en Nueva York se hacía sentir, junto a la estética de la negritud, aupada por el jazz y los ritmos caribeños, la moda hispánica. En diciembre de aquel mismo año llegó Antonia Mercé, la Argentina (y luego lo harían Encarnación López, la Argentinita, junto con el torero Ignacio Sánchez Mejías, buen amigo de Federico).

–Es estupenda –le dijo Ángel a Federico cuando entraron a la recepción organizada por Onís en honor de la Argentina en el Instituto de las Españas, en Philosophy Hall–. Yo creo que significa todo eso a lo que nosotros

aspiramos, una depuración vanguardista, moderna, de las raíces castizas, bien lavadas y peinadas.

–Eso, eso es. Nada de romanticismo –contestó Federico–. Que huele a naftalina. ¡Falta mucho jabón, Angelito! –Y le echó a su amigo la mano por el hombro–. ¡Y sobra Blasco Ibáñez! –Grandes carcajadas. La gente los miró cuando entraron.

Había también quienes habían viajado a España como turistas culturales, en parte empujados por Washington Irving. Ése era el caso de Mildred Adams, una millonaria neoyorquina que había conocido a Federico en Granada y por quien sentía auténtica devoción. Y estaba Brickell, un crítico literario hechizado, si puede decirse así, por la literatura española, en especial por el *Quijote*, cuya edición estaba preparando para la Modern Library. Henry Herschel Brickell era funcionario del Departamento de Estado, pero su pasión era la literatura. Ejercía la crítica y la recomendación de lecturas en varios periódicos, el *Herald Tribune* entre ellos. Su criterio era muy respetado. Había nacido en el sur, en Mississippi, y conservaba las maneras. También representaba un tipo de juicio selectivo para el que lo superior y lo inferior todavía tenían sentido, y con ese rasero entresacaba talentos literarios y los ponía sobre la mesa. Estaba fascinado por los versos de Federico. Quería traducirlos, según le dijo. También lo estaba Mildred, quien organizó en su espléndido apartamento varias fiestas en su honor. En Nochebuena, el poeta cenó con sus amigos Del Río en casa de los Onís, pero salió pitando para rematar la celebración en casa de los Brickell, donde se formularon deseos y todos bebieron hasta la madrugada coñac Fundador.

Brickell había servido en el Ejército a lo largo de la frontera con México, y México estaba muy presente, de una u otra manera, en las reuniones a las que acudía Federico, y también, en general, en la moda hispánica. A veces el coñac hacía estragos. María Antonia Rivas Mercado era una mexicana rica, amante de

José Vasconcelos. Cuando tuvo ocasión, Del Río recordó ante los dos la visita a Puerto Rico del gran reformador y su encuentro con él por aquellos días. Pero Antonieta, así la llamaba Vasconcelos, padecía graves trastornos mentales y en una de las fiestas juró, agitando los puños y haciendo callar a los presentes, tener todo listo para asesinar al presidente de los Estados Unidos. Había contribuido a la fundación de la revista *Contemporáneos* y era hermana de uno de los arquitectos más relevantes de la moderna Ciudad Federal. Fue Maroto, el pintor, quien se la presentó a Federico. Él también estaba casado con una mexicana. Cuando el poeta se acercó a otro círculo de invitados, Maroto aprovechó para decirle a Antonieta:

–Es un niño con un cuerpo que le estorba, que ya no es de niño.

En México, con una beca, también había pasado una temporada el irrecuperable Hart Crane, el autor de *The Bridge*, el poema más célebre sobre el emblema de Brooklyn, del que por entonces sólo había publicado algunos versos. Un día, Ángel Flores le dijo a Federico que tenía que conocerlo.

Comieron juntos y cruzaron el puente. Crane vivía debajo, en el 110 de Columbia Heights. Del agua emanaba un tufo putrescente y salobre. Sobre el río vibraban los aceitosos reflejos rojizos del crepúsculo. Había grandes pájaros sobrevolando alterados. «*O harp and altar, of the fury fused*…» Federico pensaba en Crane como un poeta, en cierto modo, de su raza, de su nueva raza, antiquísima. De una raza presidida por Walt Whitman, de quien sabía, principalmente, por León Felipe. Poetas y profetas. Sacerdotes trágicos que imploraban misericordia en la ciudad impía, que invocaban la redención de los aplastados en el apocalipsis anunciado por los sonidos negros, los harapos judíos y la pena de los gitanos.

Flores y Federico comprobaron que había mucho ruido en el interior de la casa de Crane. La entrada estaba llena de hierros retorcidos, dejados allí por no se sabía quién ni cuándo. Hubieron de pasar por encima, igual que sobre los

bordes espinosos de un parapeto. Hart Crane estaba en el suelo, completamente borracho, con medio cuerpo apoyado sobre la pared. Lo rodeaban un montón de marineros igual de borrachos. Frecuentaba Sands Street, un trozo de la ciudad portuaria con garitos de juego, sexo y cabinas de tatuaje, por donde buscaba compañía. En el apartamento había vasos y botellas rodando entre las tarimas. Crane les hizo una señal para que se acercaran. No se podía levantar, aunque lo intentó torpemente. Un marinero tomó del brazo a Federico y lo llevó hasta él. Hart Crane hablaba algo de español –si hubiese podido hablar–. Federico sonrió y se puso junto a él en cuclillas. Y, cuando se dio cuenta de que Flores había desaparecido, supo que con sus últimos gestos había estado despidiéndose.

El mediodía es deslumbrante, los rayos del sol chocan con las crestas de espuma y hacen saltar chispas cegadoras. La luz del Atlántico a finales de abril, una luz joven, fuerte, una plenitud inatacable. Todo ha cambiado, los príncipes del siglo –los poetas– se rebelan contra el modelo de la antigüedad literaria. Se inmolan a un dios desconocido. Pero no sospechan su propia antigüedad, su vejez de criaturas románticas, que los ha de dejar atrás enseguida a ellos mismos. Hart Crane murió ahogado cerca de La Habana, donde el barco que lo llevaba de regreso a Nueva York debía hacer escala. Se oyeron gritos, gente corriendo por la cubierta. Un hombre estaba subido a la regala, únicamente sujeto con una mano de un cable delgado. El traje, roto; los pantalones, rasgados. Estaba lleno de moratones, sangraba por la nariz y por la boca. Daba alaridos. «¡Adiós, adiós a todos…!» Un oficial estuvo a punto de hacerlo bajar de allí, pero llegó tarde. Estaba como una cuba, los ojos en blanco, en un sueño ardiente en el que había perdido la individualidad, disuelta en luz y alcohol.

Cuando se lanzó al agua, la gente giró la cabeza en la borda al mismo tiempo, como en un partido de tenis. El hombre iba quedando atrás, pero

seguía gritando. Alguien lanzó con fuerza un flotador, que quedó muy cerca, pero él no hizo nada por alcanzarlo. Seguía gritando, cada vez más lejos, gritando como si su espíritu hubiera de pervivir fundido con el océano, en una comunión de agua y sangre.

Había pasado en México una temporada con una beca Guggenheim. Su mejor amiga allí fue la novelista Katherine Anne Porter –la amante de Carrillo Puerto y de Salomón de la Selva– hasta que ella no pudo más. A Crane lo había educado su madre en un severo cristianismo para el que la carne era el gran adversario. Su padre murió estando él en México. Aquel paraíso primitivo era mentira, le dijo Katherine, y más que ningún otro el de los pintores y los escritores, en especial el de *La serpiente emplumada*, de D. H. Lawrence, en el que Hart había querido creer con una fe liberadora y sustitutoria. El amor era mentira. La verdad eran las incesantes borracheras; los altercados; los siniestros incidentes sexuales, con niños, con viejos; las detenciones. Cada dos por tres, Katherine, que había comenzado sintiendo por él la admiración y el dolor que se siente ante la pureza, debía ir a rescatarlo de las autoridades.

En los rincones más ponzoñosos, entre la mugre más arraigada de los patios, Crane estaba invadido por la angustia. Un insomnio tembloroso lo incapacitaba durante días; había escrito versos que quemaban, emulaban los de Rimbaud. En el barco fantaseó, anegado en alcohol, con la disposición de un marinero. Entró en una sala de techo bajo, cerró la puerta y, abalanzándose sobre él, lo besó, lo mordió. De otra puerta que no había visto salieron más marineros, lo atenazaron y lo sacaron a un pasillo donde lo molieron a patadas y puñetazos. Después de un rato de inconsciencia, subió a la cubierta y echó a correr cojeando hasta que trepó a la borda.

Cuando Federico García Lorca conoció a Crane era otoño, el otoño del crac. En aquel invierno dio conferencias, escribió mucho, presentó a la Argentina. Una de sus conferencias se celebró en Vassar, ante un público de

trescientas hijas de millonarios (más las becarias). Los setenta y cinco dólares que le pagaron servirían para comprarse ropa, un traje blanco, de hilo, con el que a primeros de marzo marchó invitado a La Habana, una ciudad tan española –pensó al llegar– como Málaga o Cádiz, aunque aturdida por el trópico.

29

Ángel y Amelia acordaron una ronda de destinos para pasar los veranos. España, Puerto Rico y Estados Unidos (en el campo), como en la estrategia hispanista ideada por Onís. Miguel Ángel no había cumplido un año cuando hicieron el primer viaje a Europa. El tren que conducía a Soria desde Madrid era mucho más lento que el transatlántico con el que habían cruzado el mar. Olía mal, llevaba adherida una pegajosa suciedad de años. En un descuido, el niño comenzó a lamer el asqueroso cristal de la ventanilla.

Los amigos también habían regresado de vacaciones. Los abrazos, las risas, las bromas estudiantiles al señor profesor. Le mostraron las nuevas calles asfaltadas, igual que al presidente de un país extranjero. El joven Bernabé Herrero, por quien Ángel sentía predilección –su ingenuidad, su desvalimiento– preparaba la oposición a la judicatura, aunque sólo hablaba de libros y poetas:

–Oye, Angelito, mándame cuando puedas más libros, ¿eh? No sabes la alegría que me dan tus envíos. Es como si me hicieran vivir más, más hondo.

En el siguiente viaje a España, pasaron unos días en Madrid. Pero el niño enfermó y tuvieron que regresar a Soria precipitadamente. Sólo pudieron ver a Federico. Fue a comienzos de julio de 1936. Estaba muy moreno, quizá algo

más gordo, según dijo Amelia, la americana blanca se le ceñía demasiado, la corbata lo ahogaba. Pensaba marchar a Granada, era más seguro, dijo. Ángel hizo un gesto con las cejas. La terraza, en el paseo de Recoletos, estaba al completo. Mesas de mármol negro, con patas de madera, el agua en redomas, pequeños platos blancos bajo los vasos.

–No fastidies. No puedes hacer eso ahora. Es mejor que te quedes y esperes a ver qué pasa. Los sitios pequeños…

–Ya está decidido –dijo Federico–. Venga, vamos a hablar de otra cosa. –Federico apoyó las palmas de las manos sobre la mesa, intentó reír, sonrió sin ganas.

Discutieron. Ángel se oponía radicalmente a aquella idea. Pero, cuando su amigo llegaba a una decisión, no había quien lo descabalgase, como a los niños tozudos. Callaron. Ángel encendió un cigarrillo. Federico volvió a hablar:

–Ángel, no te enfades conmigo. Cuando publique el libro, te voy a dedicar los poemas de los negros: el que te leí en Nueva York y algunos más. Quiero que lleve fotografías, ¿sabes? ¿O no te gustó? ¡Me dijiste que te entusiasmaba!

–Claro, claro que me entusiasmaba –dijo Ángel mientras apagaba el cigarrillo–. Y me entusiasma. Pero, Federico, las cosas no están como para…

–No me seas cenizo, anda. Ya estoy yo bastante preocupado. Sólo hace falta que tú, encima, me digas… Mira –se levantó, abrió los brazos a la manera de los oradores y comenzó a declamar teatralmente; la gente de alrededor lo observaba–: «¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! | No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos, | a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro, | a tu violencia granate, sordomuda en la penumbra, | a tu gran rey prisionero en un traje de conserje». ¿Me dirás que ya no te gusta?

–Federico, te digo que me entusiasma, que no ha dejado de entusiasmarme desde la primera vez que me lo leíste. –Ángel imaginaba la dedicatoria: «A Ángel del Río».

–Pero, Angelito, ¿qué me va a pasar a mí? Yo no soy nadie. ¡Soy un poeta!

30

Una vez terminada la guerra, Ángel y Amelia siguen acudiendo a España en vacaciones. En la pequeña ciudad donde nació, Ángel siente que el lugar es el mismo, pero una extraña mutación, como una corriente subterránea que rezuma hacia el exterior, lo ha convertido en otro. Todo es extraño, más extraño en cada viaje, y a la vez parecen los mismos rostros de siempre, los mismos lugares, al modo de un holograma. La costumbre es un círculo invisible, y él se siente fuera. La rutina de las horas, el inconsciente rumbo de las miradas, el tiempo de aseo, la sal de las comidas. Para sentir de nuevo su inconsciente, su transparente pertenencia a estas calles, debería anularse a sí mismo. Debería no pensar que son algo perdido. Entonces, la distancia quedaría también anulada. Algo imposible.

Renuente a lo que consideraba zarandajas y rituales del mundo viejo, Ángel se opuso por un tiempo a bautizar a Mike, pero la abuela Valeria y la tía Josefina no pararon de escribir cartas suplicantes. «Por lo que más queráis», decían procurando involucrar a Amelia en la campaña. «Mi querido nieto, a quien el Señor ha de hacer un buen cristiano y un cumplido caballero.» Conservaban la capa y el gorro con los que habían llevado a Ángel a la pila, los encajes amarillentos, las cintas al fondo de cajones olorosos.

Doña Valeria Cabrera murió en 1945. Cuando Mike y la pequeña Carmencita eran unos niños, la llegada de los parientes americanos a la vieja casa del Collado era la de unos exploradores procedentes del espacio exterior, salidos de alguna civilización del futuro, que desplegaban por las oscuras alcobas un arsenal de extraños, sofisticados aparatos: hornillos eléctricos para los alimentos infantiles, termos de colores, despertadores musicales, coches de paseo plegables, con bolsas incorporadas. Josefina miraba desde la puerta del cuarto; los ojos, entrecerrados. Por las tardes, acompañaba, ufana, recelosa, renqueante, a Amelia y a los niños en su paseo por el parque.

Por lo demás, Ángel se reúne en el café de la Dehesa con su hermano, Miguel, y los viejos amigos: Tudela, instalado muy pronto en España tras la guerra; Gervasio Manrique; el arqueólogo Teógenes Ortego. La tupida fronda de los olmos; sus troncos, tan gruesos como torres de centinela. El frescor bajo el juego de las sombras, sobre la arena blanca de los senderos. El olor del café y del tabaco.

¿Y los que no están? Ángel no deja de pensar en su amigo Bernabé.

Todo se sabe, o se puede saber si se quiere. Todo está escrito. Los hechos, comprobados. Lo que la historia demanda. Fuera del trabajo encomiable de los eruditos, quedamos los poseídos a quienes, más aún que el fulgor de la gloria, aterran y seducen los nombres olvidados, los cuerpos sin nombre, las fechas vacías, el destino mortal, los hechos banales y la profusión de los silencios.

31

Las Écoles normales d'instituteurs et d'institutrices: un emblema de Francia. La Francia civil, radial, homogénea, se podría pensar, aunque en realidad el origen de esas instituciones se remonta a los seminarios. El nombre –*école normale*– lo tomó la Revolución de la geometría: la geometría como modelo de organización de las cosas y las personas, según el orden visual de una retícula modular e igualitaria. Treinta años después del Gran Acontecimiento, en cada departamento francés existía uno de esos edificios, en general, imponentes y autoritarios. Patios grises entre muros altos, de piedra, con ventanales bajo cuyos alféizares crecían hacia abajo colonias de musgo y hongos. El régimen disciplinario bajo las levitas. Varios decretos imperiales, en los tiempos de Luis Felipe, se ocuparon de regular su funcionamiento. Guizot era el ministro de Instrucción Pública entonces. Capellanes, maestres y grandes maestres.

A pesar de todo, la École de Aurillac tenía amplios corredores inundados de luz, aunque también desvanes oscuros igual que arsenales clausurados. El castillo –el château Saint-Étienne–, con el aire fabuloso de *Los tres mosqueteros* o de *El gato con botas*, la torre cónica, la cubierta de pizarra. Los pabellones, severos y simétricos. Una arquitectura cuyo rigor está circundado por el espeso y mullido fragor de los árboles y por el olor a podredumbre vegetal de huertos y jardines. Un sabor rural en todo: la Francia de los hortelanos bajo los

palacios, sus casetas de aperos, el puente semihundido sobre el río, el camino blanco que sube entre las tapias.

Bernabé Herrero había encontrado, por mediación de su cuñado, José Tudela (también en Francia) y de su amigo el poeta Gerardo Diego (casado con la francesa Germaine Marin) un empleo de lector de español en la Normale de los chicos. Que intentaran marchar a Francia había sido un consejo de Ángel del Río. En el Liceo había una profesora de *jeunes filles* llamada Marie-Louise Ronflard: María Luisa, comenzó a llamarla él, en español; ella misma era nieta de españoles.

En España se libraba entonces lo más crudo de la guerra. El primer refugio de Bernabé al salir de allí fue precisamente la casa de la familia de Germaine, la mujer de Diego, en Toulouse, después de que Tudela, quien por entonces sustituía en calidad de director de la Biblioteca Nacional a Tomás Navarro Tomás, le consiguiera un visado y después de que Bernabé huyera despavorido del pueblo de Jaén en el que trabajaba como juez de Primera Instancia. Se había encontrado cara a cara con el instinto asesino desmandado por las calles y los campos, la rueda desatada de la venganza.

Luego Bernabé dejó aquella casa y se trasladó por un tiempo a la de Louise y Albert Regagnon, los tíos de Germaine. Una casa silenciosa y antigua al estilo de una abuela venerable. Desde aquel interior, la ciudad, Toulouse, parecía estar lejos misteriosamente. Había visillos bordados, paños de ganchillo sobre los muebles, manteles de cuadros a la hora de la cena. El tío Albert pintaba y cada mañana partía –algo encorvado, la barba blanca, el sombrero– con sus trebejos de paisajista por el camino de las afueras. Por la tarde se sentaba en el jardín, junto al cenador, encendía la pipa: parecía estar en un cuadro postimpresionista.

Durante un tiempo, Bernabé le dio vueltas a la idea de instalarse en Buenos Aires. A él le parecía que la resistencia del Ejército Popular estaba siendo algo

impresionante, casi milagroso, según decía. La honrosa epopeya que atrae a los quijotes. Por lo que sabía, en Soria, las niñas de la pequeña capital coqueteaban con los oficialitos italianos en el Talibesay, un café de entonces. Pero era optimista, estaba lleno de una euforia épica. Sin embargo, «va a ser dificilísimo encontrar de nuevo aquella España nuestra», le había dicho en una de sus cartas desde Nueva York Ángel del Río, a quien acudió en busca de ayuda. El profesor le mandó un giro de cien dólares, dirigido a madame Sprietsma, con una carta reservada. «No sé cuándo te los podré devolver, chico, aunque, como mi vida es exclusivamente vegetativa y epistolar –contestó Bernabé–, calculo que me pueden durar unos veinticinco días. Los precios están por las nubes. Quiero trabajar. Pero, con la crisis financiera y la avalancha de españoles, cada día se pone más difícil.»

La huida de Bernabé había sido desesperada: escapó casi con lo puesto. Ahora hace enormes esfuerzos para dormir, esfuerzos que ahuyentan el sueño. Pasa las noches acosado por la imagen del juzgado, en Huelma. Había viajado a Madrid para unas gestiones. Por el pueblo andaluz se habían dejado ver milicianos vestidos de curas que iban imponiendo bendiciones con botellas de coñac. Bernabé era un convencido republicano de izquierda; todos los amigos decían serlo. Al regresar, y conocer las noticias de lo sucedido, enloqueció. A su amigo Felipe, el leal secretario del juzgado, lo habían denunciado y tachado de fascista, lo habían sacado a la calle a rastras y, finalmente, fusilado. Un cielo de piedra se había rajado entonces sobre su cabeza; las grandes losas partidas caían alrededor. Bernabé echó a correr por la calle, llegó al campo abierto. Le dolían los ojos, las manos. Gritó sin voz, un grito de garganta raspada.

Cuando salió de España, las primeras cartas dirigidas a su amigo Ángel desde Toulouse estaban ariscamente encendidas por la abominación de aquel crimen de los milicianos. Las que siguieron después, durante años, estaban anegadas en el sentimiento de culpa por aquella reacción suya, de la que se

arrepentía. Una y otra vez renovó ante su amigo lo que él llamaba *mi fe republicano-socialista*, para que no hubiese dudas. «Esto sólo se lo digo a mis dos únicos amigos íntimos, Juan y tú.»

Tampoco se sentía a gusto, ni mucho menos, entre sus paisanos refugiados. «He cortado en seco las relaciones que me unían con esas tribus –le escribió a su amigo–. Unos vociferantes, siempre tan envarados y chulescos. Igual de orgullosos y de señoritos. La mayoría quiere seguir tomando café en La Granja o en el Negresco –decía–. Trabajar les parece un desdoro.» En otra carta copió una frase de Marx: «El que no se separa del todo del ambiente de refugiados acaba siendo un idiota o un granuja».

Bernabé y Marie-Louise enseguida se casaron. Se trasladaron a Dax. «Creo haber elegido bien, Angelito. Es una mujer buena. Al lado de María Luisa me siento redimido.»

Los muchachos de la Normale llevan corbata, cuello duro; algunos se han vuelto a plantar el canotier de sus hermanos mayores. No parece un atuendo de diario: quizá se hayan vestido así ese día para la foto de la promoción. Parecen más mayores; es lo que suele ocurrir. Al salir de allí con el diploma en la mano ya podrán ejercer la docencia. «*Brevet de capacité pour l'enseignement primaire. Instituteurs*…»

Dax, en las Landas, a orillas del Adour y también de los trenes que van hacia París desde la frontera española de Irún, era una pequeña ciudad que no llegaba a los quince mil habitantes, algo más pequeña que Aurillac. Pero la École normale no tenía el aire severo e intimidante que parecía propio de aquellos centros, el de Mont-de-Marsan, por ejemplo: las largas alas de los pabellones; los sólidos sillares; las oscuras mansardas, cerradas en los tejados como ojos ciegos; los troncos de los árboles con sus nudos fruncidos… En Dax tenía un aire risueño, estaba a las afueras, con un jardín –más que patio–;

el edificio, rodeado por una tapia blanca, o crema, no era de gran altura. Sobre los muros había bicicletas apoyadas.

Bernabé y Marie-Louise suelen pasear a media tarde, antes de la caída del sol; después refresca demasiado. Los turistas de los termalismos ya se han marchado; muchos de ellos son ancianos, con grandes baúles y maletas de cuero. A veces se acercan a Les Baignots, el gran hotel bajo los castaños; las hojas, más anchas que manos, ya tienen los bordes mordidos por el óxido. Si no están demasiado cansados, caminan aguas arriba por la orilla del río, más allá del mirador. En general, Bernabé prefiere un paseo corto, aunque haya que recorrerlo varias veces, dando vueltas, sin alejarse mucho, por los senderos del parc Theodore Denis, entre la plaza de toros –Les Arènes–, y el pont Vieux. La fronda de los tilos. Una profundidad oscura y maternal.

Bernabé confía en su propia idea de la esperanza. Pero luego la rechaza de un manotazo: «Sólo es una idea literaria», piensa. Le gustaría olvidarlo todo en compañía de Marie-Louise. A veces se fija en las murallas, en las viejas murallas derruidas de Dax, ciudad episcopal y fortificada. Al otro lado, más allá de las cordilleras, las vigas y las ascuas siguen cayendo en sus pesadillas sobre las casas destruidas. El horror de los bombardeos, en Madrid, en Jaén. Primero aparecían los trimotores; luego los cazas, las bengalas envolviéndolo todo en una instantánea y blanca luz deslumbrante, las bombas de cien, de doscientos, hasta de quinientos kilos. Y enseguida los escombros, humeantes. Hasta bien poco antes, había vivido gente allí…

Marie-Louise lo escuchaba. No sabía qué decirle. Él hablaba más bajo cada día, más despacio. Su matrimonio, tan tardío, lo consideraba una salvación. Se imagina a sí mismo en la firmeza de una orilla fresca tras cruzar un río en llamas. Ella estaba embarazada por entonces.

En Dax, supo que el Gobierno de Blum no iba hacer nada por la República española. Y, con la Ocupación, dos años después, fue como si un siglo entero

se hubiera desplomado de repente. Dax está muy al sur, más que Orleans o Burdeos, donde se habían instalado los alemanes, pero pronto comenzaron a llegar trenes cargados de niños, muchos de ellos judíos, arrebatados a sus padres. La mayoría eran holandeses. En la Normale hubo que interrumpir los programas y atender a sus infecciones, improvisar camas en las aulas más grandes, las del sol de la mañana. Cuando llegó el fin de la guerra, Francia quiso aparentar que no había pasado nada: las Écoles fueron reinstauradas y todo continuó. Las consecuencias culebreaban a ciertas horas igual que larvas bajo la piel, o la sarna y sus ácaros.

Muy pronto nació Françoise. Cuando desaparecieron los alemanes, el Gobierno francés impuso duras restricciones. Para el menú diario era necesario componérselas con doscientos setenta y cinco gramos de pan y tres cuartos de litro de leche, si es que había en casa un niño menor de dos años, y un cuarto si era mayor de seis. A la semana, cien gramos de carne; a la quincena, cien de *charcuterie*; al mes, trescientos gramos de mantequilla; unos pocos kilos de patatas al trimestre. Marie-Louise era una maestra de la aguja; zurcía, remendaba sin parar. Bernabé la veía todo el día trabajando y le daban ganas de morirse. «Y ya sabes que yo –escribió a su amigo– igual transporto y sierro y cepillo unos metros cúbicos de madera que doy una leccioncita. Pero no encuentro nada.»

Había tenido muchos amigos. O había creído tenerlos: eso era lo que pensaba con mayor frecuencia. Cada vez detestaba más el recuerdo de los poetas, de los escritores, de los cafés, de las revistas y de todas aquellas vanidades de su juventud. «Todos señoritos», decía. «Aquel pasado se me aparece cada vez más como un sueño sombrío –había escrito a Ángel en la última carta–, y prefiero la más humilde existencia antes que volver a las antiguas ilusiones. Toda la alegría de vivir se la debo a María Luisa.»

Paseaban con la niña por las afueras de Dax, por aquellas calles, algunas sin asfaltar, flanqueadas por casitas bajas con tejas cuadradas y nombres pintados sobre azulejos encastrados, minúsculos jardines con rosales. Imaginar al atardecer, antes de regresar, desde la vereda del pinar que se va tiñendo de rojo, la casa, silenciosa; la cena, muy frugal; el rato de charla… Sin leer, sin oír la radio, sin acudir al café. «Así voy pasando estos años –prosiguió diciéndole a Ángel–, los más felices de mi vida.»

El humor de Bernabé era muy oscilante. Grandes simas de abatimiento y, de vez en cuando, un vuelo de campanas y palomas. Un episodio digestivo lo arrastró a una operación, sintió pavor ante ella, y eso sumió a Marie-Louise en una profunda crisis depresiva, más aguda que las que ya venía sufriendo desde un tiempo atrás. Él mismo había entrado en un túnel de angustia.

Pero había en su manera de ser algo tartarinesco. Por lo común hundido en la tristeza, de pronto se figuraba a sí mismo en el papel de un héroe capaz de arrostrar todos los vituperios y las infamias, en pos de una dignidad tan generosa y valiente como la de los españoles de ley frente al mal que los había puesto en asedio. Ése era su esquema. «La abnegación del pueblo se impondrá tarde o temprano a la miseria y el egoísmo –le dijo a Marie-Louise cuando se enteró de la muerte de *su* don Antonio al salir de España–. Tengo que decirle a Ángel que me cuente el relato de Navarro Tomás. Por lo visto iba con él cuando pasaron la frontera.»

Necesitaba afecto. Siempre había sido pusilánime. Tenía una figura blanda, la cabeza adelantada, las rodillas juntas, las piernas levemente flexionadas. La voz, modulada en tonos casi inaudibles. El tiempo iba pasando, pero no tanto como para cargarle encima los veinte años más que parecía tener. Sin embargo, era capaz de atribuir a su audacia y a lo que él llamaba *su arrojo* o *su sangre fría* el éxito de aterrizar aquel día en Toulouse, tras un vuelo que había partido de

Valencia. «A fuerza de astucia –había contado a su amigo por carta–, sorteé los impedimentos que me pusieron cuando hice escala en Barcelona.»

A estas alturas tenía reproches para todos, menos para los que consideraba sus dos únicos amigos, Ángel del Río y Juan Larrea.

–Bueno, también está Pepe –decía Marie-Louise.

–Bueno, pero Pepe no es mi amigo, es mi cuñado.

Los demás habían hecho cambalaches con el mundo: la poca vergüenza, la indignidad. Todo por situarse a salvo, en una posición de ventaja, aun traicionando las palabras que él siempre había creído compartidas por todos.

–No hay derecho. Hombre, no me digas. Presentarme el drama español –era su modo de llamarlo, a la manera de una representación– como si se tratara de una carrera de caballos y tuviéramos que acertar el ganador…

–¿Por qué dices eso? –preguntó Marie-Louise.

–Es lo que me decía Pepe el otro día en su carta. En resumidas cuentas, que había que ver lo que sería mejor en el futuro. Y, a buen entendedor…

–Bueno, ha hecho mucho por nosotros, por ti en particular.

–Sí, sí, y todo se lo he agradecido. Pero ahora es una obcecación y una bandería que… Se está poniendo inaguantable. Y luego está el otro que tal, Marianito el magistrado, diciéndome que piensa recuperar el momio del Supremo porque tiene amigos entre los mandamases de ahora. Vaya tipo.

Nunca pertenecería a la raza de los héroes, ni a la de los sabios, ni a la de los santos. Si acaso a una estirpe de profetas menores, desconocidos, cuyos nombres nadie escribirá en historia alguna, cuyas verdades, todas reveladas al contraste con el éxito en el mundo, nadie recordará jamás y nunca se verán realizadas.

Apoyó la cabeza sobre el hombro de Marie-Louise. Ella le acarició la nuca, el cuello.

–Deja que me siente –dijo su mujer; él la retuvo. Fue en uno de sus paseos. Estaban esperando el nacimiento de Cécile, la segunda niña. Faltaba muy poco.

–Amor mío, todo va a salir bien, ¿verdad? Debemos creerlo. –Bernabé tenía los ojos cerrados sobre la espalda de su mujer, el pelo sobre la frente. Los síntomas de Marie-Louise habían apuntado ya, por su parte, a una dolencia sombría–. Tú te vas a curar, vamos a ir al médico de Toulouse, al de París y donde haga falta. Vamos a ser felices. Voy a olvidarlo todo. Todo. Y, sobre todo, el sueño de volver. No quiero regresar a ningún sitio, sólo caminar, caminar contigo y con las niñas hacia donde un rumbo libre nos lleve.

–¿Por qué sabes que será una niña?

–Seremos muy felices –dijo él.

–Sí, sí. Pero deja que me siente, estoy cansada.

–Procuraré trabajar en algo, en lo que sea. No se me van a caer los anillos, como a todos esos señoritos.

32

«¿Tú crees que se ve bien lo que va pasando?», le pregunté a Santi. Le había enviado lo que llevaba escrito hasta aquel momento y en el mensaje siguiente le pedí su opinión. «¿Lo que va pasando? No sé si te entiendo –me dijo–. Veo bien lo que pasó; lo que pasa, no tanto. Yo creo que deberías trabajar en eso ahora. Creo que es lo más importante.»

Los mensajes de correo electrónico habían sustituido, parecía que definitivamente, al teléfono. En parte, porque para hablar un rato yo debía esperar a que Santi llamara, de lo contrario lo más probable era que no lo encontrase en ningún sitio; en casa era cada vez más difícil, y en alguno de sus locales, imposible. Me parecía mentira que con la vida que llevaba todavía pudiera prestar atención a la lectura. Pero aquella frase era una invitación, desde luego. En mi respuesta no insistí más. Le agradecí su tiempo y cambié de tema. Hacía mucho que no le hacía aquella pregunta: la última vez no le gustó. «Deberías escribir, Santi. Ya sé que te lo he dicho otras veces, pero que no lo hagas me parece un auténtico derroche. ¿Por qué no piensas en algo?» Me respondió enseguida: «No. Ya te lo he dicho otras veces. Lo mío es leer. No siento ninguna necesidad de escribir nada». «Eres afortunado», le contesté.

–¡Françoise, ven! ¡Ven! –Bernabé entraba por la puerta sonriendo, con una gran caja. La niña miró con mucha atención a los ojos de su padre, que la llamaba.

–¿Qué? –Había detenido su danza al ver la caja. Estaba paralizada, esperando que apareciera algo que, de tan bueno, la asustara.

Marie-Louise los miraba, sentada en el sillón. Tenía un montón de ropa encima, la doblaba, la desdoblaba, la volvía a doblar. No les prestaba atención.

Se fueron los dos con la caja a otro cuarto.

–¿Quieres que hagamos una cosa con todo esto? –Bernabé había abierto la caja y se agachó a la altura de la niña para hablarle al oído.

–Sí.

–Mira, tengo que escribir a Ángel y a Amelia. Han sido muy generosos. Y tenemos que hacer ahora una lista para comprobar que ha llegado todo lo que enviaron. ¿Quieres? Yo escribo, y tú me vas diciendo las cosas una por una. ¿Quieres?

–Sí.

Françoise estaba muy excitada. La pequeña Cécile, también; había estado dormida en su cesta, junto a su madre, pero algo la había alterado. Marie-Louise amontonaba ahora toda aquella ropa sobre el regazo. Había una luz tenue y amarilla en el cuarto. Era muy tarde, pero aquella noche había cobrado el aire de los momentos extraordinarios.

Paquete:

2 kilos de chocolate Mercier,
1 kilo de arroz,
3 kilos de leche en polvo,
4 paquetes de sopa de guisantes,
18 barritas de chocolate Nestlé («Teníamos ya una idea mística, legendaria, del chocolate», escribió Bernabé en un paréntesis),
2 faldas,

1 chaqueta a cuadros,
1 vestido rojo de lana,
1 vestido amarillo de seda,
4 jerséis,
2 camisetas,
1 cartera,
1 blusita,
1 mantel,
2 mantelitos,
3 madejas de lana.

Es diciembre, un día muy frío. Los Reyes Magos se han anticipado. Francia es un país triste, aterido, que se cuenta a sí mismo historias de triunfo, historias en las que todos –todos los franceses, por descontado– hacen el papel de los héroes y extienden la suspicacia sobre los otros, igual que una lengua de lava corrosiva.

FRANCISCO Y LAURA, MIKE, CARMENCITA, BERNABÉ

Y MARIE-LOUISE, BERTRAM, AMELIA

33

En los gélidos días de enero, el Hudson baja lento, más lento de lo normal, con la sugestión, en la distancia, de un leve, inaudible, silbido. El lomo del animal carga con témpanos de hielo, partidos lo mismo que placas continentales que se obstruyeran unas a otras encabalgándose al topar con las orillas heladas. Bajo la superficie, el agua se desplaza rauda, furtiva. A este lado de la ventana, se puede imaginar el rumor por debajo de la corriente negra.

Gloria Giner y su marido, Fernando de los Ríos, están ante el ventanal en el 448 de Riverside Drive.

–Es tremendo, es para echarse a temblar.

–Pero, Fernando, no puedes dolerte tanto por las cosas que pasan en Europa. Quizá ocurran muchas más, y peores que las que hemos visto.

–¿Peores?

–No puedes seguir dándole vueltas a lo de Molotov. Los conociste: sabes cómo son. Todo eso ya ha pasado… Estamos aquí. Estamos vivos. –Gloria lo repetía últimamente con frecuencia al ver a su marido tan abatido.

–Pero es…, no sé, como si todos aquellos infelices, ¡nuestros infelices!, hubieran dado la vida para nada.

–Qué barbaridad, fíjate en ese bloque. Me imagino a un oso en el Ártico, saltando de una isla a otra… –En vano, su mujer procuraba distraerlo, igual

que a un niño.

El piso, amplio y alto, tenía toda la solemnidad teatral del Upper East Side. La ampulosa fachada del edificio, con búcaros sobre plintos a la entrada, largas cornisas con aleros de casetones, se replicaba en el interior sobre algunos elementos. En la penumbra de una pared estaba el retrato de don Fernando pintado por Manuel Benedito, decimonónico –así era él–, venerable como una reliquia.

Isabel, la hermana menor de Federico García Lorca, se había instalado en la casa donde su amiga de la infancia Gloria Giner vivía con su marido, don Fernando, y con su hija, Laura. Y Paco, el hermano, tras abandonar su puesto diplomático en Bruselas y viajar a Nueva York, fue contratado en Hunter College, en Queens. Combinaría ese trabajo con algunas clases en Columbia, donde su amigo Ángel del Río trabajaba desde hacía años, desde antes de la visita de Federico a Nueva York, en el Departamento Hispánico, dirigido entonces por Federico de Onís. Paco había sido alumno de don Fernando en Madrid y era el marido de Laura.

Se habían casado en Middlebury, en Vermont, cerca de Canadá, en 1942. Por la Spanish School de Middlebury, cuyos orígenes se remontaban a 1917, pasaban infinidad de profesores, escritores e intelectuales españoles a quienes todo aquello, desde que se le ocurriera la comparación a Pedro Salinas, les acabó pareciendo la continuidad más conseguida de los cursos de verano de la Universidad Menéndez Pelayo que se celebraban en Santander, en el palacio de la Magdalena. Prados de un verde impoluto sobre terrenos ondulados hasta perderse de vista bajo las colinas, grandes robles, arces eminentes, pabellones aislados que recordaban la época de Jefferson: las maderas blancas, las campanas llamando a la comunidad, el barbudo pastor y sus hijos.

Desde los años treinta los cursos de español de Middlebury estaban dirigidos por un institucionista, Juan Centeno, que también había trabajado en

el Centro de Estudios Históricos. Había por entonces un enorme y lúgubre edificio residencial en el que se alojaban los docentes y los discentes, Hepburn Hall, con el aire funesto de una rectoría o un sanatorio de enfermos mentales. Ardió en un incendio vertiginoso.

El primero en llegar a Middlebury fue Salinas, en plena guerra y perdidamente enamorado de Katherine Reding, una joven norteamericana a la que había conocido en Madrid y que acabó llamándose, ya casada, Katherine Whitmore.

La aventura de hurgar entre los varios nombres de cada cual –los muchos que somos– en busca del mecanismo que activa el sueño de la identidad. Una investidura sagrada, su carácter revelador de nuestro más hondo deseo de entidad y permanencia. Nuestro deseo de novela, de todo lo que la vida no da.

Luego llegarían Guillén, Dámaso Alonso, Américo Castro o Tomás Navarro Tomás. Y Middlebury tomó aspecto de sucursal o sede ambulante de la Residencia de Estudiantes y de la Generación del 27. El Jardín del Elíseo, el mitológico Valhalla de la Poesía. Se cultivaba allí, entre los alumnos de español, una determinada idea de España y lo hispánico, al mismo tiempo nacional, popular y moderno. Una España dura y ligera a la vez, grácil y resistente, una España clara, liberada de la historia, desprendida del tiempo, imaginada como una roca en el aire, igual que la del cuadro de Magritte.

Cuando, tras su matrimonio, los Lorca comenzaron a acudir los veranos a Middlebury junto a los Del Río, buscaron casas en alquiler, más cómodas y risueñas que el viejo Hepburn. La que ocuparon Laura y Paco parecía sacada del barrio en el que vivía la tía de Tom Sawyer. Tres plantas, maderas blancas, tejados negros de pizarra, el porche con contraventanas oscuras. También ganado, vacas rojas y blancas, al otro lado de las cercas. Hacia el norte, el río Connecticut. La boda se celebró a mitad de julio, un día muy caluroso. Las familias entraban y salían de la casa, acristalada, diáfana, abierta a la luz por los

cuatro costados. Tenía a la entrada un jardincito. Aquel día estaba llena de flores blancas. Había mucho por lo que llorar, por los que llorar, muy principalmente los asesinados. Las abuelas, con sus trajes negros, sus ojos tristes. Laura con un vestido y un tocado blancos, con velo. Ofició un sacerdote cuáquero, si puede decirse así.

Celebrar la boda en Middlebury evitó que hubiera demasiados invitados. Eran una élite, pero no tenían nada que ver con la vieja heráldica española ni con las fortunas amasadas por las nuevas industrias. La suya era inseparable del arte y los libros; más que en mansiones, se había formado en las aulas, aunque también en las huertas y los patios a los que llegaba la copla popular. Gloria Giner tenía encima constantemente la preocupación de los gastos, mientras don Fernando recorría las dos Américas asistiendo a mítines y dictando conferencias con la vista puesta en una España reconstruida en libertad, pero también con anotaciones de cobros pendientes sobre papeles doblados en el bolsillo. Esos honorarios ocasionales se veían mermados por no pocas reducciones, aplicadas en virtud de los bonos de guerra, los costes de inmigración, etcétera. Su hermano Pepe, exiliado en Santo Domingo, les hacía llegar algún dinero periódicamente –Gloria lo llamaba *el papelito*–. Decidió abrir una cuenta aparte en la que reservarían unos fondos destinados a imprevistos, además de una cantidad bajo un rótulo intocable: «Viaje a España».

El avance, y luego la victoria, de los aliados encendió la ilusión de don Fernando. Después, la mirada hacia otro lado de Churchill y de Francia fueron jarros de agua fría sobre aquella esperanza. Ahora está cansado, ha envejecido más de lo previsible a su edad. Ha visto en México la división imposible de los españoles y –algo que teme– el dominio de los comunistas; en Europa, la gris ruina de un continente para el que, no hace tanto, él había promocionado la idea de una unidad de Estados similar a la norteamericana. Ha regresado enfermo.

En uno de aquellos veranos no acuden a Middlebury, sino a Amagansett, una pequeña población de anchas playas al sur de Long Island, agreste y batida por el viento del Atlántico. Los ásperos penachos sobre las dunas, con su color de hueso. Don Fernando va perdiendo la esperanza. Gloria ha recibido una carta de España en la que su sobrina Ritama (la muchacha que acompañó hasta Inglaterra a don Fernando y Federico cuando su viaje atlántico) le cuenta que, de casa en casa, ha recorrido en Madrid los hogares en los que vivió la familia, para rescatar objetos y ponerlos a recaudo de los saqueos. Gloria le ruega que busque el costurero antiguo, la Virgen Dolorosa, las colchas de batista, unos bordados… Podría traerlo alguno de los profesores que venga a América.

Fernando de los Ríos murió en junio del 49. Se había entregado a la política con pasión, pero el atanor de sus pensamientos y sus sentimientos era religioso. Escribió sobre ello, siguiendo la pista de las especulaciones y las confesiones de Castro y de Unamuno. La religión no era la Iglesia, en realidad se oponían. En España la fe tenía por lo visto un inevitable contenido político, de clase y de casta. La caridad y el sentimiento que él había visto encarnados en su madre brillaban por su ausencia. Invocaba, en privado, la necesidad de un cristianismo primitivo. Casi todas sus ideas se habían reducido a una simple expresión parecida, acaso puramente sentimental e ilusoria. Quien había desempeñado un papel descollante en el Gran Oriente Español murió bajo una cabecera presidida por el que doña Gloria llamaba «nuestro crucifijo antiguo».

34

Poco a poco, y dada la afluencia de estudiantes, en Middlebury hubo que ampliarlo todo. Para los residentes se habilitó un edificio amarillo, parecido a un transatlántico, que estaba algo alejado, hacia las montañas. Cuando Centeno dejó la Spanish School y, tras un tiempo a cargo del profesor Joaquín Casalduero, Ángel del Río aceptó la dirección. Coincidió con los años en que estuvo dando clases fuera de Columbia, en la Universidad de Nueva York, del 50 al 54. También acudió a Middlebury otro de los más cercanos amigos de Ángel, el poeta cubano Eugenio Florit, cónsul en Nueva York y asimismo profesor.

Por entonces, Mike, el hijo mayor de Amelia y Ángel, se había graduado ya en Economía y trabajaba en finanzas, tras haber pasado unos años en incesante viaje, primero con los marines y luego en África, en una petrolera. Era el principal quebradero de cabeza para sus padres. El alcohol –en un serio grado de dependencia– lo arrastraba a continuos altercados y detenciones. Carmen –Carmencita– estaba a punto de casarse con Félix Piniés, un otorrinolaringólogo español de futuro prometedor. Cuando Del Río regresó a Columbia con nuevas y crecientes responsabilidades –ahora dirigiría el departamento de Onís, el Hispanic Institute, y la *Revista Hispánica Moderna*–,

pensó que debía descargarse de la dirección de Middlebury y la dejó en manos de Paco García Lorca. Eran como hermanos.

Mientras los Lorca y los Del Río capitanearon aquellos campestres cursos de verano, las representaciones teatrales cobraron una importancia inédita hasta entonces. Ellos y sus amigos eran actores de vocación y además conocían muy bien las obras y a sus autores. Sobre las tablas se veían a sí mismos como otros, como los que verdaderamente creían ser, hombres y mujeres que regresaban a la vida en la tierra a la que pertenecían, cuya sustancia eran ahora las palabras, con nombres y voces que hablaban una lengua llena de gracia, capaz de la risa y la tragedia que había conmovido el corazón de generaciones. Cuando actuaban eran un país, un mundo en el aire. En Barnard y en Columbia, Amelia y Laura dirigían los grupos universitarios.

–Nos pareció increíble. Cuando entramos en casa, Paco dijo: «Carmencita ha estado estupenda. ¡Estupenda!». ¿Verdad, Paco? –dijo Laura.

Él frunció los labios en una sonrisa, su manera de darse por aludido.

Hasta entonces habían estado en silencio. Es fácil verlos sentados, la tarde prácticamente agotada, ya cerca de la primavera. El rumor del tráfico a lo lejos, a través de las ventanas cerradas.

El de Amelia y Ángel del Río era un piso alto, en la Ciento Dieciséis con Broadway, al 600 Oeste. Casi a la vuelta de la esquina de Riverside vivían sus amigos. En la manzana siguiente estaba Barnard, el edificio Milbank donde Amelia daba sus clases, y enfrente, el campus de Columbia. En la otra acera estaba Horace Mann School, la escuela a la que el pequeño Miguel Ángel había acudido en sus primeras clases de niño. En aquel entonces Amelia salía precipitadamente del *college* en su hora libre, se excusaba con las compañeras, cruzaba la calle y espiaba a su hijo por entre las vallas del patio de recreo; sonreía mientas seguía sus juegos y volvía a las clases jadeando.

El edificio, de un estilo que las agencias inmobiliarias llamaban *neorrenacentista*, formaba parte de la zona residencial de la universidad. Alto dintel en la entrada, sillares de piedra, flanqueados por dos enormes faroles de bronce con forma de antorchas. En realidad, el *Renacimiento* de aquella arquitectura se había refugiado en algunos detalles puramente ornamentales, escudos vacíos, cornisas subrayadas con rectas cenefas. El resto era una mole cúbica taladrada por líneas regulares de ventanas, como las de las películas de detectives. En dirección sur, estaba St. John the Divine y, más allá, hacia el este, ya era Harlem.

Ángel sonrió, con el cigarrillo entre los dedos. Más que sentado, parecía engullido por su butaca de cuero, la cabeza hundida en el respaldo, ya deformado a la manera de un lecho.

Pero nadie decía nada. Con su mirada lanzada a la espalda de las horas, de los días, de regreso al recuerdo de la representación –en Columbia– de *La casa de Bernarda Alba*, poco tiempo antes, Laura insistió:

–Nos parecía haber asistido a algo único. –Y volvió sobre lo mismo–: Parece que estoy oyendo a Paco: tiró el abrigo, exultante; estaba entusiasmado con Carmencita…

Esta vez su marido la interrumpió:

–Es que hizo una Adela extraordinaria. Estuvo magnífica –dijo mientras atacaba la pipa–. Qué frío hacía aquella tarde. Un viento terrible. Por Broadway la gente iba agarrándose a las farolas.

Hablaban en voz baja. Todo se oía como si fuese ahora. Las voces los envolvían.

–Era su primera escena –continuó Ángel–. Estaba emocionada. Durante el mediodía, había estado llorando; a última hora decía que no quería ir. Los nervios. Y, luego, ya ves, encantada en su papel. Dio la impresión de que no había que dirigirla.

–A mí ya me había gustado mucho cuando hizo de Claribel –dijo Paco–. Aquel día también resultó de maravilla. Y eso que lo de don Pedro no es una cosa así como para… El pobre.

Pedro Salinas había muerto un par de años atrás, en el 51. Su último verano lo pasó convaleciente con ellos en Middlebury, ataviado con una gruesa chaqueta de pana a pesar del calor de julio.

–Sí, pero en la *Bernarda* se la ve ya mucho más…, no sé, más *hecha* del todo. Verdaderamente estupenda –concluyó Laura–. Menuda niña os ha salido.

Amelia y Ángel estaban cansados. Laura y Paco habían ido a casa de sus amigos para ver cómo estaba Amelia después de uno de sus brotes de dolor más agudos. Padecía una seria neuropatía que al principio habían confundido con una fibromialgia, pero luego se complicó. De vez en cuando era necesario hospitalizarla. Le habían inyectado alcohol. Ahora estaba sentada junto a ellos, pero no decía nada, parecía ausente. Al menos se había levantado de la cama, aunque seguía muy dolorida. Tenía paralizada una mejilla: la mitad del rostro parecía su reflejo en un cristal sobre el que cae la lluvia.

Más silencio. Ángel se levantó y se dirigió hacia la ventana. La última luz se deslizaba hacia la noche igual que el agua por el sumidero de un estanque. Los primeros brotes en los árboles; el cielo, gris, confuso. Un tumulto de nubes. La sala había quedado en penumbra, pero nadie había encendido las lámparas.

Casi todos los amigos eran vecinos, además. Todos eran profesores de español, de Literatura. Profesores de España. Los dos joaquines, Maurín y Casalduero, los Da Cal y algunos otros. La cercanía del Hudson, ancho, majestuoso como un rey derrocado, extendía sobre los contornos un consistente velo húmedo parecido a una gasa que agrisaba los colores en la calle. El interior de la sala también era gris ahora. Recortados en siluetas difusas, los cuatro amigos se confundían con lo invisible, hacían pensar en el tiempo: las líneas borrosas del pasado; el futuro, al otro lado de un pasadizo

cada vez más angosto. Ángel estaba de espaldas, de pie. Instintivamente alzó los hombros, con el ademán de quien expresa indiferencia, sin saber la razón de aquel gesto. Eran ya muchos años juntos y, a pesar de eso, una rara soledad los había dejado varados. Se había nacionalizado norteamericano hacía mucho, más de diez años atrás. Una vez, al intentar alquilar un apartamento, vio que la propietaria le daba largas. Luego se enteró por un jardinero de que la mujer había estado consultando a los vecinos para saber si estaban dispuestos a admitir a un vecino español.

Todo había quedado muy lejos, aunque en su convencimiento más íntimo todos ellos abrigaban la inconsistente idea de que aquella distancia era únicamente espacial. Por medio del teatro habían construido una patria inconsútil, hecha de acentos y entonaciones, de cadencias, de ademanes, imperecedera como la música y como ella capaz de regresar a cada momento en que el intérprete toca las cuerdas.

El sol había desaparecido del todo por detrás del horizonte. Ángel también pensaba en su hijo Mike, sin querer: era algo que se le imponía. Se le ocurrió preparar unas copas.

–¿Te apetece, Laura?

–No, yo no, gracias, Ángel. –Laura tenía una mano entrelazada con la de Amelia. Estaba junto a ella desde que había llegado; le miraba la cara, abotargada por el dolor. Parecía sedada.

Durante la convalecencia, Laura había sustituido a Amelia en sus clases. También había cargado, junto a su madre, con la enfermedad de don Fernando hasta su muerte, al pie de la cama articulada.

Sonó el teléfono.

–Laura, es tu madre –dijo Ángel.

–Paco, tendríamos que irnos ya de todas formas… –dijo mientras tomaba el auricular. Y, luego, dirigiéndose a Ángel–: Hemos dejado a la Bisa bastante

pachucha.

La familia, casi completa, por lo menos representada en todas sus generaciones, había quedado reunida en Nueva York al salir de España. La Bisa era Fernanda Urruti, la madre de Fernando de los Ríos, la abuela de Laura.

–Sí, nos vamos. Nos tomamos esa copa otro rato, Ángel –dijo Paco. Ya estaba de pie–. Queda apuntada.

–Bueno, yo me tomo la mía de todas formas. –Ángel no le dio importancia.

–Ya vamos, madre. –Laura hablaba con su madre, Gloria Giner–. No te preocupes. Cinco minutos. No te preocupes.

Regresó con el semblante alterado. Se estaba poniendo el abrigo apresuradamente. El pañuelo le quedó sobre los hombros, de cualquier manera. La seda resbaló, cayó al suelo. Ángel dio dos pasos para recogerlo, pero no le dio tiempo.

–¿Qué pasa? ¿La Bisa? –preguntó.

–Un vómito –dijo Laura–. Parece que está inconsciente. ¡Adiós! Ya nos contarás de Amelia. ¡Adiós, Melín, cuídate! –Regresó y la besó en la frente, muy deprisa. Salieron por la puerta.

–Adiós, adiós –dijo Ángel–. Llamadnos, por favor.

El funeral de la Bisa fue en los Paúles, una parroquia hispana, en la Séptima, por encima de Central Park. Tenía una feligresía numerosa, en gran parte puertorriqueña, y una iglesia moderna, de rasgos *art déco*, con una torre propia de alguna arquitectura fantástica. En el interior, sobre el altar, brillaba el cielo dorado de una cúpula neobizantina. Gloria y su hija, Laura, escogieron unos versos de santa Teresa y san Juan de la Cruz para el reverso de los recordatorios. Tenían convicciones firmes, antiguas, pero no pensaban en ellas; si las pensaban, se deshacían como quien al reparar en las palabras pierde el hilo de la oración que está rezando. Los rituales, las fórmulas, permanecen en

el aire, con resistencia de roca. Unen lo individual, lo que se disgrega de los cuerpos. Configuran la sociedad de los visibles y los invisibles.

Fernanda Urruti, la Bisa, había nacido en Ronda y había llegado a casa de su hijo en Nueva York, desde Francia, en 1939. Tenía entonces ochenta años. Antes de morir había entregado sus cartas a su nieta Ritama. Don Fernando dejó la embajada al término de la guerra y, a través de una institución llamada University in Exile, organizada para acoger a los profesores que escapaban de Europa, comenzó a dar clases de Ciencia Política en la New School for Social Research. También desembarcó la otra bisabuela, Laura García Hoppe, la madre de Gloria, quien murió primero. Había sido pintora, había escrito, fue alumna de Sorolla.

Hay una fotografía. En el «reino de la pacotilla», según decían todos en la casa de Riverside Drive, sobre el telón de fondo del plástico y la electricidad, de la velocidad y el olvido, contrasta la imagen de las dos ancianas –ambas ilustradas y a la vez sumamente tradicionales– al llegar a la embajada española de Washington: sillones de mimbre, zócalos de azulejos. Las dos con sus grandes sayones negros, y los rostros, tersos y pulidos por el agua clara, el aire y la tierra, igual que lo están el cañizo y la arpillera, esas materias casi humanas. Charlan, no sienten gran curiosidad por lo que las rodea, todo es nuevo, liso y reluciente. Tienen el aplomo de saberse en un lugar que sigue siendo un lugar a pesar de existir únicamente en su corazón. Está el timbre con el que entonan las palabras *niña* o *noche* o *vela*. No se sienten extrañas todavía, acaso nunca lo harán: ese lugar sin asiento físico, hecho de voces, nombres y fechas, las envuelve en un aura, va con ellas por dondequiera que vayan. La Bisa tejía jerséis para la Cruz Roja y para todos los de casa, bordaba sábanas con anchos festones. Leía constantemente el Kempis en el silencio de su cuarto, las tardes enteras. Ahora, su único libro.

35

Muy lejos de allí (como decían las antiguas novelas de aventuras con acciones paralelas), las ramas siguen desnudas a pesar de que la luz del día dura ya lo bastante como para presumir la llegada de la primavera. Pero hace frío. La nueva claridad en el aire, la amplitud que regresa por lo alto de los tejados quedan frustradas por el helado atardecer de este final del invierno que se hace sentir en los huesos incluso más agudamente que unos meses atrás. Es la combinación, llena de perfidia, de la luz y el hielo, el aborto de las promesas. Las aceras, resbaladizas; los canalones, goteantes.

Apenas hay automóviles por estas calles estrechas, hondas como fosos. El Adour no está lejos; su brazo se adelanta tierra adentro. El viento araña tras las esquinas, encorva las siluetas. Pero el *cours* es ancho, describe otra curva paralela al río, una réplica suya de radio menor, una copia infantil con la forma de una cesta. El hombre que ha salido del laberinto de callejas y enfila el cruce hacia el parque –el *square*: parc de la Mairie– se guarece dificultosamente del viento junto a las verjas. La bruma, entre los árboles; la tierra, congelada a la caída de la tarde. En el interior del parque hay ardillas, urracas, palomas invisibles. En el estanque hay patos y tortugas. En las negras orillas, deshaciéndose, papeles de periódico empapados. El monumento a los muertos de Dax, clavado en algún lugar allí adentro, blanco y misterioso, solitario a esta

hora, semeja un objeto llegado de incógnito desde las estrellas y todavía no descubierto por nadie: el soldado con su largo uniforme anacrónico; la ronda, grabada en la piedra, de los nombres y las batallas.

En medio de la ciudad están las *thermes*. Dax tiene desde antiguo fama balnearia por sus aguas salutíferas. Todo se ve gris al fondo, aunque a cierta distancia ya es posible vislumbrar difusamente unas ventanas iluminadas en la niebla. Al fondo del *cours*, unas pequeñas casas, algo retranqueadas con respecto a la calzada, desentonan con las alturas de la avenida; parecen trasplantadas desde otro barrio. Las ventanas: unos turbios recuadros de un color naranja muy suave. Marie-Louise, las niñas y, alrededor, un gris aún más oscuro, casi violeta. La habitación, caldeada. Una felicidad hermana de la modestia y de la resignación. Una felicidad que quisiera contar con la complicidad del olvido.

La vida de Bernabé Herrero, antiguo joven poeta de provincia, es una vida a la intemperie o en el pequeño círculo de luz que proyectan las lámparas domésticas. Hace ya años que sus libros fueron publicados en España, publicados y, tras recorrer un pequeño radio de amistades literarias más o menos prestigiosas, dejados atrás. Aquí nadie lo conoce.

Las clases han terminado un poco antes de lo habitual. Había que despejar las aulas para que unos operarios retirasen muebles y cachivaches. Mañana llegarán los pintores y no habrá clase, todo por culpa de la inundación. Así pues, ha pensado en entrar a ver a sus amigos los carpinteros y echar una parrafada en la taberna de siempre. Son rudos, guasones, buenos compadres. Él hace trabajos, no siempre menores, en el taller de uno de ellos. A veces se asocia con otro para un encargo que le reportará unos francos. También en casa, bajo la fregadera, tiene un pequeño cajón en el que amontona los bártulos. «Soy el rey de la garlopa», dice de sí mismo a las niñas, en los

arrebatos de optimismo. Marie-Louise sonríe. Sus colegas de la taberna tienen mejores brazos que él, pero piensa que él tiene mejores manos.

Quizá se ha entretenido demasiado. La taberna estaba llena de humo. Pero ha creído que no le sentarían mal esos tragos. De vez en cuando le ayudan a distraerse un rato. A veces son demasiados, lo nota después, y se arrepiente. Nada se olvida, pero el cuerpo se esponja con el vino, el alma se aletarga, aturdida, en una tregua parecida a la del sueño.

La pequeña cancela del jardín chirría. Es una casa de vecinos con tres pequeños *appartements* –el que han conseguido alquilar Marie-Louise y Bernabé, en el 76 del cours Joffré, es un «*très petit appartement*»: así se lo ha descrito a su viejo amigo Ángel–. Entre las hojas amontonadas bajo un arbusto helado hay varias piezas de fontanería retorcidas, casi enterradas, algunas tablas pudriéndose; los vecinos ya le han pedido, más o menos ceñudamente, que retire todo eso.

Al abrir la puerta, el cielo es azul todavía, pero por debajo todo parece sumergido en la oscuridad. Es un momento incongruente.

En las peores ocasiones, el lenguaje de las cartas que Bernabé escribe a su amigo Ángel está lleno de una aflicción desesperada. Pero cuando la vida vuelve a sonreírle retorna el tono de las chanzas estudiantiles, ya muy pasadas de moda, propias de los muchachos retraídos que de vez en cuando aparentan haber adoptado el gesto de los gallitos. *Chico*: una palabra recurrente para dirigirse a su amigo, un anticuado apelativo usado entre los estudiantes de su época hasta mucho después de que hubieran terminado los estudios.

Ángel del Río viaja constantemente. Ha dado cursos en Nuevo México, en California, en París, donde estuvo un tiempo instalado en casa de Juan Larrea. Hace años, las cartas a Bernabé debían ir dirigidas al 34 de la rue Nationale, en Digoin, en Sâone-et-Loire, el domicilio de Larrea cuando la guerra. Ahora le pide a Ángel las nuevas señas del poeta amigo, «un héroe de verdad», dice

Bernabé, con la dignidad y la verdad que merecen pasar a la leyenda, a los romances de gesta. Ángel, amigo de ambos desde muy jóvenes, se las ha de ver entre las clases, los libros, las conferencias, la red de intercambios universitarios, las revistas, los cursos de verano en Middlebury. Por eso tarda en contestar. Bernabé se lo recrimina. Después, acongojado y arrepentido, se disculpa: le pide perdón por su falta de temple y por su regodeo en la conmiseración y en las suspicacias pueblerinas.

«Chico, no encuentro ningún trabajo regular, por modesto que sea. Me daría igual lo que fuera. Eso descargaría a María Luisa, la pobre está agotada.»

Su nulo papel en la familia le mordía las entrañas. Marie-Louise la sostiene con sus manos en casa y con su trabajo en la Normale. El de Bernabé allí no pasa de unas horas a la semana –«un paripé», escribe–, en medio del patente desdén de los profesores y del director. «Algunos no me miran; otros, si me miran, no me ven. Si tú pudieras, Ángel, lograr la publicación en alguna revista de allí, de las que tú conoces, del artículo que te envío. Yo lo distribuiría entre todos estos masones ignorantes y estúpidos. Quizá así dejarían de tomarme por un mueble, o por el ayudante del jardinero. También puedo traducir lo que sea: he pensado en Lorca al francés, ¿qué te parece? No escribo a nadie más que a ti.»

–¡Papá, papá…! –Françoise corre hacia él agitando los brazos. Está loca de alegría, Cécile todavía es muy pequeña, tiene dos años, casi tres–. ¡El paquete!… ¡Ha llegado el paquete!… ¡Mira, mira!… ¡Paquete, paquete, paquete!…

La niña gira sobre sí misma canturreando esa palabra sola. Un conjuro. La pronuncia con la plena convicción de su cualidad performativa. Se parece a un encantamiento creador. *Fiat lux*.

–¿Dónde está mamá? –El poeta español exiliado Bernabé Herrero se quita el desgastado abrigo y mira hacia donde apunta la niña.

–Se sentía mal. Se ha acostado con Cécile –dice–. Creo que está dormida.

Bernabé oye llegar desde el cuarto el llanto, ya cansado, de la pequeña.

–¡Chssss! … No grites. Calla, calla, Françoise, las vas a despertar…

–Cécile ha estado llorando –dice la niña bajando la voz–. Pero mamá no se ha despertado.

–Bueno, bueno, pues déjala… No hagas ruido.

Los hundimientos de Marie-Louise son cada vez más profundos. Bernabé recuerda el embarazo de Cécile y piensa en lo que pudo pasar entonces, la fuente de las crisis que han venido después. Pero también hubo otras antes. No consigue saberlo.

–Vamos a abrirlo –dice a la niña–. Y lo sacamos todo y lo ponemos sobre la mesa y sobre los sillones. Cuando salga mamá podrá verlo como en una exposición. A ver qué le parece, ¿quieres?

–¡Sí, sí, una tienda…! –dijo Françoise.

–Eso. Como en los escaparates.

Cuando estaban a punto de terminar, Marie-Louise apareció en el umbral del comedor. Tenía mala cara, los párpados caídos, llevaba a Cécile de la mano, con las últimas lágrimas. Pero las dos sonrieron al verlos. Françoise y Bernabé les indicaban las cosas que habían llegado en el paquete, haciendo con las manos el gesto de los presentadores de circo o de quienes anuncian a los cantantes sobre el escenario.

–¡Madre mía! … –dijo Marie-Louise–. Tienes que escribirles ya, Berna, para agradecérselo. No me lo puedo creer. Es más, mucho más de lo que esperábamos –dijo mientras se agachaba para coger unas ropas de niño, las acariciaba–. ¿Tú les habías pedido todo esto?

–¿Cómo estás, mi amor? –le preguntó Bernabé tomándola del codo–. Siéntate, a ver si te vas a marear, como el otro día.

–Bien, mejor. Estoy mejor. ¿Tú les has pedido todo esto? Escríbeles ahora mismo, anda.

«Las niñas han oído hablar tanto de vosotros que arman transatlánticos con mesas y sillas para ir a visitaros al otro lado del océano.»

Bernabé le pide a su amigo algo de ropa interior, unas medias, chocolate, café. En la calle proliferan las miserias y las estafas del *marché noir*. También le pide fotografías con Amelia y con sus hijos. La penicilina que les enviaron desde Nueva York resultó decisiva para la recuperación de Marie-Louise tras una de sus crisis. Bernabé sufrió un pequeño golpe trasteando con las maderas, y ese incidente de poca importancia fue en ella el motivo de un ataque grave. Cada día es peor: su desequilibrio crece. La ingresaron en el hospital psiquiátrico de Mont-de-Marsan. Las niñas se pusieron enfermas. Era invierno. A Bernabé se le ocurrió que podría dar él sus clases mientras tanto, pero sólo le ampliaron un poco las horas lectivas. Cada vez está más angustiado. Propone unas clases de música, de cantos y bailes tradicionales.

Ya no le gustan los versos que le envía Gerardo Diego. A él y a su cuñado Pepe Tudela los llama *los cautivos de la caverna*. El poeta desconocido y su ignorada verdad pueden acabar confundidas con la caricatura de una neurosis. «Me asusté cuando me visitaron –le escribió a Ángel–. No sabes cómo se revolvían, cómo se enfurecían ante mis expresiones más humildes y humanas. Lo de Gerardo es la poesía profesoral, el artificio, la virguería, pero sin alma.»

Su verdad era impotente ante la escritura de la Historia. Sólo una definitiva crisis del Tiempo podría hacerla reinar, como en la apocalíptica judía. Que todo concluyera y comenzara de nuevo. Tabla rasa y una nueva luz. El modelo de hombre y de poeta que Bernabé tuvo siempre únicamente encontraba su encarnación realizada en Antonio Machado. A su lado todos los demás empalidecían, más turbios, más dudosos. Machado era el héroe de verdad, el

héroe enfrentado a los dioses, amigo del Dios de carne y del hombre que padecía en la Historia.

«Chico, mi círculo cada vez se cierra más. No sé nada de nadie, de nada.»

Tras haberle propuesto a Ángel la traducción de Lorca, le recordó a su amigo que tenía en mucho la poesía de Federico, sobre todo por su raíz popular, material y animal. Pero también le recordó lo intragable que se le había hecho el personaje, su teatro, su efusividad, su protagonismo. «Recordarás que tú y otros me lo quisisteis presentar muchas veces y siempre me negué. No hubiera sabido qué decir teniéndolo delante, salvo aplaudirle», decía.

Había abandonado todo reparo en mendigar a los conocidos y, a veces, a quienes no lo eran tanto. Su timidez, congénita, había quedado enterrada bajo los desahogos que se permite la lástima de sí mismo. Pidió el envío de una pluma estilográfica, que Ángel le hizo llegar.

36

–¡Lla-ma-ma!… ¡Lla-ma-ma!…

Las niñas estaban creciendo. Eran tres.

–¡Lla-ma-ma!… ¡Lla-ma-ma!…

En Gloria, la hija mayor de Paco y Laura, apenas si quedaba algo de niña. Tenía ya catorce o quince años. Había bastante diferencia entre ellas. Laura, la más pequeña, podía tener seis, quizá siete. Y en medio estaba Isabel, a quien llamaban Yaya. Se parecían mucho: rubias; la forma de la cara, alargada, recta; el perfil del padre, quizá el de Laura tiraba más hacia la familia materna, De los Ríos, más redondeado.

Iban por el pasillo en fila, en un desfile, simulando tocar el tambor, Laura la primera. Así la broma podía pasar –una vez más– por la ocurrencia infantil que había sido hasta ahora, cada vez que recogían la misma llamada.

Paco Lorca entró en el despacho para coger el teléfono.

–¡Lla-ma-Mau-rín!… ¡Lla-ma-Mau-rín!… –Las niñas dieron aún dos vueltas al salón con el sonsonete en los labios, unas baquetas imaginarias entre el pulgar y el índice.

–¡Joaquín! –Paco saludó a su amigo. Aun así, éste usó su altisonante manera habitual, como si no hubiera oído nada.

–¡Llama Maurín! –dijo.

–Ya, ya. ¿Cómo estás, Joaquín? –dijo Paco.

Estaba anocheciendo. La primavera llegaba a sus glorias, el verde de los árboles había dejado en el aire azulado un perfume fresco, tonificante, muy saturado. Laura madre acababa de llegar. Cuando encontró a las niñas en el salón, todavía alborotadas, les chistó para que se callaran y no molestasen a su padre. Les preguntó quién llamaba, agachándose y llevándose la mano a la oreja. Entonces, ellas, acurrucadas en el sofá, repitieron su actuación, ahora en silencio, sólo con gestos, al estilo de los mimos. Su madre comprendió enseguida. Había tenido que visitar a una antigua profesora de Barnard al otro lado del río, en Teaneck. Al cruzar el puente George Washington, los Palisades parecían murallas de una alcazaba española suspendida sobre el verde y mullido lecho de la fronda. Estaba cansada.

Vio que su marido había dejado el despacho abierto.

–Bueno, comeremos *kosher* –lo oyó decir pasados unos minutos–. Hasta mañana, Joaquín. –Colgó. Paco besó a su mujer.

–Maurín –dijo–. Que le ha llamado Gorkin, que si podemos comer con él mañana, en el sitio ese judío. Ha hablado ya con Granell y con Esplá. Pagará Gorkin, dice. Tengo que llamar a Ángel, no sé si podrá. Lo he visto muy atareado.

El Tip Toe Inn solía estar muy concurrido. Tenía un comedor grande y una tienda donde despachaban la comida especial, además de muchas *delicatessen*. Los ahumados de esturión y de salmón, así como la tarta de cerezas, eran especialidades muy celebradas, aparte de unos sándwiches enormes, con unas guarniciones inacabables, servidos en fuentes. Estaba en la esquina de Broadway con la Ochenta y Seis. Lo había fundado al hilo de la Gran Guerra un emigrado ruso llamado Aaron Chinitz, que había conocido los pogromos. Pero no era uno de los restaurantes habituales de la tertulia.

Todos los meses se reunían en un almuerzo, normalmente en Jai Alai, uno de los restaurantes de Valentín Aguirre, en Bank Street, esquina con Bleecker, en el West Side. Encima del restaurante estaba el hotel Santa Lucía, también suyo. Valentín ya había muerto por entonces, pero allí seguían las robustas vigas decorativas cruzando el techo, el ancho paisaje de verdor y bruma pintado sobre la pared del fondo, y el frontal de un caserío vasco tras la barra. Otras veces se veían en La Valenciana, en la calle Catorce. Enfrente tenía su estudio el pintor Franz Kline, ya muy famoso. Paco Lorca lo conocía; se lo había presentado el pintor español José Guerrero. Y no lejos de allí estaba el Cedar Bar, un sitio cochambroso que los pintores de la *action painting* habían convertido tiempo atrás en cuartel general y donde se emborrachaban, teorizaban y se peleaban a gritos. En los tiempos en los que Kline no tenía dinero ni siquiera para instalar un teléfono, su madre lo llamaba allí cuando quería darle algún recado. Una noche, en medio del humo, la mugre y el olor a amoniaco, Jackson Pollock, borracho como una cuba, había desquiciado una puerta de los lavabos y la había lanzado contra Kline con intención de aplastarlo. Pero Pollock ya había muerto, cuando en otra hirviente madrugada su coche se estampó contra un árbol a pocos metros de su casa.

Con más frecuencia aún, los tertulianos se veían en otro restaurante español, Fornos, en la Cincuenta y Dos, también muy cerca de Broadway, la zona de siempre. Fabada, callos, arroz con pollo. Junto a ellos solían acudir Casalduero, Granell, Maurín, el siempre maledicente Ayala si estaba en Nueva York, Gustavo Durán, Esplá… Desde que se había pasado el sarampión de la creencia en la restauración democrática en España, la ansiedad había desaparecido. Contaban anécdotas antiguas, se carcajeaban.

Sabían que tarde o temprano Gorkin querría verse con ellos y aclarar las cosas. Lo consideraban una buena persona. Concienzudo, terco, generoso. Obsesivo. Al pasar ante el restaurante judío, mucha gente se detiene a mirar desde la calle

a través de las cristaleras, que llegan hasta el suelo. No es difícil verlos en torno a la mesa, aunque están bastante adentro. No se sabe con exactitud de lo que hablan, pero se puede cultivar la imaginación. Cada palabra no está hecha para una sola cosa, eso sí lo sabemos. Había bastante ruido allí. Gorkin, el viejo revolucionario, y Maurín habían comenzado por tomar un Dubonnet en la barra, mientras el pintor Eugenio Granell, quien no los había visto al entrar, ya estaba sentado a una mesa más bien apartada –la experiencia de las conspiraciones–. Paco Lorca y Ángel del Río llegaron juntos. A Esplá le parece que los manteles, de un blanco luminoso, sobre la cama del muletón, blanco también, son demasiado mullidos y las copas no están seguras. Hace algún chiste que todos conocen (menos Gorkin). Se repite mucho. Un catalán se corrió una juerga en París con un monumento de mujer que había conocido en un cabaret; luego, fueron a su casa, donde descubrió que era un hombre. «¿Y qué hizo usted?», le preguntaron cuando contó la aventura. «¿Y qué quería que hiciera? –dijo– ¡El gasto ya estaba hecho!»

El camarero llegó para tomar la comanda.

–Yo ya lo sé, ¡el Capón a la King! –exclamó Esplá–. No me hace falta la carta.

Había sido secretario de Azaña. Era un hombre alto, de presencia compacta. Su sentido del humor, muy afinado por el ejercicio, siempre apuntaba hacia algún objetivo. Uno de sus blancos preferidos era el Gobierno republicano en el exilio, al que llamaba *el camarote de los Hermanos Marx*. Ahora trabajaba en Naciones Unidas, con Gustavo Durán. No se sabía muy bien lo que hacían (traducir –puede ser–), aunque en realidad todos lo intuían. A Durán lo llamaba el Porcelana, recordando un apelativo surgido en el frente, durante la Guerra Civil, a la vista de las maneras extremadamente refinadas del músico, quien por lo demás se había desempeñado con valor como coronel del Ejército republicano, en el Jarama, en Teruel y en muchos otros sitios.

Unos años antes, Carlos Esplá había tenido que declarar ante el juez al hilo de la investigación que sobre su amigo emprendió el Comité de Actividades Antiamericanas. McCarthy había mostrado en el Senado, desde la tribuna de oradores, una foto de Durán en la que aparecía con un uniforme de la policía secreta soviética. Esplá declaró que una carta de Indalecio Prieto, puesta sobre la mesa a título de prueba, no estaba dirigida a Durán, sino a él mismo. Doña Gloria también había declarado. Las cosas, ahora, parecían estar más calmadas.

37

En París se había celebrado, impulsada por los comunistas, una reunión proamnistía de los presos políticos españoles, la Western European Conference in Favour of Amnesty for Spanish Political Prisoners and Exiles. El Partido Comunista de España ya había hecho público su manifiesto por la reconciliación nacional, una declaración que significaba un cambio de óptica y una oferta de futuro, aunque tenía tanto de renuncia como de estrategia. Gorkin, quien respiraba por la herida, y los ahora anticomunistas más radicales lo consideraban una simple versión de la astucia táctica que el comunismo les había enseñado a reconocer bajo los disfraces.

Quienes acudieron a París o suscribieron los documentos formaban una relación de nombres impresionante. El Empíreo de los héroes, la epigrafía de la Historia, los príncipes de la Cultura: Picasso, Chagall, Cocteau, Sartre, Simone de Beauvoir, Antonioni, Rossellini… Además de los previsibles, claro: Guttuso, Aragon, Kingsley Amis *e tutti quanti*. Llevado de una susceptibilidad a flor de piel, Gorkin se dirigió por carta a sus amigos españoles en los Estados Unidos pidiéndoles su apoyo para denunciar que la conferencia de París era una maniobra comunista.

No era algo nuevo. Diez años atrás, la Kominform había celebrado y organizado en el Waldorf Astoria otro Congreso Cultural y Científico por la

Paz Mundial. Todos lo recordaban, menos Granell, quien había llegado hacía poco a Nueva York desde su periplo antillano. En Santo Domingo, André Breton le había mostrado con euforia las pinturas de Hyppolite, un oficiante del vudú al que había conocido en Haití y de quien luego se supo que no era alguien tan inocente ni tan primitivo. Granell tenía un perfil de cernícalo y una tez demacrada, además de un humor agudamente inteligente, del todo surrealista. Ahora, Ángel y Paco le habían buscado acomodo como profesor en Brooklyn College.

El segundo Waldorf Astoria era el hotel de las casas reales, los gánsteres, las divas, los grandes generales. Su gigantesca torre *déco*, parecía plantada sobre la llanura central de un reino de *science fiction* asediado por los monstruos. Las marquesinas de la entrada; las bóvedas de sus toldos, cerrados como túneles; las enormes banderas. Los ascensores, sus puertas, decoradas con relieves repujados en metal dorado. El pasaje secreto, bajo las escaleras, a su propio acceso a las vías del ferrocarril. Su inmensa sala de baile alojó en aquellas sesiones a cerca de tres mil delegados, entre ellos Shostakóvich, a quien, bajo la apariencia de estar prestándole atenciones especiales, no dejaron salir de su habitación. En un gran telón, tras el escenario sobre el que quedó dispuesto el Politburó de la Cultura, la súbita luz victoriosa de la paz proletaria estaba simbolizada por un rayo blanco, con un anguloso zigzag. Desde el mismo hotel, apenas ocupando un par de habitaciones, algunos intelectuales norteamericanos escaldados del comunismo –Elizabeth Hardwick y su marido, el poeta Robert Lowell, Mary McCarthy y algunos otros del grupo de la *Partisan Review*– tramaron una contramanifestación que acabó celebrándose en Union Square, para denunciar la estafa de la que habían sido víctimas Arthur Miller, Lillian Hellman, Einstein, Chaplin y otros muchos asistentes al Waldorf. Nombres y nombres que durante un siglo formaron parte de la memoria

involuntaria, con el fulgor de las divinidades, a cuya imagen fue labrada, por emulación, la vida de multitudes, sus mortales y quijotescas vidas.

Gorkin también había defendido aquel sabotaje del Waldorf diez años atrás, pero ahora los tiempos no eran los mismos –eso pensaban los amigos con los que se había citado en el Tip Toe Inn–. El resultado de la guerra había recompuesto el escenario internacional a la manera de un tablero para dos contendientes. Mal que bien, habían combatido juntos contra Hitler, pero sobre las cenizas de la guerra los aliados promovieron la fundación de la República Federal Alemana y, a renglón seguido, los soviéticos proclamaron la de la República Democrática en la otra mitad. Éste sería el esquema, acusadamente dualista, de todas las cosas en la nueva época.

Para contrarrestar el apoyo que el bloque comunista encontraba en el mundo intelectual y artístico de Occidente, se constituyó en Berlín, en 1950, el Congreso para la Libertad de la Cultura, con la vocación de agrupar a los intelectuales demócratas y liberales que, en muchos, en muchísimos casos, habían pasado por el comunismo en su juventud y, luego, visto lo visto, se habían retractado. La Inteligencia norteamericana lo patrocinaba todo más o menos a calladas. Entre los principales impulsores estaba Arthur Koestler, quien tras participar en la guerra española había dado numerosos tumbos entre las atrocidades del siglo; su libro *El cero y el infinito* fue ampliamente difundido por la CIA. Precisamente en el tren que lo llevaba a la capital alemana para asistir al congreso se encontró con Sartre, a quien acabó arrimando un mamporro.

Entre los renegados de más relieve también se encontraba Jay Lovestone, el sucesor de Ruthenberg al frente del Workers Party norteamericano. Lovestone trabajó casi siempre codo con codo con Bertram Wolfe, el amigo de Ángel del Río; había defendido a Andreu Nin y se pronunció en su memoria cuando éste fue asesinado. Había pedido a Negrín, en el 38, la amnistía para los presos del

POUM –los trotskistas–. Lo expulsaron de la organización comunista norteamericana y se convirtió en un furibundo antiestalinista. También estaban ya a este lado Ignazio Silone, el propio Breton, Frida Kahlo, Diego Rivera y muchos más, todos con sus nombres escritos sobre un papel azul y lejano como la luz al otro lado de una pantalla. Un cielo hecho de ilusión y distancia.

Lovestone tenía las llaves de la CIA. Con ellas abrió la puerta a Maurín, en principio muy reticente al dinero estatal, para encontrar la financiación de sus proyectos en Nueva York, después de su tremenda odisea carcelaria europea. Cuando Maurín desembarcó en 1947, la gente agolpada en los muelles esperaba la llegada de Maurice Chevalier; había un lío tremendo, una multitud ruidosa cantaba las canciones del sonriente hombre del canotier y era necesario abrirse paso a codazos. Jeanne, su mujer, quien trabajaba en una perfumería neoyorkina, había llegado con su hijo en 1941, pero no veía a Maurín desde 1936. Durante la guerra se había hecho llamar Joaquín Julió Ferrer. El director de la prisión de Salamanca le adjudicó otro nombre, Máximo Uriarte Ortega. Jeanne lo dio por muerto y comenzó una relación con Willy Brandt, todavía lejos de ser el famoso líder de la socialdemocracia alemana. Tras cruzar unas cartas milagrosas se reencontraron en Nueva York. No es fácil avanzar y retroceder, cambiar de perspectiva y de dirección en el relato de la historia ni en la narración que nos contamos a nosotros mismos. Desde fuera es inimaginable, da un poco de miedo y algo de pudor. Hay algo de profanación en las invenciones.

Al subir por la escalinata de la New York Public Library, en la Cuarenta y Dos con la Quinta Avenida, el edificio neoclásico cobra a cada peldaño un mayor empaque, se diría que parisino, del magnífico París del Arco de Triunfo: su piedra, gris; sus leones, el petulante desdén de esos animales, que llega a resultar caricaturesco. Maurín la visitó durante bastante tiempo y tomó nota de las cabeceras de numerosos diarios hispanoamericanos. Con eso y con el

compromiso de algunos colegas fundó una agencia de prensa con la que, más que noticias, pretendía difundir colaboraciones literarias y análisis culturales en Hispanoamérica: la American Literary Agency (ALA). Llegó a distribuir textos a treinta y cinco países. Él mismo lo hacía todo, o casi. Firmaba con otros pseudónimos nuevos: J. M. Juliá, W. K. Mayo. Decidía la maquetación, redactaba las solicitudes de colaboración, preparaba los recibos, acudía a la imprenta. Se dirigía por carta a Arciniegas, a Sender, a Uslar Pietri, a Neruda. La camisa, blanca, remangada, húmeda; la corbata, oscura, desajustada del cuello.

Maurín y su mujer, Jeanne Souvarine, hermana de un destacado socialista francés que había sido biógrafo de Stalin, también vivían muy cerca de sus amigos Lorca y Del Río, en Riverside Drive, frente al Hudson.

–¡Lla-ma-ma…! ¡Lla-ma-ma!

Gorkin era ahora, desde Nueva York, el alma de los *Cuadernos para la Libertad de la Cultura*, una publicación paralela al congreso y orientada igualmente a combatir la expansión del comunismo, en Hispanoamérica sobre todo. En muchos casos, los colaboradores de la agencia de Maurín y los de los *Cuadernos* coincidían. Ángel del Río también había dirigido una revista afín para la editorial Occidental Books, impulsora de un club de lectura que ofrecía ediciones de autores contemporáneos en sus idiomas originales: Bowra, Pratolini, Sartre, Malraux, Thomas Mann, Stefan Zweig, Rómulo Gallegos –a quien Ángel pensaba proponer como candidato al Premio Nobel, igual que había hecho otras veces con Pidal y con Alfonso Reyes–. (Entre ellos, de pronto, ¡Ramiro de Maeztu!) Se trataba de procurar la difusión de un canon plural, sin adscripciones ni etiquetas, al que los suscriptores accedían mediante el recibo de cuatro libros al año y algunas otras ventajas, según decía la

publicidad insertada en la *Partisan Review*: «*The Finest Literary Works of the World's Outstanding Authors of the World*».

Entre los colaboradores con los que contó Del Río estaba su amigo Wolfe, considerado un especialista en «*Central and East Europe and Russia*», según decía Ángel en la carta por la que le informaba de las condiciones de su trabajo. No pagaban demasiado: quince dólares los artículos y diez las simples notas o reseñas. Pero no estaba del todo mal.

38

Ángel y Bertram Wolfe se habían encontrado un día, por casualidad, en la acera de Montague Street, en Brooklyn –Ella y Bert vivían en el 68–. Sintieron un remozado pálpito de juventud del que volvió a brotar, aleteando, una olvidada alegría. Todo había cambiado desde que los dos habían decidido reorientar sus vidas en los tiempos de México.

Aun así, hay un afecto melancólico –pero indesarraigable– a los apegos abandonados, incluidas las convicciones antiguas que ahora nos resultan ajenas por completo. Se diría que, contrastadas con la vida, única y absoluta, las ideas y las fluctuaciones del pensamiento dan igual, no importan, y que, como decía Faulkner al final de *Las palmeras salvajes*, «entre la pena y la nada, elijo la pena».

Se saludaron, como siempre, tratándose de usted. Ángel invitó a su amigo a pasar en compañía de Ella un fin de semana con ellos. «¡Cómo pasan los años sin poder charlar con los amigos!» Hablaron de Diego Rivera, de las desgracias de Frida –una de las cuales había sido, desde luego, el pintor–, de su sufrimiento, de su tremendo final, «pero final, al menos», dijo Wolfe. «Nada anhelaba más, la pobre.» Y resurgieron los recuerdos.

–Creí que aquello me costaría su amistad –dijo Ángel–. No sabía cómo decirle que no, pero no estaba dispuesto de ninguna manera. Aquello podía conmigo. Esos niños…

–Yo creo que no era *pa'* tanto. –Wolfe rio abiertamente, en parte porque hacía mucho tiempo de aquel episodio y todo el pasado aparecía ahora desvaído, y en parte porque él era el primero que conocía a Rivera y sabía a qué atenerse con él–. Pero, en fin, Diego no le dio importancia: estaba ya pensando en el regreso.

Hacía muchos años. En 1933, cuando Carmencita tenía apenas un año y medio, apareció un día Wolfe con una proposición. Su amigo el pintor Diego Rivera era ya una celebridad en Estados Unidos y ahora estaba en Nueva York. Los Rockefeller le habían encargado un gran mural de veinte metros para los muros del nuevo Radio City, uno de los edificios que habrían de componer un fastuoso complejo, entre la Quinta y la Sexta Avenida, que se levantaba convertido en un emblema del poder de la voluntad y la superación de los estragos de la Depresión. La nueva humanidad, el tiempo nuevo. El mural ocuparía un lugar preeminente en el vestíbulo del edificio principal. Picasso y Matisse –el primer pintor al que el MoMA, el nuevo museo patrocinado por los Rockefeller, había dedicado una exposición retrospectiva– rechazaron la propuesta, y el arquitecto del edificio de la RCA, Raymond Hood, se había trasladado a Detroit para convencer a Rivera, quien trabajaba allí en otros encargos de los Ford –había retratado a Edsel B. Ford con un ceñido traje cruzado, ante el compás y el cartabón sobre el tablero del proyectista, como Gary Cooper en *El manantial*–.

Puede parecer el colmo de la paradoja –y David Alfaro Siqueiros y el Partido Comunista Mexicano se sirvieron de ella para denunciar las componendas que se traía Rivera con el imperialismo capitalista–, pero, bien mirado, no lo es tanto. El New Deal, impulsado por el presidente Roosevelt, incluía muchos programas sociales que implicaban una intervención estatal decisiva, entre ellos algunos culturales, por ejemplo el Public Works of Art Project para la adquisición de obras de arte, el empleo subvencionado y otras

medidas de ayuda a los artistas. Uno de los resultados fue un florecimiento del muralismo norteamericano con una carga política y social que no tenía nada que envidiar a los ya famosos murales de los mexicanos. De hecho, José Clemente Orozco y el propio Siqueiros estaban trabajando en Estados Unidos, y Rivera ya lo había hecho en Chicago y San Francisco (en el comedor de la Bolsa). En 1932 se había celebrado una exposición de él en el MoMA –la segunda retrospectiva de un pintor– gracias a la devoción que Abby Aldrich, la esposa de John D. Rockefeller y una de las principales patronas del museo, sentía por el pintor mexicano.

Los verdaderamente ricos suelen permitirse una especie de astuta frivolidad, apoyada sobre una fe inquebrantable en su poder de absorción, en que su metabolismo es capaz de triturarlo todo, en que todas las energías adversas pueden ser puestas a su servicio. Y esto había hecho pensar a los Rockefeller que su propia filosofía y el comunismo de Rivera (quien ya había hecho su confesión de fe trotskista) estaban llamados a encontrar un punto de encuentro, orientados hacia un mismo destino: el Futuro en el que debía culminar la historia del hombre sobre la tierra. La técnica y la producción serían los medios para conseguirlo, y nada de esto, por lo visto, entraba en contradicción, sino que confluía con la pasión revolucionaria que había expresado Rivera sobre los muros mexicanos mediante sus visiones del nuevo edén. Los caminos de la socialización son inextricables. *Frontera*, la nueva frontera, sería para ambos la palabra talismán, el punto exacto del espacio y el tiempo en el que la revolución comunista y el capitalismo industrial debían encontrarse en un objetivo común. Ambos habían construido un esquema del tiempo cuya clave consistía en la partición radical de lo viejo y lo nuevo, el antes y el después. En los planes de Rivera, ahora sólo había que sustituir a Coatlicue, la diosa de la tierra, tendida a la sombra del Árbol de la Vida, por el gran panorama alumbrado a base de los resortes y engranajes fabriles, en cuyo

centro el Nuevo Hombre del Nuevo Mundo se habría de alzar triunfante después de todos sus sacrificios, en cumplimiento de todas las promesas de la Historia.

El mural iba a tener un título muy largo: *Hombre en la encrucijada contemplando con esperanza y ambición la aparición de un nuevo futuro mejor*. Pero, poco a poco, el optimismo inspirador se fue oscureciendo. Sobre los muros aparecieron cárceles, escenas opresivas, enormes naves subterráneas con una multitud de cuerpos tendidos en la oscuridad, bajo el engañoso brillo del progreso sobre la radiante superficie. Abby Rockefeller había visitado los trabajos en varias ocasiones y quedó muy contenta tras contemplar la representación de las manifestaciones soviéticas del Primero de Mayo. Un día, el arquitecto Hood distinguió un rostro conocido en el lugar clave de uno de los paños centrales. Preguntó al pintor. Rivera le dijo que quería hacer un homenaje a Trotski. Hood vio claro que se trataba del cráneo, cuadrado, y la perilla de Lenin, y fue con el cuento a Rockefeller, quien ordenó su retirada.

Es posible que Rivera se hubiera sentido acuciado por las críticas que le lanzaban los comunistas mexicanos y sus colegas muralistas cuando denunciaron su complicidad con la opresión de la industria y las finanzas. O que estuviera dispuesto a jugar un órdago a sus patrocinadores, que hasta entonces se habían mostrado tan tolerantes. Que él mismo no se quisiera traicionar. El caso es que no se entendieron: John Rockefeller mandó destruir el mural, la policía cargó a caballo contra los manifestantes, los obreros picaron el muro, barrieron los escombros y cargaron en bolsas los restos de la tentativa leninista. Hasta ahí llegó la aventura.

Antes de viajar de regreso a México con Frida, Rivera pintó otros murales para la New Workers School, donde daba sus clases Bertram Wolfe. Un día, Ángel coincidió allí con el pintor. Estaba eufórico por la llegada de Carmen, su segunda hija. Los retratos de niños que había hecho Rivera eran muy

conocidos. Niños grandes, demasiado, rollizos, que ocupaban todo el espacio del lienzo. Niños inflados, con la hinchazón vegetal de los bulbos de la selva; algunos aparecían dormidos en una especie de sueño extraño que parecía remontarse a algún primitivo terror de la especie; otros parecían ignorar en silencio un mal larvado. Rivera le propuso a Ángel hacer uno de Carmencita. Angel llegó a casa aterrado. Durante los días siguientes Bertram le insistió: no podía dejar pasar la ocasión. Ángel habló con Amelia. No podía aceptarlo. No quería, le sobrepasaba, sin saber muy bien por qué. Le encargó a Wolfe expresar su gratitud a Rivera y excusarse. De noche, antes del sueño, la anticipación de la imagen de su hija pintada por el famoso muralista le producía una enorme tristeza.

Cuando se encontraron en Brooklyn, Ángel acababa de recibir un artículo de Wolfe sobre León Felipe. Le dio las gracias y lo felicitó. En pocos días saldrían de vacaciones hacia la finca, «a salvar las verduras del acoso de las *weeds*», le dijo. Pero ahora estaban allí, en mitad de la calle, charlando sin deseos de cortar, sin ganas de volver a casa. Hablar por hablar, por estar juntos, de nuevo.

Se acordaron de Andrade. Había sido, o todavía lo era, un buen amigo de ambos. Durante la guerra española, Amelia y Ángel habían reunido ciento cuarenta dólares para ayudar a que su querido amigo pudiera sacar de España a su mujer, María Teresa. «Pensaba viajar a Chile», dijo Wolfe, quien por aquel entonces se encontraba en España. «Finalmente no pudo hacerlo –dijo Ángel–. Ya sabe, los comités de ayuda estaban completamente controlados por Negrín y los comunistas. Y de miss Fahnestock –la profesora de María Teresa y Amelia en Vassar– no supimos nada: estaba ilocalizable. Podía haber ayudado.»

Sonreían. Ángel recordó su suscripción de entonces, a través de Ella, al *Marxist Quarterly*. «Todo pasa –dijo Wolfe–. Y, ahora, es como si hubiera sido

absurdo, feliz e inútil.»

El cielo estaba encapotado. Había llovido durante toda la mañana, hasta el mediodía, y comenzaba a hacerlo otra vez. La gente empezó a impacientarse y los dos amigos tuvieron que hacerse a un lado de la acera. Los coches tocaban el claxon con más intemperancia: las ganas de llegar a casa. Bert Wolfe siempre había sido un hombre delgado, con aspecto de junco o de espiga. Quizá había engordado un poco. Eso pensó Ángel cuando se despidieron. Estaba calvo, el viejo flequillo que ondeaba en forma de bandera había desaparecido. El bigote seguía siendo fino, negro: parecía pintado.

39

Durante el verano del 59, Del Río había viajado por varios países de América del Sur dando conferencias. En las sedes del Congreso para la Libertad de la Cultura fue agasajado con entusiasmo: grandes mesas con manteles blancos y centros de flores, fotografías a los postres, él en el centro, rodeado de hombres trajeados que se habían puesto de pie. Invocó a Unamuno, a Antonio Machado, a Lorca.

Aquel día, antes de que les sirvieran en el Tip Toe Inn, Gorkin le preguntó por su viaje, del que había regresado hacía poco.

–Las cosas son distintas, estamos en otra época… –dijo Ángel, sin muchas ganas de entrar en detalles. Apagó el cigarrillo sobre un cenicero con un gesto insistente de los dedos. Sus yemas y sus uñas estaban amarillentas. Encendió otro.

–¿En qué sentido? –Gorkin quería saber lo que pensaba.

Los convocados habían acudido a la cita para aclarar lo ocurrido. Todos habían contestado favorablemente a la petición de apoyo a la denuncia con la que Gorkin pretendía desenmascarar la operación comunista de París, pero no habían revisado el texto definitivo que había decidido difundir. Cuando lo vieron publicado se sintieron manipulados. Para aclarar las cosas, enviaron una carta al *New York Times*. A su entender –al de Ángel, sobre todo, y al de Paco

Lorca–, Gorkin permanecía aferrado a una radical visión de opuestos que exigía responder a cada acción emprendida por el adversario con otra equivalente, algo que según ellos era un error.

–En el fondo, sigue siendo la dialéctica –había dicho Ángel–, sólo que, ahora, al revés.

–Además, eso crea una dependencia, la de estar siempre a la contra –dijo Maurín–. Hay que contrarrestar, pero no responder. Si no, nos veremos condenados a ser siempre el efecto de una causa, la reacción a una acción.

–La verdad es sólo una. –Tras haberse disculpado por lo que según él había sido un malentendido, Gorkin insistía.

–La verdad –dijo Ángel– se parece más a un diamante que a una moneda.

–¡Está hecho un cubista, Del Río! –exclamó Esplá arrancándose en una carcajada. Los otros no lo siguieron.

–Pero hay que saber en qué lado se está. –Gorkin no había comprendido, seguía con su inflexible idea binaria. Ángel recordó entonces esa misma frase dicha por otro, en Puerto Rico, casi treinta años atrás, con una intención exactamente inversa.

Para ellos, la teoría de los dos lados era la misma que el Gorkin comunista había defendido en su juventud, sólo que con el tiempo él había pasado de uno al otro, pero en esencia se trataba del mismo patrón. Y con el mismo fundamentalismo.

Pasaron un rato callados, excusados por el cambio de platos. El silencio, su profunda antigüedad, de la que proceden todas las palabras. El silencio y su verdad, de la que las palabras son una resonancia, mientras están vivas. El silencio, que ampara la vida de justos e injustos, del bien y el mal, de unos y otros. «Unas pocas palabras verdaderas», recordó Ángel. Eso es lo único que puede dar alcance al silencio en su intimidad con la vida y su inatacable unidad. Aquellas palabras que cada vez sentía más apresadas en la cárcel de los

esquemas, lo mismo que pájaros enjaulados, secuestradas por los significados preestablecidos, los de la política, sin ir más lejos, su lengua fósil, los de la historia, también la literaria, a la que había entregado su vida. «Sólo mientras retienen un eco de su fuente silenciosa las palabras nombran verdaderamente», pensó en un instante, a la velocidad del rayo. Mientras confiesan su origen. De lo contrario, sólo callar las trata con justicia.

Pero, pese a la solicitud de explicación de Gorkin, Ángel no había aclarado más su postura. Pensaba, buscaba un razonamiento. Sus cambios de punto de vista siempre se habían debido a la intuición, y sabía que Gorkin, sentados los dos a aquella mesa, le estaba pidiendo un argumento. Espoleado por el recuerdo de sus viajes y con los ojos entrecerrados tras el humo del tabaco, estaba vislumbrando una realidad histórica ante la que los viejos idealismos intelectuales resultaban inanes. Él mismo se sorprendía igual que quien descubre azarosamente un yacimiento precioso. Estaba a la escucha, detenido ante una inminencia. Era algo que tenía que ver con el tiempo, desde luego, pero no exactamente con las condiciones de *una* época histórica. Era algo más profundo, algo que afectaba a la propia Historia y a su mecánica, algo más leve, etéreo, pero indestructible a la vez, la libertad del aire en el que cada día suena una música nueva.

De pronto, cuando todos daban ya por disculpado a Gorkin y éste parecía comprender la aclaración pública de sus amigos en el periódico, Ángel regresó al mundo de los vivos:

–¿Recuerdan los años veinte? –Todos lo miraron.

Un camarero con uniforme blanco y pajarita negra retiró los platos de postre y les ofreció algunos licores. Antes de que terminara su relación, Ángel continuó hablando:

–El comunismo creyó encontrar en los nacionalismos del sur un aliado frente al enemigo común que amenazaba la identidad de ambos, su unidad de

destino…

–¡No lo llames así, por Dios! –exclamó Paco con una gran carcajada. Los demás lo siguieron.

–No, claro, no. No es eso… –Ángel agachó la cabeza mientras avanzaba el brazo hasta un cenicero distante para apagar el cigarrillo–. Pero quiero decir que eso explica que viéramos en la literatura y la lengua, en la cultura humanística en general, la clave de la realidad, su verdad más profunda… Una verdad hecha de palabras, de bellas palabras. Nuestra propia verdad. Nuestro ser y nuestras palabras formaban un par indisoluble. Creíamos firmemente que las ideas y los libros eran capaces de crear y transformar la realidad, de ahí la batalla que se libraba entonces. La poesía, la cultura, la revolución, todo era uno. Pero eso ya no existe. Hay algo que está por encima, y por encima de lo que nos parecían entonces dos adversarios. El dinero, la técnica…, sólo queda eso: ya no hay idea que valga. Nada está por encima de la vida material, la única vida. Nosotros pretendíamos oponernos a todo eso con el Arcipreste, y con Lope, y con el Romancero, con su cerámica de Talavera, su gramática y su sol sobre las catedrales… Las palabras del hombre. Sí, todo eso formaba parte de –se irguió para decirlo con una vehemencia que resultó paródica– ¡la revolución!

–¡La revolución! –exclamaron todos a coro, en un recuerdo de juventud, aunque, salvo Esplá, ninguno estaba tomándoselo a broma. Hubo una breve pausa, y Ángel continuó:

–Todo ha terminado. El combate acabó hace tiempo. ¿La literatura? ¡Bah! Ya no está ahí la clave de la realidad. Las palabras no pueden ya nada frente a los hechos.

–Ángel –su amigo Paco lo interrumpió con ímpetu–, creo que estás excediéndote. ¿Tú? ¿Tú, precisamente, diciendo eso? No te…

Ángel encendió otro cigarrillo sin mirar a su amigo. Sintió que una especie de rubor le subía a las mejillas: se parecía a la vergüenza. Las palabras se habían olvidado de su manantial, estaban desmemoriadas, bailaban como locas. No era eso lo que había querido decir, no era eso exactamente, pero…, aunque, sí, el mundo y la vida no iban a detenerse en la veneración de lo que él mismo y sus amigos habían considerado siempre inviolable e imperecedero. En el fondo de su alma sentía que aquel viento lo llevaba a él mismo hacia adelante, y estaba bien que así fuera. Era la ley de la vida. Muy pronto, no quedarían espacios sagrados, ni fechas reservadas, ni horas santas, ni páginas eternas, ninguna dimensión diferente de la planicie indiferenciada del tiempo y el espacio sobre la que todo nace, vive, muere y vuelve a vivir. Creer lo contrario era condenarse a una devastadora melancolía. Había dedicado a las letras su vida entera, su trabajo, en la presunción inconfesable de que en ellas quedaba legitimada una excelencia espiritual por encima del magma de una humanidad sin relieve, sin belleza y sin verdad. Ahora, en aquel dichoso país de la novedad y la fuerza, la vida inmediata lo había hecho despertar del sueño, lejos de toda memoria prestigiosa, una vida sin jerarquías venerables de la que ya se sentía ciudadano. Era una intuición; todavía no era capaz de elaborar todo aquello en la forma de un contenido de su conciencia.

Continuó hablando como si nadie hubiera dicho nada hasta entonces. Parecía estar solo, en una logomaquia frente al espejo; fue un momento dramático. Se interrumpió un instante para aspirar el humo del cigarrillo y siguió:

–Un poeta norteamericano –dijo– escribió este verso: «*Money is a kind of poetry*». ¿Oyen bien? ¿Lo oyes, Paco? –Y recorrió con la mirada los rostros de todos en torno a la mesa–. Usted no se da cuenta, Julián, pero este mundo que, por mera oposición al otro, defiende usted ahora no necesita que nadie lo

defienda ni que le oponga un rival. La verdad de las palabras y de nuestros libros… ¡Bah!

¿Era eso? No, no era eso exactamente. Las palabras habían roto el vínculo con el silencio original que las alimentaba como el sarmiento a la vid. El cenicero estaba lleno de colillas y un camarero, retirándolo con un gesto rápido, lo cambió por otro limpio y vacío que produjo un destello al posarlo sobre el mantel. ¿Era eso? Estaba respirando fuerte, acelerado. No era eso lo que había querido decir. Tenía que pensarlo de nuevo. Pero el tiempo, sintió, va más aprisa que su representación en el pensamiento. Lo sintió como una ráfaga de luz que instantáneamente se había esfumado, un destello sobre el cristal. Cada palabra que pronunciaba era empujada por una certeza que se desvanecía al contacto con el aire. No, no era eso. Tampoco era ninguna palinodia, exactamente. Pero ninguna sugestión de decadencia histórica le iba hacer repudiar, tampoco, el tiempo presente. En él estaba la vida. Tenía la memoria saturada de palabras, muchas de ellas muertas, todas amadas, pero allí afuera, al otro lado de la puerta, estaban la ciudad, los automóviles; había un río, mujeres, hombres, el viento, el firmamento, redondo y azul.

Todos habían bajado la cabeza. Sólo Gorkin lo miraba fijamente, el «*vigorously Anti-Comunist*», una expresión que Ángel recordaba haber oído durante el bicentenario de la Universidad de Columbia, cuando le tocó reunir las actas de la celebración en un libro: *Responsible Freedom in the Americas*. (En el edificio Carnegie, en la plaza de las Naciones Unidas, participaron muchísimos académicos hispanoamericanos y, en general, se declararon –difusamente– liberales, partidarios de la moderación, amigos de todos. «*Liberalism is not a doctrine, but an attitude, a spirit*», dijeron en una frase que se hizo célebre.)

La posición de Gorkin, también la de Salvador de Madariaga y la de los españoles que se habían reunido en Múnich en busca de una salida democrática al franquismo, seguía siendo enfáticamente beligerante –Paco y

Ángel los habían llamado *histéricos* alguna vez–. Fundador del Partido Comunista de España y luego del POUM, Gorkin había traducido un famoso libro sobre la Guerra Civil –escrito por el investigador norteamericano Burnett Bolloten– que los comunistas consideraron pura propaganda apoyada en mentiras y destinada a derruir su construcción de la verdad histórica. También había *ayudado* –así decía él– al Campesino, el célebre guerrillero, a escribir sus arrepentidas memorias del tiempo de guerra. Pero todo el mundo sabía que el Campesino no sabía escribir.

–En gran medida –Ángel continuó, pero ya había decidido no teorizar precipitadamente: no acertaría; mejor describir sencillamente sus sensaciones–, se trataba, con lo que hacíamos, de una manera de resistir. Y eso siempre está condenado. La realidad y la vida pasan por encima. ¿Usted va al cine, Julián? ¿Se ha fijado en las películas? ¿No se ha dado cuenta de que son más reales que la realidad, que afuera la gente viste y habla y fuma igual que lo ve hacer en ellas a los actores? Salga a la calle. ¿Sabe algo de los festivales juveniles a los que asisten miles y miles de jóvenes? ¿Ha oído sus canciones? Nosotros quisimos que lo antiguo fuera lo nuevo, que la Utopía y la Memoria trabajaran juntas. Pero es un pensamiento restaurador, melancólico y, por tanto, condenado al fracaso. En fin. –Apagó de nuevo el cigarrillo, tosió, tenía la garganta seca, y luego concluyó, según hacía habitualmente, con una frase machadiana y castiza–: Nadie salta las bardas de su corral.

–No sé si le entiendo bien, Del Río.

–¡Pues a Ángel ya se le ha acabado el tiempo! –irrumpió Esplá, con su ostentosa risa–. ¡Ángel, más no, por el amor de Dios!

Tampoco Ángel quería seguir con peroratas. Sabía que del drama al melodrama hay un paso; sólo añadió algo más:

–Quiero decirle que del comunismo se vuelve, pero de la televisión, no.

Quizá fuera él quien había redactado la carta del *New York Times*.

–Es más, creo que está bien que sea así –remató.

40

Ángel tenía un aspecto enjuto, carne de sarmiento pintada por el Greco. Era muy trabajador; las carpetas, henchidas de papeles, descansaban sobre la mesa del despacho, en Columbia, a la luz incierta del amanecer; los pasillos todavía sin nadie. O sobre una mesa auxiliar, en su casa, junto al sillón de cuero color melena de león en el que leía el *New York Times* antes de ponerse a la tarea del día. Dormía poco, se levantaba muy temprano. A pesar de la serena rigidez con la que daba curso a sus trabajos, al rascar en esa apariencia se lo notaba agitado por una inquietud permanente, algo que no era circunstancial: era algo constitutivo. Cuando surgía la oportunidad de un curso en otra universidad, aceptaba de inmediato. California, Florida, Nuevo México. Cuando se acercaba un viaje a España, se sentía a lomos de una ola. No por España, o no sólo, sino por el viaje. Al poco de llegar, comenzaba de nuevo la impaciencia por el retorno, el reflujo. No estaba tranquilo en ningún sitio.

Solía dar un paseo temprano en torno a aquellas manzanas cuadriculadas. La bruma del río enroscada en las torres de acero y cristal, el Manhattan del cine y las fotografías, sólido y a la vez evanescente. De regreso a casa, trabajaba hasta las doce. Si se dirigía a la universidad, atravesaba la explanada con la estatua de la Alma Mater y abría su despacho de la Casa Hispánica. El aire, siempre demasiado cargado por la turbiedad del papel y el tabaco. Los lunes y los

miércoles se reunía con Eugenio Florit y trabajaban en el próximo número de la *Revista Hispánica Moderna*.

Desde su juventud –Estrasburgo, México, Puerto Rico–, la condición itinerante en la que había vivido terminó por configurar en él un ritmo ya naturalizado, incorporado a sus fibras nerviosas. Era una especie de ansiedad apenas visible, soterrada, primero atribuida a la curiosidad juvenil, luego a la necesidad laboral, últimamente al sentimiento del tiempo, quizá.

Una vez, Amelia y los niños viajaron a Puerto Rico de vacaciones. Pasarían unos días en Sabana Grande, en casa de sus tíos, los Bonelli, y en Guánica, donde vivían los Lluberas, otros familiares de los Agostini. Pasearon en coche de caballos. Alrededor, los niños puertorriqueños, descalzos, intentaban trepar al pescante, corrían para seguirlos hasta que no podían más y, de pronto, deteniéndose en el camino blanco, se quedaban atrás, bajo un túnel que se cerraba entre las masas verdes de la maleza enmarañada. Cuando volvieron a casa, Ángel les dijo que había comprado una finca de trece acres en Washingtonville, un pequeño pueblo a hora y media de Nueva York.

Iba y venía continuamente, de Nueva York a California, de Denver a Nuevo México, de Estados Unidos a Buenos Aires, a Chile, y más aún desde que colaboraba con los proyectos del Congreso para la Libertad. Todos los fines de semana viajaba a la finca. Había granjas rodeadas por vallados blancos, altos graneros entre los árboles frondosos. Se conservaban algunas casas coloniales, pintadas de rojo, de azul, pero, en general, no había nada que ver ni que hacer allí, nada que pudiera distraer a uno que no fuera el pequeño museo indio del pueblo, con cuatro trastos en una especie de garaje. Plantó judías, tomates, calabacines, cebollas, remolachas, una huerta limpia y ordenada, surcos labrados con el esmero de una pulcra labor de edición; estaba enmarcada por matas de violetas.

La finca tenía una casa, una casa grande y destartalada, de piedra y madera, que debía de haber sido espléndida. Cuando Amelia llegó por primera vez, con la reforma todavía pendiente, sintió la mezcla de irrealidad y pesadumbre que se siente ante las ruinas.

–Pero, Ángel…

Los niños eran pequeños. Mike se había encaramado al peldaño de una escalera que crujía. Ella se alarmó y echó a correr. Tropezó con unos tablones podridos y se partió el tacón de un zapato. Cayó al suelo y, al levantarse, se rompió las medias de arriba a abajo. Hierros oxidados, tablas, pozos encharcados.

–A quién se le ocurre venir así… –dijo Ángel en voz baja mientras la ayudaba a ponerse de pie.

Era un día de primavera. Aunque los árboles todavía no habían echado las hojas, alrededor de las ramas se difuminaba un velo gris, como un bozo, contra el panel, intensamente azul, del cielo.

–Me hablaste de una casa en una finca. Yo no podía suponer… –La falda se le había embarrado.

A pesar de todo, la casa era amplia, algo quedaba de su antigua hermosura. Las paredes eran muy gruesas, de piedra por completo. Estaba a las afueras del pueblo, rodeada de onduladas tierras de labor; a lo lejos, las colinas y, más allá, las montañas, borrosas, una muralla inalcanzable. Tenía tres pisos, techos altos, balcones sobre pilares que habían sido mástiles de barcos. En las habitaciones había chimeneas de mármol negro. En las cubiertas se abrían algunos agujeros por los que salían las ramas de los arbustos silvestres.

Cuando comenzó allí Ángel las labores de hortelano, sin hablar con nadie, quien más quien menos del pueblo pasaba por delante sonriendo, encorvándose, y luego, al atardecer, cuando se reunían para beber en el bar de Grayson, hacían chistes del profesor que se había remangado sobre la tierra sin

más noción que la de los libros. Pero lo cierto es que en poco tiempo la huerta sobresalía del resto de los terrenos, asombrosamente regular y fecunda. Mister Searing, antiguo ejecutivo de una empresa de electricidad, se hizo su amigo y de vez en cuando aparecía para charlar un poco. Cuando murió su mujer, decidió vivir allí todo el año y vendió su piso de Nueva York. Ahora vestía siempre con un peto vaquero muy gastado y una camisa de cuadros, a la manera de los aparceros o los granjeros de los Apalaches. Ángel compró un perro, *Sultán*, a uno del pueblo que le indicó mister Searing; era un retriever grande, peludo, casi blanco, con ojos dulces. También plantó árboles frutales, manzanos, membrillos, peras sobre líneas rectas trazadas con firmeza entre los cuadros de zanahorias y berenjenas.

Pronto comenzaron a llegar invitados. A Amelia le gustaba verse rodeada de los amigos de Nueva York. Era como si todos hubieran emprendido un viaje a otro país, de nuevo. En torno a la casa, Ángel había sembrado de césped una zona en declive que daba al entorno un aspecto lujoso, con mangueras de riego amarillas, arriates floridos, hamacas, y *Sultán* daba saltos y soltaba látigos de baba mientras perseguía mariposas.

–¡Estás hecho un terrateniente! –exclamó Paco Lorca al llegar con Laura y las niñas. Habían viajado acompañados por la abuela Gloria y por don Tomás Navarro Tomás y su mujer.

–Esto es precioso, Amelia –dijo Laura besando a su amiga–. Pero ¿de dónde saca el tiempo este hombre? Os he traído este pastel; ponedlo en un sitio fresco, por favor. Paco, trae el vino.

–Pero ¡Dios santo, qué tonta eres, Laura!…

Doña Gloria apenas había hecho otra cosa que cuidar de enfermos en los últimos tiempos, y el sol y el aire del campo abierto le pusieron enseguida en las mejillas la olvidada señal de la salud.

Cuando se sentaron a comer, don Tomás había desaparecido.

–Lo he dejado en la huerta –dijo Ángel–. Le ha producido tanto entusiasmo que es capaz de haberse puesto manos a la obra. Voy a ver.

Cuando Ángel llegó, el fonetista, podaderas y rastrillo en mano, estaba desherbando unos surcos; la americana, colgada de una rama de melocotón. Sudaba.

–¡No, eso no! ¡Don Tomás, no! ¡Está arrancando las cebollas!… ¡Dios bendito!

–¡Oh, oh! ¡Del Río –se llamaron siempre de usted–, no es posible! ¡Soy un mentecato, un mentecato! ¿Quién me mandará a mí! ¡Oh, cuánto lo siento! ¡Perdóneme! ¡Perdóneme, por favor!…

–No se preocupe. Nada, nada, no tiene importancia. Vamos a comer. Le estamos esperando.

Cuando llegaron a la mesa. Amelia estaba entregando a todos un pequeño cuaderno azul editado por la universidad. Al ver aparecer a don Tomás, todo azorado, junto con Ángel, se detuvo llevándose la mano a la boca. Todos elogiaban el folleto. «¡Por fin!», decían. Hacía mucho tiempo que Amelia se lo había prometido. Casi lo habían olvidado y ahora sintieron la alegría de la sorpresa, Laura sobre todo. Consideraban a Amelia una excelente cocinera. Se titulaba *What's Cooking at Columbia*; en la portada aparecía dibujada la Alma Mater que se erigía sobre las escalinatas de la fastuosa Low Memorial Library, aunque cómicamente tocada con un gorro de chef y armada con una enorme cuchara y una cacerola. Las esposas de las grandes celebridades académicas –Lovejoy, Murray, Campbell, Enrico Fermi– habían aportado sus recetas, pero también Mrs. Dwight D. Eisenhower y Mrs. Edward T. Kennedy, todas estaban relacionadas con Columbia de alguna manera (incluidas maneras muy particulares). Sus nombres aparecían así, como mujeres de sus maridos. Mrs. Ángel del Río había contribuido con una receta de pescado, un «cake à la Luis

Felipe» y una menestra (cuyos ingredientes incluían una alternativa a los espárragos, por si resultaban demasiado caros).

–¡Ya era hora, Amelia! ¡Qué maravilla, qué maravilla! –dijo Laura.

–¡Creí que nunca iban a llegar!… –Amelia tenía ejemplares para todos.

Se besaron, rieron, acariciaron los pequeños cuadernos mientras miraban a Amelia a los ojos.

Ángel lo hacía todo allí, en solitario. Veía que algunas huertas de alrededor contaban con trabajadores. Los invitados solían ser los mismos amigos que se juntaban los domingos en casa de los Lorca, en Nueva York; los mismos del teatro de Columbia, de Barnard; los mismos de los veranos en Middlebury.

41

Sin embargo, ni Mike ni Carmencita habían mostrado nunca demasiada ilusión por los trabajos de la finca, al menos por los de la finca propia. Cuando era un chaval, ya muy amante de su independencia, Mike ayudaba a veces a otro vecino, quien lo recompensaba con algo de dinero. Había sido un muchacho muy despierto, inquieto, habitado por una extraña ansiedad. Los hombros de sus padres estaban ahora cargados de pesadumbre. Tras la escuela de Horace Mann había estudiado en Rectory School, un internado de Connecticut. Era el único alumno católico –«y el único hijo de padres no divorciados», decía Amelia cuando lo contaba–. Era un atleta. Pero también era rebelde, pendenciero. Cuando su hermana ingresó en Barnard, él lo hizo en Columbia. Pronto comenzaron las riñas, las borracheras, las noches con la policía. Ángel lo echó de casa en la decisión más pesarosa de su vida. Le quería más que a sí mismo. Un viento antiguo que a pesar de todo soplaba en su interior le impedía pasar muchas cosas por alto, los viejos códigos de la caballerosidad y la autoridad amasados con la sangre.

No obstante, Mike se graduó, viajó por Europa en buques de guerra. En Londres se enamoró de una viuda con tres niños y decidió casarse. No lo hizo. Amelia se negó a recibir a aquella novia en su casa de Nueva York. Ahora, trabajaba en Merrill Lynch, en la Bolsa, en la Avenida Madison. Había días en

los que no podía acudir al trabajo. Ángel y Amelia lo sabían por su mujer, Louise, una secretaria con la que contrajo matrimonio en Filadelfia y que lo amenazaba continuamente con el divorcio si no dejaba el alcohol. Llamaba muy airada, parecía amenazarlos a ellos. Amelia se esforzaba en hacerle comprender que se trataba de una enfermedad.

–Tienes que comprenderlo, Louise. Sé –le decía Amelia– que para ti es durísimo, pero hay que tratarlo como lo que es. Compréndelo, por Dios. Te ayudaremos en todo, hablaremos con Douglas.

–No puedo más, no puedo más. –Louise hablaba hipando, una voz pastosa entre los sollozos. Y colgaba.

Las niñas –tenían dos hijas– comenzaron a ser crueles, a avergonzarse y a alejarse de su padre. A él lo echaron del trabajo. Amelia pensaba en Pam y Meline (se llamaba como ella) todavía pequeñas, recordaba las viejas Navidades, cuando iba con Mike, de niño, a Father Ford, la iglesia de Broadway, en la 121, a ver el Nacimiento. Se acordaba de Douglas McGill, médico, con quien Mike, siendo ambos muy jóvenes, había comenzado a beber aquella pócima, rye con ginger ale, un combinado de whisky, dulce y venenoso, que se servía en un vaso Collins. Douglas era su mejor amigo, su único amigo; decía que no había conocido a nadie con tanto encanto personal como Mike. Mike había planeado grandes proyectos agrícolas y ganaderos, verdaderos sueños de grandeza, todos fracasados, la mayoría ni siquiera planteados en serio. Era un romántico. El buitre con forma de Quijote, pensaba Amelia, que había sobrevolado la juventud de Ángel (según decía él mismo), había vuelto a planear sobre su hijo como una sombra perniciosa y fría; lo había llevado entre sus garras, igual que los halcones a los conejos. Su vuelo, en picado; la presa, agarrotada e indefensa. El oro y el sol de los héroes y los mitos –prohibidos a los mortales– que funden sus alas de cera y abrasan sus cuerpos de carne.

42

Lo pasaban bien. Una tribu escondida en la selva, los custodios de una memoria compartida por vivos y muertos, el espíritu de los antepasados. Entraban en negociaciones con los hombres blancos, intercambiaban mercancías, saberes. Luego, se replegaban a sus lugares sagrados, sus altares. Una patria en la oscuridad. Se puede decir que, en realidad, nunca se integraron en el suelo que pisaban, y menos aún por encima del suelo. La ciudad que habitaban no los transformó, ni tampoco el país. Por otra parte, lo que habían dejado en la lejanía era un tiempo detenido exclusivamente en su imaginación. Pero, cuando estaban juntos, era como si hubiera algo, alguien más entre ellos.

El teatro los transfiguraba. En Columbia, el grupo de Barnard College había representado una obra de Salinas, *La fuente del Arcángel*, junto con *El fandango del candil*, de don Ramón de la Cruz, un sainete al que en su día había puesto música el legendario Gustavo Durán, músico, militar y espía. Isabel García Lorca, Carmen del Río, Florit, Ernesto Guerra da Cal, Emilio González López, Amelia, Paco Lorca, Ángel…, todos eran unos actores con muchas horas de ensayo y un enorme conocimiento literario. Laura de los Ríos había dirigido aquella obra. La sala de Columbia estaba resplandeciente. Asistieron

Dámaso Alonso y Américo Castro. Era invierno, los autobuses atravesaban despendolados una cortina de niebla. Neviscaba.

En Middlebury, en verano, hicieron lo mismo con otra obra de Salinas, *La estratosfera*, que transcurría en un suburbio de Madrid. En Middlebury las casas eran luminosas; el sol, listado sobre las paredes. Los alumnos y los profesores, muchos llegados desde España, cantaban, bailaban. Paco o Ángel escribían en verso farsas cómicas sobre los estudios de Hispanismo en las que representaban, ellos mismos, a doña Métrica o a Modernisto. Durante aquellos días, el sol les bronceaba la frente. Llevaban trajes blancos, de algodón (algunas veces se atrevían con camisetas marineras), con el cinturón ciñendo los pantalones por encima del vientre, sin corbata.

–Así, tenéis pinta de abuelos jubilados –decía Laura riendo.

El Santo de la Isidra, de Arniches. Ángel maquillaba cuidadosamente a Paco, los dos enfundados en batas blancas, lo mismo que un barbero y su cliente. Representaron otras obras de Casona, del joven Buero Vallejo, de Valle, de los Quintero. Y *La zapatera prodigiosa*. *El amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*, con actuación estelar de Eugenio Florit. *El retablo de Maese Pedro*. Una España grácil y aérea como el vuelo de una falda, sin tierra bajo los pies, hecha de voces y pasos, inalterable, únicamente lejana en la geografía.

El invierno en Manhattan. Los grandes letreros luminosos parpadeaban en Trafalgar Square. En el cielo todavía se desgarraban jirones escarlata, las nubes del color del vinagre. Los escaparates lanzaban lenguas de luz sobre las aceras. Los restaurantes, el rumor de los comedores, mujeres altas a la entrada, cubiertas con abrigos de piel, con tocados, con altos tacones. En las bocacalles había mendigos que hablaban gesticulando, con botellas en la mano, arrastrando los pantalones sucios de vómito. En la puerta de los hoteles, los aparcacoches, con sombreros de copa, bajo las marquesinas doradas. En la Sexta Avenida seguían formándose largas colas ante los servicios de

desempleo: había discusiones, los pasillos mugrientos bajo la luz cruda de los fluorescentes.

En casa de los Lorca, en Riverside, la luz de la tarde se había disuelto en la penumbra. Las lámparas dibujaban círculos amarillentos sobre la mesa y los aparadores, tenues, lánguidos. El retrato de don Fernando, sumido en la oscuridad. Las lustrosas maderas del antiguo bargueño español, las taraceas de marfil, sus suaves brillos silenciosos. Laura y Paco leían. Las niñas estaban en su cuarto. Ángel y Amelia estaban al llegar: era el primer día en que Amelia salía a la calle. De pronto, Laura dijo:

–Maldito trigémino. Debe de ser dolorosísimo. No lo podemos imaginar.

Se levantó, llamaban a la puerta. «Pobre», siguió diciendo mientras iba a abrir. El dolor había tenido postrada a Amelia durante días. La habitación, a oscuras; unas horas que parecían túneles. La cabeza le estallaba. La fatiga infinita, el terror ante cualquier roce del cuerpo, con el aire incluso. Pero, por esta vez, todo o casi todo había pasado.

Llegaron Pedro Escobal y su mujer, Teresa Castroviejo. Perico Escobal era ingeniero, pero había sido un futbolista celebrado en el Real Madrid de los años veinte; luego estuvo en la cárcel por asuntos políticos. También esperaban a Ernesto Guerra da Cal y a Margarita Ucelay, su mujer, y a Granell, Emilio González y otros amigos. Se habían propuesto levantar el ánimo de Amelia con una de sus tardes teatrales, domésticas y disparatadas. Ya no se trataba de interpretar obras ilustres, sino de reír sin parar y sobre todo de sí mismos, hasta sembrar el vientre de agujetas.

Ahora, con todos reunidos, sólo quedaba Laura de pie, yendo y viniendo, con copas sobre una bandeja. Las niñas estaban muy calladas en un rincón del sofá, expectantes ante no sabían qué, pero algo amedrentadas por una concurrencia que aquel día llegaba a intimidarlas. Apenas se las veía. Paco y Ángel habían desaparecido.

–¿Los habéis visto?

Laura dejó la bandeja sobre la mesa. Al pasar por el ventanal se había fijado en la palidez del cielo del atardecer, el silencio opaco del domingo. Pensó fugazmente en los domingos con su padre, las tardes en que solía recibir a amigos y compatriotas. De pronto comenzó a oírse un chirrido. Al chirrido, cada vez más intenso, le seguía un ruido de silbato por completo descoordinado con el repique de un tambor. Venía del fondo del pasillo. Se miraron unos a otros. Comenzó a sonar rasposamente en una radio una música festiva, de banda de música. Montado a duras penas en un triciclo de las niñas, Ángel del Río hizo su entrada en el salón. Llevaba los pantalones remangados hasta las rodillas, los calcetines negros estirados, asomándole el vello de las piernas; las rodillas, abiertas en el afán de hacer avanzar el vehículo a pedaladas imposibles. Tras él, impulsando el triciclo a golpes de pie, venía Paco Lorca con un silbato en la boca y las manos ocupadas en hacer movimientos de *twirling* con un plumero, los gestos de las *majorettes* de las grandes marchas festivas. Traían la radio, a todo volumen, atada al triciclo y lanzaban rollos de papel higiénico que formaban guirnaldas y filacterias, hasta que se refrenaban en el aire. Laura y Teresa se llevaron las manos a la boca. Mientras la estrafalaria marcha daba vueltas al salón, todos quedaron atónitos y concentrados en un pequeño círculo central desde el que vieron, sobre la espalda de Paco, pegado con cinta adhesiva, el cartel anunciador del famoso desfile del general Douglas MacArthur por la Quinta Avenida, del que aquel *parade* quería ser una atracción rezagada, su caricatura más bufa.

Se disfrazaban de plañideras, los rostros pintados de blanco, las grandes ojeras, envueltos en mantos negros. De caballeros andantes. De chulapos de verbena. Se tronchaban de risa. Contaban anécdotas de Álvaro Retana. Cantaban los chotis sicalípticos de las viejas revistas. El favorito de Escobal era el de Don Senén, y lo reclamaba dando alaridos.

–Hay que ver –decía Laura entre carcajadas–, lo primero es siempre remangarse los pantalones.

Y sentían el regocijo de flotar juntos por unas horas en una efímera mónada de luz, de alegría y olvido, transparente y tornasolada, una cometa que se dejaba llevar en las corrientes del viento.

Al concluir la Guerra Civil, Ernesto Guerra da Cal era de agente del Servicio de Información Militar en los Estados Unidos. Ahora era un exiliado. Pero sus apellidos de nacimiento en el Ferrol no fueron ésos, sino Pérez Guerra. Cuando se nacionalizó estadounidense, aprovechó para cambiar de nombre. Había sido un galleguista de pro, en la cuerda de Castelao, y lo seguía siendo. Había traducido a Eça de Queiroz, a Pessoa, y hacía lo posible por una confraternidad lusitanista. Tenía un gran prestigio académico. Había sido muy amigo de Federico García Lorca.

Emilio González López era discípulo del jurista y político Luis Jiménez de Asúa, pero, ahora en Nueva York, también lo habían acogido la universidad y la literatura. A Jiménez de Asúa –un hombre sacrificado– le había encargado el Gobierno de la República una intrincada misión de información en algunos países limítrofes de Alemania y con sede en Praga, y para ello contó con González López, uno de sus hombres de confianza. La red organizada se llamaba el SII (Servicio de Información de Investigación: un rótulo complicado). No fue una encomienda fácil: a algunos agentes les costó la vida. Las condiciones de trabajo eran penosas.

Tras abandonar su primera vocación musical, Gustavo Durán se dedicó al doblaje. Trabajó para la Warner, la Paramount y la Metro. Durante la guerra se enroló en las milicias republicanas y ascendió vertiginosamente en el Quinto Regimiento, gracias a su afiliación comunista (Hemingway y Malraux lo convirtieron en personaje de sus famosas novelas). Era guapo, culto, hablaba idiomas, cautivaba a los hombres y a las mujeres, un seductor incomparable. Se

casó en Londres con Bonté Crompton, una aristócrata inglesa entre cuyas amigas norteamericanas estaban las Whitney, además de los Rockefeller y los Roosevelt. En mitad de la guerra ya había colaborado con el Servicio de Información republicano, pero después lo hizo con la embajada norteamericana en diversos países. Trabajó en el MoMA, durante cierto tiempo junto con Luis Buñuel, hasta que llegaron las desavenencias. Un día de 1959 almorzaron juntos Buñuel, Durán, Perico Escobal, Francisco García Lorca y Ángel del Río. Buñuel no oía nada. Pero inventaba historias sin parar, todas favorables, según dijo Ángel.

43

Amelia se animó mucho con la bufonada. Parecía vuelta a la vida. Las niñas se habían dormido. Gloria y Yaya habían llevado a Laura a la cama entre sus brazos, ante las miradas, enternecidas y sonrientes. El ventanal multiplicaba la luz de las lámparas, el efecto de un túnel infinito alumbrado por antorchas. Los maquillajes se habían deslizado mejillas abajo hasta desaparecer. Hacía un rato de todo eso. Ernesto y Margarita ya se habían ido. Voces apagadas, frases cortas, sobrentendidos. Una tenue almohada de humo se había quedado suspendida en el techo.

–Estás mucho mejor.

–A ver lo que dura. Si por mí fuera… Pero, cuando menos te esperas…

–Bueno, hay que tener paciencia –le dijo alguien.

–¿Más?

–No sé lo que ha querido decir Ernesto –dijo Teresa recordando una frase de hacía horas. Da Cal era inestable, como quien sufre trastornos bipolares–. Parece mentira cómo un hombre tan dulce, tan cortés, de pronto puede… Es que parece otro.

–¿Iréis a la granja? –preguntó Laura.

–No sé. Mañana lo sabré –dijo Ángel. Encendió un cigarrillo y se levantó–. Quizá tenga que ir a Denver, por lo del mismo curso del año pasado. Un acto

de entrega y todo eso. Y, claro, si yo no voy, Amelia tampoco… –La miró.

–Oye, ¿y Mike…? –preguntó Teresa.

–¡Ni loca! –Amelia prefirió contestar a la primera pregunta–. ¡Por nada del mundo!

Se asustaba. Sólo una vez se había quedado sola en Washingtonville, mientras Ángel estuvo en California, y juró no volver a hacerlo. Había alguna distancia hasta las calles del pueblo, zanjas, zonas boscosas, mucha maleza. Por la noche, las ardillas emprendían sus grandes correrías sobre el tejado. Caían bellotas de los robles, grandes y anchos igual que emperadores. Los zorros rondaban la casa, las sombras. Si estaba sola, se desvelaría y pensaría durante horas en los grandes espacios oscuros habitados por dientes y pezuñas, por intenciones.

Todos se fueron. Laura se había acostado; estaba muy cansada. Paco entró en su despacho y encendió la lámpara del escritorio. Se sentó. Se quitó las gafas y las dejó a un lado, las varillas metálicas, abiertas, sobre un papel en blanco. Sin saber para qué, sin pensarlo, abrió una carpeta en la que había amontonado ejercicios de los alumnos. La cerró otra vez. Abrió otra, una más rígida, que no utilizaba en la universidad, sino sólo en casa, llena de recortes de prensa y de apuntes de lecturas que no habían pasado a las fichas académicas. Pasó los papeles uno a uno, sin detenerse en ninguno en concreto, sin mirarlos. Pensaba en Ángel y en él mismo, en ese momento del mundo y de la vida en el que, sin saber muy bien por qué, las palabas parecían de pronto un material demasiado lábil del que ya no se podía esperar la antigua lealtad. Y luego estaba el tiempo, sobre los hombros, capaz de abatir toda la fuerza que el deseo le pudiese oponer. En unas pequeñas libretas azules también guardaba anotaciones al compás de los días –*ocurrencias*, las llamaba él– que parecían haber destellado por un instante con una promesa de permanencia, pronto

desvanecida. «Somos inocentes como un niño –pensó–, ingenuos como los creyentes en Dios. Quizá eso nos pueda salvar, al final de todo.»

Rasgó una de las páginas, la arrugó hasta hacer una bola y la tiró a la papelera. Todo lo que se escribe, se escribe en la inconsciencia. Lo que se lee. Es su valor más profundo. Sólo ahí puede estar su verdad. Hizo lo mismo con la siguiente. Y con muchas otras. Quedó únicamente un cuadernillo con dos hojas que apenas contenían apuntes. Un ancho tiempo labrado durante siglos aparecía abandonado ahora. Su historia entera, la de todos ellos. La de los libros y los poetas, los elegidos.

Se levantó, cerró la puerta y se marchó.

«EN REALIDAD, YO NO SÉ NADA DE ÉL, ¿SABE?»

44

Está la ciudad, su novedad repentina. Su vértigo de nubes. Oprimida durante semanas bajo una losa de oscuridad y lluvia, en cuestión de horas Madrid ha aparecido de pronto coronada por un cielo violento y luminoso. Lo más parecido a los rasgones de un cuerpo desollado que hubiese estado ocultando, durante vidas enteras, un interior radiante y azul.

Es fácil –lo es para mí– quedarse absorto, clavado en la acera, contemplando la tensión recobrada, este río de energía que fluye de nuevo tras un purgatorio de ceniza. Y lo es, sobre todo, después de asistir a un acto académico burocrático y tedioso.

Los edificios formando desfiladeros, los fogonazos de sol sobre los ventanales. En la orilla contraria los comercios, muchos de lencería, son en su mayoría franquicias de las grandes cadenas. Hay operarios que, introduciendo desde la calzada caballetes con ruedas cargados de prendas, interrumpen el paso de los peatones. Jóvenes uniformados con chalecos de alguna iniciativa solidaria se plantan, con una sonrisa, bolígrafos en ristre, ante los transeúntes. Los bancos. Las clínicas dentales; al salir, sus clientas abrochan los bolsos, apoyados en vilo sobre una sola rodilla, mientras la melena se les viene sobre la cara. Las furgonetas de reparto estacionan bruscamente sobre las aceras, los conductores salen de estampida dando un portazo; en la mano, arrugado, el

papel del albarán. El sobresalto de las ancianas. Las risas de las estudiantes; las carpetas, sobre el pecho; los brazos, cruzados.

Etcétera.

–Yo también me voy. Se me ha hecho muy tarde.

El edificio es un bloque compacto de acero y hormigón que ocupa por completo una manzana. Debió de construirse durante los años sesenta para oficinas y despachos. La agencia de calidad donde se celebra el acto está en la planta séptima. Las dependencias, dispuestas como aulas, son amplias, tan amplias que los techos, cubiertos por los plafones que ocultan los tubos fluorescentes, dan la apariencia de ser demasiado bajos. La entrega de los diplomas se ha prolongado, precedida de varios discursos; eran muchos los trabajos que debían recoger su certificación, entre ellos el libro de la profesora Sandra Pujals sobre los años veinte en el Caribe, la época de la penetración bolchevique. Le he agradecido su invitación a este acto, su dulce amabilidad boricua después de haber cruzado apenas unos pocos correos en los que respondió tan generosamente a mis consultas. Pero, tras saludarla cuando regresaba a su asiento, más o menos furtivamente, me he marchado. Es reparador salir a la calle, bajo la larga marquesina de hormigón que llega hasta la acera, y saberse al fin fuera de un lugar en el que únicamente circulan las palabras específicas de un lenguaje encriptado. Acreditaciones, validación, licencia. Evaluaciones y competencias. Credencial.

–Qué tarde se ha hecho. Tendré que tomar un taxi.

Y estás tan embebido en fundirte con la súbita irrupción de la primavera que no reparas en esa voz, los pasos a tu espalda. Alguien te habla. Quizá lleve algún tiempo haciéndolo sin que te hayas dado cuenta. Es a ti.

El pensamiento vuela. Ha sido suficiente esta infusión de vida real para que los hechos y los nombres de los libros de historia queden en nada, sueños, despojos de sueños.

–No sé qué hacer, ¿los taxis…? Es tardísimo –decía la voz–.

El anciano debía de haber hecho lo mismo que yo muy poco después, y sólo mi ensimismamiento en la acera, con el pensamiento en las nubes, hizo que me alcanzara. Al advertirlo y darme la vuelta, vi que, a pesar de su bastón, descendía los últimos peldaños de descarnadas baldosas con una gran inseguridad y me acerqué para ayudarle. Era un hombre menudo, moreno, con un profuso bigote, ya casi blanco. Vestía atildadamente con un traje de tres piezas, demasiado holgado, quizá. Las orejas, enormes, alargadas. Seguramente usó sombrero en otra época. Enseguida se apoyó en mi brazo y siguió hablando como si yo le hubiera prestado atención desde el comienzo.

–Sujétese, sujétese bien. ¿Estaba usted arriba, en lo de las universidades? –le pregunté.

–Sí, sí. Ya he visto que usted salía. Todo muy largo, larguísimo… He leído el libro de la profesora… Por eso he venido. Conocí al profesor Del Río: fui alumno suyo.

–¡No…! –contesté, sorprendido. Nos detuvimos. El hombre alzó la vista para mirarme, sin saber la razón de mi asombro–. ¿No me diga?

Mi sorpresa y mi júbilo fueron los del buscador de oro que en el momento de un posible hallazgo no lleva consigo el cedazo para cribar la arena, ni el rastrillo, ni nada.

–Era familiar mío, ¿sabe? Estoy intentando escribir algo –le dije–. Bueno, estoy reuniendo cosas. Cosas que encuentro por ahí.

–Era maravilloso –dijo.

Proseguimos. El anciano caminaba mirando al suelo, apoyado sobre mi brazo. Yo intentaba averiguar, como quien otea una gran distancia, por dónde había una parada de taxis.

–Lo conocí al final de su vida. Una fatalidad…. En Columbia, cuando quise preparar el doctorado. Él me dirigía. Era todo generosidad. Un sabio. Yo era un chaval, tenía veinte años. Pero hablábamos mucho, lo visitaba casi todas las semanas. Me recibía en su casa, en la esquina de Broadway. Me invitaron a pasar unos días en Middlebury, en verano. Una vez lo acompañé a la finca, a Washingtonville. Allí era feliz. Y su mujer, Amelia, era magnífica… ¡Magnífica, una auténtica caribeña!

Entonces me pareció que, a pesar de su esplendor, el día perdía pie y se elevaba lo mismo que un globo en el aire y comenzaba a abandonar la tierra, el tiempo. A la vez que escuchaba al anciano, mi pensamiento también se alejaba hacia un lugar muy remoto. De vez en cuando, mientras avanzábamos lentamente entre la gente, regresaba a la actualidad.

–He leído el libro de la profesora de Puerto Rico –repitió–, que está muy bien. Está muy bien, aunque –añadió, tras una pequeña pausa– de todo aquello yo no sé demasiado, prácticamente nada. El profesor me contó cosas, sí, pero cuando hablaba de México parecía que estaba hablando solo.

–En realidad yo no sé nada de él, ¿sabe? –le dije–. Bueno, lo que está en los libros, algunas cartas, nada más. Pero, entre lo que usted no sabe y lo que yo no sé, debe de haber muchísima diferencia… –Sonrió.

Ante una oportunidad que no podía dejar pasar, tomé el taxi con él y lo acompañé a la residencia en la que vivía, en la avenida de Pío XII, un pequeño edificio moderno con barandales blancos de barco, con jardín y árboles muy altos, frente a una gasolinera y un enorme centro comercial.

–Me da un poco de apuro –le dije; era algo que me seguía torturando– contar cosas que ya han escrito otros. Parece que copiara lo que he leído.

–No se preocupe por eso. –Siempre me trató de usted, era su costumbre. Lo había hecho toda su vida, también con sus amigos poetas. Yo hice lo mismo, con más razón todavía–. El profesor Del Río recordaba siempre lo que decía don Américo Castro: que si alguien copia algo de un libro, resulta un plagio, pero que, si copia de doscientos libros, entonces se convierte de un trabajo de investigación.

Me miró con fijeza, a la espera de mi reacción. Los dos nos reímos abierta, estruendosamente.

De camino me contó que había nacido en México. Tenía ochenta y seis años. Había dado clases de Lengua y Literatura Españolas, en Madrid, toda su vida, primero en un instituto de Moratalaz y, luego, durante mucho tiempo, hasta su jubilación, en el Centro Juan de la Cueva. Sus padres emigraron a Estados Unidos amparados por un programa de trabajo regulado por los servicios federales cuando él era muy pequeño. Primero a Pittsburgh, donde su padre fue asignado a una empresa de fundición y metalurgia, dedicada sobre todo a abastecer a las fábricas de automóviles. Luego viajaron a Nueva York. Mucho antes de todo eso, había aparecido por los talleres un hombre vasco que por lo visto iba, de costa a costa, visitando los lugares en los que sabía que había españoles trabajando, vascos principalmente. «Aguirre, se llamaba.» Se reunió con ellos y les ofreció empleos y alojamiento en Nueva York; esto era por los años veinte. Pero se convirtió casi en una tradición y años después el padre del anciano también quedó adscrito a uno de aquellos grupos y también viajó a Nueva York, a las pensiones del hombre vasco.

–Mi padre comenzó trabajando en el restaurante de un catalán, gordísimo, enorme, llamado Sebastián Estrada, que era amigo de Aguirre. El Chorrito. Mi madre se ocupaba de la limpieza. Estudié siempre con becas y ayudas, algunas concertadas con los centros de la emigración española.

45

Se llamaba Gabriel Sol Ynguanzo. Estando en la residencia, al pasar junto a los cajetines en los que distribuían informaciones y avisos personales, vi el modo en que se escribía su segundo apellido.

Le habían guardado la comida, según dijo una joven auxiliar de la residencia vestida con uniforme blanco que salió alborozadamente a recogerlo. Era muy tarde. Almorzaban a la una.

–Pero ¿dónde ha estado, don Gabriel? ¡Vaya pingo!… –dijo con cariño la muchacha al tomarlo del brazo.

La circulación iba remitiendo. Yo no tenía hambre. Las nubes continuaban sus frenéticas carreras. El cielo se desgarraba lanzando dardos de sol sobre los plateados troncos de los álamos.

Durante los meses siguientes, casi un año, lo visité asiduamente. El jardín, verde, en el estallido de su plenitud; el jardín, arrasado, polvoriento, del final del verano, en el que habían quedado los veladores abandonados, una silla volcada; las ramas invernales de los cedros con sus púas festoneadas por la escarcha, los rincones húmedos con montones de hojas pudriéndose. Un día me dijo:

–Lo que más le interesaba por entonces era el teatro. Don Ángel seguía explicando con pasión el *Quijote* y yo le propuse algo relacionado con Cervantes como tema de mi doctorado, ya no recuerdo. Pero él reorientó aquella idea hacia el teatro. Mi trabajo se titularía *El actor y su sombra*. También barajamos otro: *El desdoblamiento del actor*. De las obras literarias, en general, a lo que le daba vueltas últimamente era a eso, a saber quién es el que habla. No simplemente quién habla, sino *quién es* ese que habla. –Y subrayó las palabras picando en la mesa con la punta de su dedo índice.

–¿Lo publicó?

–No llegué a terminarlo. No llegamos, mejor dicho. Todo fue tan rápido, tan imprevisto. Quién se iba a suponer… Acababa de terminar la revisión de su *Historia de la literatura española*. Estaba agotado, pero muy ilusionado con viajar a París.

–Vaya –dije. Aún no sabía a qué se refería.

Gabriel seguía pensando en el teatro y en la importancia especial que le confería por entonces el profesor Del Río.

–La realidad y la ficción viven juntas –dijo–. En cierto modo, son como la verdad y el deseo. Es imposible disociarlas, salvo para un físico nuclear, claro. –Y se rio mirándome a los ojos para recabar mi asentimiento. De pronto, se puso serio de nuevo–. Pero estoy hablando del corazón; es algo diferente de un músculo.

Ahora Gabriel no me miraba a mí. Miraba a lo lejos, a un lugar que seguía existiendo por dentro de sus ojos.

–Cuando todos aquellos amigos ponían en marcha una obra –me dijo– allí en Barnard o en Columbia, o en casa de alguno de ellos, era eso lo que los movía.

La imagen de aquellos actores aficionados y la descripción de su pasión escénica se las debo a Gabriel. Entonces, cuando se embarcaban en una

representación, la verdad parecía quedar a un lado, su poder se desactivaba a la manera de una tregua con la realidad, un paréntesis. Durante ese tiempo quedaban suspendidos, sus cuerpos en movimiento a un palmo sobre las tablas, flotaban en un sueño hecho de aire y palabras natales, aunque sin tierra bajo los pies. La realidad de las cosas no era capaz de abolirlo.

–En esa idea del teatro yo creo que don Ángel reconocía el alcaloide de la literatura: lo que nos libra de la vida –decía Gabriel.

Un día en que el profesor Del Río revisaba junto con Gabriel los avances en el trabajo, de pronto cerró los ojos, echó hacia atrás la cabeza y dejó los papeles sobre la mesa. Era un día caluroso, las clases ya habían terminado. Los corredores, desiertos, calientes. Afuera, una luz deslumbrante hacía empalidecer el color de la hierba. El cristal de la ventana estaba cubierto por un leve filtro de polvo. Gabriel se sorprendió de la pregunta; el profesor no había abierto los ojos:

–¿Recuerda las tragedias griegas, las grandes, las más célebres? –dijo.

–No sé –contestó Gabriel–. ¿En cuál está pensando, en concreto?

–Da igual –dijo don Ángel con un gesto de impaciencia–. Lo que importa en ellas es que los personajes no saben nada, pero los actores, incluso los espectadores, lo saben todo, lo mismo que los dioses. Sólo de los personajes se puede decir que viven. Eso es vivir: no saber nada.

Gabriel se quedó desconcertado. No encontraba la manera de reaccionar, le pasaba a veces, cuando mister Ángel hablaba como en enigma, desde un lugar en el que las certezas habían sido abolidas y la sequedad de las palabras parecía poner en evidencia la absoluta ignorancia de nuestra condición: su más honda verdad.

Todo quedaba clausurado en el interior de aquellas preguntas.

Mientras escuchaba a Gabriel, comencé a pensar que toda aquella gente que participaba en Nueva York en las representaciones teatrales también había tenido su Troya, y que el teatro le servía para conjurar la tragedia. Juntos y desde las tablas, miraban hacia atrás y podían ver aún, a lo lejos, la humareda elevándose desde las ruinas de un mundo destruido. En un sentido irrenunciable y puro, habían cruzado a la otra orilla del tiempo y el espacio, y se habían asentado allí, bajo un cielo nuevo. Eran ahora los custodios de una historia que ya no transcurría, salvo en su memoria, recreada. Un río solidificado, inalterable y espléndido, parecido a un diamante o a una invención.

–Nadie puede ser consciente del todo de su propia condición de símbolo –dijo el profesor Del Río después de una pausa durante la que su alumno había permanecido inmóvil por completo, a la expectativa–. Habría que ser un actor que, a la vez y sobre la misma escena, dejara de serlo. Nadie es capaz de considerar su propia vida como un espectador que asiste a las representaciones. O como su propio actor. Nadie –dijo, recalcando las sílabas– es capaz de *le-er-la*.

Y Gabriel también las remarcó con el repiqueteo de su uña sobre la mesa.

–Como Fabricio en Waterloo –dijo entonces Gabriel.

–Bueno –contestó el profesor Del Río, algo desdeñoso–, eso es algo que dice usted porque lo ha oído por ahí, o lo ha leído, pero no es algo que usted haya pensado. ¿No es así? No, no, eso es algo demasiado sabido. Además, Fabricio no escribió nada, que yo sepa.

Durante los años setenta, Gabriel tomó parte muy dinámica en las actividades literarias del Instituto de Cooperación Iberoamericana. Llevó proyectos adelante con Gastón Baquero, con Pablo Antonio Cuadra. Había llegado a España en 1965, al regreso de sus padres a México. Había tertulias y, aunque él

no era un exiliado, se sentía a gusto con ellos, en la camaradería del idioma y la melancolía de la distancia. Colaboraba en *La Estafeta Literaria*. Siempre muy delgado, sus pasos cortos y rápidos, abstraído, lo imagino subiendo por la calle Alcalá hacia la redacción, en la Gran Vía. Recordaba su juventud en Nueva York, adonde no había vuelto. No se había casado.

En el interior del sobre de su última carta también había un recorte de *The New York Times*, doblado en pequeños rectángulos y ya reblandecido, con fecha del 22 de febrero de 1977. El día anterior había muerto Bertram David Wolfe, «*Expert on Marxism and Early Foe of Stalin. Dead at 81*», en el Centro Médico Santa Clara Valley, en San José, California, víctima de las graves quemaduras sufridas en el baño, cuando su albornoz ardió al contacto con un calentador y lo envolvieron las llamas. Debió de ser horrible. Vivía, con Ella, en Palo Alto, al norte de Silicon Valley. La necrológica era muy amplia y daba muchos detalles de la vida de Wolfe. Alguien le había mandado a Gabriel el recorte (quizá Florit, aunque ya no puedo saberlo) y él lo había guardado en recuerdo de las muchas conversaciones con su profesor, en las que solía aparecer su viejo amigo. También lo habían mencionado con frecuencia en las nuestras.

Me contó que una vez, tras revisar con el profesor el borrador de su tesis, habían acabado ambos exhaustos y, sin saber cómo mostrarle su agradecimiento, Gabriel se presentó en su casa días después, corrido de vergüenza, con un reloj eléctrico de regalo. El reloj del tictac. El tictac de los silencios en la tarde de invierno, la luz tenue, el rumor de Broadway a muchas brazas de profundidad. Luego, compartieron un whisky.

Me contó muchas cosas que seguramente son verdad, porque no tienen sentido, no significarían nada para ningún argumento. Muchas cosas que no han sido escritas. Quizá sean lo más importante de todo lo que sé.

BERNABÉ Y MARIE-LOUISE, JUAN Y MARÍA TERESA,

LUIS, ERNEST

46

Había mañanas inéditas. Ángel sonrió al reparar en aquel pensamiento contaminado por el lenguaje de su profesión. La vida y su incesante novedad, la sorpresa de la luz elevándose hacia el mediodía, horas no manchadas, instantes que parecían regresar después de haberse conservado incólumes en una cueva secreta.

Las rutinas académicas eran férreas y los horarios pautados, sin apenas fisuras por las que se pudiera colar un soplo del exterior, así que atravesar las calles, en una mañana de otoño en la que el caluroso verano parecía haberse quedado rezagado, quizá sirviera para despertarlo lo mismo que un aldabonazo.

Era una mañana imprevista en la que las clases se suspendieron por algún motivo y hubo que desalojar el departamento. La policía había entrado, primero con sigilo, en los despachos del rectorado, y luego unos agentes uniformados y los bomberos procedieron a una inspección. Cuestión de protocolo, dijeron. No había motivo de alarma. Pero en poco tiempo y vistos desde afuera, ya vacíos, los edificios se asemejaron a barcos varados.

Una vez que hubo dejado atrás el recinto, caminó a la deriva por calles que a aquellas horas, generalmente ocupadas por los programas lectivos, no había atravesado desde hacía décadas. Era como si las hubiesen instalado de nuevo

allí, una vez restauradas y relucientes. Ángel se sentía flotar en la ingravidez de los liberados y los absueltos.

Su primer rumbo, de haber tenido alguno, parecía apuntar hacia la Universidad de Nueva York, en Washington Square, donde recordaba nebulosamente rostros y episodios bastante gratos. Pero una especie de atracción involuntaria le hizo bordear el parque y, dejándolo atrás, seguir por la Quinta hacia Union Square, la plaza de las estatuas y las escalinatas, un lugar para él saturado de recuerdos. No tenía prisa, se sentía dispensado de compromisos, una pura potencia que no había realizado aún ninguna de sus posibilidades. Washington a caballo, Lafayette inmovilizado en el versallesco gesto de una contradanza. Había mucha gente por los senderos, los bancos estaban llenos, personas, por lo general, mayores que charlaban, seguramente sin conocerse. Corpulentas mujeres negras luciendo amplios vestidos con hombreras, pequeños sombreros y recios zapatos con suela de goma. Mujeres blancas, muy pintadas, con exagerados collares falsos y faldas como tubos, sentadas en el borde mismo del banco, de lado, junto a ancianos famélicos con finos anteojos de metal dorado. Otros ancianos tocados de visera jugaban al ajedrez sobre pequeñas mesas con los asientos ensamblados mediante tornillos con los mismos tableros. Hombres muy gruesos que se habían quitado el sombrero y dejaban ver sus escasos y largos pelos arrastrados hacia el lado contrario del que nacían. Hombres sin cuello que fumaban puros y enjugaban con un pañuelo el sudor de la amplia sotabarba, hombres sobre cuyos volúmenes los trajes parecían haberse reblandecido. Algunos de los asientos estaban dispuestos en filas, a la manera de un cine, y sobre ellos la gente parecía estar esperando con ilusión a que algún espectáculo comenzara, la aparición de un eclipse en el cielo.

Mirando todo aquello, Ángel se había quedado paralizado, sin saber por qué, en el cruce de los senderos del parque. No quería que su vida dejara de ser real

ni que cediera ante las construcciones que la imaginación está siempre dispuesta a interponer –lo sabía bien, la literatura se lo había mostrado– a fin de que la realidad resulte más halagüeña. También las elucubraciones intelectuales habían de quedar contenidas entre sus linderos, toda una historia de la civilización, si la vida quería preservarse en su pura levedad, anterior y posterior a la conciencia. Las ideas no son la verdad ni pueden representarla. Eso sólo lo creen los matemáticos; quizá lo creyeron los filósofos metafísicos y los teólogos escolásticos. Aun así, el pensamiento no ceja en su empeño. «Quizá el deseo de más vida sea anterior a la vida misma», se decía mientras subía por las escalinatas del parque sorteando los grupos de jóvenes sentados en medio de los peldaños sin atender a quien pasaba, con sus bultos y sus bolsas desparramados por todos lados. «Todo esto le es inaccesible al lenguaje», se decía, animado por aquella mañana de asueto inesperado, aquella libertad, mientras deambulaba al pie de los imponentes edificios que rodeaban la gran plaza igual que fortalezas almenadas. El Everett, compacto; el Decker, los bloques adosados como piezas macizas horadadas por estrechas ventanas. Por encima de sus escalonadas coronas estaba el cielo azul. Los jóvenes aquellos, los grupos de ancianas con sus ridículos sombreritos, el ruido del tráfico, los pájaros y sus chirridos.

El tiempo. Pronto se dio cuenta de que el tiempo extendía sobre aquella realidad pura una especie de toldo que la coloreaba lo mismo que un filtro, y entonces su incolora pureza desaparecía. Justamente muy cerca de allí estuvo la escuela a la que tantas veces había acudido en busca de Bertram, con sus turbias luces, sus pasillos, oscuros y mugrientos. Ahora, Bertram y Ella Wolfe pasaban cada vez más tiempo en California, en la universidad. Y, unos días antes, al salir del departamento, mientras caminaban juntos hacia casa, su amigo Paco Lorca le había hablado por primera vez de regresar a España: a Laura le hacía mucha ilusión y, desde que dejaron nacer la idea, al regreso de su

último viaje, no paraban de pensar en ello. ¿Qué pasaría en poco tiempo? ¿Qué sería de todos ellos?

Un día de muchos años atrás, pero allí mismo, en Union Square, le pareció reconocer a alguien que dibujaba. Era verano, un día muy caluroso. El hombre estaba de pie y se movía cada vez que cambiaba de modelo. Sus apuntes eran rápidos y escuetos, pero muy certeros, según pudo ver Ángel cuando se acercó al pintor discretamente. Un hombre alto, más bien fuerte, calvo –una calva morena y reluciente–, de hombros cuadrados, hombros de nadador. Había dejado en el suelo una bolsa de tela en la que metía y de la que sacaba lápices de distintos grosores, mientras sostenía un bloc cuyas hojas pasaba con rapidez. Sus dibujos, con trazos instantáneos, recogían gestos y figuras de la gente, parecían ir a la caza de la pura vida fugaz que se escapaba de allí con urgencia.

Sí, era Luis Quintanilla. No un amigo en sentido propio, aunque ciertos recuerdos de antes de la guerra, en España, seguramente habían forjado entre los dos, como entre muchos otros, lazos quizá más fuertes que la amistad. La pertenencia común a unos acontecimientos colectivos que en todos ellos permanecían amasados con la sangre y la vida, en su fondo más íntimo. Era él, seguro. Lo recordaba, todavía con pelo, en las tertulias de Araquistáin, en el Regina, por ejemplo, y en el Buffet Italiano. Sus dibujos reflejaban con un humor grotesco la efímera presencia de toda aquella gente en el parque, sus ademanes, desconocidos para ellos mismos.

Hacía un calor agobiante. De pronto el cielo se cubrió con una carpa de espesa franela gris, muy oscura. Las nubes se habían agolpado y luego fundido mientras ellos dos charlaban. La gente echó a correr, algunas mujeres con la cabeza cubierta torpemente con bolsas de plástico. Comenzaron a caer gotas muy gruesas, pesadas bolsas que se desventraban en el suelo, gotas que manchaban. Quedaron empapados. Corrían. El pintor introdujo su bloc en el

hueco de la chaqueta, pegado a su cuerpo. Intentaron refugiarse en uno de los viejos locales que Quintanilla dijo haber frecuentado mucho tiempo atrás, pero estaba cerrado, y entraron en la primera cafetería abierta, un local de comida rápida que enseguida acabó lleno de gente mojada. Desde allí, cuando ya llevaban más de una hora conversando, Ángel llamó por teléfono a Amelia. La ficha cayó por la ranura con el sonido de abrir una compuerta a lo lejos, en algún paraje solitario y neblinoso de las montañas. Alguien quería entrar en la cabina, Ángel se lo impidió empujando las bisagras de la pequeña puerta abatible. Afuera, en el bar, la gente se apiñaba hombro con hombro.

–Pero ¿dónde estás? –le dijo ella–. ¡Hay un ruido infernal ahí!, ¿no?

Desde aquel día, Quintanilla se convirtió en uno de sus amigos más cercanos.

47

A su llegada a Nueva York, en 1939, había sido recibido como a un héroe. La España republicana despertaba una corriente de simpatía, aunque no entre las autoridades, empapadas de suspicacia. Ni entre la gente común, en realidad. Era cosa de artistas e intelectuales. Pero Luis Quintanilla era un paladín de la causa, la chispa que encendía el fervor de los escritores del Stonewall o del Julius Bar, las actrices, la bohemia de los restaurantes más sofisticados. Algunos amigos estadounidenses, Hemingway entre ellos, le habían presentado en España al embajador mister Claude Bowers, cuyo retrato pintó y con quien trabajaba una joven estudiante de español, Janet Speirs. Ésta y Quintanilla se volvieron a encontrar en Nueva York y se casaron. El cura llegó con muchísimo retraso al garaje de Greenwich Village donde se celebró la ceremonia, si puede decirse así. Al año siguiente nació Paul. Por un tiempo, Quintanilla tuvo el estudio en la Quinta Avenida.

Largo Caballero, de quien fue secretario; Azaña; Juan Negrín, con quien izó la bandera republicana en los balcones del Palacio Real; Álvarez del Vayo, o el periodista Luis Araquistáin –de cuya mano ingresaría en el PSOE en 1929– fueron sus amigos. Esos nombres están en los libros y en las esquinas de las calles, a cierta altura. Historia de España. En el verano de 1934, el estudio de Quintanilla, en la calle de Fernando el Católico, cerca de la Moncloa, se había

convertido en una central de operaciones revolucionarias. Largo Caballero pensó que era el sitio ideal. Una noche llegó con otros dirigentes socialistas, Santiago Carrillo entre ellos. Había que esconder las armas. Quintanilla fue detenido y acusado de participar en la instigación socialista de la revolución de Asturias. Lo encarcelaron. Negrín y los otros dirigentes se habían marchado antes de que llegase la policía.

Hemingway y Dos Passos organizaron en su apoyo una exposición de sus dibujos carcelarios en la galería Pierre Matisse, en Nueva York. Fue en el escrito que acompañó a esa exposición donde su amigo Ernest escribió que la revolución, como el nombre de Dios, no debería nombrarse en vano (es lo que hacía, por ejemplo, Diego Rivera). Hemingway escribió a Alfred H. Barr, el célebre director del MoMA, sugiriéndole la celebración de una exposición de Quinta –así lo llamaban los amigos–. Para entonces había adoptado un estilo que debía mucho al expresionismo que había visto en Alemania, en una variante casi amable, casi ingenua, sin la acidez de lo burlesco alemán. Con aquel arte dulcificado había logrado reflejar las escenas más oprobiosas del sufrimiento y la miseria, los cuerpos reducidos a haces de ramas, los ahorcados, los tullidos, pero también la plenitud de la carne ofrecida al placer, los muslos redondeados, los pechos erguidos, las nalgas firmes, duras. Barr se resistía a la idea.

Ángel recordaba ahora, en mitad de Union Square, el último día en que habían comido juntos en Fornos.

–¿Cuántos años tienes, Ángel? –Su amigo le preguntaba sin dejar de comer, mirando al plato, con las manos ocupadas.

–Los próximos, sesenta –contestó. Sabía que Luis Quintanilla tenía algunos más. Quintanilla estaba muy decaído; en poco tiempo había perdido todos sus contornos de hombre fuerte y bien delineado. Se sentía solo. También había perdido el aire valentón y petulante que le habían achacado siempre y que a

Ángel siempre le había parecido algo cómico. Los hombros se le habían desplomado como a una figura que hubiese perdido su armazón interior.

–Me voy a París –dijo Quintanilla–. Araquistáin me ha hablado de una galería que puede estar bien. Me llevo las últimas cosas y seguiré pintando allí. Será bueno el cambio, creo. Me ha hablado de un apartamento en la avenida Roosevelt. Janet ha decidido quedarse.

Unas hojas con la información de aquella exposición, en la Sala Gaveau, estaban todavía por casa, sobre la cómoda, bajo un cenicero de cristal, recordó Ángel. El retrato de Pau Casals que había pintado en Puerto Rico había sido una de las pinturas expuestas (también Casals colaboraba con Gorkin en los *Cuadernos*). Según le había dicho a Ángel en aquella comida de despedida, la ilusión de escribir para la revista era una de las pocas cosas que mantenían erguido a Luis Quintanilla. Ya sólo se veía con amigos españoles, a los que estaba muy agradecido, pues lo habían rescatado de una u otra de sus crisis depresivas: el escultor José de Creeft, el pintor Rebull.

–Y tú, por supuesto.

Ángel tenía previsto un viaje a París para el año siguiente. Lo había invitado la Sorbona. Algunos de sus más antiguos amigos vivían allá y podía ser una buena ocasión para visitarlos. Entre ellos, Juan Andrade, embarcado en su librería y en sus empedernidas reuniones políticas en pos de la estrategia proletaria por adoptar «en el próximo milenio», como le decía socarrona y cariñosamente Ángel a Amelia cuando hablaban de él: querían mucho a Juan y a María Teresa.

Finalmente, también Quintanilla se trasladó a París y allí capeaba ahora sus derrumbes, cada vez más profundos. ¿Cómo podemos hacer las paces con los muchos que hemos sido? Se había divorciado de Janet. Había trabajado con John Ford, había retratado a Gary Cooper para la promoción de *¿Por quién doblan las campanas?* Pero las depresiones que había sufrido desde los tiempos

de la guerra aparecieron de nuevo, más feroces que antes. Pasaba días y días encerrado, la mayor parte del tiempo en la cama, solo, con la habitación a oscuras, la alfombra sembrada de pastillas para dormir, sobres de cartas y de notificaciones gubernamentales lanzados por debajo de la puerta.

48

En aquellas fechas de las que hablan los libros, el pintor Luis Quintanilla había asistido en persona a sus momentos pregnantes y muchos los había protagonizado. Nada más estallar la guerra, al día siguiente, un puñado de militares afectos al alzamiento de Franco tomaron el Cuartel de la Montaña, en una ladera de Madrid que mira a la sierra velazqueña. Otro puñado de falangistas los acompañaron. A la mañana siguiente, su amigo Largo Caballero, que había sido escayolista y pintor de paredes, le envió un mensaje encargándole el control del cuartel y, sobre todo –según escribió Quintanilla en unas memorias increíbles–, que las cosas no se desmadraran. Las cosas, en efecto, se desmadraron: los golpistas fueron fusilados; cuando entraron allí los Guardias de Asalto y los miembros de las Juventudes Socialistas que comandaba Quintanilla, el olor y la imagen de la sangre inundaban el patio. Los cuerpos, que se amontonaban sobre los charcos negros, los pusieron en hileras para el reconocimiento de los familiares.

Poco después le encomendaron otra misión en el Alcázar de Toledo, donde se habían hecho fuertes los partidarios de Franco tomando cientos de rehenes. Precisamente el estatus de lo legendario fue allí la herramienta que pensó utilizar Moscardó, el militar alzado: la heroicidad medieval atribuida a Guzmán el Bueno al pie de la fortaleza de Tarifa, cuando lanzó un puñal a los sitiadores

que amenazaban con ejecutar a su hijo menor si no entregaba la plaza. También al hijo del coronel lo habían hecho prisionero; también Moscardó se negó a la entrega, aunque en realidad las cosas se desarrollaron de una manera muy distinta a la leyenda.

En el otoño de aquel mismo año, el Gobierno de la República pensó en la necesidad de establecer, bajo el control de la embajada en París, una red de contraespionaje capaz de dar la réplica a la Inteligencia franquista que, coordinada por el comandante Julián Troncoso desde la Comandancia de Bayona, ya estaba funcionando en el País Vasco francés. Las autoridades recibieron la orden de facilitar la tarea que habría de llevar a cabo «don Luis Quintanilla Isasi, cabeza de las operaciones de Inteligencia» en localidades como la propia Bayona, San Juan de Luz, Toulouse, Biarritz, Saint-Jean-Pied-de-Port… Espías, aeródromos, el refulgente *hall* de los hoteles, automóviles negros, mujeres perfumadas… Fue la llamada Red Quintanilla.

El elemento que había de hacer de enlace con la embajada española en París era Luis Buñuel, pero la comunicación con el interior de España no estaba bien articulada. El presupuesto de gastos para la red ascendía a un millón de pesetas. El Gran Hotel de Bayona tenía un amplio salón cubierto por una resplandeciente vidriera elíptica que remedaba una cúpula atravesada por la luz del sol. Las paredes estaban decoradas con cornisas de estuco. Había anchas puertas cristaleras y, entre las columnas, formidables espejos enmarcados con molduras doradas e inclinados hacia adelante para reflejar convenientemente los pasos sobre las alfombras. Una banda internacional de timadores intentó desde allí perpetrar una de las estafas de mayor novelería de la guerra, bajo la presunción y el temor republicanos a una infección bacteriológica letal propagada desde Hendaya. Los periódicos franquistas implicaron al escritor Max Aub y a Luis Quintanilla. Pero la estafa fue descubierta, y uno de los inductores, Jean-Paul Bouguennec, acabó años después, tras otras muchas

peripecias, colgado por los alemanes en Buchenwald tras considerarlo agente británico. Los británicos, de hecho, lo nombraron Miembro de la Orden del Imperio; los franceses lo condecoraron con la Legión de Honor.

En Hendaya, Luis Quintanilla había conocido a una joven francesa con un descaro primaveral. Se llamaba, o la llamaba él, Jaque. Jacqueline Desiret. Mientras el pintor hacía un viaje a París para ver a Buñuel, la secuestraron. La interrogaron. No sabía nada de la red. La mujer del comandante Troncoso se presentó en los interrogatorios, la ridiculizó y la puso en evidencia. Todos rieron. La información de la que disponía la embajada francesa pintaba a Jaque como una chica fácil. Luego la liberaron, gracias a la intervención, al parecer, del entonces todopoderoso Ramón Serrano Suñer, en un intercambio de prisioneros. Regresó a Francia y más tarde volvió a entrar en España. Tuvo contactos con los franquistas.

Nada se sabe. Jaque pudo haber sido captada por creerla agente doble. Pudo haber muerto fusilada en San Sebastián.

¿Qué es *saber*?

Quintanilla se desplazaba a bordo de una limusina Chrysler, con chófer. Las reuniones secretas se celebraban en un almacén de fruta de Biarritz. Troncoso y sus hombres operaban desde San Juan de Luz. En un piso cerca de la estación estaba instalada la Gestapo. La Red Quintanilla fue disuelta cuando su amigo Luis Araquistáin abandonó el cargo de embajador en París, en la primavera de 1937. Negrín sería el siguiente jefe de Gobierno. Quintanilla quedó desmoralizado y comenzaron las grandes depresiones que sufriría después, siempre.

En mayo de aquel mismo año estuvo presente en los terribles combates del santuario de Santa María de la Cabeza, en Jaén, otro de los enclaves épicos de la guerra. Recorrió el frente dibujando lo que veía. En julio estaba en Valencia,

en el famoso Congreso de Intelectuales Antifascistas. Retornó a Madrid. Los obuses caían sobre la Gran Vía. La gente corriendo, las niñas con sus calcetines blancos, sus muñecas de trapo bajo el brazo. Las ancianas, envueltas en sus sayas pueblerinas. Se oían las detonaciones, a veces muy cerca, los derrumbamientos. Echando los ojos hacia el río y la Ciudad Universitaria, se veían fumarolas, movimientos serpenteantes de vehículos semiocultos entre las grietas de los desmontes.

Mientras deambulaba por Union Square, Ángel se preguntaba: «¿Cómo es posible que un mismo hombre, común y real, asistiera a todas las acciones que luego se convirtieron en leyendas, en mitos de la historia, como solamente ocurre en los *Episodios* noveleros de Galdós y en las películas con pretensión sociológica?». No había dejado de hacerse esa pregunta durante años: lo acompañaba igual que una nube sobre un viajero.

De sur a norte, Quintanilla dibujó lo que vio. La esperanza hecha astillas. La trituración de lo humano, el comienzo y el fin de todos los sueños. Muchos de aquellos hombres y mujeres se habían lanzado a la batalla sin dejar nada tras de sí, una casa derruida con las vigas humeantes, el cementerio, los animales muertos. Nada encontraron después. Los movió el deseo, muchas veces sólo el de comer.

49

Habían pasado ya dos años desde la muerte de Bernabé, y ahora, al pensar en los amigos a los que podría encontrar en París, ese recuerdo cayó sobre él como una pesada tela empapada de tristeza. A cuento de su enfermedad o de la de Marie-Louise, Bernabé también había pasado frecuentes temporadas en París en sus últimos tiempos. Ahora todo había terminado. Ángel se había acostumbrado a verlo en la lejanía y, sin quererlo, seguía representándose así a su viejo amigo, dolorido, siempre atribulado. Pero no muerto. La figura que construía ahora la conciencia al evocar su nombre era muy distinta, con una suerte de fría fijeza, una silueta de la que había huido su voz, lenta y frágil. Un recuerdo sin movimiento, una quietud irreversible.

Bernabé no se había decidido a volver a España, aun cuando todo pareció estar preparado, incluso un trabajo en el despacho de un abogado amigo. Un día, de acuerdo con Marie-Louise, lo pensó mejor y se decidió. Regresarían. Fue justo entonces cuando la enfermedad forzó un aplazamiento del viaje y finalmente su desenlace lo desbarató todo.

Ángel y Bernabé se habían visto en España varias veces y alguna otra en Francia. Abrazos, lágrimas, el aturdimiento de las palabras atropelladas.

–¡Angelitoooo! ¡Que estás hecho un dios! ¡Que no contestas nunca! ¡Que eres una calamidad! ¡Te has hecho importante, Angelillo! –La molesta insistencia de los viejos amigos en comparar los destinos que ya nunca van a encontrarse.

–Bueno, Berna, vamos a dejar eso. Ahora estamos juntos, y es una alegría.

Estaban en Dax, en una pequeña glorieta del parc de la Mairie, cerca del monumento. Bernabé había preferido sacarlos de casa. Mejor así. Ángel y Amelia vivían en Nueva York, cerca de Columbia –Bernabé había señalado a Marie-Louise con el dedo la dirección en el remite de un sobre: «600 West 116th Street NY 27»–. Sus amigos venían del Olimpo. Los grandes escenarios, los libros, los homenajes, las avenidas arboladas de las universidades.

Aquel día, Amelia los escuchaba; Marie-Louise había ido a comprar algo a una farmacia. Era una mañana azul, luminosa, del comienzo del verano. Las niñas no estaban; ya no eran unas niñas. Amelia y Ángel habían parado allí camino de París. Sólo Carmencita los acompañaba. Habían estado en España.

–¿Qué tal Marie-Louise? –preguntó Ángel en voz baja, aprovechando su ausencia.

–Un calvario. Siempre en vilo –dijo Bernabé mirando hacia la puerta de la farmacia–. Ahora, algo mejor, pero nunca se sabe. En cualquier momento, todo se puede hundir de repente, y todos nos vamos a pique con ella. Vamos a ver pronto a otro médico, en París; nos lo han recomendado en Mont-de-Marsan. Oye, gracias por el café, chico.

–No seas tonto.

–Si no llega a ser por vuestra ayuda, no sé qué hubiera sido de mí, de nosotros. Oye, ¿y tú? ¿Cómo van esas fresas y esas lechugas? –Giró la cabeza–. ¿Eh, Amelia? ¿Creo que tienes aquí al rey del azadón?

–Lo pasamos bien allí –dijo Amelia riendo–. Bueno, yo no voy mucho, pero lo que es a Ángel no le da ninguna pereza echarse al camino con tal de verse

con la podadera en la mano. Hay que verlo cavando…

–¡Qué tío!

También Amelia, durante aquellos años, había seguido padeciendo sus dolorosos ataques. Pero era una mujer-volcán, en permanente actividad. En Barnard, traía locos a todos con sus proyectos; algunos amigos la huían. Era fuerte y ruidosa, explosiva; no hacía concesiones al dolor hasta el último momento, cuando ya no podía más. Entonces se derrumbaba contra su voluntad. Desaparecía en una habitación sin luz, un cuerpo abandonado en una cueva.

–Oye –Bernabé preguntaba a los dos; Marie-Louise había vuelto de la farmacia, pero no se había sentado en el banco–, ¿y Miguel Ángel? ¿Cómo está?

–Bueno, se graduó… –dijo Ángel.

–Ah, ¿sí? ¿En qué? ¿Qué ha estudiado? –preguntó Berna.

–Ha estudiado Economía –Ángel miraba al suelo. Tenía las piernas abiertas, con los codos en las rodillas. Fumaba constantemente–. Pero…

No dio más explicaciones. En la base de Puerto Rico, Mike había agredido a un sargento tan borracho como él y lo había llamado *son of a bitch*. Había pasado varias veces por el Hospital de Veteranos.

–Cuidaos mucho, Ángel, que tengáis buen viaje –gritó Bernabé al despedirse, entre los abrazos–. Y, chico, escribe, por favor. ¡Cartas largas, muy largas! ¡Cuanto más, mejor! ¡No me abandones!

–Venga, Bernabé, no me hagas esto. Ánimo –dijo Ángel–. Y olvídate de tantos dimes y diretes: eso es lo que yo te pido a cambio. ¿De acuerdo?

–De acuerdo, Angelito, te lo prometo. ¡Adiós, Amelia! ¡Y cuida del famoso catedrático, que menuda cruz te ha caído!… ¡Ja, ja, ja!

«Si vieras cómo están estas orillas, chico, estos jardines, las mismas plazoletas provincianas. Te he dedicado algunos versos, te los mando. Forman un

conjunto que se titulará así, *Orillas*, pero no serán muchos, un cuadernillo.»

Los de Bernabé eran sonetos en su mayor parte inducidos por la contemplación, inocente y nostálgica, de los alrededores de Dax y de otras ciudades del sur de Francia, los jardines, los ríos. Sus versos de cristal tintineante. Pasaba horas por los arrabales, jugando a los bolos con los paisanos. Los años de Madrid, en el cine, en los cafés, siempre al cabo de la calle, le parecían vividos por otro que había desaparecido. Adoraba los festejos arcaicos en los que sonaba un tamboril, los cuerpos jóvenes y su vivo ritmo entre las ondas del aire. Muchos años atrás había contemplado desde la ventana del aula, en Aurillac, los cuerpos de las adolescentes a la hora de los ejercicios gimnásticos y ahora se quedaba embobado ante un grupo femenino de bailes tradicionales, de cuya dirección se había hecho cargo en la Normale. Los hombros, rectos y elevados; los brazos, con movimiento de olas; la malla que se retrae entre los glúteos firmes, los muslos, la suave colina del pubis hacia la llanura del vientre.

A comienzos de los años cincuenta, la angustia que le producía no haber logrado constituirse en sostén de la familia comenzó a atacar a Bernabé físicamente con devastaciones que asolaban lo más oculto de su cuerpo. Primero fueron las molestias digestivas, que venían de antiguo. Luego, un conocido neurólogo, en París, le habló de la conveniencia de abandonar Dax. Pero ¿cómo hacer eso? Su mal era principalmente afectivo, según había dicho el médico.

«Por favor, mira a ver si se te ocurre algún sitio en el que publicar estos artículos que te mando. Si lo distribuyo por aquí, lo mismo acaban creyendo que sé escribir igual que los profesores y me conceden el traslado a París que he solicitado.»

Sobrevivir había pasado a ser su única tarea. Era un náufrago. Las orillas habían desaparecido de la vista.

Pasó una temporada –las Navidades, precisamente– en casa de una familia de obreros en Biarritz, donde vivía otro médico que trataba su ansiedad. Marie-Louise y las niñas, en Dax, tras la ventana iluminada sobre la mesa camilla: las veía, las soñaba, se imaginaba con ellas, con otro cuerpo sano que había dejado el suyo atrás. Françoise se preparaba para estudiar música. Hacía mucho frío afuera. Viento. La lámpara dibujaba un área de luz de bordes bastante precisos sobre la alfombra delgada; escalaba el aparador por una especie de peldaños, se proyectaba en la pared. Centelleaba al chocar con el espejo.

Marie-Louise volvió a estar ingresada por una larga temporada en el psiquiátrico de Mont-de-Marsan. El tratamiento era penoso. Las altas ventanas, las maderas amarillentas, las camas de hierro, con desconchones que descubrían una aleación negra. Las cortas tardes grises. El silencio se había instalado en los largos pasillos, sobre todo durante aquellas horas; sólo a primera mañana había cierto movimiento. Las enfermeras llevaban cofias blancas aparatosas como alas de ángeles. Algunas eran monjas tituladas. Las bandadas de grullas en el cielo nublado, en dirección al mar.

«Cuando estuve en París, fui a visitar a tus amigos, los Andrade, que ya lo son míos. Comí con ellos. Recuerdo cuando Andrade te contagió y sufriste tus sarampiones comunistas. ¿Te acuerdas, Ángel?»

Estuvieron en España por los días de Semana Santa. De vuelta a Dax, encontraron varias cartas en el suelo, lanzadas por debajo de la puerta. Bernabé comprobó que ninguna de ellas contenía noticias sobre su traducción de *Viaje de Carlos V*, para cuya publicación había pedido la intercesión de Ángel. Marie-Louise había recogido del suelo un sobre cuadrado, algo más grande que los demás; el papel era más firme. Era un correo aéreo.

–¡Se casa Carmencita!…

–¡No me digas! –exclamó Bernabé–. Es un oftalmólogo, creo. Español. Un gran chico, según me dijo Ángel.

–Mira, Françoise, es una preciosidad de invitación. –Marie-Louise dejó que la niña la cogiera.

–¡A ver, a ver!… –gritó Cécile encaramándose a los hombros de su madre.

–Pero ¡la boda ya se habrá celebrado! –exclamó Bernabé.

–No, todavía no –dijo Marie-Louise mientras leía.

–Sí, mamá –dijo Cécile–. Es sólo para que la guardemos como recuerdo. Marie-Louise la leyó de nuevo.

–Ya sabían que no íbamos a ir a Nueva York –dijo Bernabé–. Nos mandan recortes de periódico, con fotografías. Se te han caído al abrir el sobre. Está guapísima.

–Es que es muy guapa –dijo Marie-Louise–. Parece una actriz de cine.

Marie-Louise y Bernabé volvieron a viajar por España en otras ocasiones. Zaragoza, Segovia, Madrid. Visitaron a algunos viejos amigos todavía queridos, al profesor Ángel Lacalle, en Valencia, por ejemplo. Bernabé escribió a Ángel: «Soy el hombre más feliz del mundo, chico».

Pero no quiso detenerse en Soria demasiado tiempo, lo justo para abrazar a su madre, ya muy anciana. El olvido era un don, uno que también le había sido dolorosamente negado.

Desde el País Vasco francés escribió a su madre como en el guion de un viaje: «Hendaye. Saint-Jean-de-Luz…». Se instalaron en una casa con vistas a La Rhune. La playa, los clubs, los barcos pesqueros con toneladas de bonitos. La academia de baile de Elvira Viñes, una merienda con sus hermanos, los vestidos, ligeros y alegres, de las muchachas. Todo apenas anotado, al estilo de un cable telegráfico capaz de evocar la dicha con puras enunciaciones. «El Hôtel de l'Europe, en Biarritz, Pastora y sus bailarines.»

Tenía acabado un libro sobre música y bailes tradicionales españoles –era un experto absoluto–, un libro que el hijo de Ortega y Gasset había decidido publicar en *Revista de Occidente*. Entonces, tras el acuerdo, escribió a Marie-Louise desde Madrid: «Serán diez mil ejemplares –le dijo, eufórico–. Los beneficios, al cincuenta por ciento».

50

Los casos de Juan Andrade y Luis Quintanilla eran muy distintos. Pero, al compararlos con el de Bernabé, Ángel veía mejor lo que tenían en común y su radical contraste con el del poeta. Los dos habían vivido siempre en la Historia. Un reportaje histórico y las peripecias de Luis Quintanilla estaban construidos con los mismos datos y, si se superpusieran, mostrarían la increíble coincidencia de una existencia individual con los acontecimientos colectivos que habían quedado documentados. Pero es un espejismo. Lo más probable es que, si un hombre se diera cuenta de eso, la verdad le mostraría, con la crueldad de un espejo, otro rostro suyo más frágil, su interior se resquebrajaría, entraría en barrena y acabaría destruido.

Por lo que se refiere a Andrade, la realidad del tiempo no era otra para él que la realidad de la Historia, aunque en un sentido diferente al del pintor. «Naturalmente, esto también es falso –pensó Ángel, sentado en un banco a un lado del *square*–. Sólo sirve para entendernos.» Con la Historia se trata igualmente de una tramoya, de la que escapa, justamente, todo lo impronunciable con palabras, lo vivo, lo que resiste.

Juan Andrade vivía en París desde el fin de la guerra. El vehemente, el exaltado Andrade, uno de los amigos más perdurables de Ángel del Río. Ahora tenía

una librería que se había hecho muy conocida entre los lectores hispanoamericanos y españoles, exiliados o no. Con aquellos tenía un trato habitual siempre trabado por los lazos de la invocación revolucionaria. El POUM seguía celebrando en un piso oscuro reuniones melancólicas. Los cristales de las ventanas apenas impedían que llegasen los ruidos de la vecindad, la caída de la tarde en el pozo negro del patio. María Teresa esperaba en casa. Las cosas estaban más caras cada día.

Su amigo estaba muy presente en el recuerdo de Ángel. La lectura y la cultura eran para Andrade parte constitutiva de la tarea de transformar el mundo, según había dicho al respecto, en una frase célebre, su admirado André Breton. («Y eso justifica –pensó Ángel– la consideración revolucionaria de la cultura como cosa propia, de una manera ya naturalizada.») Juan Andrade y sus libros, sus agudas notas periodísticas, sus empresas editoriales, sus traducciones eran una muestra de lo indisociable que resultaban una cosa y la otra en ese país de las ideologías en el que él habitaba. Su socio, Amedeo Robles, un catalán también militante del POUM, estaba casado con Jannick Hayes, quien poseía una casa en la rue de l'École-de-Médecine, en pleno distrito universitario, cerca del Odéon. En el bajo del edificio estuvo el primer local de la librería. Luego, cuando las ventas de libros importados de Sudamérica lo permitieron, se mudaron muy cerca de allí, a la rue Monsieur-le-Prince, una calle más prestigiosa entre la bohemia. Allí habían vivido Verlaine, Rimbaud, Zola; allí estaba el Polidor, con sus delgadas columnas, sus espejos y sus viejas baldosas. El Partido Comunista Francés tenía otra librería en los alrededores.

Andrade estaba curtido. Había pasado durante su juventud muchos períodos cortos entre rejas. Lo deportaron a Soria por una temporada; a veces Ángel se lo recordó con humor. Tras dirigir *La Antorcha*, había escrito artículos para *El Sol* firmados por Juan Méndez. Años después, también utilizaría los

nombres de Andrés Hurtado (en homenaje al Baroja de *El árbol de la ciencia*), Emilio Ruiz o Dionisio Luna.

Los nombres, el giro incesante de las múltiples caras de un cristal tallado.

El Partido y su nueva dirección, a cargo de José Bullejos, lo fue apartando: la suspicacia y la eliminación se convirtieron en las principales isobaras de la meteorología comunista. Había llegado a España Vittorio Codovilla, un helado y lúgubre burócrata que, bajo el sobrenombre de Medina, encaminó la organización según las directrices de Moscú. Con otros miembros de la oposición de izquierda, Juan Andrade fundó el POUM, aunque luego se apartaría también de la orientación trotskista. Fundó asimismo la editorial Cénit, cuya primera edición fue un libro de Ramón J. Sender sobre cuestiones religiosas españolas, con un prólogo de Valle-Inclán que había escrito el propio Andrade. Durante la Guerra Civil, los militantes del POUM sufrieron persecuciones fatales en muchos casos, como la que terminó con un querido compañero de Andrade, el célebre –sobre todo por su asesinato– Andreu Nin. Juan se escapó, huyó a Francia. Durante la Ocupación, fue detenido nuevamente en Burdeos. Escribía artículos que María Teresa se ocupaba de enviar a los periódicos y las revistas. Ella misma pasaba por casas de conocidos y simpatizantes a recoger retales y trozos de prendas de vestir con los que confeccionaba muñecas de trapo, ataviadas con trajes de las regiones españolas; luego se las enviaba a su vieja amiga Amelia Agostini, quien las vendía en Nueva York entre los demás profesores y los otros amigos, y le giraba los dólares ganados.

Durante la Guerra Civil, Ángel y Amelia habían hecho todo lo posible por ayudar a Juan y a Teresa. Otro de los que también lo hicieron, junto con Wolfe, fue Jay Lovestone, el líder proscrito del Workers Party y el alma de las escuelas de trabajadores de Nueva York en las que Wolfe impartía sus clases.

La amistad de Ángel del Río era inquebrantable, a pesar de que entre las ideas de Juan se encontraban muchas que Ángel no podía compartir, por ejemplo, la de que Fernando de los Ríos había sido toda su vida «ajeno al socialismo», o la de que Ortega y Gasset fue «el verdadero jefe del fascismo español». Aun así, estaban muy bien razonadas.

Entre los amigos de Ángel en Nueva York, los había, como Granell o Maurín, que habían acompañado a Andrade en sus peripecias revolucionarias –de las que nunca descabalgó– y con quienes había vivido algunos de sus episodios más penosos o arriesgados. Algunos días, en Fornos, durante los almuerzos del grupo, alguien pronunciaba su nombre.

51

Astillas, trizas de espejos.

El bar era oscuro, pero no oscuro como los de antes. Habían recorrido muchos sitios, viejos tugurios, cabarets, burdeles –ya no había burdeles, propiamente, según dijo Quinta: la mayoría estaban cerrados; otros, derruidos–. Ciertas tabernas inmundas y gloriosas que aparecen en las biografías de Utrillo o de Van Gogh eran ahora establecimientos de postín, Le Perroquet, por ejemplo, cerca de Pigalle: el vino tinto sin medida, un sitio entonces cochambroso. O Les Halles.

Se habían conocido en el Dôme, en Montparnasse, hacía casi cuarenta años, pero ninguno lo recordaba exactamente. Eso fue cuando Quinta regresó a París, tras un tiempo viajando por España, Alemania e Italia, enredando con la política y aprendiendo a pintar en los museos célebres. Vivía entonces con una muchacha rusa, Tatiana, en la avenue de Friedland, en una casa en la que había un portero con librea.

Así pues, había pasado una vida entera. O muchas vidas. Quinta había vivido, además, lo que todo el mundo sabía, todos menos él en el momento de vivirlo. Ahora, junto a su amigo Hemingway, otra vez en París, después de tanto tiempo, había llegado aquella noche en la que quizá ambos habían

pensado muchas veces entonces, cuando se complacían en anticipar su propio autorretrato, unificado en una sola imagen radiante para la eternidad.

Pero había una gran diferencia. Ahora estaban dentro de su destino. Ya no podían ser, como entonces, espectadores de su propio futuro, proyectado sobre una pantalla. Ahora nada podía recobrarse.

Se habían encontrado para recordar, pero también para beber, una vez más, desaforadamente.

–Deberías haber seguido con el boxeo –le dijo a Quinta su amigo.

Ya era muy tarde. La noche iba perdiendo su oscura y densa firmeza. Parecían haber consumido todas las palabras que les habían sido concedidas. De pronto, Ernesto, así seguía llamando Quinta a su compadre, rompió a hablar. Después de un buen rato en silencio, como quien regresa de un lugar muy remoto, el del boxeo parecía el recuerdo más lejano que había encontrado.

–¿Tú crees? ¡Qué cosas dices! –respondió Quinta. Los amigos más antiguos lo seguían llamando así. Le quedaban muy pocos; los había dejado en Nueva York, donde había vivido durante los últimos veinte años.

Se habían quedado solos, sentados sobre unos taburetes altos e inestables. Enfrente estaban las estanterías de cristal, repletas de botellas que no dejaban ver sus rostros en el espejo. La luz, de un amarillo intenso, sobre la barra, destellaba al chocar sobre las gastadas aristas de los cubitos de hielo derritiéndose. «Todo se deshace», pensó Quinta.

No se miraban a la cara. Cada uno daba vueltas a su vaso de whisky haciéndolo sonar.

–Bueno, en realidad no sé por qué lo digo –dijo Hemingway–. Fui yo quien te empujó a pintar y a exponer tus grabados.

–Totó –dijo Quinta.

–¿Cómo?

–No fuiste tú, Ernesto. ¿O es que no lo recuerdas?

–¿Qué sí o que no?

–Que no.

–¿Cómo que no?

–Fue Totó quien me quitó del boxeo y me consiguió el estudio, el primero que tuve. Qué mujer más maravillosa. Una madre con mando en plaza, a la antigua. Le debo la vida. –La mirada de Quinta se había perdido en el tiempo–. Esta mierda de vida.

El boxeo. Estaban en el invierno de 1960. Hemingway pensaba ahora en la fuerza perdida. Balanceaba la cabeza para intentar distinguir los rostros en el espejo, entre las botellas. Aparecían y desaparecían deformados, teñidos del color de los licores, azules, rojos, del color de la miel, desfigurados como los resbaladizos semblantes de los fantasmas.

Ernest Hemingway estaba enfermo; era algo neurológico, para lo que no había remedio, que tenía y que no tenía que ver «con el cuerpo de carne», como decía él. Ahora vivía en el campo, cerca de un río. África y también Cuba, los cayos, el mar habían quedado atrás. Creía que le robaban y lo perseguían. Luego resultó que todo eso era cierto. Pensaba mudarse a París definitivamente, igual que había hecho su amigo. Pero antes debía recoger su casa en Idaho.

–Antes del año que viene, estoy aquí. Vas a verlo.

A Quinta le transmitía una impresión patética. Recordaba el piso en el que Hemingway vivía con Hadley, en el Barrio Latino. Ya por entonces al escritor le gustaba que lo retratasen, alto, imponente, la cabeza de pionero. Le gustaba su efigie disfrazado de alguno de los papeles en los que se veía a sí mismo. «Aún no había nacido Bumby –pensó Quinta–. O sí, no sé.»

Hemingway acababa de terminar *París era una fiesta*, un libro compuesto al estilo de un rompecabezas, quitando y poniendo cosas a partir del recuerdo de

los manuscritos que cuarenta años atrás había dejado guardados en el hotel Ritz, en unos baúles.

Lo que he leído hubo quien lo vivió. Después, todo va rodando, mezclado, hasta este momento en el que, sobre mi mesa, se juntan las cosas vividas con las leídas, las oídas y las inventadas. Salvo que, así me dijo Santi, todo es vivir y la experiencia de la imaginación es inseparable de la acción. Las cosas vistas a través de un caleidoscopio en el que se combinan los cristales de lo que fue y lo que no fue, lo que pudo ser, con sus brillantes colores en variaciones que nunca se agotan y nunca se repiten. Nada de lo que decimos, de lo que contamos, es nuestro, nada de lo que recordamos. Sentimos un prurito de pudor, yo al menos, al pensar que otros lo han vivido y lo han contado de primera mano. Hemingway escribió así el que sería uno de sus mejores libros, hechizado ante la posibilidad de que todos aquellos personajes y escenas del viejo París volvieran a la vida –aunque transfigurados–. Los rostros, los golpes, el frío junto al Sena, entre los árboles desnudos, mientras la música de los locales llenos de humo aún resonaba en los oídos. También el amor y su violencia, y la eternidad a la que estaba llamado alguien que se le parecía mucho, alguien que la había tocado con las yemas de los dedos.

Había ganado el premio Nobel. Se sentía intensamente deprimido, acabado. Sus arterias no respondían, su hígado había sufrido tremendos castigos. Todos lo sabían. Está el que somos para nosotros mismos, el que somos para los otros y ese otro que no se parece a ninguno y de quien esperamos, después de habernos acompañado durante tanto tiempo como nuestra sombra, que algún día comience a vivir.

Luis Quintanilla no sabía qué decir. También él era un artista. Su amigo Ernesto le había ayudado muchas veces: le debía gratitud. Se debían mutuamente lo mejor de cada uno; por eso habían decidido verse de nuevo

allí, en un París que no tenía nada que ver con el del libro de Hem, el cariñoso apelativo que le daban sus colegas norteamericanos.

Ninguno de los dos tenía buena fama, si se excluye, en el caso de Hemingway, la popularidad masiva de las brillantes fotografías de las revistas, la del público que invoca a unos espectros gloriosos a quienes no conoce de nada implorando su intercesión para soñar. Ancha y lejana como el mundo: así era la fama de un Hem distinto del que ahora apoyaba un codo sobre la madera y la cabeza sobre el brazo. La de Quinta era peor; entre viejos compatriotas arrastraba la lóbrega fama de un indeseable, alguien mezclado durante la guerra con oscuros episodios ominosos, salpicados de sangre. El retratista de las estrellas de Hollywood, el pintor bendecido por la admiración de los actores, las actrices, y los escritores, ése era otro Luis. Ahora vivía en la penuria.

–Hoy estamos aquí. Todo es un desastre –dijo.

52

En medio de aquella ruina planetaria, Hem pensaba por su parte que había asistido a los hechos y había estado en los lugares en los que la vida de un siglo tuvo el resplandor de las hazañas, pero que él no había sabido responder a esa llamada.

En realidad, Quinta y él parecían ocupar posiciones inversas en el tablero mitológico. Hem había habitado la leyenda y, ahora, tarde ya, sentía que las vicisitudes auténticamente legendarias y novelescas se habían disuelto en la pura acción de vivir, evaporadas como el alcohol de un licor tras haber sido flambeado. No había quedado nada. Sin embargo, Quinta pensaba lo contrario: en sus maravillosos relatos, Hem había sabido salvar la vida, tenía ese don, capturada en su cápsula de diamante, inasequible y luminosa. La vida, de la que había quedado fuera su propio autor.

Luis Quintanilla había pensado en ser marino antes de querer ser boxeador, pero fueron cosas casi infantiles. Había sido pintor cubista. Pintarrajeando, a falta de papel, sobre la mesa de mármol de un cafetín de Montmartre, Totó la Blonde le hizo una noche la cuenta de sus ingresos y sus gastos, para demostrarle la razón por la que debía abandonar la ocurrencia del boxeo y dedicarse en serio a la pintura. Era una mujer práctica: se trataba de una

cuestión de subsistencia. Era excesiva, dominante, piadosa. Iba siempre muy pintada. Al pasar, dejaba una fuerte estela de perfume dulzón. Todo el mundo la conocía y ella conocía a todo el mundo; siempre llevaba a su lado, como si fueran dos sirvientes, a un púgil acabado (sabía, por tanto, muy bien lo que ocurría sobre el cuadrilátero) y a un jockey esmirriado que jugaban a las cartas cada noche en una taberna de la rue Lepic mientras ella hacía su trabajo. Vivía en el hotel Caulaincourt, al lado del Moulin Rouge. Cuando Quinta llegó a París, alguien le dio esa dirección para que se hospedase. Las tumultuosas aceras, los automóviles entre los coches de caballos, las roncas bocinas, la luz de los espectáculos derramándose sobre la calzada con el fulgor de una arena resplandeciente. (Hem no había llegado allí todavía.)

–Me lo ha conseguido un paisano tuyo –le dijo un día Totó al anotar en un trozo de papel la dirección de un local que le serviría de estudio. Entre sus clientes había un diplomático español–. Pero ya puedes dejar de pintar de esa horrible manera.

Por ella conoció a Juan Gris. Montmartre era un territorio aparte, una reserva, o un coto. La policía no entraba allí. Los viejos molinos campestres se habían convertido en locales para el baile, en el mejor de los casos. Allí no regían las leyes. Por la mañana, los hortelanos, con sus grandes bigotes, seguían acudiendo a sus huertas. Algunas aparecían deshechas al otro lado de las cercas de madera: las espalderas, tronchadas: los brotes, destrozados; medias sucias y zapatos rotos entre los surcos. Había asnos y mulas altas y negras con los serones cargados de verduras, montones de excrementos, rebaños de cabras que pisoteaban los carteles anarquistas.

Un día, en mitad de la Gran Guerra, Quintanilla decidió regresar a España. El portero le ayudó a arrastrar los lienzos y los bultos hasta la estación. Estuvo a punto de perder el tren: se detenían a beber vino en las tabernas. En Madrid, la gente seguía ociosa, es lo primero que pensó, pero se estaban haciendo

fortunas a costa de la neutralidad. Hombres leyendo el periódico, los limpiabotas, los pregones por las estrechas calles, los cafés, atestados. Después, tras deambular por Europa y comprobar la juerga de los dadaístas, volvió y se mudó a Montparnasse. Era otro París. Fue entonces cuando se conocieron.

Su ánimo estaba arruinado, pero Hemingway conservaba una chispa del deseo, o del recuerdo del deseo, que lo había llevado a tejer páginas imborrables en las que lo más importante quedaba en el silencio. Esa virtud reticente que había conseguido cultivar mejor que nadie hacía que sus páginas retuvieran el reflejo más fidedigno de la realidad, cuya clave, para quien observa a quienes se ocupan de vivir, queda en el secreto. Las palabras la rodean. Únicamente, se acercan sin tocarla.

La había emprendido a mamporros, había tratado a mujeres como si fueran cosas o se había tomado las hecatombes como diversiones de feria, todo a cargo de aquel mismo deseo de convertirse en el espejo de una verdad. Por otro lado, para su anhelo de poder había contado con el fiel aliado de un cuerpo inexpugnable, capaz de vencer todos los obstáculos laminándolos bajo su presión y su peso. Ahora, el viejo aliado se había pasado al enemigo. La carne y el cuerpo sólo manifestaban el no poder, una fuerza aún más grande que su deseo. El gigante yacía sobre la lona.

También su amigo Scott Fitzgerald, rival rubio y elegante en aquel París lejano, había tenido su implicación en una de las aventuras pugilísticas que Hem recordaba ahora con Quinta en el interior del bar, ya cerrado. Fue en el American Club. Él y otro escritor joven, Morley Callaghan, habían concertado una pelea; Fitzgerald, con su raya en medio y sus mechones a los lados como cuernos de búho, sería el encargado de cronometrar los *rounds*. Un golpe certero hizo que Hemingway comenzara a echar sangre por la boca: era un animal abatido. Scott se asustó, y el susto le hizo olvidar su misión hasta dejar transcurrir cuatro minutos antes de señalar el final del primer asalto. Al volver,

Hemingway recibió otro golpe en la boca que dio con él en el suelo. Y así se veía ahora, le dijo a Quinta, no sólo caído y vencido a pesar de la fama, sino humillado por el adversario al que creyó alguna vez haber vencido: la vida real, verdadera e injusta.

La Italia de la Gran Guerra, la España de la Guerra Civil, la Francia de la Segunda Guerra Mundial, Normandía, la Cuba de Castro… No ya la realidad, sino la Historia –esa representación humana del tiempo– se había rendido a sus pies: eso llegó a pensar en algún momento. Ahora, el tiempo le presentaba su dimensión no domesticada. La imaginación ya no le servía. Lo novelesco es una victoria imaginaria sobre las determinaciones. Todas las narraciones, también las de la Historia, se abrevan en ese río de fervor antes de que un buen día –la imagen sale de la pileta, bajo la luz roja de un viejo laboratorio fotográfico– se revele al descubierto el paisaje real de un pedregoso aduar polvoriento.

Luis Quintanilla también escribió libros, sobre arte, sobre pintura, sobre las historias que había vivido. También fue poeta. Había sido demasiado obediente, había estado demasiado convencido. Eso pensaba ahora en París junto a su amigo. Muchas cosas no volvería a hacerlas, como todo el mundo.

Pero él no había hecho las que suele hacer todo el mundo. La terrible historia de las checas, las ejecuciones sin pasar siquiera por el tribunal popular. Las delaciones. Después de Toledo, las tropas de Franco comenzaron el asedio de Madrid. Quintanilla subió a lo más alto de la torre de la Telefónica, en la Gran Vía, y contempló desde allí, hacia el oeste, la ciudad humeante, el desplome de los muros, las montañas de escombros. Un día –recordaba ahora– su amigo Ernesto y él se atrevieron a acercarse a lo que quedaba de su estudio. Hem saltó por encima de los hierros de un balcón y entró en la sala. Los lienzos, desgarrados; las cortinas, colgando al viento que llegaba de la calle, todo cubierto de polvo y ladrillos. Llegaba hasta allí el olor de las

comidas preparadas en la misma acera por algunas mujeres, el ruido de los tranvías.

Pero todo iba muy deprisa, la historia no se detenía. El tiempo de las leyendas es muy distinto, parado para siempre en el punto de gloria en el que nada se acaba y todo empieza de nuevo. Los personajes legendarios nos miran desde el otro lado de los balcones pintados en los frescos de las cúpulas. Quintanilla pensó en San Antonio de la Florida, tan cerca de su casa.

–¿Te acuerdas?

–¿Eh? –Hem tenía los ojos cerrados.

Allá arriba, los sucesos no se consumen en el tiempo. Nada se termina. El amor y la dicha. La batalla, el triunfo. Todo vuelve, como el perpetuo principio de los cuentos. Es el sueño del arte. Por debajo de ese orbe luminoso y eterno, las existencias concretas de los mortales se retuercen de placer, lloran las pérdidas que nunca se compensarán. Los altos temples de Tiépolo o de Goya son el reflejo de ese deseo infinito. Por debajo de los balcones y del cielo azul de esa perpetua mañana, el mundo real se entenebrece, el crimen no encuentra reparación. Sombras y sombras tanteando paredes, tropezando con objetos metálicos, cuerpos abandonados, muebles astillados, telas hechas jirones.

En el cuadro y en el cuento, en la canción, no hay sufrimiento, la muerte ha sido desactivada.

–Te quise mucho.

–¿Por qué lo dices? –contestó Hemingway.

–Porque es verdad –dijo Quinta. La borrachera se encontraba en esa fase afectiva.

–¿Cuánto?

–¿Cómo que cuánto? –dijo Quinta. El escritor, de pronto, saltó del taburete y desapareció.

–Yo también. Ahora da igual. –Hem regresaba del cuarto de baño abrochándose los pantalones. Llevaba fuera los faldones de la camisa, se había ensuciado.

–No. No da igual. Pensé en suicidarme.

A Hem no le pareció escuchar nada extraordinario.

–Pensé en suicidarme o en casarme, una de dos. Y me casé –dijo Quinta. Había aprendido a decir aquello.

53

En la noche de París los tiempos se confundían. El recuerdo de la guerra, en España, se mezclaba con el cielo azul, las anchas llanuras de La Mancha por las que antes de todo aquello había viajado con sus amigos, Hemingway, Jay Allen (un corresponsal del *Chicago Tribune* que hizo, en la cárcel de Alicante, la última entrevista a José Antonio Primo de Rivera) y Elliot Paul, otro norteamericano que había combatido en la Primera Guerra Mundial y había hecho de la guerra, en general, el tema de sus escritos y de sus guiones para películas. Años después, en Nueva York, Paul reunió muchos de los dibujos de Quintanilla en un libro al que de nuevo puso prólogo Hemingway y al que añadieron otros textos él y Dos Passos. Llevaba un sombrero de ala ancha, en España conducía un pequeño Ford, le gustaban las tabernas.

–¿Te acuerdas?

–*All the brave*.

A Quintanilla no le acabaron de gustar los libros publicados con sus dibujos. Eran algo lujoso, para mesas elegantes. La crueldad y el tormento les eran ajenos. Siguió dibujando en Valencia, sus dibujos se expusieron en Barcelona, en las Navidades de aquel año, en el hotel Ritz. A primeros de año, nada más terminar la exposición, partió hacia París, donde se encontró de nuevo con los Hemingway.

–¿Te acuerdas?

–Pauline –Hem seguía hablando con los ojos cerrados.

Al salir hacia Francia por la frontera de Port Bou, en la escapada de los vencidos, Quintanilla se encontró con Antonio Machado. Muchos años atrás, en una taberna segoviana, en la bajada hacia el río, mientras tomaban unas copas de cazalla, el poeta le había entregado un papel que sacó doblado del bolsillo del chaleco. «Este poema lo he escrito pensando en usted», le dijo, o así al menos quería Quintanilla recordarlo ahora. Se titulaba «Consejos»:

> Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
> –así en la costa un barco– sin que el partir te inquiete.
> Todo el que espera sabe que la victoria es suya,
> porque la vida es larga y el arte es un juguete.

Es un poema memorable. Desde allí Quintanilla se embarcó hacia América. En Manhattan, el río congelado. Al final, el poderoso Alfred H. Barr aceptó celebrar en el MoMA una exposición de sus dibujos, muchos de ellos trazados sobre la vista de los cuerpos en la explanada del santuario de la Cabeza. La pintura puede captar el olor de los cadáveres.

–¿Te acuerdas?

En Nueva York, Quinta y Hem solían verse en Lüchow's, el célebre restaurante de la Calle Catorce, en el East Village, la cerveza, las vidrieras Tiffany. En el Stork, en la Cincuenta y Tres, a la vuelta de la Quinta Avenida. Éste era un local de moda, aunque asfixiante, sin ventanas, con techos bajos, cubierto de paneles con espejos por los que, en los reservados para las timbas, protestaban los jugadores. Las actrices, vestidas de lamé; los magnates, innumerables mafiosos con esmoquin y traje de etiqueta, la gente de Park Avenue. Tenía una

barra muy estrecha y tres pisos de usos distintos, ninguno inocente. Su emblema era una cigüeña con un sombrero de copa.

En 1943, Quintanilla comenzó a recibir encargos de retratos. El primero fue el de Elliot Paul, vestido de torero. Ésa era la condición. Todos habían de escoger el aspecto en el que deseaban verse a sí mismos. El nombre y su máscara. Esto atenuaba la reticencia que Quintanilla había sentido siempre ante la posibilidad de convertirse en un retratista, algo espurio, a su entender. El juego del deseo con la realidad, su continuo escamoteo, el otro que somos para nosotros mismos, el profundo abismo abierto entre los dos. Por lo general fueron escritores quienes pasaron por el estudio. Dos Passos apareció sobre el lienzo con los rasgos de un pintor aficionado, de domingo, con sombrero de paja. Lillian Hellman, quien no llegó a pagar su retrato. Dorothy Parker, en la pose de madame Defarge, la heroína dickensiana. Arthur Miller, como un consumido y macilento Abraham Lincoln. William Shirer, con atuendo de astrólogo, con el capirote puntiagudo de los magos. Steinbeck, convertido en una serpiente marina… A Marlene Dietrich no le gustó nada el suyo, y Miller nunca lo recogió. El *Esquire* quiso publicarlos y le hizo a Quintanilla una oferta de seis mil dólares. En parte por el orgullo de no ser considerado retratista y en parte por considerar una birria la oferta, Quinta la despreció.

Cuando Arthur Miller y Marilyn Monroe anunciaron su boda, en 1956, Janet y Luis creyeron que ya tenían el regalo para ellos. El retrato del dramaturgo dormía, apilado junto a otros lienzos separados por unas láminas de papel de seda, en un rincón del estudio. Miller quedó en que pasaría por allí para recogerlo; solía deambular por la mañana por la Calle Ocho sin mucho que hacer. Por entonces tenía dos obras en cartelera. «O, mejor –le dijo a Quinta por teléfono–, pasaré con Marilyn, y así le enseñas los cuadros y el estudio.»

Paul, hijo de Quinta, tenía dieciséis años. Cuando supo lo de aquella visita, sintió que las piernas le temblaban; a un examen que tenía aquellos días no se presentó. Las noches eran abrasivas. El chaval se sentía desgarrado, abierto en canal desde la junta de sus dos simétricas mitades. La ventana de su habitación estaba abierta siempre, de noche también. A pesar de que no hacía demasiado calor, y a pesar del ruido, él necesitaba el aire como quien suplica por un arroyo de agua fría en pleno desierto. Se ahogaba. Había visto *Niágara*. La imagen que trasmite el calor de un cuerpo. Marilyn estaba en la cúspide, ya nunca estaría más arriba. De hecho, pasó algo a raíz de un artículo en el que se decía que no era tan ingenua como se creía la gente. Había problemas en las producciones, y Miller y ella se refugiaron en una casa de campo en Connecticut. Finalmente, Miller dijo que sólo acudiría él a recoger el retrato. Y Paul durmió tranquilo.

NOMBRES SIN CUERPO

54

Ahora Santi estaba en Madrid, pero había sido un viaje relámpago, según dijo, sin tiempo para vernos. Lo justo para firmar unos papeles en el notario. Noté que hablaba jadeando mientras caminaba apresuradamente. Me llamaba desde la estación, con un pie en el estribo del tren de regreso. Lo imaginaba con el teléfono entre el hombro y la oreja; las manos, ocupadas con bultos. Mientras avanzaba por el andén en busca del vagón que le correspondía, me contó que su vida con Esther se había terminado.

–Qué pena –le dije.

Consiguió ocupar su sitio cuando el tren echaba a andar. Entonces volvió sobre el mismo asunto que habíamos dejado abandonado la última vez que nos habíamos visto: parecía que lo que me acababa de decir no tuviera importancia.

–Sí, una pena. Pero, bueno, los nombres van y vienen. A propósito, ¿qué me dices de los tuyos? –Tardé unos instantes en saber de qué me hablaba; su carcajada me orientó–. ¿Cómo van todos esos nombres con los que estabas trabajando?

–Los nombres van bien –le dije–. Tengo muchos. Cada vez más. Pero no son nombres, solamente. Bueno, a veces, sí, a veces son sólo eso…

–¿*Sólo*, dices? ¿Te parece poco? Eso es la eternidad. Lo que permanece es porque no existe. –Me quedé callado. Santi continuó–: Los personajes literarios son eso, nombres; pero también lo eran los propios escritores, con sus auras, al menos era así para nosotros. ¿Recuerdas? Las colecciones de bolsillo y de quiosco repetían una y mil veces unos nombres para nosotros míticos: Camus, Borges, Pavese… Ninguna *celebrity* de ningún otro ámbito emitía ese resplandor. Por un tiempo, la literatura formó parte de la cultura popular, aunque, claro, éramos los primeros españoles pasados en masa por la universidad; eso también hay que tenerlo en cuenta. Era como entrar por primera vez a un palacio hasta entonces vetado, como los bárbaros en Roma.

Estar hablando de aquello de nuevo era excesivo, a mi entender, para el momento que Santi debía de estar atravesando, pero se ve que a él no le parecía lo mismo. Así pues, no pude evitarlo y continué:

–Pero, entonces, ¿tú crees que Auster, o Didion, o Bret Easton Ellis, cualquier de los que hoy consideramos famosos, no alcanzarán la entidad mítica de Proust, o Kafka, o Cavafis?

–No sé… Creo que no es cuestión de los escritores, exactamente, de si son mejores o peores. En realidad, cualquier narración, o sea, cualquier historia, tiene principio y final (si no, no es una historia; es la realidad, simplemente). Y habíamos dado por hecho que la literatura era justamente eso, una historia de la literatura, una epopeya. De ahí venía su halo, sus arcos de triunfo, sus altares. Su leyenda era su catedral –dijo, y se detuvo un instante–. ¿No eran ésos los nombres con los que trabajabas?

–Bueno, en parte.

–Ya no es lo mismo.

–Bueno, historia va a haber siempre.

–No creas. Habrá tiempo, pero historia no. Para que haya historia es necesario que el tiempo se desplace en alguna dirección; se necesita un sentido.

Si no es así, las cosas pasan, y nada más.

–A lo mejor hay algo autobiográfico en esa idea, Santi.

–No lo sé, quizá. Pero lo que hay ahora es competencia; es un movimiento muy distinto de las cosas. El brillo de aquella historia está rodeado hoy de otros brillos cegadores que lo han oscurecido. Ninguno se dirige hacia ningún lugar, todos ascienden, su luz estalla en el cielo, sus colores; luego todo se apaga, se hunde en la noche igual que los fuegos artificiales. Sólo tienes que salir a la calle, mira las inmensas pantallas luminosas. O, en casa, en la televisión, fíjate en los ídolos de la música, los campeones de los estadios, incluso los iconos que la propia televisión ha fabricado. Mira las alertas en tu móvil. Aquella sustancia gloriosa resiste y permanece, pero ha cambiado de lugar, como en la transmigración de las almas. Nosotros nunca hemos estado allí, nunca la hemos poseído, habitamos otro reino. Desde lejos, vemos el resplandor. Y, si no, haz la prueba.

–¿Qué prueba? –Hablando con Santi a veces me convertía en un tonto.

–Haz una lista.

–¿Una lista?

–Sí, una lista. Una simple relación de los nombres famosos que aparecen en tu novela, los de los héroes de tu historia literaria, pero no sólo ésos. Junto a ellos, revueltos con ellos, anota todos los demás que también aparecen, igualmente célebres, nombres dorados, quizá mucho más que los de tus dioses literarios. Por lo que llevo leído, tu historia transcurre en un tiempo en que el panorama de la eternidad estaba cambiando de población drásticamente. Estatuas, ídolos, iconos, como quieras llamarlos. Enumera sólo los que tuvieron auténtica eficacia legendaria, en cualquier ámbito. Ponlos todos juntos, el equipo de las estrellas, de los paladines.

–¿Y qué?

–Verás un paisaje.

–¿Un paisaje?

–Sí, un paisaje celestial, el cielo de los salvados, la gloria de un siglo. Será como tener delante la auténtica mitología de un tiempo. Un cielo nuevo y una tierra nueva, ¿no te acuerdas?

–Santi, por favor… –A veces me parecía un orador extraviado en su propia logomaquia.

–Estoy hablando en serio. Ya me dirás. Será como la eternidad en cierto momento del tiempo. Parece un oxímoron, pero así es. Figuras irrompibles, aunque de dos dimensiones, hechas de luz y de deseo. Verás entonces el brillo de la literatura –un arte lento, nada igualitario, refractario a la multitud– disolviéndose ya entre todos los otros fulgores en la imaginación de la gente, desleídos en un mar inmenso.

–Va a parecer el *Paraíso* de Tintoretto. Cada uno sentado en su nube…

–Sí, pero ahora sin escalones, sin grados, todos en masa, en tumulto. Y pintados por Walt Disney, ja, ja, ja… ¿Cómo lo ves? –Sus carcajadas, en el tren, debían de sonar estrepitosas.

Era el Santi de siempre, el de los días mejores.

–¿Y tú quieres que recobren la carne?… –remató–. Te equivocas. –A pesar de todo lo sucedido, estaba de buen humor–. Pero, cuando publiques la novela, ten mucho cuidado: pueden decir que es una novela coral… sólo porque en ella sale mucha gente.

Se reía con ganas.

55

En cámaras oscuras, silenciosas, una luz en la noche, los viejos cronistas seleccionaban testimonios y documentos. La nieve se cernía sobre el mundo, el sol lo calcinaba. Los muros eran fuertes y muy gruesos, completamente aislantes; las celdas, como burbujas de vacío, espacios estancos reservados al espíritu entre la unidad compacta de la realidad.

Son los hombres oscuros, los invisibles, los que lustran la gloria de los otros, los que escriben la historia. Su grave mirada procede al escrutinio, sus manos pesan las almas. Esos hombres conviven con el resplandor ajeno, su luz no llega a cegarlos: tocan, sin quemarse, la inmortalidad.

Parece que hayan pasado siglos, milenios.

En despachos a los que llegan ruidos de puertas que se cierran, voces de estudiantes y de otros profesores, timbres de aviso, el profesor remueve carpetas, los cigarrillos humean en el cenicero, solapados unos con otros. La copia de aquella carta de un colega con la fecha exacta de la *princeps*, ¿dónde estará?

Ángel del Río publicó en 1948, en Nueva York, su *Historia de la literatura española*, que luego tuvo muchas otras ediciones y fue muy manejada en las universidades. Y, en 1954, Ángel y Amelia publicaron *Antología general de la literatura española*, también en dos volúmenes y reeditada varias veces. Esos

trabajos, y muchos otros de sus manos, contaron con una premisa: el tiempo es selectivo bajo la forma de la narración. Ésta es la condición que mantiene en pie el edificio –ninguna narración es democrática–. Unos nombres perduran, unas páginas, unos versos, quizá durante siglos, mientras que la inmensa mayoría se deshace hasta desaparecer, disuelta como la pulpa del papel en el agua.

Pero nada logra salvarse si la propia narración y la fe en el futuro que sin duda la sostiene se pone en entredicho; entonces su construcción se desploma y se diluye en el tiempo real.

Santi me dijo luego que su matrimonio estaba roto desde hacía meses, quizá años, y que había encontrado a alguien. Que se iba a casar, quizá no formalmente. Ya era el padre de los dos hijos, bastante mayores, que había tenido con Esther, a los que habría que sumar ahora los dos pequeños, Pietro y Vittoria, de dos y tres años y medio, que aportaba al grupo Elsa, la italiana con la que pensaba vivir. Había dejado en manos de Manolo Huerta, su socio de siempre, los restaurantes abiertos en Alicante y Santander –hacia allá se dirigía ahora– para lanzarse a la nueva aventura de una taberna en Lanzarote. Yo creo que se los había traspasado en pago por las deudas que había contraído con él, pero eso no me lo dijo. Dos años antes había muerto Leo, su hermano pequeño, un violonchelista de prestigio internacional, y poco después su hermana Inés, de pronto, de un infarto masivo.

Ahora lo notaba tranquilo. Se sentía a gusto charlando. El tren había alcanzado ese ritmo en el que se deja de pensar en él. Las urbanizaciones iban quedando atrás, los centros comerciales, las empresas de electrónica, las terrazas de los asadores, los descampados con chabolas. Una mula. Luego, el campo se podía imaginar fácilmente, verlo con sus ojos a través de la ventanilla.

Su intuición analítica continuaba tan afinada como siempre, al menos en lo que se refiere a la literatura. En el resto de las cosas, no se podía decir lo mismo. Esther conocía muy bien su inteligencia, pero era maliciosa y seguramente se sintió defraudada: «Sí, tan listo para algunas cosas…», decía siempre, a la primera de cambio.

El amor está hecho de admiración. Sentí que se separaran: mi mujer y yo habíamos sido amigos de ambos, de los dos juntos. Y, ahora, pensé, sería como si estuviéramos obligados a elegir, incluso cuando habláramos con cada uno por separado.

En la conversación con Santi, cambiar de asunto era una cuestión de supervivencia. Había un momento en que la temperatura de la especulación subía hasta hacerse insoportable. Cuando tenía a la vista el objeto de su intuición, ahí delante, nítido, claramente definido, Santi no admitía interrupciones, levantaba la voz. Le parecía estar ante una presa que debía retener como fuera, lo mismo que un pescador en alta mar cuando el gran pez se ha insinuado con su lomo de plata bajo la superficie. Así pues, a pesar de lo lamentables que me parecían, me sentí aliviado charlando de sus lástimas familiares. Pero enseguida me di cuenta de que pretendía volver al asunto de la historia y los nombres, y todo eso, como si la realidad a su lado resultara irrelevante.

–Vale, vale, Santi, te he entendido. Te he entendido, no es tan difícil… –Ahora era yo quien alzaba la voz por encima de la suya, y de pronto calló, creo que sorprendido.

–No te digo que sea difícil. –Después de un silencio, habló de nuevo, mucho más calmado–. Pero no sé si me entiendes…

–Pero, Santi, ¡por Dios! ¡Cómo que no te entiendo! –Esther solía decir: «Cuando se pone, es agotador».

Pasaron unos instantes. Recobramos la calma.

–Ojalá te vaya bien, Santi –dije de pronto. Demasiada intensidad para una conversación telefónica inesperada.

–¿Y por qué no me va a ir bien? –Otras veces, me parecía envidiable.

No habíamos colgado, pero quedó un silencio tan resentido como una sombra.

–¡¿Oye?!

–Sí, sí, perdona, Santi, no sé qué ha pasado.

–Creo que se había cortado. Bueno, eso…

–Ya. –Temí que continuara con sus cogitaciones. Nos mandamos abrazos.

El sol estaba alto todavía, a esa hora a la que parece haberse quedado inmóvil, pero en realidad ya había comenzado su descenso. Pronto las borrosas crestas del fondo se dibujarían con bordes más cortantes. Lo podía ver todo con los ojos de mi amigo. Después de las navatas y los prados en las laderas de las sierras, las mínimas manchas negras del ganado del país; después de las redondas, desperdigadas rocas de granito; después de los encinares, aparecerán bosquecillos de pino piñonero, los pequeños árboles y sus copas, oscuras, unidas como un toldo continuo sobre los blancos caminos arenosos. Sotos de álamos, colonias de chalecitos, pueblos con iglesias de ladrillo, cada vez más lejos de las carreteras y las vías del ferrocarril, más en lo hondo. La gente caminando, con la ropa de casa, por calles de cemento.

56

Ángel planeaba el viaje a París. Aquella tarde estaba solo en casa, al fin en silencio y a resguardo del gran atasco que se había formado desde Broadway a Riverside. La locura de Lexington Avenue. Ya era siempre así, desde hacía años, en la época prenavideña. La noche, la bruma que parecía abrazar los edificios hasta oprimir sus cinturas, las borrosas luces de las oficinas iluminadas en lo alto. Abajo, en las aceras, se habían extendido, como alfombras blancas de nieve en polvo, las luces de los escaparates. Los incontables pasos apresurados, tropezando, entrechocándose. Mendigos harapientos, inmóviles, zarandeados sin que se inmutaran en la mitad del tráfago de la entrada a los comercios. Los voluminosos paquetes en los asientos de atrás de los automóviles. Las paradas atestadas de los autobuses, que pasaban de largo. El fragor.

Nada de todo eso llegaba hasta él ahora. Quizá un rumor muy lejano que se podía confundir con una sugestión. Estaba sentado en su butaca de cuero, a oscuras, sentía un placer que casi no reconocía. De fondo el tictac de un pequeño reloj de mesa, regalo de un joven alumno, Gabriel, al que apreciaba mucho, «un chaval mexicano», decía siempre a las visitas.

Se había servido un whisky y había encendido el tercer cigarrillo para que el instante no pasara de largo. Fuera del tiempo, del lugar, en una abstracción del

espacio en la que por algún motivo no sentía su cuerpo, sin ese cuerpo que a veces duele y que últimamente le había demandado alguna atención, pensaba en Amelia. Al día siguiente debía ir a recogerla a Montreal: había pasado unos días ingresada por un brote agudo de la neuralgia. Ya estaba mejor. Él había tenido que regresar para participar en unos tribunales universitarios. El viaje a París la alegraría, su recuperación sería más llevadera. Podría verse con María Teresa.

–¿Qué puedo llevarles a los Andrade?

–No sé, tú sabes mejor…

–Claro –lo interrumpió Amelia–, el señor hidalgo no está en eso. –Habló muy bajo: sabía que no descubría nada, que la frase era ritual. A pesar de todo, Ángel no dejó de acusar recibo.

–Amelia.

Era la primera hora de la mañana. La Navidad había terminado. En la calle parecía que no hubiera llegado nunca. Hacía mucho frío y había luz, una luz muy apocada, velada por celajes, como un filtro. El hielo cubría las aceras umbrías, los callejones a los que nunca llegan los rayos del sol.

–Va a nevar –dijo Ángel.

–Espero que el viaje sea tranquilo.

–Creo que es un buen camarote. –Ángel regresaba de recoger unas tarjetas en la oficina de pasajeros.

El *América* era un barco imponente. El trajín de los muelles. Los amigos habían ido a despedirlos. Paco Lorca, Laura, Perico Escobal, Eugenio Florit, todos entraron hasta el fondo del habitáculo. Apenas cabían, pero hacía mucho frío afuera. Paco se había quedado atrás, bajo el dintel de la puerta y miraba sonriente por encima de los otros. Hacían bromas; el dardo de todas las chanzas iba dirigido hacia Ángel. Su aparente seriedad los atraía, sabían de su

retranca. Cuando contestaba lo hacía con una ironía desconcertante. El viaje a París les vendría bien, descansarían, se distraerían.

Unos días atrás, bajo el bronce sedente de la Alma Mater donde solían encontrarse ya de noche, Ángel le había dicho a Florit que el tema del curso sería el *Quijote*. La relación que componían sus estudios era ya ingente. Había estudiado, editado y publicado textos que ya formaban parte de la mejor bibliografía hispánica, de Galdós a Salinas. La revisión de una obra imprescindible en las aulas universitarias, como era la *Historia de la literatura española*, en la que había trabajado con Amelia, casi estaba lista. La terminaría en París. Pero el *Quijote* era el punto de su atención en el que se anudaban todos los hilos de su trabajo y de su vida. En cierto modo, su plan para París tenía un aire de recapitulación o de epítome. Estarían allí durante toda la primavera. Luego, cuando le pidieron no uno sino dos cursos, lo pensó de nuevo. Los dedicaría a Lorca y a Jovellanos.

57

Alquilaron una pequeña vivienda en Neuilly. Tenía un aspecto gastado, pero en líneas generales estaba limpia. La habitación principal, en la que pensaban trabajar y descansar y charlar al término del día, daba al bois de Boulogne, al otro lado de la gran avenida. A lo lejos, la masa gris de los ramajes, como una nube algodonosa, invitaba a pensar en la primavera, aunque todavía era una mera presunción, la sospecha de un aura. El cielo, plomizo, violáceo, sin apenas matices ni fisuras, de algunos paisajes de Marquet. El viejo parque de atracciones del jardin d'Acclimatation tenía un aspecto destartalado, la torre descolorida, la pagoda de una fantástica aldea abandonada. Pero la casa parecía tranquila, el piso era bastante alto. Allí se podrían sentir a una distancia suficiente de no se sabía muy bien qué, pero eso fue lo que pensaron.

A Ángel el viaje le había resultado bastante penoso. Al llegar, estaba destemplado, según dijo, como si estuviera incubando un resfriado. Luis Quintanilla acudió a recogerlos a la estación de tren y los acompañó cargando con una maleta al taxi. Estaba delgado, notó Amelia, bastante mal vestido, pero los recibió con una simpatía muy cariñosa. Pensaba exponer pronto, según dijo, aunque no había pintado demasiado. No quiso quedarse y se despidió cuando hubieron dejado los bultos. Hemingway se había suicidado apenas

unos meses antes –el héroe trágico–. Ángel parecía muy cansado y prefería acostarse pronto; quizá pidieran algo ligero por teléfono, dijo Amelia.

–El viaje es una paliza –dijo Quintanilla–. Mañana vengo lo antes que pueda.

–Te lo agradecemos mucho, Luis –dijo Amelia mientras Ángel entraba al baño sin despedirse de su amigo.

Fue una mala noche. Una tos insistente, escalofríos: sin duda tenía algo de fiebre. En la lechosa atmósfera del amanecer, pareció haberse quedado dormido. Amelia tampoco podía conciliar el sueño; ahora colocaba algunas ropas, miraba hacia la cama sin detenerse. Iba de habitación en habitación como una presencia que se desplazara a un palmo del suelo, miraba por la ventana de la sala, ordenaba algunos libros sobre la mesa y recordaba muchas cosas.

Hay imágenes que acuden en una hora silenciosa sin haber sido convocadas, cuando todo duerme. La vida, tan encerrada en su concha como un sueño, parece estar lejos, con su color y su música, mientras en el lugar donde estamos nosotros es como si se hubiese alejado para siempre. «Un día será como el de hoy –pensó Amelia–. Tendrá esta misma lejanía de todo.» Y comenzó a sentir miedo.

Se sentó en una pequeña butaca, al pie de la cama. Nada se escuchará, todo se irá haciendo invisible, las manos no alcanzarán otras manos, el aire se hará opaco como el interior de una montaña de sal. Y todo le pareció de pronto desconocido, como a bordo de una esfera transparente que viajara sin rumbo y aislada de todo el exterior, oscuro, insondable. De repente, aparecían suspendidos rostros como los que a veces parecen formados entre las rocas, o entre las nubes, vagamente semejantes a otros familiares y casi olvidados, rostros que desde hace mucho tiempo sólo son manchas. Se sentía en una isla en medio de un mar incesante, un manso oleaje. Lo que había sido no

regresaría jamás. Todo iba quedando atrás, atrás para siempre. No nos encontraremos.

Lo desconocido no se puede conjurar. Todos los ritos, las liturgias, pretenden domesticarlo. El lenguaje se bate en retirada, con el rabo entre las piernas. Nunca se llega a aprender.

Se había quedado dormida y se volvió a despertar sobresaltada, más aterrada todavía cuando imaginó que todas aquellas imágenes quizá procediesen de una premonición, de una forma que definitivamente había alcanzado su destino y ahora se le revelaba. Luego las cortinas dejaron pasar un tenue hálito de luz, y eso la confortó. El jadeo de Ángel era tranquilo, aunque iba a suponerle un gran esfuerzo acudir a la universidad, como había prometido, para hacer las presentaciones, pese a que todavía quedaban un par de días para el comienzo del primer curso.

Cuando llegó Luis, Ángel se había levantado, pero se sentía muy débil: el esfuerzo de la tos lo había agotado. Sudaba y tenía mucho frío. Después de algunas negativas, entre Luis y Amelia lo convencieron para acudir al Hospital Americano de París, que no estaba lejos. Lo que podía depender de la voluntad de una personalidad estoica como la suya había quedado a un lado. Se encontraba lo suficientemente mal como para entregarse a ellos, a su mujer sobre todo. Por teléfono, Amelia comunicó la imposibilidad de que Ángel acudiera a saludar a sus anfitriones en la universidad, se disculpó y tomaron un taxi. Sobre una pequeña consola, a la entrada, quedaron los paquetes con los regalos para los Andrade.

No tardaron. Era un edificio enorme, de ladrillo rojo y tejado de pizarra, cuyas alas formaban un ángulo recto, con el vértice rematado en chaflán. Al recinto se entraba cruzando un arco de franjas rojas y blancas, con el nombre pintado. Llegaban ambulancias.

Le diagnosticaron una fuerte bronquitis que debía tratarse. Al cabo de unos días, el curso debió posponerse de nuevo. Volvieron al hospital, donde esta vez quedó ingresado. Desde allí y después de que le hicieran las pruebas necesarias, Ángel escribió a Florit, en cuyas manos había dejado la *Revista Hispánica Moderna*.

–Ángel, por favor, como si Eugenio no supiera lo que tiene que hacer –le reprochó Amelia–. Tienes que descansar.

«Una calamidad –escribió–. Puede que el tratamiento deba ser largo, incluso me han hablado de operación. Hay muchas probabilidades de que tengamos que coger los bártulos y regresar pitando.»

Pero no le decía todo. Los cursos se cancelaron definitivamente. Retornaron a Nueva York en avión, y al día siguiente lo ingresaron de nuevo. Estaba exhausto. Un semblante blanco, de rasgos resbaladizos que habían limado todas sus aristas. Apenas hablaba. Si lo intentaba, tosía sangre: llevaba manchada la chaqueta del pijama.

Aun así, esperaba ir pronto a casa y regresar al mundo leal de las palabras, en el que la esperanza no es que tenga sentido, sino que éste, sencillamente, vive de ella: es su verdad. La verdad de todas las cosas imposibles.

Florit llamó a Mike, quien le informó del tumor. Estaba muy extendido: había devorado a Ángel por completo.

Todo se serenó. Las páginas leídas, los versos sufrieron una transformación inédita, como la traducción a un idioma hasta entonces desconocido, la entrada a un salón resplandeciente. La rueda de las estaciones se había detenido. El día y la noche.

Al final Ángel sufrió una embolia mientras dormía. Amelia intentó siempre encontrar ahí un consuelo, un consuelo elaborado por el pensamiento, inútil por completo.

Había viajado en el tiempo, fuera del tiempo. Ahora, el tiempo iba a dejar a la Historia atrás. El hombre sabio lo ignoraba todo. Era inocente. Estaba tranquilo.

58

Di la lista por terminada. Aparentaba ser algo sin alma, extraño, un meteorito llegado de lejos, un objeto inerte. Como juego, resultaba curioso. Pero, al cerrarla y verla luego inserta en el relato del tiempo, vi que cobraba una función nueva, la de una piedra de contradicción, enclavada allí, en medio del camino, para remover con su presencia todo el paisaje, levantarlo y arrojar sobre él un filtro de luz inédita hasta ahora. Alrededor de su quietud todo era movedizo. En la superficie de los obeliscos se distinguen inscripciones, nombres con el poder de un sortilegio, con un aura inmortal. En esta relación no hay estamentos ni rangos, sólo una formación compacta que contrasta con todo lo demás, el resto anónimo, lo irrecuperable. Pero no me apetecía recibir una nueva explicación de Santi, así que no se la envié. Además, lo que verdaderamente me importaba era eso, lo que quedaba fuera, lo otro, la esperanza puesta en el vacío.

Federico García Lorca, Marilyn Monroe, Pancho Villa, Lenin, Ernest Hemingway, Antonio Machado, Juan Gris, Frida Kahlo, Negrín, la Argentinita, Gary Cooper, Juan Ramón Jiménez, Trotski, Oliver Hardy, Manuel Azaña, Arthur Koestler, Pablo Neruda, John Dos Passos, Ramón Gómez de la Serna, Marlene Dietrich, Largo Caballero, Albert Einstein, Sánchez Mejías, John D. Rockefeller, Vicente Huidobro, Jean-Paul Sartre, Juan Larrea, Katherine Anne

Porter, Franco, Charles Chaplin, Alfonso Reyes, Walt Disney, Unamuno, Andreu Nin, Fernando de los Ríos, Diego Rivera, Ramón Menéndez Pidal, Douglas MacArthur, Luis Buñuel, Matisse, Arthur Miller, Picasso, Maurice Chevalier, Scott Fitzgerald, León Felipe, John Ford, Pedro Salinas, Stalin, José Antonio Primo de Rivera, Pau Casals, Dorothy Parker, el Campesino, Buster Keaton, Jackson Pollock.

59

Kensico parece un lugar artificial, pero sólo lo es en parte. En realidad, es una transformación planificada de las condiciones naturales del terreno en un espacio que ya tiene de por sí un significado propio, como el de un escenario. Suaves y dulces colinas de césped siempre húmedo y recién cortado. Grandes árboles, muchos de ellos exóticos, cuyas frondas componen, sobre todo en otoño, un buqué de colores relucientes a la orilla de lagos y arroyos. Serpenteando entre las lomas y los árboles, el cementerio está recorrido por rutas pavimentadas que forman calles y carreteras de perfección impoluta, estéril. Nadie vive allí. Sólo los nombres. Sólo las palabras que invocan las presencias en el vacío. Cuando Mike murió, en 1977, también lo enterraron en aquel lugar, en la Seneca Avenue, una de las veredas más largas, casi una circunvalación que rodea el recinto. El nombre de Amelia ya había sido grabado sobre la piedra junto al de Ángel, aunque debajo todavía figuraba por entonces, únicamente, la fecha de su nacimiento. Al morir, Ángel tenía la misma edad que tengo yo ahora. El pequeño pueblo en que está situado Kensico Cemetery, al norte de Nueva York, se llama Valhalla. Sin esa fe nada existiría, nada se podría nombrar. Esta obstinada fidelidad del corazón que todo lo transfigura, todo lo inventa, al estilo de un novelista, un poeta. Los

grandes arces rojos, los arbustos persas, la tarde, la humedad que llega a la piel del rostro desde las invisibles corrientes marinas.

AGRADECIMIENTOS

Algunas personas, con su desprendida amabilidad, han sido decisivas mientras escribía este libro. En primer lugar, Laura García-Lorca y sus hermanas Gloria e Isabel. Inmediatamente después, Carmen del Río Piniés y Carmen de Piniés-Hassel. Pamela del Río. Juan Antonio Gómez Barrera y Ana María García Terrel. José Tudela Aranda. Emilio Chacón. Paul Quintanilla. Sandra Pujals (Universidad de Puerto Rico, Río Piedras). Jeanmary Lugo y Áurea Díaz-López (Universidad de Puerto Rico, Río Piedras). Daniel Kersffeld (Universidad Autónoma Nacional de México, UNAM). Cara Delatte y Tal Natan, (Sala Brooke Russell Astor para libros raros y manuscritos, New York Public Library). Daniel Keough (Hoover Institution Library, Universidad de Stanford). Alicia Gil Lázaro (Universidad de Sevilla). Y Mauricio Tenorio Trillo (Universidad de Chicago).

Mi gratitud.

ÍNDICE

«Algo que deberá buscar usted mismo»

Cuerpo sin nombre. Antonio, Gerardo, Bernabé

Juan y María Teresa, León, Bertram

Amelia, Leandro

Federico, Bernabé y Marie-Louise

Francisco y Laura, Mike, Carmencita, Bernabé y Marie-Louise, Bertram, Amelia

«En realidad, yo no sé nada de él, ¿sabe?»

Bernabé y Marie-Louise, Juan y María Teresa, Luis, Ernest

Nombres sin cuerpo

Agradecimientos

Enrique Andrés Ruiz

MISTER ÁNGEL DEL RÍO

Novela de los nombres

PERIFÉRICA

